

Lecturas y Apuntes Literarios II

España

Siglos XV, XVI y XVII



Homero Fdo. Villarreal Alanís
Lydia Solís Ortega
Cecilia Niefo de Rangel

PC4117

V5



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

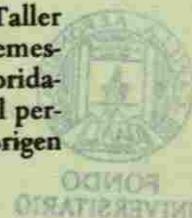
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lecturas y Apuntes Literarios II

España

Siglos XV, XVI y XVII

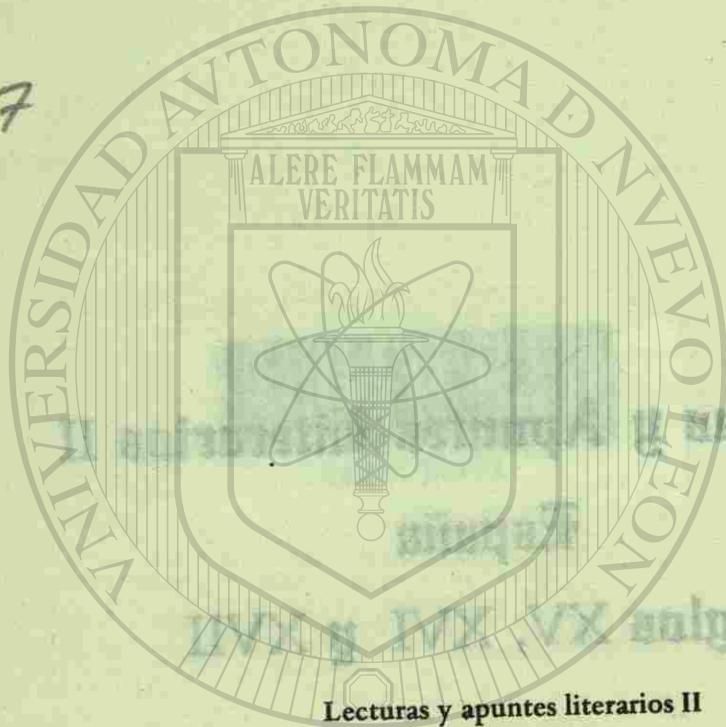
Estos apuntes han sido realizados como una aportación al Taller de Lecturas Literarias, de acuerdo con el programa del segundo semestre de escuelas preparatorias. Agradecemos la anuencia de las autoridades de la Universidad Autónoma de Nuevo León, especialmente al personal directivo de la Escuela Preparatoria No. 1 en donde tuvo origen nuestra investigación.



0134-16260

PC4117

V5



Lecturas y apuntes literarios II

Autores: Homero Fdo. Villarreal Alanís
Lydia Solís Ortegón
Cecilia Nieto de Rangel

Revisión: Los autores

Apuntes Mecanográficos: José S. Villarreal Alanís

Dibujos: Irma Martínez Subealdea

Cuidados de la edición: Los autores

Impresión: 1a. Edición, Enero, 1978

Distribución: Librería del Maestro



FONDO
UNIVERSITARIO

OBJETIVOS GENERALES

El alumno:

- I. Conocerá la Península Ibérica, su historia y geografía.
- II. Distinguirá los períodos que sustentan las bases de la unidad étnica española.
- III. Advertirá la influencia hispánica que sustentan los períodos que...

MENSAJE

Una vez más, nos encontramos unidos ante ese gran problema que es el proceso enseñanza-aprendizaje; en esta ocasión queremos brindarte la oportunidad de conocer las aportaciones literarias de la Madre Patria ya que así advertirás la influencia directa de España en el contexto histórico-literario de nuestro país.

Nosotros como amigos y maestros tuyos te invitamos a profundizar en el conocimiento de España, sus hombres y el pensamiento emanado de ellos que le dieron grandeza universal.

Con la lectura de La Celestina y El Quijote, conocerás dos de las joyas literarias españolas que han tenido proyección a través de los siglos.

Con la lectura de los líricos españoles observarás la importancia que adquiere el hombre como tema central de sus obras y te percatarás del enriquecimiento de nuestro idioma.

La novela, el teatro y la lírica, reunidas te darán una imagen general de lo que es España, tomando en cuenta la diversidad de pueblos y culturas que la configuraron.

Joven alumno, esperamos que los temas seleccionados para este curso sean de tu agrado y al mismo tiempo te exhortamos a lograr cada uno de los objetivos planteados de antemano.

Estudia siempre con afán de superarte.

¡ Suerte !

OBJETIVOS GENERALES

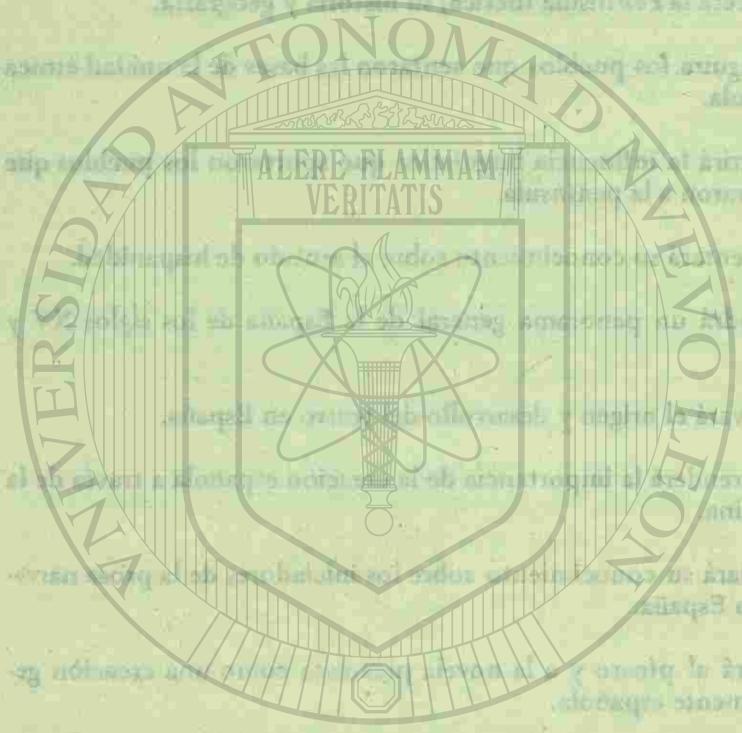
El alumno:

- I Conocerá la Península Ibérica, su historia y geografía.
- II Distinguirá los pueblos que sentaron las bases de la unidad étnica española.
- III Advertirá la influencia lingüística que aportaron los pueblos que penetraron a la península.
- IV Acrecentará su conocimiento sobre el sentido de hispanidad.
- V Obtendrá un panorama general de la España de los siglos XV y XVI.
- VI Observará el origen y desarrollo del teatro en España.
- VII Comprenderá la importancia de la creación española a través de la Celestina.
- VIII Ampliará su conocimiento sobre los iniciadores de la prosa narrativa en España.
- IX Ubicará al pícaro y a la novela picaresca como una creación genuinamente española.
- X Engrandecerá su emotividad con la producción lírica de influencia italianizante.
- XI Apreciará el desarrollo histórico de España y el florecimiento del Barroco.
- XII Captará las características peculiares del Teatro Nacional.®
- XIII Precisaré la grandeza teatral de Lope y Cervantes.
- XIV Comprenderá la importancia de Cervantes como novelista universal.
- XV Aprenderá la enseñanza moral que transmiten las Novelas Ejemplares.
- XVI Elevará su sensibilidad con la lectura de los más importantes barrocos españoles.

OBJETIVOS GENERALES

El alumno:

- I. Conocer la evolución histórica de la biblioteca y su función.
- II. Distinguir los tipos de bibliotecas que existen en España.
- III. Adquirir los conocimientos necesarios para el funcionamiento de una biblioteca.
- IV. Adquirir los conocimientos necesarios para el funcionamiento de una biblioteca.
- V. Obtener un primer curso de bibliotecología.
- XVI. Observar el trabajo y desarrollo de una biblioteca.
- VII. Comprender la importancia de la biblioteca en la cultura y en la sociedad.
- VIII. Ampliar los conocimientos sobre la biblioteca de la propia universidad en España.
- IX. Obtener el primer curso de bibliotecología.
- X. Entender la importancia de la biblioteca en la cultura y en la sociedad.



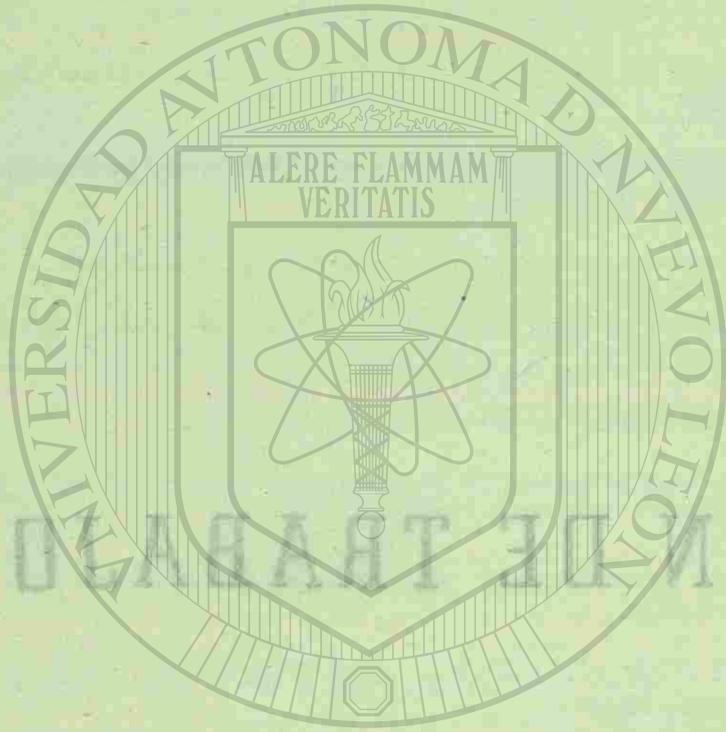
PLAN DE TRABAJO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

- XII. Conocer la evolución histórica de la biblioteca y su función.
- XIII. Distinguir los tipos de bibliotecas que existen en España.
- XIV. Adquirir los conocimientos necesarios para el funcionamiento de una biblioteca.
- XV. Obtener un primer curso de bibliotecología.
- XVI. Observar el trabajo y desarrollo de una biblioteca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDADES	TEMAS	OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES QUE SE SUGIEREN Que el alumno:	MATERIALES
Unidad I Antecedentes del Pueblo Español	1 - España, Generalidades, Situación geográfica. 2 - Base étnica española.	El alumno 1.1 Ubicará a España dentro del Continente Europeo. 1.2 Conocerá la orografía de la Península Ibérica. 1.3 Advertirá que España está dividida en reinos y después en provincias.	1.1.1 Realice mapas de Europa y localice España. 1.1.2 Conozca la superficie de España dentro de la Península. 1.1.3 Dibuje un mapa de división política de España. 1.2.1 Señale en un mapa los ríos principales de España. 1.2.2 Dibuje un mapa orográfico en donde han ocurrido hechos literarios. 1.3.1 Observe mapas de España de diferentes épocas. 1.3.2 Señale en un mapa de provincias, las que considere más importantes.	Los contenidos del tema 1 de la primera unidad. Mapas numerales.
		2.1 Conocerá quienes fueron los primeros pobladores de la Península Ibérica. 2.2 Distinguirá los pueblos que sentaron las bases de la unidad étnica española y los que influyeron más tarde en el desarrollo cultural. 2.3 Aprenderá los factores que hicieron posible la romanización.	2.1.1 Resuelva las fichas del tema 2. 2.1.2 Señale los pueblos que habitaron la Península. 2.2.1 Diferencie las características de los iberos y celtas. 2.2.2 Localice en un mapa los lugares en que se ubicaron los pueblos que dieron la base étnica. 2.2.3 Consulte en la biblioteca sobre arábigos y judíos y su influencia en el pueblo español. 2.3.1 Investigue las aportaciones de los romanos. 2.3.2 Ubique cronológicamente a los romanos en la Península.	Estudie los contenidos del tema 2 de la primera unidad. Utilice la biblioteca con bibliografía sugerida por el maestro.

UNIDADES	TEMAS	OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES QUE SE SUGIEREN	MATERIALES
3 - La Lengua española	3.1 - La Lengua española	3.1 - Apreciará las diferentes aportaciones lingüísticas.	3.1.1 - Distinga las aportaciones de los pueblos aborígenes, romanos y colonizadores. 3.1.2 - Copie que hubo pueblos reacios a la colonización (Vascos).	El contenido del tema 3 de la unidad 1 y las fichas correspondientes.
4 - El sentido de Hispanidad	4.1 - El sentido de Hispanidad	4.1 - Apreciará las características de la personalidad hispánica.	4.1.1 - Estudie la historia y literatura española. 4.1.2 - Diferencie de las creaciones artísticas españolas. 4.2.1 - Defina algunos de los valores característicos. 4.3.1 - Encuentre las características específicas en cada tema que lea. 4.3.2 - Analice cada personaje según estas características.	El contenido del tema 4 de la primera unidad.
	3.2 - Empleará vocablos que nos dejaron los pueblos: romano, árabe y bárbaro.	3.2 - Escriba palabras de origen bárbaro.	3.2.1 - Analice voces que vienen de origen bárbaro. 3.2.2 - Conozca las aportaciones de los arabes en las Matemáticas, agricultura, etc. 3.2.3 - Copie el cuadro que viene al final del tema.	
	3.3 - Captará el porcentaje de voces de los diferentes pueblos que contribuyeron en nuestro idioma.	3.3.1 - Copie el cuadro que viene al final del tema.		
	4.2 - Observará las características de la personalidad hispánica.	4.2.1 - Defina algunos de los valores característicos.		
	4.3 - Identificará personajes característicos del pueblo hispano en sus lecturas.	4.3.1 - Encuentre las características específicas en cada tema que lea. 4.3.2 - Analice cada personaje según estas características.		

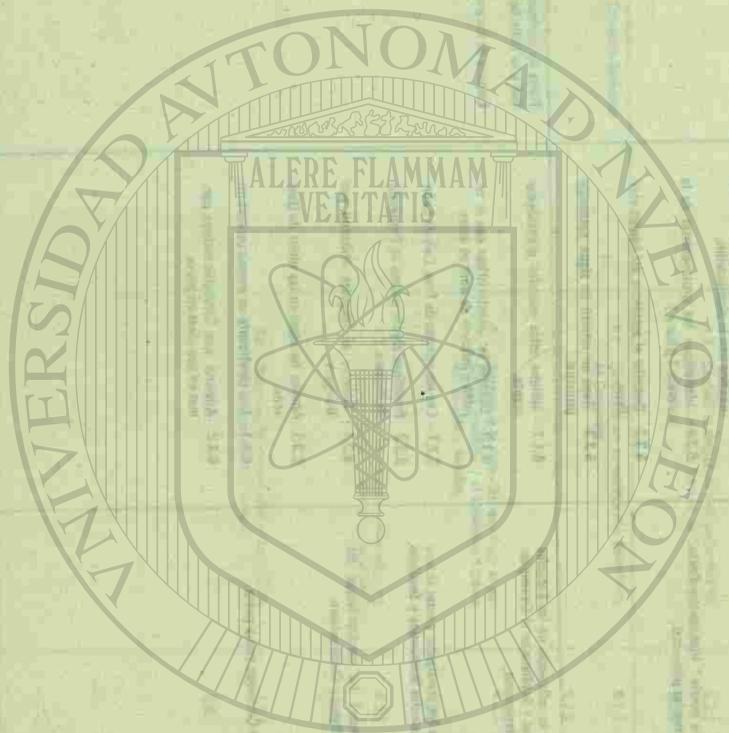
UNIDADES	TEMAS	ACTIVIDADES QUE SE SUGIEREN	OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES QUE SE SUGIEREN	MATERIALES
Siglos XV a XVII Unidad II	1 - Marco social-histórico de la Edad Media y Renacimiento.	1.1 - Conocerá la unificación de Aragón, Castilla y Navarra. 1.2 - Ubicará el Renacimiento español en el siglo XV. 1.3 - Advertirá la influencia italiana en España.	1.1 - Conocerá la unificación de Aragón, Castilla y Navarra. 1.2 - Ubicará el Renacimiento español en el siglo XV. 1.3 - Advertirá la influencia italiana en España.	1.1 - Distinga las aportaciones de los pueblos aborígenes, romanos y colonizadores. 1.2 - Copie que hubo pueblos reacios a la colonización (Vascos).	El contenido del tema 1 de la segunda unidad y sus respectivas fichas de control.
2 - Antecedentes del teatro español	2 - Antecedentes del teatro español	2.1 - Aprenderá el origen religioso del teatro. 2.2 - Observará la transformación del teatro religioso a profano. 2.3 - Conocerá a dramaturgos prelopidistas.	2.1 - Aprenderá el origen religioso del teatro. 2.2 - Observará la transformación del teatro religioso a profano. 2.3 - Conocerá a dramaturgos prelopidistas.	2.1 - Distinga las características de la personalidad hispánica. 2.2 - Copie el cuadro que viene al final del tema.	Fichas de contenido de el tema 2 de la II Unidad y sus respectivas fichas de control.
3 - La Celestina	3 - La Celestina	3.1 - Advertirá la transición como característica principal de la Celestina. 3.2 - Obtendrá los datos más importantes de la vida de Fernando de Rojas. 3.3 - Captará la enseñanza que se desprende de La Celestina.	3.1 - Advertirá la transición como característica principal de la Celestina. 3.2 - Obtendrá los datos más importantes de la vida de Fernando de Rojas. 3.3 - Captará la enseñanza que se desprende de La Celestina.	3.1 - Distinga las aportaciones de los pueblos aborígenes, romanos y colonizadores. 3.2 - Copie que hubo pueblos reacios a la colonización (Vascos).	El contenido del tema 3 de la II Unidad y las fichas de contenido correspondiente. Lectura y comentario de la síntesis de la Celestina aneja al tema.

UNIDADES	TEMAS	OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES QUE SE SUGIEREN	MATERIALES
5	Características de la Novela Picaresca. El Lazarillo de Tormes.	5.1 Distinguirá las características de la novela picaresca. 4.3- Ubicará a las novelas: caballerescas, históricas, pastorales y sentimentales de acuerdo con sus características. 4.2 Distinguirá a los iniciadores de la prosa narrativa en España.	5.1.1 Señale las características y compare con sus compañeros como la narrativa, refleja el aspecto social de la época. 5.1.2 Lea las aventuras del protagonista y enumere las anécdotas que tengan rasgos picarescos. 5.2.1 Indague el origen del pícaro (padres). 5.2.2- Analice el ambiente a que pertenece. 5.2.3 Realice un retrato del protagonista. 5.3.1 Lea algunos trabajos del Lazarillo de Tormes. 5.3.2 Señale los diálogos que tengan más rasgos satíricos y humorísticos. 5.3.3 Sintetice dos de los tratados del Lazarillo. 5.3.4 Identifique los personajes que aparecen en la novela.	Fichas de contenido de la Unidad II y sus fichas de control. La lectura anexa del Lazarillo de Tormes.
4	Antecedentes de la novela del siglo XVI	4.1 Conocerá la importancia intelectual del renacimiento de Alfonso X y su influencia en la narrativa española. 4.2 Distinguirá a los iniciadores de la prosa narrativa en España.	4.1.1 Lea el tema 4 y analice la influencia decisiva en la cultura. 4.1.2 Conozca que hubo escuelas de autores y traductores en esta época. 4.2.1 Investigue la vida y obra de Don Juan Manuel. 4.2.2 Aprenda lo moralizante de la obra de Juan Ruiz. 4.3.1 Comprenda lo distintivo de cada tipo de novela. (temas) 4.3.2 Mencione la obra representativa de cada una.	Ficha de contenido de la Unidad VI, tema 6 y sus respectivas fichas de control. Lecturas de los poemas anexos.

UNIDADES	TEMAS	ACTIVIDADES ESPECÍFICAS	ACTIVIDADES QUE SE SUGIEREN	MATERIALES
III	1	1.1 Conocerá las características de los romances según su tema y contenido. 1.2 Ubicará los poemas italianizantes y antitalianizantes. 1.3 Ampliará su conocimiento de la vida y obra de Boscán, Garcilaso y Cetrina.	1.1.1 Lea el tema 4 y analice la influencia decisiva en la cultura. 1.1.2 Conozca que hubo escuelas de autores y traductores en esta época. 1.2.1 Investigue la vida y obra de Don Juan Manuel. 1.2.2 Aprenda lo moralizante de la obra de Juan Ruiz. 1.3.1 Comprenda lo distintivo de cada tipo de novela. (temas) 1.3.2 Mencione la obra representativa de cada una.	Fichas de contenido de la Unidad VI, tema 6 y sus respectivas fichas de control. Lecturas de los poemas anexos.
III	1	El alumno: 1.1 Comprenderá el porqué de la decadencia económica y política de España. 1.2 Ubicará el Barroco en España con sus dos acepciones: Culteranismo y Conceptismo. 1.3 Distinguirá los diversos nombres que tiene el Barroco en los diferentes países.	1.1.1 Investigue la actitud del hombre español ante la riqueza acumulada. 1.1.2 Señale los motivos que tuvieron en la decadencia. 1.2.1 Advierta lo exagerado del lenguaje. 1.2.2 Observe el rebucamiento y lo intrincado de las ideas. 1.3.1 Lea el tema 1 y observe cómo se le llamó al Barroco en otros países. 1.3.2 Mencione un poema o fragmento de cualquiera de estos autores.	Fichas de contenido del tema 1 de la III Unidad y las fichas de control correspondientes. Lo correspondiente a las fichas de contenido y de control de el tema 2 de la III Unidad. Lectura anexa del Caballero de Olmedo.
III	2	1.1 Aprenda las características del teatro español del siglo de oro. 1.2 Conocerá los dramaturgos representativos del teatro del siglo de oro español. 1.3 Comprenderá el argumento del Caballero de Olmedo.	2.1.1 Comente con sus compañeros lo relativo a los corrales. 2.1.2 Discuta el aspecto religioso, del honor y los celos. 2.2.1 Lea en el tema la vida y obra de cada uno. 2.2.2- Destaque al dramaturgo central de la época. 2.3.1 Estudie el contenido de esta lectura y lo comente con sus compañeros. 2.3.2 Analice las características del teatro nacional en el Caballero de Olmedo. 2.3.3 Compare el argumento del Caballero de Olmedo con el de La Celestina.	Fichas de contenido del tema 1 de la III Unidad y las fichas de control correspondientes. Lo correspondiente a las fichas de contenido y de control de el tema 2 de la III Unidad. Lectura anexa del Caballero de Olmedo.

UNIDADES	TEMAS	OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES QUE SE SUGIEREN	MATERIALES
3	Cervantes dramaturgo	<p>3.1 Ubicará a Cervantes como autor teatral de obras cortas.</p> <p>3.2 Conocerá lo que es un Entremés.</p>	<p>3.1.1 Lea el contenido del tema 3 y llegue a esa conclusión.</p> <p>3.1.2 Observe cualquier entremés para que vea su extensión.</p> <p>3.2.1 Comprenda que es una obra corta humorística, cuyo fin es divertir.</p> <p>3.2.2 Compare los Entremeses con los Pasos de Lope de Rueda.</p> <p>3.3.1 Sintetice el contenido de la obra.</p> <p>3.3.2 Represente en compañía de otros compañeros este Entremés.</p>	<p>Las fichas de contenido y control del tema 3 de la Unidad III.</p> <p>Lectura del Entremés "La guarda cuidadosa".</p>
4	Cervantes novelista	<p>4.1 Obtendrá un conocimiento biográfico de Cervantes.</p> <p>4.2 Aprenderá la reflexión que hace el autor del realismo y el idealismo a través del Quijote y Sancho.</p> <p>4.3 Aprenderá los valores universales del Quijote (justicia, libertad, honestidad).</p> <p>4.4 Advertirá la consolidación del idioma con la aparición del Quijote.</p>	<p>4.1.1 Lea la biografía y resume la que considere más importante.</p> <p>4.1.2 Observe el optimismo que campea en la obra de Cervantes a pesar de la realidad de su vida.</p> <p>4.2.1 Explique el enfrentamiento del realismo e idealismo en la batalla de los Molinos de viento.</p> <p>4.2.2 Identifique los personajes realistas y fantásticos de los capítulos vedados.</p> <p>4.3.1 Observe la actitud del Quijote ante la vida.</p> <p>4.3.2 Lea el segundo capítulo y explique las razones por las que el Quijote sale a enderezar entuertos.</p> <p>4.4.1 Lea el capítulo 42 y explique los consejos.</p> <p>4.4.2 Enumere cinco de los refranes de Sancho.</p>	<p>Los correspondientes al tema 4 de la III Unidad.</p> <p>Capítulos escogidos del Quijote.</p>

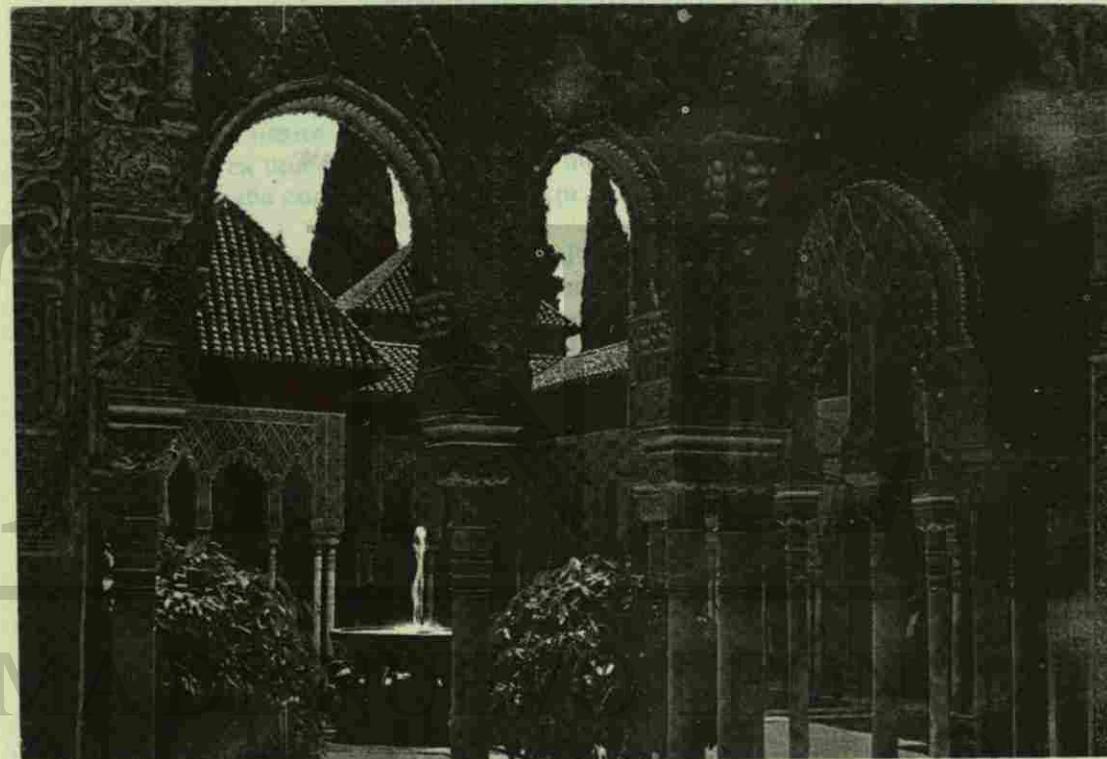
UNIDADES	TEMAS	OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES QUE SE SUGIEREN	MATERIALES
5	Novelas Ejemplares. Rinconete y Cortadillo.	<p>5.1 Comprenderá la idea de Novela Ejemplar.</p> <p>5.2 Precizará clasificación de las Novelas Ejemplares.</p> <p>5.3 Ubicará la novela "Rinconete y Cortadillo" entre las picarescas.</p>	<p>5.1</p> <p>5.2</p> <p>5.3</p>	<p>Contenido de la ficha 5 de la III Unidad y su ficha de control.</p> <p>Lectura de Rinconete y Cortadillo.</p>
6	Lírica en el siglo XVII	<p>6.1 Deducirá la influencia de las Escuelas Salmantina y Sevillana en el Conceptismo y Culteranismo.</p> <p>6.2 Conocerá los principales poetas líricos de las Escuelas Salmantina y Sevillana.</p> <p>6.3 Comprenderá las características del Conceptismo y Culteranismo.</p> <p>6.4 Ubicará a Cervantes como poeta.</p>	<p>6.1</p> <p>6.2</p> <p>6.3</p> <p>6.4</p>	<p>Ficha de contenido del tema 6 de la III Unidad y su ficha de control respectiva.</p> <p>Lectura de los poemas anexos.</p>



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

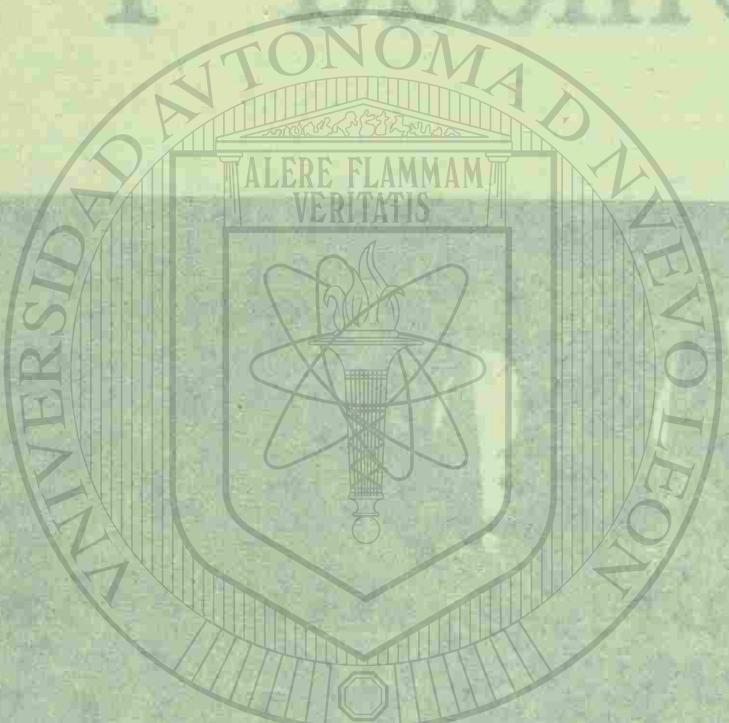
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Unidad I



España Generalidades

Situación Geográfica



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

España Generalidades
Situación Geográfica

1 UNIDAD

“ La grandeza de España esta muy por encima de sus defectos ”

Isabel

TEMA 1

ESPAÑA.— GENERALIDADES.— SITUACION GEOGRAFICA

Observando un mapa del Continente Europeo, advertiremos que en el suroeste del mismo se encuentra una Península con forma aproximada de un cuadrado. Esta Península es llamada “ Ibérica ”, antiguamente recibió el nombre de Hispania y en la actualidad es la región donde se encuentran España, Portugal y Andorra. Limita al norte con el Mar Cantábrico. Al sureste y este con el Mar Mediterráneo. Al oeste y suroeste es bañada la Península por las aguas del Océano Atlántico. Su único límite terrestre es al noreste con Francia. La Península Ibérica, abarca una superficie un poco menor de 600,000 km. 2 de los que solo España comprende 505,020 km. 2.

En su aspecto orográfico, la Península Ibérica está estructurada por varios sistemas: Cantabro—astórico, Central, Ibérico y Penibético, cuenta con varias elevaciones de importancia, entre ellas: Los montes Pirineos, La Sierra de Guadarrama, La Sierra Morena, La Sierra Nevada y el Pico de Mulhacén cuya cima alcanza una altura de 3,481 metros sobre el nivel del mar.

La Hidrografía de la región está formada por varios ríos que atraviesan la península de este a oeste, nacen en España, cruzan Portugal y desembocan en el Océano Atlántico, es el caso del Duero, Tajo, Guadiana, Guadalquivir, etc. El único río que atraviesa la región del norte a sureste desembocando en el Mar Mediterráneo, es el Ebro.

El clima es variado, presentando paisajes boscosos al norte, seco y yermo en el centro y verde y fértil en el sur. Sus producciones especiales son: castaños, pastizales, gramíneas, cítricos, olivos y viñedos.

Como ya comentamos, La Península Ibérica, está formada por España, Portugal que se independiza en 1640 y Andorra un pequeño principado de los Pirineos.

Para tener una visión general de España, que mejor que recordar que antiguamente estuvo dividida por reinos y después por provincias. Sus provincias más destacadas son: Galicia, Asturias, Las Vascongudas, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Andalucía, Castilla La Vieja, Castilla La Nueva y Extremadura. En cada provincia se desarrollaron una o varias ciudades importantes que dan brillo y personalidad a España.

Base étnica española.

Existe la hipótesis de que los más antiguos pobladores de la península ibérica fueron los ligures, pero la opinión general es que los primeros pueblos que llegaron a España fueron los íberos.

Se cree que eran fuertes, morenos, de talla mediana, quienes llegaron procedentes de África y se establecieron en la costa de Levante.

Otros fueron los tartesios, pueblos cuyo origen se desconoce, se asentaron en la parte baja de Andalucía y sur de Portugal por el año 1000 a de C. Fueron un pueblo culto y próspero enriquecido por las minas de plata.

Los Celtas llegaron del sur de Alemania en el siglo VI A. de C. y se establecieron en Sierra Morena.

Eran rubios, altos y valientes, vivían, en recintos fortificados cuyos restos se encuentran en Numancia, se fusionaron con los iberos y formaron la raza celtíbera.

4

Los fenicios y los griegos llegaron a tierras españolas en su afán de colonizar las costas del mediterráneo e influyeron sobre los habitantes de Iberia (nombre dado por los griegos) a Hispania (Spanija, tierra de conejos, de origen púnico).

Los fenicios fundaron Gadir (hoy Cádiz) y la presencia de los griegos nos la muestran los vestigios de su colonización encontrados en Ampurias.

Los cartagineses llegaron a España y conquistaron el país, pelearon con los romanos en la 2a. - guerra púnica y con la toma de Numancia (134) defendida valientemente por sus moradores, España quedó en poder de los romanos. De este hecho histórico tomó Cervantes la crónica y compuso la comedia dramática El Cerco de Numancia.

No se puede hablar de una unidad étnica española pero tomando como base a los ligures, se pueden considerar a los íberos, celtas, fenicios, griegos y cartagineses como los pueblos que primeramente sentaron las bases de la unidad nacional.

Los romanos dominaron España y gobernaron desde el siglo II A. de C. hasta el siglo V D de C.

La romanización de la península se llevó a cabo gracias a la religión cristiana, a la lengua latina y al establecimiento de un sistema jurídico, logrando, de esta manera, imponer la cultura que ellos habían adquirido de los griegos.

La dominación romana terminó cuando vándalos suevos y alanos, pueblos belicosos, atravesaron los Pirineos en busca de expansión territorial. Más tarde llegaron los visigodos, éstos, más civilizados, lograron restablecer el orden hasta el año 711 cuando llegaron los moros del África por el estrecho de Gibraltar.

Los árabes, fanáticos de las doctrinas de Mahoma, penetraron y derrotaron fácilmente a los visigodos y lograron consolidarse en España; Córdoba se convirtió en centro político y cultural de Occidente. Una parte de la población adoptó la religión y la lengua de los árabes y abundaban los mozárabes, cristianos que residían con los moros; y los mudéjares, árabes que residían con los cristianos.

Persistió la tolerancia entre los grupos y el predominio de los árabes en la Península fue absoluto hasta comienzos del siglo XI.

5

Los árabes hicieron grandes aportaciones en España; introdujeron el papel y la industria textil entre otras. Edificaron mezquitas y palacios y su influencia cultural fue grande debido a su afición por la literatura, la filosofía y demás ciencias,

Los hispano-romanos se organizaron y lucharon durante siglos por la Reconquista de su territorio.

Estos hechos históricos fueron material para los literatos de los siglos XII y XIII - Fue hasta a fines del siglo XV cuando lograron desalojar a los árabes y al unirse los reinos de Castilla y Aragón se formó lo que se puede considerar la unidad española.

También estuvieron presentes en España los judíos quienes convivieron con los moros y cristianos y contribuyeron en el aspecto económico y literario al desarrollo cultural del país y su expulsión en el siglo XV ayudó a producir la decadencia española del siglo XVII.

LA LENGUA ESPAÑOLA

Hablar de la lengua de España significa recordar la presencia de los distintos pueblos que con unos u otros fines llegaron a la Península; pueblos aborígenes como los Ilirios, Ligures y Ambrones, dieron la base natural o autóctona de los Hispanos; pueblos inmigrados como los Iberos y los Celtas, pueblos colonizadores como los Tartesios, Cartagineses, Griegos, Fenicios, etc. pueblos invasores como los Romanos, los Bárbaros y los Arabes. Cada pueblo contribuyó con vocablos que enriquecieron la lengua de la Península.

Los nombres de lugares, ciudades, puertos y personas son muestras tangibles de la influencia lingüística de esos pueblos. No había unidad lingüística entre los habitantes de España, una lengua se hablaba en casa y otra en la calle, una se usaba oralmente y otra por escrito.

La conquista de la Península por los Romanos fue lenta y no se llevó a cabo sin resistencia, hubo pueblos que aceptaron rápidamente la romanización, sin embargo, Castilla y la región Vasca fueron reacias a la invasión. La estancia de los romanos fue de casi siete siglos, llegaron en el momento oportuno ya que Hispania no tenía un idioma consolidado así que introdujeron en la Península aparte de el Latín vulgar, su religión, su espíritu militar, una arquitectura grandiosa y muchos aspectos más. Pronto Hispania fue una de las provincias romanas más señaladas en el Imperio.

Palabras como: grandis (tamaño), magnus (cualidades morales), ludus (juego), jocus (burla), aurícula (oreja) son muestra de la presencia latina en nuestro idioma.

Es de mencionarse que el latín vulgar llevado por los romanos a la Península, se encontró en cada región con diferentes lenguas, unas más arraigadas que otras, de esta manera se mezcló el latín con las distintas lenguas habladas en España y en otros lugares que después formarían el Imperio Romano y así aparecieron las Lenguas Romances llamadas también Neolatinas. Ellas son: Español, Francés, Italiano, Gallego, Portugués, Catalán, Provenzal, Sardo, Rético, Dálmata y Rumano.

Los Bárbaros también dejaron huella lingüística de su estancia en España, a pesar de que los Alanos, Suevos y Vándalos eran pueblos devastadores, tuvieron la ventaja de que sus hermanos los Visigodos, eran más preparados y organizados y pudieron influir positivamente en la Península.

El sufijo ing-engo en vocablos como abadengo, realengo, abolengo, términos como wardja (guardia), spaiha (espía) y voces de la Onomástica como: Alfonso de all (todo) y funs (preparado) y Fernando de Frithus (paz, alianza), y nanth (atrevido) son vivos ejemplos de la influencia bárbara en la Península. Su presencia fue casi de tres siglos dando paso a la invasión musulmana que duró del siglo VIII al XV D. C. Estos últimos se aposentaron el centro y sur de España dando a conocer su gran cultura, su arte, su buen gusto en la decoración, en las comidas, en el vestuario, etc.

Los árabes dejaron más de 4,000 palabras a nuestro idioma y si no lograron superar en su conquista a los Romanos fue por cuestión de épocas y situaciones históricas. Vocablos tomados del árabe son: atalaya (centinela) alférez (caballero) y muchas voces de la agricultura, matemáticas, vivienda y construcción, como: acequia, alberca, algozón, arriate, zaguán, azotea, almohada, albañil, álgebra, aritmética.

Al terminar el siglo XV, concluye la última dominación de importancia en España y es de suponer que desde ese siglo a la fecha, la lengua española ha evolucionado bastante y ha sido influida lingüísticamente por todos los países que tienen contacto con ella.

Adjuntamos un resumen en donde se observa la participación en la lengua española de los distintos países relacionados hasta fines de la Edad Media.

ROMANOS	80 o/o
ARABES	10 o/o
IBEROS Y CELTAS	4 o/o
VISIGODOS	3 o/o
GRIEGOS, FENICIOS, CARTAGINESES, etc.	3 o/o

TEMA IV

El sentido de Hispanidad

Como toda autentica nación hay en España cierta afinidad de raza entre sus componentes humanos, un idioma común, un territorio, un pasado y un porvenir común. Esta unidad se manifiesta en la adhesión que cada español tributa al pasado, al presente y al porvenir de España y el estilo está presente, en cierto "modo de ser" que todos ostentan, en sus hechos y sus producciones, sin embargo "definir" el estilo hispánico es empresa difícil, sólo nos limitaremos a mostrarlo mediante símbolos que lo manifiesten.

Hemos estudiado en párrafos anteriores la colonización, inmigración y conquistas por las que pasó España y esa mezcla de culturas vienen a producir una manera diferente y unitaria a la vez. Cada región, cada provincia ofrece características distintas, por ese motivo suele llamarse el territorio hispánico el "mosaico español".

Pero, ¿Cómo podremos formarnos una idea más clara de lo que es el estilo hispánico?

8

Lo mejor que podríamos hacer es convivir permanentemente con ese estilo. Estudiar su historia en forma atenta. Recorrer la Península. Contemplar sus paisajes tan maravillosamente diferentes. Visitar sus ciudades, sus pueblos, sus aldeas. Conversar con sus habitantes. Admirar el Arte, los cuadros que han pintado, las estatuas que han labrado y los edificios que han construido. Leer las obras de su literatura; escuchar sus cantos, disfrutar su música. Admirar sus bailes. En fin, sumergirse conviviendo con la vida pasada y presente del pueblo español. Y al cabo de esa larga convivencia tendríamos en nuestro espíritu una noción clara, precisa, aunque infame e indefinible del estilo español.

Pero ese camino es largo e impracticable para la mayoría de las personas; tendremos que buscar un símbolo. Una solución ofrece la figura del Cid Campeador, otra la de Don Quijote y Sancho, así como la figura del cuadro de Velázquez denominado Las lanzas. También el retrato del Greco conocido bajo el nombre de El caballero de la mano al pecho.

Todas estas figuras tomadas del tesoro artístico de España nos llevarían a conocer una figura pero no un estilo en sí, un modo. Necesitamos un hombre, en suma que represente las más íntimas aspira-

ciones del alma española. Pero, nos iremos más lejos. Más que una figura se necesita simbolizar la hispanidad; un tipo ideal, el diseño de un hombre que individual y concreto no lo sea para con los demás, un hombre que viviendo en nuestra mente con todos los caracteres de la realidad viva, no sea, sin embargo ni éste, ni aquél, ni de éste lugar, ni de tal hechura ni de cual condición social o profesional; un hombre que represente en suma las más íntimas aspiraciones del alma española, el sistema típicamente español de las preferencias que en el fondo de su alma todo español quisiera ser.

Realmente es difícil definirlo, sin embargo intentaremos "mostrarlo" mediante símbolos que lo manifiesten y que ustedes durante el curso podrán utilizar. Estas "figuras" encajan unas u otras en todo pensamiento descripción o narración emanada de un escritor español.

Simbolización del Caballero español

Paladin: Defensor de una causa es el Caballero español, deshacedor de entuertos e injusticias que va por el mundo sometiendo toda realidad, cosas y valores al imperativo de valores supremos e incondicionales.

Grandeza contra mezquindad: Grandeza es el sentimiento de personal valía, es el acto por el cual damos un valor a lo que somos sobre lo que tenemos. Mezquindad es justo lo contrario. El acto de preferencia por lo que se tiene a lo que somos. El Caballero español tiene de sí mismo un valor infinito y eterno. Vale por lo que es y no por lo que tiene.

Arrojo: La valentía del Caballero español deriva de la profundidad de sus convicciones y de la superioridad inquebrantable de su propia esencia y valía. De nadie espera y de nadie teme. Cifra toda su vida en sí mismo, en su propio esfuerzo personal. Cree en lo que piensa y piensa lo que cree.

Altivez: La combinación de confianza en sí mismo con la grandeza y el arrojo dan indiscutiblemente la altivez. El Caballero español no estima ninguna cosa tanto como su propia persona, se guarda muy bien de mostrar aprecio a cosas ajenas y de parecer rendido u obsequioso de manifestar que, fuera de sí mismo, encuentra valores que apeteciera poseer. Aparece en la vida intransigente y terco, pero es la intransigencia y la terquedad del que se siente llamado a cumplir una misión. Por otro lado su conducta ofrece dos matices: el silencio y la

9

elocuencia. El Caballero español es silencioso y aún taciturno, grave en su postura, pero cuando hay ocasión, o momento de punzante emoción alza la voz y se encumbra en formas de elocuencia y retóricas, sabe gritar y gritar con fuerza.

Culto del honor: Expresión y manifestación extrema de estimación superior a su personalidad individual. Honra es toda manifestación externa que alienta al hombre en su afán y propósito de perfección ocultando en lo posible el abismo entre la maldad real y la bondad ideal. La honra, el honor es, pues, ese reconocimiento externo del valor interior de la persona.

Idea de la muerte: La vida del caballero español no vale la pena o vale solo en tanto que se pone al servicio del valor eterno. Esta vida no es lugar de estar sino tránsito a la eternidad.

Religiosidad del Caballero: En todo momento quiere hacer él la vida y la Historia, en vez de ser hecho por la vida y por la Historia. Sin embargo podremos señalar en este punto que la postura hispánica ante la vida es eminentemente senequista (explique el maestro este concepto) y su religiosidad es motivo de serio estudio.

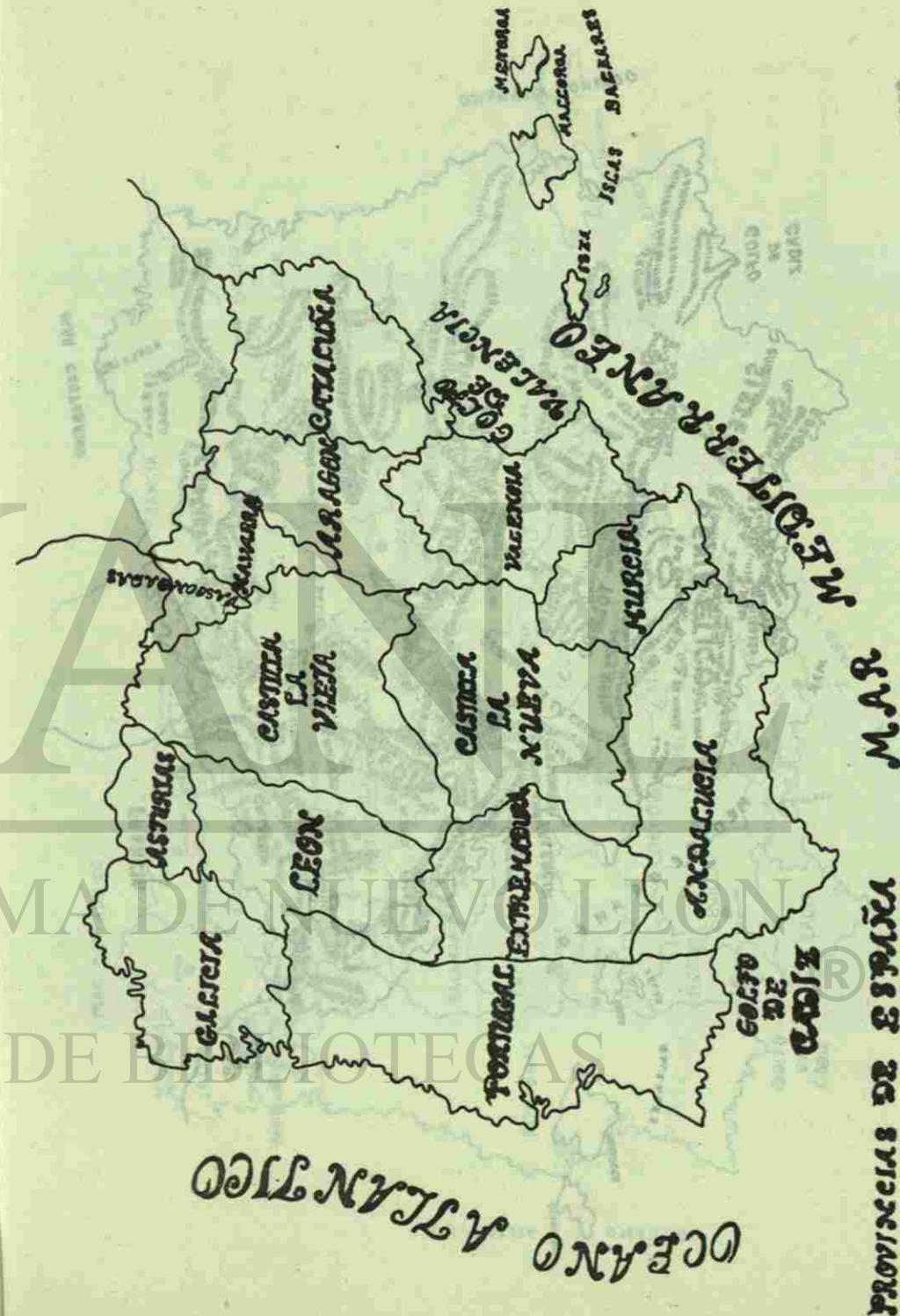
Impaciencia de eternidad: El Caballero siente en su alma un anhelo palpitante de eternidad que no puede, ni esperar siquiera, el término de la breve vida.

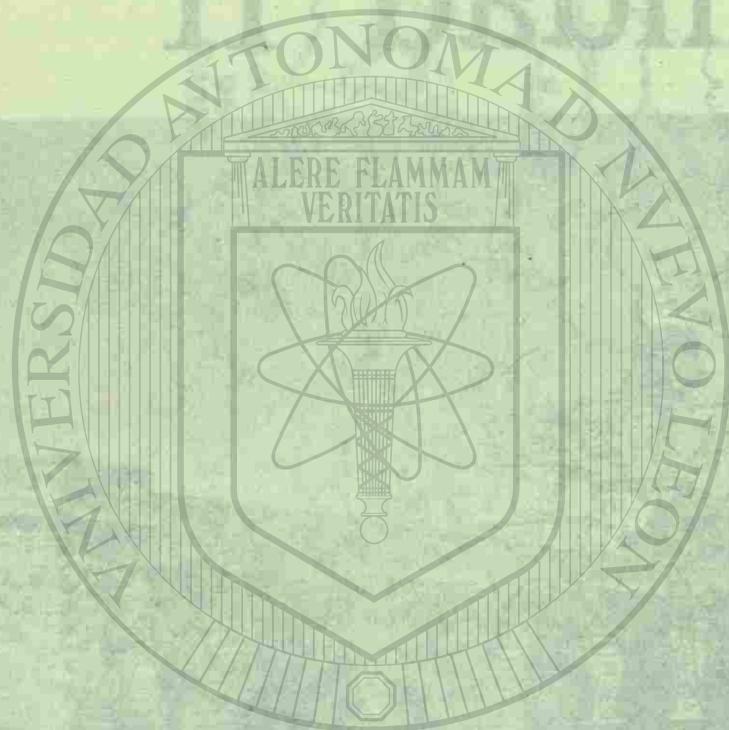
Personalidad: Todas las cualidades anteriores van en resumidas cuentas a una característica fundamental: La afirmación enérgica de la personalidad individual. Es regularmente una personalidad fuerte, no cede, no se doblega, no se somete. Afirma su yo con orgullo, con altivez, con tesón, a veces con testarudez pero siempre con nobleza, es decir, con la honrada estimación de la propia valía.

Culto del honor:

“ Maté a tu padre Jimena,
pero no ha desaguizado
maté hombre y hombre doy
y aquí estoy a tu cuidado ”

Guillén de Castro





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siglos XV, XVI

II UNIDAD

Verdad que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer”.

Lazarillo

TEMA I

MARCO SOCIAL HISTORICO DE LOS SIGLOS XV y XVI EDAD MEDIA Y RENACIMIENTO

Comprende la Edad Media desde el siglo V al XV.D. C. aunque los albores literarios en España son en el siglo XII D.C.

Los tiempos son de luchas y problemas, prosigue la Reconquista, los árabes pierden su poder en la Península, existe pugna entre los reyes y los señores feudales; la burguesía y el pueblo en general aprovechan el momento para ganar libertades y derechos.

Así se integra una nueva conciencia: la Nación Española. El matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón aglutina intereses pero no se acaba del todo el poder feudal. Castilla ocupa un lugar preponderante en el reino español.

Dentro de este marco de agitación nacen y se desarrollan las letras, aparecen conventos y claustros en donde se manifiestan las artes y toda clase de cultura, poco a poco se van fundando bibliotecas y universidades y son los nobles en las cortes quienes protegen la publicación de las obras escritas.

17

La iniciación literaria coincide con el nacimiento del castellano; desde el siglo VIII se maneja lo que se llama un “ romance ”, pero como ya se dijo es hasta el siglo XII cuando se inicia la literatura usándose con más insistencia el castellano. Ya para el siglo XV la literatura llevaba un camino ampliamente recorrido tanto en el género épico como en el género lírico, en el siglo XIII y XV se dan muestras teatrales, apareciendo el género dramático y en el siglo XIII y XV surgen obras críticas y moralizantes dando lugar al género didáctico.

En las cortes aparece un nuevo tipo de caballero: el cortesano y aparece en España una nueva clase social: la burguesía, compuesta de comerciantes, financieros e industriales.

Desde el punto de vista cultural las ciencias y la aplicación de los inventos se desarrollaron; aparece la brújula, el astrolabio, la pólvora, la imprenta, el papel, etc. dando margen a descubrimientos geográficos importantes y a la difusión literaria que estaba estancada por las limitaciones de la época. Así surge en el siglo XVI el Renacimiento,

Idea de la muerte:

“ Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando ”

Jorge Manrique

Impaciencia de la eternidad:

“ Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
y toda manera espero
que muero porque muero ”

primero en Italia y después en todos los países europeos. Este movimiento significó un despertar del ser humano, un darse cuenta de la importancia del hombre mismo, el hecho de que toda actividad realizable tuviera como meta el hombre, un gustar del espíritu clásico de los griegos y romanos, imitar y recrear sus obras. En esto radica realmente la esencia del humanismo y no solamente en el estudio de las letras grecorromanas.

Un hecho de importancia reforzó el arraigo de las nuevas ideas: el descubrimiento de América. En la literatura abundan las obras que por primera vez se editan, las traducciones de autores italianos (Dante y Petrarca) y de otros países. Se deja de usar el poema épico, el romance y la copla, para ser sustituidos por la novela, el soneto y el madrigal. Es ya en el siglo XVI cuando el teatro adquiere un verdadero valor literario.

En esta época, principios del siglo XVI, es coronado Carlos I como rey de España, quien en Alemania gobernaba con el nombre de Carlos V, es un período de matrimonios por conveniencias, reparto de territorios y la colonización de posesiones americanas. En 1556, se inicia el reinado de Felipe III. En manos de estos reyes se fue concentrando el poder hasta que devino en absolutismo.

En síntesis, podemos decir que para muchos autores literarios, la Edad Media fue una época de obscuridad, el Renacimiento de claridez y el Siglo de Oro de esplendor.

TEMA II

El Teatro Medieval

El Teatro en España tiene su origen en la épica medieval en las principales ceremonias litúrgicas. El mismo procedimiento de creación y desarrollo en la Antigüedad Clásica viene a suceder en el Teatro español.

Los acontecimientos de Semana Santa y Navidad o sea nacimiento y muerte de Cristo, eran dialogados ante el altar por el sacerdote y los jóvenes estudiantes de los monasterios, posteriormente este mismo diálogo en forma de representación, salió al atrio de las Iglesias así co-

mo a los claustros de los Conventos. Fueron tomando luego temas diversos como la vida de los santos, parábolas del Nuevo Testamento y se agregaron "villancicos" con tonadas populares.

Así nació el Teatro español. Más tarde salió a la plaza pública montadas las representaciones en amplio tablado y al aire libre con escenografías rudimentarias convirtiéndose en un Teatro enteramente popular y humorístico.

El Teatro Religioso se agrupa en dos temas:

I.- Ciclo de Navidad: Tema del nacimiento de Cristo, Profecías y adoración de los reyes y pastores.

II.- Ciclo de la Pasión: Tema de la muerte. Muerte de Cristo, episodios de Redención, llanto y soledad de María.

El Auto de los Reyes Magos.— El más antiguo de los textos que se conocen data del siglo XIII y aunque mutilado nos sirve para conocer el espíritu ingenuo y sencillo de la época. La trama sigue el Evangelio de S. Mateo con escasas modificaciones. Mencionemos también el Misterio de Elche también del siglo XIII y que todavía se representa.

Teatro Religioso Medieval: Misterios y Moralidades.

El Misterio: Representa la vida de Jesús o de los Santos y suele llamarse Auto historia. Este tipo de Teatro da lugar a las llamadas Comedias de Santos.

Las Moralidades: Teatro simbólico, cuyos personajes son abstractos, como el bien, la honradez, la disciplina, el amor, etc. y se producen en forma de parábolas y alegorías llamadas Autos alegóricos que da lugar más tarde, en los Siglos de Oro a los Autos Sacramentales.

Teatro satírico y profano.— Paralelo al Teatro Religioso se va a crear un Teatro de carácter popular que se llamó "juegos de escarnio", farsas y monólogos de carácter profano, satírico y humorístico llamado por ellos "devergonzado". El Teatro profano es juglaresco y los constituyeron las Disputas (del agua y el vino, del alma y el cuerpo, Elena y María, etc.) Los juegos de escarnio y las Farsas, eran representadas el día de los inocentes. La existencia de Juglares, Mimos e Histriones en esa época y la prohibición de Alfonso el Sabio en sus

Partidas de escenificar este tipo de representación en las iglesias, nos dan testimonio de su existencia, ya que las obras no se han conservado, pero las menciones abundan en crónicas y leyes.

Las danzas de la Muerte.— Originales del norte de Europa participan del Misterio, de la Moralidad y de la Sátira. Tienen elementos religiosos, profanos, filosóficos y populares. Eran piezas en que la muerte invita a danzar en su coro al Papa y al Emperador; al Cardenal y al Rey; al patriarca y al duque; al niño y al mendigo.

En el diálogo y la danza se aprende que ante la muerte todo en vano, que las jerarquías mundanas y la vanidad del hombre es inútil. El tema de la muerte impera en el arte y la literatura europeos el Siglo XIX.

" A la Danca mortal venit los nascidos
Quex en el mundo soes de cualquiera estado,
El que no quisiere a fuerza e amidos,
Facerle he venir muy toste parado
Pues que ya el frayre bos ha predicado
Que todos bayaes a faser penitencia,
El que non quisiere poner diligencia
Por mi nom puede ser mas esperado "

A medida que nos adentramos en el S. XV la mutación teatral va teniendo lugar. Las nuevas corrientes literarias van imperando en lo que antes era profano y religioso, se transforman en un teatro humanista, producto del cambio operado en Italia que llega luego a España: El Renacimiento, corriente que va a transformar a la sociedad imperante.

Por algún tiempo los autores oscilan entre las dos corrientes y sus obras se representan con igual acogida.

Prelopistas

Juan del Encina.— Nació en Encina de San Silvestre en 1469 estudió en Salamanca. Estuvo al servicio del Duque de Alba como músico. Vivió en Roma donde fue cantor de la Capilla pontificia. Fue a Jerusalén y regresó a España donde murió en 1529.

Con él se inicia propiamente el teatro ya que son escasas las representaciones que se conservan de la Edad Media. Se inicia con este

autor un período que abarca a Torres Naharro, Gil Vicente, Lope de Rueda y otros. Dos ambientes se reflejan en su obra, el popular o medieval y el culto o renacentista. En su obra se funden armoniosamente elementos paganos y cristianos, así como la vida del campo y la vida citadina.

Gil Vicente.— Nació en 1470 fué portugués, sólo superado por Camoens el que con su obra *Los Lusíadas* fijó el idioma de Portugal. Compuso Gil Vicente Autos de Navidad siguiendo a Juan del Encina tomando los dos caminos el religioso y popular a la vez. Su producción es abundante y en ella censura los vicios de los clérigos cuya corrupción originó la Reforma de la Iglesia en el Concilio de Trento y la Reforma Protestante.

Produjo Gil Vicente solo teatro cortesano para los que gustaban de esa manifestación artística.

Lope de Rueda.— Fundador del teatro moderno, logró hacer del teatro un espectáculo independiente y retribuido, apartado por vez primera, de la Iglesia y el Ayuntamiento, con temas populares.

22

Se conservan: Cuatro comedias, tres coloquios pastoriles, once Pasos y un Auto.

Están escritos la mayor parte en prosa con giros castizos, refranes tan populares siempre en España y proverbios. El ingenuo realismo, una fuerza cómica natural y aguda, gracia por arrobos y un diálogo perfecto.

Los Pasos cuyos nombres son: Los criados, Pagar y no pagar, Las Aceitunas, Cornudo y contento, El rufián cobarde, El convidado, La generosa paliza, La tierra de Jauja, Los lacayos ladrones, son los más interesantes y los más conocidos y populares hasta ahora. Los personajes son de condición humilde como la gitana, el bobo, el lacayo, etc.

Juan de la Cueva.— Nació en Sevilla en 1550 considerado como el que introdujo en la dramática española, la épica popular.

Las tradiciones heroicas de los tiempos antiguos fueron llevados a la escena por primera vez teniendo un éxito extraordinario con el público de entonces, así el poema del Cid, Los Infantes de Lara, Bernardo de Carpio pasaron a la escena española.

Juan de la Cueva marcó un camino que Lope de Vega posteriormente tomó, al dar vida a héroes legendarios inspirados en la historia de España.

Rompió con la tradición clásica en la unidad de tiempo y espacio, causando gran escándalo en los conocedores y el aplauso del público. Publicó cuatro cartas al estilo de Horacio proclamando la libertad teatral y señalando el derecho que tienen el público de complacerle antes que acatar reglas clásicas.

Iniciador de un teatro con temas nacionales y amplia libertad para representarse, tiene seguidores tan importantes como Lope de Vega y Tirso de Molina las dos figuras más grandes del Teatro de los Siglos de Oro.

TEMA III

La Celestina

En 1499 aparece en Burgos la tragicomedia de Calixto y Melibea. Novela dialogada o Teatro en prosa. La primera edición contaba con 16 actos. Apareció con el título de "Comedia de Calixto y Melibea" y en Sevilla 1501 aparece una nueva edición con 21 actos y un prólogo así como versos acrósticos en cuyas iniciales se lee "El Bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Calixto y Melibea en Puebla de Montalbán".

23

Añadiremos que Fernando de Rojas nació en Puebla de Montalbán y se estableció en Talavera de la Reina, era jurista y varios años fué Alcalde Mayor. Allí murió en 1541. Se conserva el testamento así como una lista de libros que poseyó y fueron muy numerosos. Unos investigadores consideran que era judío otros, que no fue ni judío ni converso sino hidalgo y cristiano.

La Celestina divide dos épocas de la literatura de su tiempo: Medieval y Renacimiento. El Realismo con que están trazados los personajes tienen máxima importancia. Se describe en ella la historia de dos enamorados Calixto y Melibea, jóvenes ricos, nobles, despreocupados, y el del hampa con seres codiciosos, lisonjeros, malévolos y con conocimiento de la vida y el corazón humano y que en Celestina se agudiza en forma notable y cruel.

autor un período que abarca a Torres Naharro, Gil Vicente, Lope de Rueda y otros. Dos ambientes se reflejan en su obra, el popular o medieval y el culto o renacentista. En su obra se funden armoniosamente elementos paganos y cristianos, así como la vida del campo y la vida citadina.

Gil Vicente.— Nació en 1470 fué portugués, sólo superado por Camoens el que con su obra *Los Lusíadas* fijó el idioma de Portugal. Compuso Gil Vicente Autos de Navidad siguiendo a Juan del Encina tomando los dos caminos el religioso y popular a la vez. Su producción es abundante y en ella censura los vicios de los clérigos cuya corrupción originó la Reforma de la Iglesia en el Concilio de Trento y la Reforma Protestante.

Produjo Gil Vicente solo teatro cortesano para los que gustaban de esa manifestación artística.

Lope de Rueda.— Fundador del teatro moderno, logró hacer del teatro un espectáculo independiente y retribuido, apartado por vez primera, de la Iglesia y el Ayuntamiento, con temas populares.

22

Se conservan: Cuatro comedias, tres coloquios pastoriles, once Pasos y un Auto.

Están escritos la mayor parte en prosa con giros castizos, refranes tan populares siempre en España y proverbios. El ingenuo realismo, una fuerza cómica natural y aguda, gracia por arrobos y un diálogo perfecto.

Los Pasos cuyos nombres son: Los criados, Pagar y no pagar, Las Aceitunas, Cornudo y contento, El rufián cobarde, El convidado, La generosa paliza, La tierra de Jauja, Los lacayos ladrones, son los más interesantes y los más conocidos y populares hasta ahora. Los personajes son de condición humilde como la gitana, el bobo, el lacayo, etc.

Juan de la Cueva.— Nació en Sevilla en 1550 considerado como el que introdujo en la dramática española, la épica popular.

Las tradiciones heroicas de los tiempos antiguos fueron llevados a la escena por primera vez teniendo un éxito extraordinario con el público de entonces, así el poema del Cid, Los Infantes de Lara, Bernardo de Carpio pasaron a la escena española.

Juan de la Cueva marcó un camino que Lope de Vega posteriormente tomó, al dar vida a héroes legendarios inspirados en la historia de España.

Rompió con la tradición clásica en la unidad de tiempo y espacio, causando gran escándalo en los conocedores y el aplauso del público. Publicó cuatro cartas al estilo de Horacio proclamando la libertad teatral y señalando el derecho que tienen el público de complacerle antes que acatar reglas clásicas.

Iniciador de un teatro con temas nacionales y amplia libertad para representarse, tiene seguidores tan importantes como Lope de Vega y Tirso de Molina las dos figuras más grandes del Teatro de los Siglos de Oro.

TEMA III

La Celestina

En 1499 aparece en Burgos la tragicomedia de Calixto y Melibea. Novela dialogada o Teatro en prosa. La primera edición contaba con 16 actos. Apareció con el título de "Comedia de Calixto y Melibea" y en Sevilla 1501 aparece una nueva edición con 21 actos y un prólogo así como versos acrósticos en cuyas iniciales se lee "El Bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Calixto y Melibea en Puebla de Montalbán".

23

Añadiremos que Fernando de Rojas nació en Puebla de Montalbán y se estableció en Talavera de la Reina, era jurista y varios años fué Alcalde Mayor. Allí murió en 1541. Se conserva el testamento así como una lista de libros que poseyó y fueron muy numerosos. Unos investigadores consideran que era judío otros, que no fue ni judío ni converso sino hidalgo y cristiano.

La Celestina divide dos épocas de la literatura de su tiempo: Medieval y Renacimiento. El Realismo con que están trazados los personajes tienen máxima importancia. Se describe en ella la historia de dos enamorados Calixto y Melibea, jóvenes ricos, nobles, despreocupados, y el del hampa con seres codiciosos, lisonjeros, malévolos y con conocimiento de la vida y el corazón humano y que en Celestina se agudiza en forma notable y cruel.

Calixto y Melibea víctimas de las malas artes de esta mujer, vieja perversa que vive de arreglar entrevistas de enamorados, hace que Calixto, enamorado perdidamente de Melibea y sabiendo que los padres de la joven se oponen a su amor hace que seduzca a la joven con su ayuda.

Después de muchas hazañas Calixto muere y Melibea, desesperada por la muerte de su amado, se suicida en presencia de sus padres.

La tesis aparente del libro es mostrar a los jóvenes los peligros de que los mozos bien nacidos, consulten sus asuntos íntimos con criados y gentes de baja condición.

Sin embargo la verdadera filosofía del libro es profunda epicurea y pesimista.

Aparte del valor filosófico ésta nos ofrece una serie de cuadros de costumbres de la España de esa época descritas con veracidad.

La lengua alcanza en este libro su madurez en esencia.

24

El arte del diálogo empieza en Europa con esta obra. Así como uno de los libros capitales donde atesora el refranero incalculable del pueblo español.

La Celestina es una obra dramática que ha influido en el teatro en prosa del S. XVI así como en la novela picaresca.

Se presentó en París y en México y actualmente se llevó al cine con gran éxito.

Para que tengas una idea de los caracteres de los personajes, las situaciones creadas en forma dramática, de la variedad del lenguaje según quien habla, dada su condición social, a continuación te ofrecemos una síntesis de la obra.

TRAGICOMEDIA DE CALIXTO Y MELIBEA

LA CELESTINA

de Fernando Rojas.

PERSONAJES:

Calixto: mancebo

Melibea: doncella

Sempronio y Pármeno: Criados de Calixto

Celestina: vieja alcahuete

Lucrecia: criada de Melibea

Elicia y Areusa: hijas de Celestina

Centurio: maleante

Pleberio: padre de Melibea

CASA DE CALIXTO.

CALIXTO.— (entrando).— Sempronio !

SEMPRONIO.— ¡ Señor !

CALIXTO.— Dame acá el laúd

SEMPRONIO.— Aquí está

CALIXTO.— ¿ Cuál dolor puede ser tal que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO.— Ese laúd esta destemplado.

CALIXTO.— ¡ Qué grande es mi dolor y que pequeña es la piedad de quien inspira mi canto.

SEMPRONIO.— ¿ Tú eres cristiano ?

CALIXTO.— ¿ Yo ? Yo Melibeo soy y a Melibea amo. En Melibea creo y a Melibea adoro.

SEMPRONIO.— Que sometas la dignidad del hombre a la imperfecta mujer.

25

CALIXTO.— Porque amo a aquella ante quien tan idigno me hallo, que no la espero alcanzar ?

SEMPRONIO.— ¡ Oh pusilánime ! Desesperado estas por alcanzar a una mujer, cuando muchas de ellas sucumbieron ante lacayos y príncipes.

CALIXTO.— ¡ Maldito seas necio ! ¡ Que bruteces dices !

SEMPRONIO.— Te lastimo ? lee la historia; estudia los filósofos, mira los poetas. ¿ Quién te contará sus mentiras, sus trafagos, su livinidad, sus lagrimillas, su engaño, su soberbia, su desdén, su miedo, supresunción, su alcahuetería.

CALIXTO.— Nada de eso va con Melibea! ¿ Conoces los hilos de oro de Arabia ? Más bellos son sus cabellos largos hasta el postrer asiento de sus huellas y atados con fino listón, como ella se los peina, que no hay más para convertir a los hombres en esclavos.

SEMPRONIO.— ¡ Será un idiota !

26

CALIXTO.— Los ojos verdes, entornados, las pestañas largas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos, los labios colorados, el pecho alto, la piel lisa, suave. ¿ Qué se puede pedir mejor de una diosa ?

SEMPRONIO.— Pues éste sigue terco.

CALIXTO.— Las manos pequeñas, envueltas sus dulces carnes que parecen rubíes entre perlas.

SEMPRONIO.— ¿ Has terminado ?

CALIXTO.— Lo más breve que pude.

SEMPRONIO.— Puesto que todo eso es verdad, por ser hombre tú, eres más digno.

CALIXTO.— ¿ En qué ?

SEMPRONIO.— Ella es imperfecta por eso te desca. Recuerda lo que dijo el filósofo: Así como la materia apetece a la forma, así la mujer al varón ”.

CALIXTO.— ¿ Y cuándo veré eso entre Melibea y yo ?

SEMPRONIO.— Es posible. Y aún más; que la aborrezcas igual que ahora la adoras.

CALIXTO.— ¿ Cómo ?

SEMPRONIO.— Alcahándola y viendola con otros ojos, libres del engaño que ahora los cubre.

CALIXTO.— ¿ Ahora cómo la veo ?

SEMPRONIO.— Con una mirada que hace que lo poco parezca mucho. Pero no desesperes que me encargaré de cumplir tus deseos.

CALIXTO.— ¿ Cómo piensas lograrlo Sempronio ?

SEMPRONIO.— Hace tiempo que conozco a una vieja que se llama Celestina. Es una hechicera que conoce todas las maldades que en el mundo hay, hasta a las piedras las puede provocar a la lujuria y al pecado.

CALIXTO.— ¿ Dónde puedo verla ?

SEMPRONIO.— Le diré que venga aquí. Aguarda. Mientras iré a verla ya contarle tu pena y ella te dará el remedio.

CALIXTO.— ¿ Tardará mucho ?

SEMPRONIO.— Enseguida vuelvo. ¡ Quédate con Dios ! (SALE)

CALIXTO.— Y que vaya contigo. ¡ Oh, Dios Topoderoso, te ruego que guíes a Sempronio de tal forma que convierta mi pena en gozo y yo pueda vivir sin merecerlo.

LA ESCENA EN CASA DE CELESTINA

CELESTINA.— ¿ Quién toca ?

SEMPRONIO.— ¡ Sempronio !

27

CELESTINA.— (Mala peste lo mate y a que buena hora llega el pícaro) . . . Espera, hijo, ya voy. . . ¡ Elicia ! ¡ Elicia !

ELICIA.— (DENTRO).— ¿ Qué mandas tía ?

CELESTINA.— Ven pronto que aquí está Sempronio. (ENTRA SEMPRONIO) Hijo mío ! Estoy tan turbada que ni puedo hablar. Ven acá, dame un abrazo. Tres días que no venías. Parece mentira. ¡ Elicia ! ¡ Elicia ! Míralo.

ELICIA.— ¿ A quién ?

CELESTINA.— ¿ Cómo que a quien ? A Sempronio.

ELICIA.— ¡ Oh ! Sempronio en casa !

SEMPRONIO.— ¿ Porqué te espantas ? Aquí vive siempre mi corazón por tí.

CELESTINA.— ¡ Míralo Elicia !

28

ELICIA.— ¡ Traidor ! ¡ Ojalá te mueras !

SEMPRONIO.— ¿ Por qué estás enojada ? Siempre te he querido más que a las niñas de mis ojos.

ELICIA.— Tres días han pasado sin verte y dices que me quieres. ¡ Ay de mi ! y yo que te dí todo mi cariño.

SEMPRONIO.— No te acongojes, Elicia. ¿ Crees que el fuego de mi amor se apaga con el agua de tan breve ausencia. Do quiera que estoy, estás conmigo.

CELESTINA.— ¡ Déjala no le hagas caso, que tu presencia la turba y sólo dice locuras.

ELICIA.— Calla, tía que de saber cuánto lo quiero se desvanecerá.

SEMPRONIO.— Bien desvanecido me tienes.

CELESTINA.— Dime, hijo, ¿ a que debo tu visita ?

SEMPRONIO.— Ah, te lo diré y verás que pienso tanto en tu bien como en el mío.

CELESTINA.— Dios te lo pague ya que te acuerdas de ésta vieja pecadora.

SEMPRONIO.— Has de saber que Calixto mi amo, se muere de amor por Melibea. Necesita de tus hechicerías, y podemos aprovechar su locura.

CELESTINA.— Veo claro lo que pretende tu amo, y me alegro tanto como los médicos se alegran de que existan enfermos.

SEMPRONIO.— Pues mi amo está muy enfermo y morirá de amor si no lo curas, pasa las noches sin dormir nombrando entre suspiros a su ingrata Melibea. No come, ni sabe en que día vive, ni piensa en nada que no sea Melibea.

CELESTINA.— Mientras más ciego, mejor para nosotros. Su ceguera le impedirá ver nuestro lucro.

SEMPRONIO.— Eres lista, he hecho bien con tomarte como socia en este negocio. Arréglate que vamos a casa de mi Sr.

29

CELESTINA.— ¿ Yo a casa de Calixto ? Elicia, mi mantilla.

ELICIA.— Aquí la tienes, tía.

CELESTINA.— Vamos hijo, que se hace tarde, Elicia si viene la moza que me recomendó el padre, la despachas. ¡ Ah ! Y dile que no deje de pagar su diezmo.

ELICIA.— Descuida, tía. Yo me encargaré

SEMPRONIO.— Adiós paloma mía.

(SALEN CELESTINA Y SEMPRONIO)

CASA DE CALIXTO

CALIXTO.— ¡ Parmeno !

PARMENO.— ¡ Señor !

CALIXTO.— ¿ No oyes sordo ?

PARMENO.— ¿ Qué, señor ?

CALIXTO.— Están llamando a la puerta ¿ Quién es ?

PARMENO.— Es Sempronio y una vieja alcahueta.

CALIXTO.— Calla, que es mi tía.

PARMENO.— Y tú crees que es vituperio decirle como la llamé. En todas partes la conocen como lo que es, una alcahueta y seguidora.

CALIXTO.— ¿ Y cómo la conoces ?

PARMENO.— Cuando era pequeño, mi madre que vivía en la vecindad de Celestina, me dió a ella por sirviente, aunque no me recordará pues le serví poco tiempo.

CALIXTO.— ¿ En que le servías ?

PARMENO.— Le llevaba de comer de la plaza y la acompañaba. Tenía en la cuesta del río una casa en donde se reunían muchas mozas con el pretexto de lavar o remendar camisas. Como era muy amiga de estudiantes y mozo e abades y despenceros nunca faltaba quien le llevara trigo, harina o jarro de vino para que le pusiera en contacto con alguna de las mozas.

CALIXTO.— Gracias por decírmelo.

(ENTRAN CELESTINA Y PARMENO)

CELESTINA.— ¿ Oh, noble señor ? Sere gocija toda esta indigna pobreza con tu gentil persona.

CALIXTO.— También mis ojos se complacen con tu presencia. Quiera dios que mi alma se alegre con tus deseadas promesas.

CELESTINA.— Cuáles son tus deseos que yo haré lo imposible por complacerte.

CALIXTO.— Puede ser verdad lo que dices, pero eso no va con Melibea.

CALIXTO.— Escucha. Tengo en el pecho agujijones, calma, paz, guerra, enemistad, injurias, sospechas. . . y todo por una causa. Tan grande es mi fuego.

CELESTINA.— Yo lo apagaré.

CALIXTO.— Temo que no puedas.

CELESTINA.— ¿ Por qué lo dudas ?

CALIXTO.— Porque soy indigno de ella y jamás podré alcanzarla.

CELESTINA.— Observa y verás que el médico de tu dolencia es el que necesitas.

CALIXTO.— Habla, pues, que te escucho con ansia.

CELESTINA.— Melibea es hermosa, tú, franco. No te dolerá gastar, ni a mí ayudarte. Ustedes los ricos ponen el dinero, los pobres damos el ingenio. Iré a casa de Pleberio y aunque su hija Melibea se muestre brava yo sabré como humillar su orgullo.

CALIXTO.— ¿ Podrás ?

CELESTINA.— Los amantes imaginan que las mujeres son como las crean en sus locos sueños. ¡ Cuán equivocados están ! Del mismo Barro son que Ustedes. Se cautivan del primer abrazo, ruegan a quien les rogó, llorar a quien lloró, conviértense en siervas de quien eran señoras, dejan el mando para ser mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades y finalmente, son más atrevidas que los hombres más atrevidos.

CELESTINA.— Poco sabes de lances de amores. La mujer ama mucho a aquél que la requiere o la odia. Aunque en el primer momento rechazan, pronto ceden; huyen y quieren que se les alcance; luchan con la intención de ser vencidas: su resistencia es para justificar su derrota. ¡ Tú serás amado por Melibea !

CALIXTO.— Bienaventurada tú boca que tales dichas promete. No sé cómo recompensarte. . . ¡ Te daría la casa ! Recibe ahora la humilde recompensa de quien con ella te ofrece la vida. (LE DA UNA BOLSA)

CELESTINA.— Dios te dé larga vida, Sr. Te agradezco mas tu forma gentil de liberalidad, más que la dádiva. (SALE)

LA ESCENA EN CASA DE MELIBEA

LUCRECIA.— ¿ Quién llama ?

CELESTINA.— La paz sea en esta casa !

LUCRECIA.— Celestina, madre, seas bienvenida. ¿ Qué te trajo por estos barrios que no acostumbras ?

CELESTINA.— Mi amor, hija. El verlos. Traerte nuevas de Elicia y también ver a tu Sra.

32

LUCRECIA.— ¿ Saliste a eso ? Me maravillas, ya que no tienes costumbre hacerlo, ni das un paso sin sacar provecho.

CELESTINA.— Quieres más provecho que cumplir mis deseos ? Pero como a las viejas nunca nos faltan necesidades, más a mí que tengo que mantener hijas ajenas. Ando vendiendo este hilo.

LUCRECIA.— Estoy segura de que tú nunca metes aguja, pero mi señora Melibea está urdiendo una tela y quizá te la compre. Aguarda (SALE Y APARECE DESPUES CON MELIBEA)

CELESTINA.— Dios te bendiga ! ¡ Eres hermosa ! Dios quiera que goces muchos años tu noble y florida juventud. Coge las flores de tu florida primavera que pronto viene la vejez.

MELIBEA.— Hablas de la feria como te ha ido en ella ?

CELESTINA.— De todo hubo en la viña del Sr.

MELIBEA.— ¿ Sientes pena por la juventud perdida ? ¿ Volverías a vivirla ?

CELESTINA.— Loco es el caminante que después del trabajo del día, quiere estar al principio de la jornada.

MELIBEA.— Por la esperanza de vivir más, sería bueno vivir otra vez la edad moza.

CELESTINA.— Tan pronto se van ? señora, el carnero como el cordero. Nadie es tan viejo que no pueda vivir un año ni tan joven que no pueda morir hoy.

MELIBEA.— Creo que te conozco. Eres Celestina, la que vivía junto al río ?

CELESTINA.— Esa misma soy.

MELIBEA.— Tus razones me han parecido buenas. Discreta eres. Toma el dinero de tu hilo y ve con Dios, que me parece que no has probado bocado.

CELESTINA.— ¡ Oh angelical imagen ! ¡ Oh perla preciosa ! Cuánto gozo me dan tus palabras. Y ya que te muestras tan accesible, si me permites te diré la causa de mi visita.

33

MELIBEA.— ¿Cuál es ?

CELESTINA.— Es el caso hermosísima Melibea, que acabo de dejar a un enfermo de muerte, el cual, con una sola palabra tuya, sanaría.

MELIBEA.— Dime, por favor, quién es ese doliente ?

CELESTINA.— Haz de saber que en esta ciudad vive un gentil caballero llamado Calixto. . .

MELIBEA.— ¡ Calixto ! ¿ Y ése es el doliente de quien me hablas ? Ya debía haber adivinado el motivo de tu venida. Ganas me dan de llamar a mi padre para que te de tu merecido. ¡ Vieja desvergonzada ! ¡ Conseguidora ! ¡ Alcahueta ! ¡ Oiste Lucrecia ? Viene a hablarme en nombre de aquel perdido de Calixto. . . ya sabes el que digo. . . El que penetró a mi jardín el

otro día con el pretexto de buscar un halcón; me vió y comenzó a desvariar conmigo dándoselas de galán ¡ Dile que si pensó fácil la conquista se equivocó de cabo a rabo.

¡ Lucrecia, échala de mi casa pronto ! ¡ No quiero ver a esa mala mujer !

CELESTINA.— (APARTE) En mala hora vine ¡ Pobre de mí en la que me he metido !

MELIBEA.— Te atreves a hablar entre dientes ? Así que para dar vida a un loco pretendéis mi honor ? ¿ Desonrar mi fama para mejorar la tuya ? ¡ Responde traidora ! ¿ Cómo te has atrevido a tanta osadía ?

CELESTINA.— Tus palabras me causan temor quisiera disculparme.

MELIBEA.— ¿ Disculpas ? Pero crees que haya disculpas para tu proceder. . . Venir a hablarme de Calixto. . . de ese " Saltaparedes ".

34

CELESTINA.— Otras más bravas las he amansado (APARTE)

MELIBEA.— ¿ Qué dices mala mujer ? ¡ Habla claro para oírte !

CELESTINA.— Si es grande tu enojo. . . ¿ Cómo podré hacerlo ?

MELIBEA.— ¡ Habla ! ¡ Y no me enojaré !

CELESTINA.— Señora mi mensaje era para pedirte una oración de Santa Polonia que tú tienes, para sanar el mal de muelas que tiene Calixto. Y además solicitarte el cordón que ciñes a tu cintura, el cual ha tocado las reliquias de Roma y Jerusalén. El Caballero que os dije pena y muere por ellas. Pero ya que te muestras tan airada, pues que padezca y muera el infeliz por ellas.

MELIBEA.— Guarda, si eso era todo por que no lo dijiste sin rodeos ? ¿ Y que tiempos hace que padece ?

CELESTINA.— Desde hace ocho días, pero por su palidez, parece un año. . . Sólo se consuela con sus dulces canciones. ¡ Oh si las oyeras ! ¡ Qué voz de angel tiene ! Las avecillas se posan en

las rejas de su casa para oírle Toda mujer que lo ve agradece Dios el haberlo hecho perfecto. Dime si acaso no tengo razón al solicitar tu ayuda.

MELIBEA.— Casi me arrepiento de mi impaciencia. Me dejé llevar por mi cólera, pero no quiero ser juzgada mal. Te daré de buena gana el cordón, no quiero guardar la pena de haber podido ayudar a un desvalído, teniendo yo el remedio. Si acaso el cordón no basta ven por la oración.

CELESTINA.— Vendré, Pero no se enoja tu padre si me ve ?

MELIBEA.— Ven discretamente y nos veremos.

LUCRECIA.— (APARTE).— Pobre de mi ama si habla en secreto con Celestina, le dará algo más que la oración.

MELIBEA.— Qué dices Lucrecia ?

LUCRECIA.— Que ya es tarde, señora.

MELIBEA.— Es cierto, vete ya, Celestina, y no cuentes nada de lo que aquí a pasado a ese caballero, que tal vez me jusgue mal. (SALE MELIBEA)

CELESTINA.— Oye Lucrecia, ven, tengo que decirte una cosa.

LUCRECIA.— Habla que debo ir con mi señora.

CELESTINA.— Ven a mi casa y te daré un jabón para que hermosees esos cabellos, que parecerán de oro.

LUCRECIA.— ¿ De Oro ?

CELESTINA.— Y te daré también unos polvos para que te huelva a ámbar la boca. No hay cosa que más agrade a los hombres que el buen aliento.

LUCRECIA.— Tienes razón, más falta me hace eso que comer.

CELESTINA.— Entonces porqué murmuras en mi contra, tontilla, ¡ Calla ! Que no sabes si algun día me necesitarás. No predis-

35

pongas a tu señora en contra mía, y ya verás. . . ya verás. . . lo que puedo hacer por tí, Ya verás. (SALEN)

CASA DE CALIXTO

PARMENO.— ¡ Señor, señor !

CALIXTO.— ¿ Qué pasa loco ?

PARMENO.— Sempronio y Celestina vienen por la calle.

CALIXTO.— ¿ Y qué esperas ? Los ves venir y no corres a abrir la puerta. (ENTRAN CELESTINA Y SEMPRONIO).

CELESTINA.— ¡ Oh, mi señor Calixto ! ¡ oh mi nuevo dueño de la hermosa Melibea ! ¿ Con qué pagarás a esta vieja que hoy se ha jugado la vida por servirte ?

CALIXTO.— Por Dios Señora, decídme ¿ Qué hacía ? ¿ Qué vestido tenía ? ¿ En que parte de la casa estaba ? ¿ Qué cara mostró al principio ?

36

CELESTINA.— La que suelen poner los bravos toros contra los que lanzan agudas espadas es el coso.

CALIXTO.— Reina y señora mía, si no quieres que desespere decídmeme brevemente si accedió a tu demanda.

CELESTINA.— La mayor gloria del secreto oficio de la abeja, que los discretos deben imitar, es que lo que ellas tocan lo convierten en otra cosa mejor. De manera que de todas las zahareñas razones y esquivas de Melibea lo traigo convertido en miel y su ira en mansedumbre.

CALIXTO.— Ahora señora que me das buenas razones, decídmeme que respondió a la demanda de la oración.

CELESTINA.— ¡ Qué de buen agrado la daría ?

CALIXTO.— ¡ Oh, gracias a Dios !

CELESTINA.— Pero le pedí más.

CALIXTO.— ¿ Qué buena mujer ?

CELESTINA.— Un cordón que ceñía su cintura, diciéndole que sería provechoso para tu dolencia, Tómallo que si no me muero, yo te daré a su dueña.

CALIXTO.— ¡ Oh, bienaventurado cordón que pudiste tener el merecimiento de ceñir su cintura, aquel cuerpo que yo no soy digno de servir !

SEMPRONIO.— Señor, Por el cordón no olvidéis a Melibea.

CALIXTO.— ¿ Qué dices loco desvariado ?

SEMPRONIO.— No lastimes tu llaga cargándola de más deseo. No es del cordón del que depende tu remedio.

CALIXTO.— Bien lo sé, pero no tengo sufrimiento para abasternerme de adorar a tan alta empresa.

CELESTINA.— ¿ Empresa ? Aquella empresa de buena gana es dada, pero ya sabes lo que hizo por amor a Dios, por sanar tus muelas, no para cerrar las llagas de tu amor; pero si tu pena no cesase, mañana iré por la oración.

CALIXTO.— ¿ César ? ¿ Entonces debo ceder a su crueldad ?

CELESTINA.— Señor por hoy baste. No te fatigues, que más aguda es la lima que tengo, que fuerza guarda la cadena que te atormenta. Yo la cortaré para que quedes suelto. Ahora dame licencia, que es tarde; deja retirarme.

CALIXTO.— Parmeno, acompaña a esta buena señora a su casa y le acompañe la felicidad y alegría, que conmigo queda la tristeza y la soledad.

(SALEN PARMENO Y CELESTINA)

ACTO SEGUIDO

CASA DE CALIXTO

CALIXTO.— (entrando) ¡ Mozos !

37

PARMENO.— (Entra) ¡ Señor !

CALIXTO.— ¿ Es muy noche ? ¿ Es hora de acostarme ?

PARMENO.— Señor ya es tarde para levantarse.

CALIXTO.— ¿ Que dices ? ¿ Ya transcurrió la noche ?

PARMENO.— Y buena parte del día

CALIXTO.— Dime, Sempronio, ¿ Es verdad lo que dice esta desvariada ?

SEMPRONIO.— Señor, si olvidas un poco a Melibea, verás la realidad.

CALIXTO.— Creo que llaman a misa. Dadme mis ropas. Iré a rogar a Dios que ayude a Celestina para que consiga que Melibea ponga fin a mis tristes días.

SEMPRONIO.— Te acompañamos, Señor ?

CALIXTO.— ¡ No iré solo y no regresaré hasta que no me digáis que ya está de vuelta Celestina.

SEMPRONIO.— Señor, deja eso, deja ya las canciones y come algo para que puedas vivir.

CALIXTO.— Sea como te parece, mi buen criado Sempronio. Tanto tienes a mi servicio que quieres tanto mi vida como la tuya. (SALE)

SEMPRONIO.— (REMEDANDOLO).— “ Quieres tanto mi vida como la tuya ” ¡ Ja, ja, !

PARMENO.— ¡ Ja, ja, ja ”. (SALEN LOS DOS)

CASA DE MELIBEA

(ENTRANDO)

MELIBEA.— Nada sospecha mi padre. ¡ Oh, si él conociera mi estado de ánimo ! ¡ Infortunada de mí ! ¡ Cuánto me pesa la hipócrita violencia de mi primer rechazo hubiera sido mejor acceder desde un principio a las pretenciones de Calixto. Entre cadenas esta mi corazón desde que escuché su nombre. ¿ Qué ansia es está que abraza mis sentidos en no se que si suaves y crueles llamas. ¡ Oh, gentil Calixto ! Sus palabras, sus palabras dulces como la miel, sus miradas. . . Flechas que aquí quedaron para siempre clavadas en mi corazón. Acaso, desdén, ha puesto sus ojos en una doncella menos cruel que yo ? ¿ Acaso hubiera sido mejor mi ofrecimiento forzoso, que mi prometimiento negado ? ¿ Qué pensará de mí Lucrecia ? ¿ Qué pensará de mí honestidad ? . . . Pero no importa. ¡ Que venga Calixto ! Que no me desprecie que sepa que Melibea es suya.

LUCRECIA.— (ENTRANDO).— Tía, espera un momento que entraré a ver con quién está hablando mi señora ?

MELIBEA.— ¡ Y muera luego !

LUCRECIA.— ¡ Entra ! ¡ Entra ! habla consigo misma.

(ENTRA CELESTINA)

CELESTINA.— ¿Cuál es tu mal, señora, que muestra tu rostro las señas de tu tormento.

MELIBEA.— ¡ Madre mía, mi corazón es devorado por serpientes dentro de mi cuerpo !

CELESTINA.— (APARTE).— Así quería yo.

MELIBEA.— Cuál crees, al verme así, que sea la causa de mi mal.

CELESTINA.— Desconozco la calidad de tu mal, no puedo adivinar la causa.

MELIBEA.— Mi mal es de corazón, pues siento el dolor en el se-

no izquierdo y de ahí a todo el cuerpo. Nunca imaginé que un dolor podría privar el entendimiento, como éste lo hace. Me siento turbada, sin apetito, no puedo dormir; ninguna risa quiero oír. La causa de mi mal que me preguntas no lo sabré decir.

CELESTINA.— Sin romperte tus vestidos se lanzó contra tu pecho el amor. No laceraré tus carnes para curarte.

MELIBEA.— Cómo llaman a este dolor que se a enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo ?

CELESTINA.— ¡ Amor dulce !

MELIBEA.— Eso es, el sólo oírlo me alegró.

CELESTINA.— Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una soportable dolencia, una dulce herida, un alegre tormento, una suave muerte. Más tu juventud, te ayudará. Cuando Dios da la llaga, envía junto el remedio. Yo conozco, en este mundo, una flor que de todo eso te puede librar.

40

MELIBEA.— ¿ Cómo se llama ?

CELESTINA.— No puedo decirlo.

MELIBEA.— Dílo, no temas.

CELESTINA.— ¡ Calixto !

MELIBEA.— ¡ Calixto ! (SE DESMAYA)

CELESTINA.— ¡ Oh, por Dios señora ! Que os pasa ! ¡ Oh, mezcua soy ! ¡ Alza la cabeza ! ¡ Oh, desventurada vieja ! ¡ En ésto acabaré ! Si muere, muerto soy. ¡ Señora mía ! ¡ Melibea qué has sentido ? ¿ Dónde está tu graciosa habla ? tu alegre color ? Abre los ojos ¡ Lucrecia ! ¡ Lucrecia !. Tu señora se ha desmayado trae agua rápido.

MELIBEA.— Calma, calma. Ya me recobro. No hagas escándalo

CELESTINA.— Qué te ha sucedido, perla mía ?

MELIBEA.— Mi honestidad se quebró y cedió mi vergüenza. Hace tantos días que ese caballero me habló de amor, que entonces su idea me enoja, tanto como me alegra ahora que lo vuelvas a nombrar. En mi cordón le llevaste envuelta mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento. Alabo tu sufrimiento, tu osadía, tu agradable hablar, tu sabiduría, tu solicitud, tu importunidad. Mucho te debe ese señor. . . y yo más, has sacado de mi pecho lo que jamás a nadie pensé descubrir.

CELESTINA.— Cuéntame, señora, tus deseos, que yo haré cumplir los tuyos y los Calixto.

MELIBEA.— ¡ Oh, mi Calixto, mi señor ! Mi dulce alegría ! Si tu corazón siente lo que el mío, no imagino cómo puedes vivir. Oh, amiga y señora haz que luego le pueda hablar y te daré mi vida.

CELESTINA.— Ver y aún hablarte.

MELIBEA.— Imposible.

CELESTINA.— Imposible no hay para un hombre enamorado.

MELIBEA.— Dime, pues, cómo ?

CELESTINA.— Por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA.— ¿ Cuando ?

CELESTINA.— Esta noche

MELIBEA.— A qué hora, gloriosa señora

CELESTINA.— A las doce.

MELIBEA.— Ve mi señora y leal amiga y dile a mi señor que venga, que yo lo estaré aguardando la hora que ordenaste.

(SALE CELESTINA)

UNA CALLE

SEMPRONIO.— Señor, mira que ya has dado en mucho que decir. No descubras tu pena a los estraños, que el pandero está en manos de quien lo sabrá teñir.

41

CALIXTO.— En qué manos ?

PARMENO.— De Celestina.

(APARECE)

CELESTINA.— Nombraís a Celestina ? ¿ Que dicen de esta esclava de Calixto. Vengo por toda la calle tratando de alcanzarlos.

CALIXTO.— ¡ Oh, joya del mundo ! El corazón se me alegra con tu presencia. Con tu noble juventud. Dime, ¿ qué nuevas traes de mi señora Melibea ?

CELESTINA.— Que es más tuya que de ella misma.

CALIXTO.— Madre, no digas tal cosa que estos mozos dirán que estás loca, Melibea es mi señora, es mi Dios, Melibea es mi vida, y yo su siervo.

SEMPRONIO.— Con tu desconfianza en tí dices esas cosas, señor. Dale algo por su trabajo que eso es lo que espera.

CALIXTO.— Es verdad, tomad esta cadenilla, madre mía, que bien sé, nunca igualará tu trabajo.

PARMENO.— (APARTE) ¿ Cadenilla llama a eso ? ¿ Oyes Sempronio ? no escatima gasto ?

CELESTINA.— Melibea pena por tí más que tú por ella. Te ama y desea verte, piensa más horas en tí que en ella. Melibea se llama tuya y con eso apaga el fuego que más que a tí la quema.

CALIXTO.— ¡ Mozos, estoy aquí ! ¡ Mirad si estoy despierto ! ¡ Oigo yo ésto !

CELESTINA.— Nunca el corazón lastimado toma la noticia por cierta, ni la mala por duradera. Pero verdad o mentira lo comprobarás esta noche yendo a su casa las doce.

CALIXTO.— ¿ Qué dices señora ? ¿ Podré hablarle ?

CELESTINA.— De rodillas.

42

SEMPRONIO.— Cuidado, madre, que así van las rosas envueltas en espinas.

PARMENO.— Es sospechoso que tan pronto conceda una cita.

CALIXTO.— ¡ Callad ! ¡ Locos, bellacos, sospechosos ! Me dan a entender que los ángeles saben hacer mal.

CELESTINA.— Tienes razón, señor, son sospechas vanas las e ellos. Ya hice lo que estaba en mis manos hacer. Te dejo. Me voy contenta. Si me necesitaras para algo más, estoy siempre a tu servicio.

CALIXTO.— Aguarda, madre mía.

(MUTIS DE CALIXTO Y MELIBEA)

PARMENO.— ¡ Ji, ji, ji, !

SEMPRONIO.— ¿ De qué te ríes, Pármeno ?

PARMENO.— De la prisa que tiene esa vieja por irse. No puede creer que tenga la cadena en su poder, ni que se la han dado de verdad. No se cree digna de ella, como tan poco Calixto de Melibea.

SEMPRONIO.— Y qué quieres que haga una alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros callamos, sino ponerse a salvo con la posesión por temor a que se la quiten. Pero guárdese del diablo, que al repartir no le saquemos el alma.

(SALEN)

CASA DE CELESTINA

CELESTINA.— Vino alguien cuando estuve afuera ?

ELICIA.— La moza que va a casarse y que tiene necesidad de tus remedios.

CELESTINA.— No recuerdo quien es.

ELICIA.— No recuerdo, no recuerdo, eres desmemoriada. Ha venido más de cien veces.

43

CELESTINAS.— ¡ Vienen tantas !

ELICIA.— Volverá ! Como que te entregó en prenda una manecilla de oro.

CELESTINA.— ¡ Ah ! Esa. Ya sé quién es. Traía otro trabajo a cuyo lado los demás son pocos.

ELICIA.— Sí, Calixto. Y todo por la ganancia.

CELESTINA.— No pienses en ella y te caerá del cielo.

ELICIA.— Mientras hoy tuviéramos que comer no pensemos en mañana. Gocemos y hoguemos que la vejez pocos la ven y de los que llegan a ella nadie murió de hambre.

CELESTINA.— Se ve que eres moza de seso. ¿ Qué sería de mí y de tí si yo no cuidara de mejorar nuestra hacienda ? ¿ Tendría yo los escudos de oro que me dió Calixto ? Tendría la cadena que solo de peso tiene tres onzas ? Con esto y lo que he ganado en otros negocios me parece que no me faltará para pasar mi vejez.

44

ELICIA.— No se compra con dinero la juventud.

CELESTINA.— Pero la vejez se disimula.

ELICIA.— Sea como tú dices. Quédate con Dios que yo me voy a acostar.

CELESTINA.— Anda duerme, que la juventud necesita más del sueño que la vejez.

ELICIA.— ¡ Dios, te guarde ! (SALE)

(A ELICIA QUE HA SALIDO)

CELESTINA.— ¡ Loquilla ! Recréate en tu juventud que como te ves me ví. ¡ Todo pasa. Todo queda atrás ! Pronto pasaran tus días y como me vez te verás. Ahora a solas, gozaré de mis riquezas.

UNA CALLE

CALIXTO.— Las doce dan ya. A buen tiempo llegaremos. Pármelo ve a ver si ya llega mi señora por entre las puertas.

PARMENO.— ¿ Yo señor ? Nunca agoré lo que no conserté. Es mejor que tu presencia sea lo primero que vea, para que no se turbe con mi presencia.

CALIXTO.— Dices bien. Quedaos aquí ¡ Eh, Señora mía !

LUCRECIA.— Es la voz de Calixto. ¿ Quién habla ? ¿ Quién está afuera ?

CALIXTO.— El que viene a cumplir lo que tu mandaste.

LUCRECIA.— ¿ Por qué no vienes Sra. ? Aquel caballero ya está aquí.

MELIBEA.— ¡ Loca, habla bajo ! Mira bien si es él.

LUCRECIA.— Sí mi señora yo le conozco la voz.

CALIXTO.— Creo que fuí burlado. No era Melibea quien hablo. Pero vivo o muerto no me iré de aquí.

MELIBEA.— Vete, Lucrecia a acostar. (SALE) Eh, señor ! ¿Cuál es tu nombre ? ¿ Quién te mando venir aquí ?

CALIXTO.— La que tiene el poder de mandar a todo el mundo. La que yo dignamente no puedo servir. No tema su merced descubrirse a este cautivo de su gentileza, que el dulce sonido de tu voz me dice que eres tú mi señora Melibea.

MELIBEA.— Deja esos vanos pensamientos que mi venida fue a darte la despedida y a tener yo reposo. No querrás poner mi fama en boca de maldicientes.

CALIXTO.— ¡ Oh, desventurado Calixto Cómo has sido burlado por tus sirvientes ! ¡ Oh, engañosa Celestina ! ¿ A eso me mandaste venir ? Sólo para que fuera mostrado el desfavor y la desconfianza por quien tiene las llaves de mi perdición y de mi gloria.

45

MELIBEA.— Cese, señor, tu sufrir, que mi corazón no basta para sufrir ni mis ojos para disimular. Tú lloras de tristeza porque me juzgas cruel y yo lloro de placer viendote fiel. ¡ Oh, mi señor, cuánto más alegre me sentiría si pudiera ver también tu rostro y no solamente escuchar tu voz. pero ya no se puede hacer más, te confirmo todas las razones que te envié en boca de aquella solícita mensajera. Limpia, señor tus ojos, ordena que tuya es mi voluntad; las puertas impiden nuestro gozo, y las maldigo y a sus cerrojos y a mis débiles fuerzas.

CALIXTO.— ¡ Oh, molestas puertas! ¡ Permite que llame a mis criados para que las quiebren.

MELIBEA.— ¿ Quieres amor mío, dañar mi nombre? El tiempo es breve. Conténtate con venir mañana a mi huerto. Que si quebráramos las puertas, aunque no fuéramos sentidos mañana aparecería la prueba de mi falta.

CALIXTO.— ¡ Oh, mi señora porqué llamas falta a aquello que por Dios me fue consedido?

46

PARMENO.— ¡ Señor alejémonos que viene mucha gente con hachas y serás visto! pues no hay donde te escondas!

CALIXTO.— ¡ Oh, mezquino yo! Y cómo debo separarme, señora de tí! El temor de la muerte no logra tanto como el de tu nombre ¡ Queden los angeles contigo, mi visita será como ordenaste, por la huerta.

MELIBEA.— Que dios te acompañe!

(FUERA)

PLEBERIO.— ¡ Hija mía, Melibea!

MELIBEA.— ¡ Padre!

PLEBERIO.— ¿ Quién hace tanto ruido en la recámara?

MELIBEA.— Padre, es Lucrecia que salió por una jarra de agua.

PLEBERIO.— Duerme hija. Pensé que era otra cosa.

LUCRECIA.— (ENTRANDO) Poco ruido lo ha despertado.

MELIBEA.— ¿ Qué haría mi padre si supiera mi falta de hoy? (SALEN)

CALIXTO.— (A SUS CRIADOS) Mucho os agradezco lo que habéis hecho. Yo os sabré recompensar vuestros servicios, vayan con Dios. (SALE)

PARMENO.— ¿ Hacia dónde iremos Sempronio? ¿ A la cama o a almorzar?

SEMPRONIO.— Ve donde quieras que yo antes tengo que ir a casa de Celestina, a cobrar mi parte de las cien monedas de oro y de la cadena.

PARMENO.— Lo había olvidado. Vamos y entre los dos le exigiremos, que sobre dinero no existe amistad.

(SALEN A CASA DE CELESTINA)

CASA DE CELESTINA

47

SEMPRONIO.— ¡ Señora, Celestina!

CELESTINA.— ¿ Quién es?

SEMPRONIO.— Abre son tus hijos.

CELESTINA.— ¡ Locos! ¡ traviesos! ¡ Entrad! ¡ Entrad! Qué hacen aquí a esta hora, casi de día. ¿ Qué paso? Se fue la esperanza de Calixto o todavía la anida?

SEMPRONIO.— Déjate ya de éso. Danos las dos partes de lo que Calixto te ha entregado, si no quieres que se descubra quien eres.

CELESTINA.— ¿ Quién soy yo Sempronio? Me quitaste acaso de la alcahuetería? Soy una vieja cual dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada quien vive del suyo. De mi casa me vienen a sacar, si vivo bien o mal Dios es mi testigo. Y no me amenes, que para todos existe la justicia. Aunque sea mujer, también seré oída. Dejenme en paz en mi casa. Y tú, Pármeno no

me sientas tu prisionera por que conoces mí pasado, y lo que nos aconteció a mi y a tú desdichada madre.

PARMENO.— No inventes mentiras, o te enviaré con ella para que te puedas quejar.

CELESTINA.— ¡ Elicia ! ¡ Elicia ! Levantate de esa cama, dame mi manto que iré a pedir justicia. ¿ Qué es ésto ? ¿ Por qué esas amenazas en mi casa ? ¿ Con una oveja os sentís muy bravos ? ¿ Con una vieja de setenta años ? ¡ Vayan, vayan con los hombres como ustedes, contra los que portan espada, a ellos muestren esa bravura no conmigo ?

(ENTRA ELICIA CON EL MANTO)

SEMPRONIO.— ¡ Vieja avarienta ! ¿ No estás contenta con la tercera parte que has ganado ?

CELESTINA.— Que tercera parte ? Vete de mi casa y no me hagas enojar. Oh acaso quieres que todo el mundo se entere de las cosas de Calixto y ustedes ?

48

SEMPRONIO.— Grita todo lo que quieras aquí cumplirás lo prometido o aquí te mueres. (DESENFUNDA SU ESPADA)

ELICIA.— Sempronio, guarda esa espada. ¡ Detenlo, Pármeno ! ¡ Detenlo ! que no la mate ese loco.

CELESTINA.— ¡ Justicia, vecinos, justicia ! ¡ Justicia que me matan en mi casa estos rufianes !

SEMPRONIO.— ¿ Rufianes ? Aguarda, doña Hechicera que te enviaré al infierno. (LE DA UNA ESTOCADA)

CELESTINA.— ¡ Ay, me ha herido ! ¡ Ay, ay ! ¡ Confesión ! ¡ Confesión !

PARMENO.— Dale, dale ¡ Acabala ! ¡ Mácala que todos nos sentirán !

ELICIA.— ¡ Oh, crueles enemigos ! ¡ Muerta es mi madre !

SEMPRONIO.— Huye, huye, Pármeno que viene mucha gente.

Espera que viene el Alguacil.

PARMENO.— ¡ Oh, pecador de mí no hay por dónde escapar ! Ya están en la puerta.

SEMPRONIO.— Saltemos por esas ventanas. No caigamos en poder de la justicia o somos muertos.

PARMENO.— Salta que voy tras de ti (SALTAN)

ELICIA.— Celestina ¡ Oh, tía querida ! ¿ Qué será de mí sin tus cuidados y consejos ? ¿ Cómo podré sin tí, seguir ganándome la vida honradamente ?

OSCURIDAD

TERCER ACTO
CASA DE AREUSA

AREUSA.— ¡ Ay triste de mí ! ¿ Eres tú Elicia ? ¿ Por qué ese manto de tristeza ? ¿ Dime qué sucedió ?

ELICIA.— ¡ Ay prima ! ¡ Sempronio y Pármeno han muerto ! Sus almas están purgando sus penas.

AREUSA.— ¿ Qué dices ? Cuéntame ¿ qué sucedió ?

ELICIA.— ¿ Oiste hablar de los amores de Calixto y Melibea ? y de cómo Celestina había intervenido por consejos de Sempronio ? Como Calixto quedó contento con lo que Celestina había logrado le regalo una cadena de oro. Con ello se sintió tan rica que no quiso compartir la ganancia como había acordado, con ellos. Se hicieron de palabras y cuando Celestina se negó, Sempronio echó mano de su espada y le dió muerte.

AREUSA.— ¡ Oh, pobre mujer y que fue de ellos !

ELICIA.— Al tratar de escapar de la justicia, saltaron por la ventana y casi muertos los prendieron y ahí mismo fueron degollados.

AREUSA.— ¡ Oh, pobre Pármeno, cuanto dolor me causa su

49

muerte. Quien hubiera dicho que el amor que nos tuvimos tan poco había de durar. Pero ya que nada se puede hacer, no llores ni te apenes más.

ELICIA.— Es que no comprendes mi pena, ¿ A dónde iré ? He perdido madre, abrigo, mesa y amigo. ¡ Malditos Calixto y Melibea que han causado esas muertes. ¡ Qué la felicidad que hoy tienen se convierta en dolor !

AREUSA.— Creo que puedo ayudarte.

ELICIA.— ¡ Ojalá pudieras !

AREUSA.— Yo sé cuándo, dónde y a qué hora se ven. ¡ Centurio ven aquí.

CENTURIO.— (ENTRA) ¿ En que puedo servirte ?

AREUSA.— Quiero que me vengas de un caballero llamado Calixto.

CENTURIO.— ¿ Esta confesado ?

AREUSA.— No te apure su alma. Esta noche lo matará.

CENTURIO.— No me digas más. ¿ A dónde va, a qué hora y quiénes lo acompañan ?

AREUSA.— Dos criados.

CENTURIO.— Poca presa, mejor iré a otro negocio en donde mi espada estaba concertada.

AREUSA.— ¿ Tienes miedo ?

CENTURIO.— Si mi espada hablara, le faltaría tiempo para contar todo lo que he hecho. Desde hace veinte años que me da de comer, gracias a ella soy temido por los hombres y adorado por las mujeres.

AREUSA.— No hables de hazañas. ¿ harás lo que te hemos pedi-

50

1020130301

CENTURIO.— Ya deseo que llegue la noche para complacerte, para que te sientas vengada. ¿ Qué clase de muerte quieres que le dé ?

ELICIA.— Areusa, no pongas, por favor, este asunto en manos tan fieras, que puede ser más el escándalo

AREUSA.— Calla, diremos alguna que no cause mucho alboroto

CENTURIO.— Las formas que ahora uso son espadaos sin sangre o agujero a puñaladas, tajo largo, estocada temerosa. Algunas veces para descansar la espada doy muerte a palos.

ELICIA.— ¡ Eso ! ¡ Dale palos para castigarlos ! No lo mates.

AREUSA.— Hermana no nos toquemos el corazón. Que lo haga como quiera. Centurio mávalo como se te antoje. Que Dios bendiga tu mano a el te encomiendo. Nosotros nos vamos. (SALEN LAS DOS)

CENTURIO.— Dios te guíe. Ahora debo pensar como excusarme de lo prometido, de manera que no piensen que no quise cumplir. Llamaré a Tarso, el cojo, y a dos de sus amigos para que ellos se encarguen de este negocio, que yo estare ocupado en otro más importante. No arriesgaré mi pellejo por dos mujerzuelas resentidas.

51

JARDIN DE MELIBEA

MELIBEA.— Ya tarda el caballero que esperamos ¿ Por qué crees que deba ser su tardanza ?

LUCRECIA.— Que es justo lo que le impide venir.

MELIBEA.— Que lo aguarden los angeles; pienso muchas cosas que pudieron acontecerle de su casa a la mía. ¿ Habrá sido detenido por alguna ronda de alguaciles nocturnos ? ¿ O acaso los perros, que ninguna diferencia saben, lo habrán mordido ? ¿ o acaso cayó en algun calzado u hoyo causándose algún daño ? ¿ Oh, pero que pensamientos mezquinos concibe mi amor ?

LUCRECIA.— No piense en cosa mala para Calixto, piense más cuánto placer causará a él veros. Mirad, aquí

CALIXTO.— ¡ Oh, mi señora ! ¡ Y mi bien toda ! (PONE SU CAPA SOBRE LA BANCA DEL JARDIN Y SE SIENTA MELIBEA).

MELIBEA.— ¡ Oh, deliciosa traición ! ¿ Es mi señor de mi alma ? No lo puedo creer. ¿ Dónde estabas, luciente sol ? ¿ Dónde me tenías tu claridad escondida ? Todo es hermoso en este jardín con tu presencia.

CALIXTO.— Señora mía no quisiera que amaneciera jamás para gozar de la noble conversación de tus miembros.

MELIBEA.— Señor, yo soy la que gozo, la que gano. Tu con tu visita, me haces inigualable merced.

VOCES FUERA DE ESCENA.— ¿ Así bellacos, venís a sorprender a los que no os temen ? Aguardad un momento para que os marcheís como merecen.

52

CALIXTO.— Señora, es sosia un criado mío, quien da voces. Déjadme ahora ir a verle no vayan a causarle daño que no está con él sino un pajecito. Dame mi capa que está debajo de tí.

MELIBEA.— No por ventura, no vayas sin tu coraza.

CALIXTO.— Señora lo que no hace espada, capa y corazón no lo hace nada.

VOCES.— ¿ Vuelven ? Pues tomen su merecido.

CALIXTO.— Déjadme, señora que iré por la escalera.

MELIBEA.— ¡ Oh, por compasión ! Como vas tan de prisa y desarmado a meterte en una pele de desconocidos. Lucrecia, ven rápido que mi Calixto ha ido a una trifulca.

(ENTRA LUCRECIA Y ESCUCHA)

VOCES.— Señor, deténte, no bajas. Ya se marcharon. Eran

Tarso el cojo y otros bellacos. ¡ Señor, detente de la escalera !
¡ Señor !

CALIXTO.— ¡ Oh, Santísima Virgen María ! ¡ Me caigo ! ¡ ay confesión !

VOZ.— ¡ Aprisa, ven que mi amo Calixto ha caído de la escalera.

OTRA VOZ.— ¡ Señor señor ! ¡ Oh, está muerto !

LUCRECIA.— Señora escucha ¡ Qué gran desgracia !

MELIBEA.— Oh, mi Dios ¿ Es verdad lo que escuchan mis oídos ? ¡ Ayúdame Lucrecia, quiero subir a la escalera para ver mi dolor ! ¡ Ayúdame si no, creo que hundiré con mi llanto la casa de mi padre ! ¡ Oh, mi dicha y gozo todo ha terminado ! ¡ mi alegría se ha convertido en nada ! ¡ Oh, Padre, padre mío !

PLEBERIO.— (APARECE) Hija mía, que haces alla sola ? ¿ Qué quieres decirme ?

53

MELIBEA.— Padre mío, no vengas que si lo hicieras no podría decirte lo que quiero. Pronto serás lastimado con mi muerte. Ha llegado mi fin. Ha llegado mi alivio y tú pena. No necesitas nada para calmar mi dolor, sino campanas que doblen mi muerte. Pero antes quiero que escuches la causa de mi partida. ¡ No me detengas ni preguntes nada más de lo que voy a decirte ! Escucha mis últimas palabras, desde hace muchos días, padre mío, penaba de amor por un caballero llamado Calixto. Tanto deseaba mostrarme su amor que se valió de una mujer llamada Celestina para mostrarme su secreto amor. Vino esa mujer y descubrió mi pasión en mi pecho. Vencida por el amor, díle entrada a ese caballero en mi pecho. Vencida por el amor, díle cabida en mi casa. Esta noche cuando vino a verme, una trifulca que se vieron envueltos sus criados, llamó su atención y al ir presuroso a prestarles auxilio, puso un pie en el vacío al bajar la escalera y cayó. ¡ Muerto ! quedó sin confesión ¡ Muerta mi esperanza, muerta mi compañía. Sería gran crueldad que habiendo muerto él despeñado siguiera yo con vida, su muerte llama a la mía, con tal fuerza que la pide inmediatamente e igual a la suya, para seguirle en todo. ¡ Padre mío, te ruego, si me has amado en esta vida, que nuestras

tumbas sean juntas. Saludame a mi querida y amada madre y explícale mi razón por la que muero. Dios te bendiga a tí y a ella. A El ofrezco mi alma. (SE ARROJA AL VACIO)

MELIBEA.— ¡ No ! ; no ! ; hija mía ! ; Melibea ! ; Oh Melibea ! Más dignos de sepultura eran mis sesenta años que tus veinte. ¡ Oh vida de congojas y sufrimientos ! ; Oh, mundo , laberinto de errores; nos seduces con el manjar de tus deleites; mucho prometes y nada cumples; mucho nos dejas correr por entre las sendas del vivio, a rienda suelta. Qué gran lección has dejado a este viejo en pago de tan largo servicio. ¡ Oh, matar a quienes te buscaban. No sé si hieres con hierro ni si quemas con fuego. Dejas sana la ropa, solamente lastimas el corazón. ¡ Oh, maldito mundo, si no me hubieras dado la vida no habría engendrado a mi hija Melibea. ¡ Oh, mi hija destrozada ! ; Por qué nos dejaste a tu madre y a mí penando ?.

54

TEMA IV

Antecedentes de la Novela

Los orígenes de la prosa castellana se remontan al siglo XIII cuando Alfonso X El Sabio, rey de vasta cultura, hizo reunir a un grupo de sabios y mediante la Escuela de Traductores de Toledo mandó traducir textos árabes y judíos.

Su trabajo sirvió para fundir las culturas clásica, hebrea, árabe y cristiana. Su período fue de gran actividad literaria.

Se tradujeron fábulas y apólogos orientales conocidos con el nombre de Calila e Dimna basados en el Panchatantra hindú y una colección de veintiseis narraciones conocidas como El Sendebár, entre otros libros.

Inspirado en los apólogos, el Infante Don Juan Manuel escribió su libro El Conde Lucanor en 1335, que es considerado como la primera fuente de la novela moderna y el primer libro de cuentos originales escritos en castellano, a su autor se le considera como el primer intelectual del siglo XIV.

El libro está compuesto por 51 narraciones cuyos temas son fábulas clásicas y orientales y tradiciones medievales. El libro se inicia con un consejo que el Conde Lucanor pide a Patronio, su preceptor, quien le narra un cuento que le sirve de modelo para la solución de un problema, del cual se infiere una moraleja. Ejemplo. “ De lo que le aconteció a un mancebo que casó con mujer brava ”.

Estos temas fueron utilizados por autores posteriores españoles y europeos.

Juan Ruíz, conocido como El Arcipreste de Hita, fue también quien sentó las bases de la novela de tipo picaresco. El libro del buen amor es una colección de cuentos, fábulas y ejemplos cuyo tema es “ contraponer el buen amor, el amor espiritual a Dios, con el “ loco amor ”, el amor humano, describió como vivían los hombres de su tiempo siendo él mismo el protagonista.

Alfonso Martínez de Toledo escribió El Corbacho, colección de sermones populares de intención satírica que sirvieron de antecedente a la Celestina y al Lazarillo de Tormes.

La Novela.—

En los siglos XV y XVI se le llamaba novela a la obra imaginaria escrita en prosa, estructurada en forma estética y cuyo objetivo era deleitar a los lectores, (características que prevalecieron hasta el siglo XIX).

Durante estos siglos continuaron las colecciones de cuentos pero el arte de narrar cambió con el gusto de la época, surgieron nuevas formas, siendo las principales las siguientes:

- a) La novela sentimental,
 - b) La novela de caballerías,
 - c) La novela pastoril,
 - d) La novela histórica,
 - e) La novela picaresca.
- a) La novela Sentimental.

A mediados del siglo XV se iniciaron relatos de enamorados donde se destacó la descripción psicológica de los personajes. Es una novela de tipo cortesano y relata solo la emotividad, la lealtad y el sufrimiento de los amantes.

55

tumbas sean juntas. Saludame a mi querida y amada madre y explícale mi razón por la que muero. Dios te bendiga a tí y a ella. A El ofrezco mi alma. (SE ARROJA AL VACIO)

MELIBEA.— ¡ No ! ; no ! ; hija mía ! ; Melibea ! ; Oh Melibea ! Más dignos de sepultura eran mis sesenta años que tus veinte. ¡ Oh vida de congojas y sufrimientos ! ; Oh, mundo , laberinto de errores; nos seduces con el manjar de tus deleites; mucho prometes y nada cumples; mucho nos dejas correr por entre las sendas del vivio, a rienda suelta. Qué gran lección has dejado a este viejo en pago de tan largo servicio. ¡ Oh, matar a quienes te buscaban. No sé si hieres con hierro ni si quemas con fuego. Dejas sana la ropa, solamente lastimas el corazón. ¡ Oh, maldito mundo, si no me hubieras dado la vida no habría engendrado a mi hija Melibea. ¡ Oh, mi hija destrozada ! ; Por qué nos dejaste a tu madre y a mí penando ?.

54

TEMA IV

Antecedentes de la Novela

Los orígenes de la prosa castellana se remontan al siglo XIII cuando Alfonso X El Sabio, rey de vasta cultura, hizo reunir a un grupo de sabios y mediante la Escuela de Traductores de Toledo mandó traducir textos árabes y judíos.

Su trabajo sirvió para fundir las culturas clásica, hebrea, árabe y cristiana. Su período fue de gran actividad literaria.

Se tradujeron fábulas y apólogos orientales conocidos con el nombre de Calila e Dimna basados en el Panchatantra hindú y una colección de veintiseis narraciones conocidas como El Sendebár, entre otros libros.

Inspirado en los apólogos, el Infante Don Juan Manuel escribió su libro El Conde Lucanor en 1335, que es considerado como la primera fuente de la novela moderna y el primer libro de cuentos originales escritos en castellano, a su autor se le considera como el primer intelectual del siglo XIV.

El libro está compuesto por 51 narraciones cuyos temas son fábulas clásicas y orientales y tradiciones medievales. El libro se inicia con un consejo que el Conde Lucanor pide a Patronio, su preceptor, quien le narra un cuento que le sirve de modelo para la solución de un problema, del cual se infiere una moraleja. Ejemplo. “ De lo que le aconteció a un mancebo que casó con mujer brava ”.

Estos temas fueron utilizados por autores posteriores españoles y europeos.

Juan Ruíz, conocido como El Arcipreste de Hita, fue también quien sentó las bases de la novela de tipo picaresco. El libro del buen amor es una colección de cuentos, fábulas y ejemplos cuyo tema es “ contraponer el buen amor, el amor espiritual a Dios, con el “ loco amor ”, el amor humano, describió como vivían los hombres de su tiempo siendo él mismo el protagonista.

Alfonso Martínez de Toledo escribió El Corbacho, colección de sermones populares de intención satírica que sirvieron de antecedente a la Celestina y al Lazarillo de Tormes.

La Novela.—

En los siglos XV y XVI se le llamaba novela a la obra imaginaria escrita en prosa, estructurada en forma estética y cuyo objetivo era deleitar a los lectores, (características que prevalecieron hasta el siglo XIX).

Durante estos siglos continuaron las colecciones de cuentos pero el arte de narrar cambió con el gusto de la época, surgieron nuevas formas, siendo las principales las siguientes:

- a) La novela sentimental,
 - b) La novela de caballerías,
 - c) La novela pastoril,
 - d) La novela histórica,
 - e) La novela picaresca.
- a) La novela Sentimental.

A mediados del siglo XV se iniciaron relatos de enamorados donde se destacó la descripción psicológica de los personajes. Es una novela de tipo cortesano y relata solo la emotividad, la lealtad y el sufrimiento de los amantes.

55

Cárcel de Amor de Diego de San Pedro es el prototipo de este género.

b) La novela de Caballerías.

Es una novela originaria de Francia por degeneración de la épica medieval. Nació de los Cantares de Gesta llenos de fantasía e ideales que movieron al héroe a una serie de aventuras impulsadas por el amor.

El libro del Caballero Cifar es la más antigua novela de Caballerías. Fue escrita en el siglo XIV; pero la más representativa es el Amadís de Gaula de García Rodríguez de Montalvo.

Relata que al nacer el Amadís, fue arrojado al río en un cesto con una espada y un anillo. Fue educado en Escocia y ya mozo, se enamoró de Oriana. Relata aventuras llenas de magos y padecimientos del héroe hasta que logró casarse con su amada. Entre otras novelas de caballerías, fueron escritas: Tirante al blanco y Palmerín de Inglaterra.

c) La novela pastoril.

Novela de origen italiano donde se idealiza la vida campestre que sirve de marco a los protagonistas. Su forma es refinada y artificiosa propia del caballero cortesano y no del hombre sencillo del campo.

La primera novela que se publicó en España fue la Diana de Jorge Montemayor (1559).

d) La novela histórica—morisca.

Se basa en hechos históricos y sociales, crónicas y leyendas. Uno de los temas utilizados es la Reconquista, como la Crónica Sarracina de Pedro del Corral y la novela de tema morisco: " Historia del abencerraje y de la Hermosa Jarifa ", atribuida a Antonio de Villegas. Esta novela tuvo influencia en autores europeos y norteamericanos.

e) La novela picaresca.

Nació en España a mediados del siglo XVI durante el reinado de Carlos V, época de gran supremacía política y militar como de grandes males sociales.

Apareció como una reacción al idealismo de las novelas caballerescas y pastoriles y refleja un cuadro de costumbres de un sector de

la sociedad española, representado por hidalgos arruinados que desdénaban el trabajo manual y el ahorro, de campesinos que no trabajan la tierra, de soldados inválidos y pobres que volvían de la guerra, de indigentes forzados por la necesidad a vivir de la caridad pública o de la ingenua credulidad de algunas gentes, otros, utilizando la mendicidad como oficio, se dedicaban a vagabundear de lugar en lugar, utilizando su ingenio para subsistir.

En este ambiente surgió el pícaro. Este vocablo etimológicamente se derivó del verbo picar: Picaño, vagabundo, holgazán sin oficio ni hogar que sin ser delincuente, puede considerarse solo como un producto de la sociedad que le tocó vivir.

TEMA V

Características de la Novela picaresca.

En la novela picaresca se consideran dos períodos: El primer período lo representa el Lazarillo de Tormes, libro que apareció por primera vez en 1554 en tres ciudades: Burgos, Alcalá y Amberes.

Trata de las tortunas y adversidades de un niño quien para poder vivir sirvió de criado a un mendigo ciego quien lo adiestró sarcásticamente en la vida y lo hizo reflexionar sobre su soledad y desamparo y a quien abandonó después de vengarse de él. Sirvió después a varios amos: un clérigo, un escudero, un fraile, un buldero, un pintor, un capellán y un alguacil.

De todos ellos tuvo Lázaro que defenderse utilizando su ingenio, hasta que superado el problema del hambre, alcanzó un estado.

La temática de este período es el hambre como tema principal. Otros temas son: la avaricia, el falso honor, la hipocresía, la falta de caridad cristiana de algunas personas y la deshonestidad.

Características principales de este período:

1o. Lázaro representa el anti-héroe por su origen, ya que tiene que olvidarse de ideales por otros códigos prácticos en su lucha por la existencia.

Cárcel de Amor de Diego de San Pedro es el prototipo de este género.

b) La novela de Caballerías.

Es una novela originaria de Francia por degeneración de la épica medieval. Nació de los Cantares de Gesta llenos de fantasía e ideales que movieron al héroe a una serie de aventuras impulsadas por el amor.

El libro del Caballero Cifar es la más antigua novela de Caballerías. Fue escrita en el siglo XIV; pero la más representativa es el Amadís de Gaula de García Rodríguez de Montalvo.

Relata que al nacer el Amadís, fue arrojado al río en un cesto con una espada y un anillo. Fue educado en Escocia y ya mozo, se enamoró de Oriana. Relata aventuras llenas de magos y padecimientos del héroe hasta que logró casarse con su amada. Entre otras novelas de caballerías, fueron escritas: Tirante al blanco y Palmerín de Inglaterra.

c) La novela pastoril.

Novela de origen italiano donde se idealiza la vida campestre que sirve de marco a los protagonistas. Su forma es refinada y artificiosa propia del caballero cortesano y no del hombre sencillo del campo.

La primera novela que se publicó en España fue la Diana de Jorge Montemayor (1559).

d) La novela histórica—morisca.

Se basa en hechos históricos y sociales, crónicas y leyendas. Uno de los temas utilizados es la Reconquista, como la Crónica Sarracina de Pedro del Corral y la novela de tema morisco: " Historia del abencerraje y de la Hermosa Jarifa ", atribuida a Antonio de Villegas. Esta novela tuvo influencia en autores europeos y norteamericanos.

e) La novela picaresca.

Nació en España a mediados del siglo XVI durante el reinado de Carlos V, época de gran supremacía política y militar como de grandes males sociales.

Apareció como una reacción al idealismo de las novelas caballerescas y pastoriles y refleja un cuadro de costumbres de un sector de

la sociedad española, representado por hidalgos arruinados que desdénaban el trabajo manual y el ahorro, de campesinos que no trabajan la tierra, de soldados inválidos y pobres que volvían de la guerra, de indigentes forzados por la necesidad a vivir de la caridad pública o de la ingenua credulidad de algunas gentes, otros, utilizando la mendicidad como oficio, se dedicaban a vagabundear de lugar en lugar, utilizando su ingenio para subsistir.

En este ambiente surgió el pícaro. Este vocablo etimológicamente se derivó del verbo picar: Picaño, vagabundo, holgazán sin oficio ni hogar que sin ser delincuente, puede considerarse solo como un producto de la sociedad que le tocó vivir.

TEMA V

Características de la Novela picaresca.

En la novela picaresca se consideran dos períodos: El primer período lo representa el Lazarillo de Tormes, libro que apareció por primera vez en 1554 en tres ciudades: Burgos, Alcalá y Amberes.

Trata de las torturas y adversidades de un niño quien para poder vivir sirvió de criado a un mendigo ciego quien lo adiestró sarcásticamente en la vida y lo hizo reflexionar sobre su soledad y desamparo y a quien abandonó después de vengarse de él. Sirvió después a varios amos: un clérigo, un escudero, un fraile, un buldero, un pintor, un capellán y un alguacil.

De todos ellos tuvo Lázaro que defenderse utilizando su ingenio, hasta que superado el problema del hambre, alcanzó un estado.

La temática de este período es el hambre como tema principal. Otros temas son: la avaricia, el falso honor, la hipocresía, la falta de caridad cristiana de algunas personas y la deshonestidad.

Características principales de este período:

1o. Lázaro representa el anti-héroe por su origen, ya que tiene que olvidarse de ideales por otros códigos prácticos en su lucha por la existencia.

2o. Novela autobiográfica donde el narrador es el protagonista. Esta escrita en primera persona, cuyo autor, por razones que ignoramos permaneció en el anonimato.

3o. Novela satírico-humorística.— Lázaro fué maltratado por sus amos y aprendió a vivir entre risas y llanto, siendo a veces burlado y en otras se convirtió en burlador. Narra sus aventuras en un lenguaje popular, sencillo, ingenuo y realista, describiendo con aguda observación a varios tipos característicos de la época.

4o. Moralidad.— La conducta del protagonista no es ejemplar pero el fin del autor es la enseñanza que puede proporcionar su lectura.

5o. Novela estructurada en siete tratados que el protagonista une al ir narrando.

6o. Popularidad.— Tuvo mucha influencia en España y en Europa, llegó a México utilizando la tradición picaresca Don José Joaquín de Fernández de Lizardi en " El Periquillo Sarniento ". (Siglo XIX)

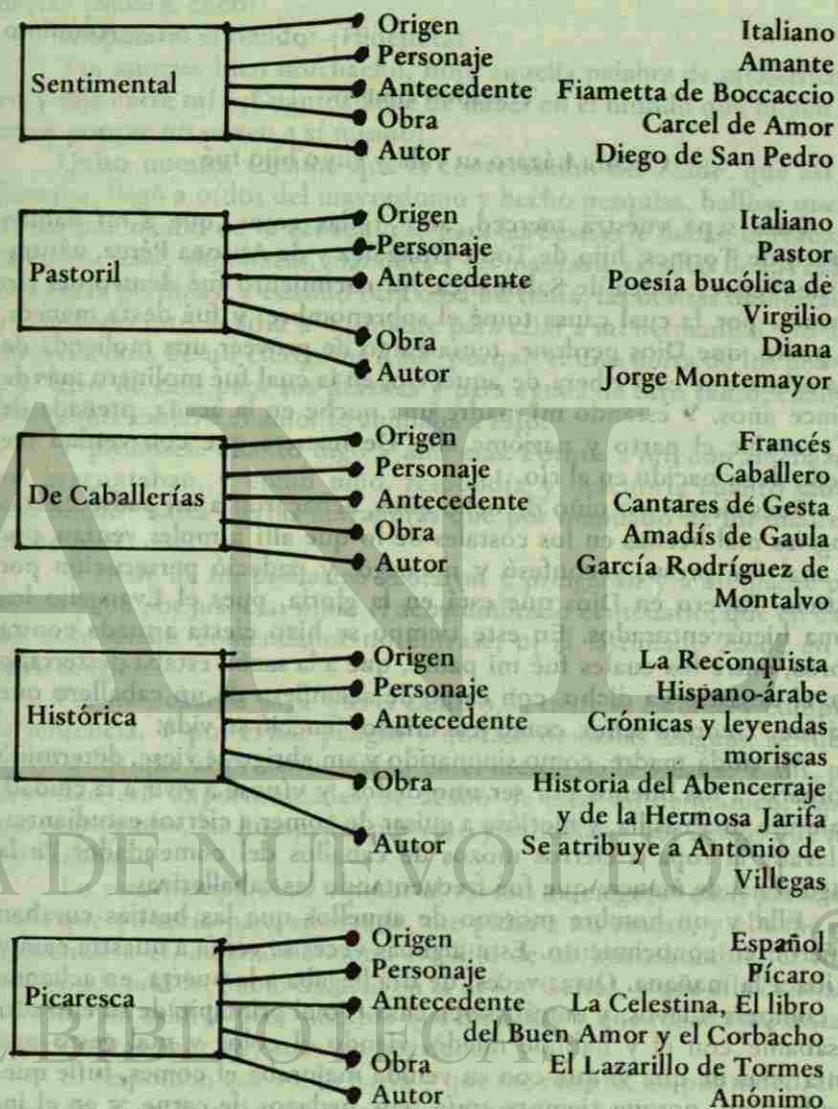
El segundo período está representado por Guzmán de Alfarache de Matco Alemán.

Se publicó la primera parte en Madrid en 1559, y la segunda parte en 1644.

Trata de Guzmán de Alfarache, hijo de un ladrón y de una aventurera, quien tuvo alti bajos de fortuna, viajó mucho, jugó, se dedicó a la usura, a la estafa y terminó en galeras.

Su vida fue muy diferente a la del Lazarillo, y la actitud de " Guzmán de Alfarache fue amarga y desilusionada "

CUADRO SINOPTICO DE LAS NOVELAS DE LOS SIGLOS XV y XVI



Anónimo

Tratado Primero

Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fué

Pues sepa vuestra merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué desta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fué molinero más de quince años. Y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí. De manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de lo que allí a moler venían, por lo cual fué preso, y confesó y no negó, y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué. Y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viesse, determinó arrimarse a los buenos por ser uno dellos, y vínose a vivir a la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena, de manera que fué frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día llegaba a la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar.

Y acuérdomme que, estando el negro de mi padraastro trebejando con el mozuelo, como el niño veía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él, con miedo, para mi madre, y, señalando con el dedo, decía: ¡Madre, coco!

Respondió él riendo: ¡Hideputa!

Yo, aunque bien muchacho, note aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: ¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismo!

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo y hecho pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas, y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillamos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto.

Y probósele cuanto digo y aún más. Porque a mí, con amenazas, me preguntaban, y como niño, respondía y descubría cuanto sabía, con miedo: hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre a un herrero vendí.

Al triste de mi padraastro azotaron y pringaron y a mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase, ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia. Y por evitar peligro y quitase de malas lenguas, se fué a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana. Y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar, las huéspedes por vino y candélas y por demás que me mandaban.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestrarle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre y que rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano.

El respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo. Y así le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí, y cuando nos hubimos de partir yo fuí a ver a mi madre, y, ambos llo-

rando, me dió su bendición y dijo:

Hijo: ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criadote he y con buen amo te he puesto: válete por ti.

Y así, me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo:

Lázaro; llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro dél.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada y díjome:

Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño dormido, estaba. Dije entre mí:

“Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar, cómo me sepa valer”.

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

62

Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir muchos te mostraré.

Y fué así: que, después de Dios, éste me dió la vida, y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir.

Huelgo de contar a nuestra merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.

Pues, tornando al buen de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que, desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto y sagas. En su oficio era un águila. Cientos y tantas oraciones sabía de coro. Un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer.

Allende desto, tenía otras mil formas y maneras para sacar dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos, para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas: si traía hijo o hija.

Pues en caso de medicina, decía que Galeno no supo la mitad que

él para muela, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión que luego no le decía:

“Haced esto, haréis estotro, coged tal hierba, tomad tal raíz”.

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. Déstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa vuestra merced que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi; tanto, que me mataba a mí de hambre, y así no me desmediaba de lo necesario. Digo verdad; si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso, le contaminaba de tal suerte, que siempre, o las más veces, me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo. El traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y su llave, y al meter de todas las cosas y sacarlas, era con tan gran vigilancia y tanto por contadero, que no bastara hombre en todo el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella lacería que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada.

Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábame el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha.

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz. Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo:

¿Mandar rezar tal y tal oración?, como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino, cuando comíamos, y yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su

63

lugar. Mas duróme poco. Que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino a salvo nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía pohecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupado el vino lo dejaba a buenas noches. Mas, como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas y atapábale con la mano, y así bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé, en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo, y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada.

Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

No diréis, tío, que os la bebo yo decía, pues no le quitáis de la mano.

64

Tantas vueltas y tientas dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido.

Y luego, otro día, teniendo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía; estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y, aunque me quería y regalaba y curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y, sonriéndose, decía:

¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.

Y otros donaires, que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él; mas no lo hice tan presto por hacerlo más a mi salvo y provecho. Aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonarle el jarrazo, no daba lugar al maltratamiento que el mal ciego dende allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coscorrones y repelándome.

Y si alguno le decía por qué me trataba tal mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo:

¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña.

Santiguándose los que lo oían, decían:

¡Mira quién lpensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad!

Y reían mucho del artificio, y decíanle:

Castigadlo, castigadlo, que Dios lo habréis.

Y él, con aquello, nunca otra cosa hacía.

Y en esto yo siempre le llevaba por lo peores caminos y adrede, por le hacer mal daño: si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto. Que aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía.

Con esto, siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colorillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía más: tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

65

Y porque vea vuestra merced a cuánto se extendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dió bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir a tierra de Toledo. Porque decía ser la gente más rica aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: "Más da el duro que el desnudo". Y vinimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamos; donde no, a tercerò día hacíamos San Juan.

Acació que, llegando a un lugar que llaman Almorox al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dió un racimo dellas en limosna. Y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, degranábasele el racimo en la mano. Para echarlo en el fardel tornábase mosto, y lo que a él se llegaba.

Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme: que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar y dijo:

Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas de él tanta parte como yo. Partirlo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego el segundo lance, el traidor mudó propósito, y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debía hacer lo mismo. Como vi que él quebrantaba la postura, no me contenté ir a la par con él; más aún pasaba adelante: dos a dos y tres a tres, y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo:

Lázaro: engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas de a tres.

No comí dije yo: mas, ¿ por qué sospecháis eso ?

Respondió el sagacísimo ciego:

¿ Sabes en qué veo que las comistes tres a tres ? En que comía yo dos a dos y callabas.

A lo cual yo no respondí. Yendo que íbamos así por debajo de unos soportales, en Escalona, adonde a la sazón estábamos en casa de un zapatero, había muchas sogas y otras cosas que de esparto se hacen, y parte de ellas dieron a mi amo en la cabeza. El cual, alzando la mano, tocó en ellas, y viendo lo que era díjome:

66

Anda presto, muchacho: salgamos de entre tan mal manjar, que ahoga sin comerlo.

Yo, que bien descuidado iba de aquello, miré lo que era, y como no vi sino sogas y cinchas, que era cosa de comer, díjele:

Tío, ¿ Por qué decís eso ?

Respondióme:

Calla sobrino; según las mañas que llevas, lo sabrás y verás cómo digo la verdad.

Y así pasamos adelante por el mismo portal, y llegamos por el mismo portal, y llegamos a un mesón, a la puerta del cual había muchos cuernos en la pared, donde ataban los recueros sus bestias, y como iba tentando si era allí el mesón adonde él rezaba cada día por la mesonera la oración de la emparedada, asió de un cuerno, y con un gran suspiro dijo:

¡ Oh, mala cosa, peor que tiene la hechura ! ¡ De cuántos eres deseado poner tu nombre sobre cabeza ajena y de cuán pocos tenerte ni aun oír lo que decía, dije:

Tío, ¿ qué es esto que decís ?

Calla, sobrino, que algún día te dará este que en la mano tengo alguna mala comida y cena.

No le comeré yo dije, y no me la dará.

Yo te digo verdad, si no, verlo has, si vives.

Y así pasamos adelante, hasta la puerta del mesón, adonde pluguiere a Dios nunca allá llegáramos, según lo que me sucedía en él.

Era, todo lo más que rezaba, por mesoneras, y por bodegoneras y turroneras y rameras, y así por semejantes mujercillas, que por hombre casi nunca le vi decir oración.

Reíme entre mí, y, aunque muchacho noté mucho la discrea consideración del ciego.

Mas, por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despidiente y con él acabar. Estábamos en Escalona, villa del duque della, en un mesón, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza había pringado y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa y mandó que fuese por él de vino a la taberna. Pusome el demonio el aparejo delante de los ojos, el cual, como suelen decir, hace al ladrón, y fué que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que, por no ser para la olla, debió ser echado allí.

Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, y como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador. El cual, mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido, por sus deméritos, había escapado.

Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aun no había conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando también llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío nabo. Alteróse y dijo:

¿ Qué es esto, Lazarillo ?

¡ Lacerado de mí ! dije yo ¿ Si queréis a mi echar algo ? ¿ Yo no vengo de traer el vino ? Alguno estaba ahí y por burlar haría esto.

No, no dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible.

Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel truco y cambio; mas poco me aprovechó, pues a las astucias del maldito ciego nada se le escondía. Levantóse y asíome por la cabeza y llegóse a

67

olerme. Y como debió sentir al huelgo, a uso de buen podenco, por mejor satisfacer de la verdad y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos abríame la boca más de su derecho y desalentadamente metía la nariz. La cual tenía luenga y afilada, y a aquella sazón, con el enojo, se había aumentado un palmo. Con el pico de la cual me llegó a la gulilla.

Y con esto, y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no había hecho asiento en el estómago; y lo principal: con el destiento de la cumplidísima nariz medio casi ahogándome, todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase y lo suyo fuese vuelto a su dueño. De manera que, antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra malmascada longaniza a un tiempo salieron de mi boca.

Oh gran Dios, quién estuviera a aquella hora sepultada, que muerto ya lo estaba! Fué tal el coraje del perverso ciego que, si al ruedo no acudieran, piensa no me dejara con la vida. Sacáronme de entre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rascañado el pescuezo y la garganta. Y esto bien lo merecía, pues su maldad me venían tantas persecuciones.

68 Contaba el mal ciego a todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro como de la del racimo y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta: mas con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía sinjusticia en no se las reír.

Y en cuanto esto pasaba, a la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecía, y fué no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado. Que con sólo apretar los dientes se me quedaran en casa, y, con ser de aquel malvado, por ventura lo detuviera mejor mi estómago que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas pudiera negar la demanda. Pluguiera a Dios que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así.

Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le había traído laváronme la cara y la garganta. Sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo:

Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo de año que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en más cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida.

Y luego contaba cuántas veces me había descalabrado y harpado la cara y con vino luego sanaba.

Ya te digo dijo que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú.

Y reían mucho, los que me layaban, con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y después acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel día me dijo salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto, y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejarle, y como lo traía pensando y lo tenía en voluntad, con este poster juego que me hizo afirmélo más. Y fué así que luego otro día salimos por la villa a pedir limosna y había llovido mucho la noche antes. Y porque el día también llovía y andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo había donde no nos mojamos: mas como la noche se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego:

Lázaro: esta agua es muy refinada, y cuanto la noche más cierra, más recia. Acojámonos a la posada con tiempo.

Para ir allá habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande.

Yo le dije:

Tío: el arroyo va muy malo; mas si queréis, yo veo por dónde atravesamos más aína sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos a pie enjuto.

Parecióle buen consejo y dijo:

Discreto eres; por esto te quiero bien.

Llévame a ese lugar donde el arroyo se ensangosta, que agora es invierno y sabe mal el agua, y más llevar los pies mojados.

Yo que vi el aparejo a mi deseo, saquéle debajo de los portales y llevélo derecho de un pilar o postre de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban soledizos de aquellas casas, y dígole:

Tío: éste es el paso más angosto que en el arroyo hay.

Como llovía recio y el triste se mojaba, y con la prisa que llevábamos de salir del agua, que encima se nos caía, y, lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fué por darme de él venganza), creyóse de mí y dijo:

Ponme bien derecho enfrente del pilar, y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele:

¡ Sus! Salta todo lo que podáis, porque deis deste cabo del agua.

Aun apenas lo había acabado de decir cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás medio muerto y hendida la cabeza.

¿Cómo, y oliste la longaniza y no el poste? ¡Olé! ¡Olé! le dije yo.

Y déjelo en poder de mucha gente que lo había ido a socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote, y antes que la noche viniese di conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios dél hizo, ni curé de lo saber.

Tratado Segundo

Cómo Lázaro se asentó con un clérigo,
y de las cosas que con él pasó

Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuíme a un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que, llegando a pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí, como era verdad. Que, aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fué ésta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo.

Escapé del trueno y di en el relámpago. Porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo más sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en éste. No sé si de su cosecha era o lo había anexado con el hábito de clerecía.

El tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traía atada con una aguja de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado y tornaba a cerrar el arca. Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras: algún tocino colgado al humero, algún queso puesto en alguna tabla o en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran. Que me parece a mí que, aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara.

Solamente había una horca de cebollas, y tras la llave de una cámara en lo alto de la casa. Déstas tenía yo de ración una para cada cuatro días, y cuando le pedía la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falsopecto y con gran continencia la desataba y me la daba, diciendo:

Toma y vuélvela luego y no hagas sino golosinar.

Como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa que

las cebollas colgadas de un clavo. Las cuales él tenía tan bien por cuenta que, si por males de mis pecados me desmandara a más de mi tasa, me costara caro.

Finalmente, yo me finaba de hambre.

Pues, ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. Verdad es que partía conmigo del caldo. Que de la carne, ¡tan blanco el ojo!, sino un poco de pan, y pluguiera a Dios que me demediara.

Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una, que costaba tres maravedíes. Aquélla la cocía y comía los ojos, y la lengua, y el cogote, y sesos, y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos roídos. Y dábamelos en el plato, diciendo: "Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el papa".

"Tal te la dé Dios", decía yo paso entre mí.

Al cabo de tres semanas que estuve con él vine a tanta flaqueza, que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaron. Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué darle salto. Y aunque algo hubiera, no podía cegarle, como hacía al que Dios perdona, si de aquella calabazada feneció. Que todavía, aunque astuto, con faltarle aquelpreciado sentido, no me sentía; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenía.

Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía que no era de él registrada. El un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el casco como si fueran de azogue. Cuantas blancas ofrecían tenía por cuenta. Y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponía sobre el altar.

No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví o, por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino; mas aquel poco que de la ofrenda había metido en su arcaz compensaba de tal forma que le duraba toda la semana.

Y por ocultar su gran mezquindad decíame:

Mira, mozo; los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros.

Mas el lacerado mentía falsamente, por que en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador.

Y porque dije de mortuorios, Dios me perdona, que jamás fuí enemigo de la naturaleza humana sino entonces. Y esto era porque comíamos bien y me hartaban. Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo. Y cuando dábamos sacramento a los enfermos, es-

pecialmente la extremaunción, como manda el clérigo rezar a los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración, y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase a la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de aqueste mundo.

Y cuando alguno déstos escapaba, Dios me lo perdone, que mil veces le daba al diablo. Y el que se moría, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas. Porque en todo el tiempo que allí estuve, que sería casi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y éstas bien creo que las maté yo, o por mejor decir, murieron a mi recuesta. Porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme a mí vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba. Que si el día que enterrábamos yo vivía, los días que no había muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando a mi cotidiana hambre, más sentía. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mí, como para otros, deseaba algunas veces; mas no la veía, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo; mas por dos cosas no lo dejaba: la primera, por no me atrever a mis piernas, por temor de la flaqueza, que de pura hambre me venía; y la otra, consideraba y decía:

72

“ Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y, dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si éste desisto y doy en otro más bajo, ¿ qué será sino fenecer ? ”

Con esto no me osaba menear. Porque tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines. Y a bajar otro punto, no soaba Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal aflicción, cual plega al Señor librar de ella a todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un día que el cuitado, ruin y lacerado de mi amo había ido fuera del lugar, llegóse acaso a mi puerta un calderero, el cual yo creo que fué ángel enviado a mí por la mano de Dios en aquel hábito. Preguntóme si tenía algo que adobar.

En mí teníades bien que hacer y no haríades poco si me remediádes dije paso, que no me oyó.

Mas como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo le dije:

Tío, una llave deste arte he perdido, y temo mi señor me azote. Por vuestra vida, veáis si en ésas que traéis hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré.

Comenzó a probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traía, y yo a ayudarle con mis flacas oraciones. Cuando no me cato, veo la figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arcaz. Y, abierto, díjele:

Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago.

El tomó un bodigo de aquéllos, el que mejor le pareció, y, dándome mi llave, se fué muy contento, dejándome más a mí.

Mas no toque nada por el presente, por que no fuese la falta sentida, y aun porque me vi de tanto bien señor parecióme que la hambre no se me osaba allegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada que el ángel había llevado.

Y otro día, en saliendo de mi casa, abro mi paraíso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arpa abierta. Y comienzo a barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso. Mas aquel descanso; porque luego, al tercer día, me vino la terciana derecha.

Y fué que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía:

¡ San Juan, y ciégale !

Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo:

Si no tuviera a tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habían tomado de ellas panes; pero de hoy más, sólo por cerrar la puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos: nueve quedan y un pedazo.

¡ Nuevas malas te dé Dios !, dije yo entre mí.

Parecióme con lo que dijo pasarme el corazón con saeta de montero, y comencóme el estómago a escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa. Yo, por consolarme, abro el ara, y como vi el pan, comencélo de adorar, no osando recibirlo. Contélos, si a dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fué dar en ellos mil besos, y lo más delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquél pasé aquel día, no tan alegre como el pasado.

Mas como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos, moría mala muerte; tanto que otra cosa no hacía en viéndome solo sino abrir y cerrar

73

el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios, que socorre a los afligidos, viéndome en tal estrecho, trajo a mi memoria un pequeño remedio. Que considerando entre mí, dije:

“ Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros. Púedese pensar que ratones, entrando en él, hacen daño a este pan. Sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanto me hace vivir. Esto bien se sufre ”.

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro, de manera que en cada cual de tres o cuatro desmigajé su poco. Después, como quien toma gragea. Lo comí, y algo me consolé. Mas él, como viniese a comer y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habían hecho. Porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo a otro y vióle ciertos agujeros, por do sospechaba habían entrado. Llamóme, diciendo.

¡ Lázaro ! ¡ Mira, mira, qué persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan !

Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería.

¡ Que ha de ser ! dijo él. Ratones, que no dejan cosa a vida.

74

Pusímonos a comer, y quiso Dios que aun en esto me fué bien. Que me cupo más pan que la laceria que me solía dar. Porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo:

Cómete eso, que el ratón cosa limpia es.

Y así, aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, o de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba.

Y luego me vino otro sobresalto, que fué verle andar solícito quitando clavos de las paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca.

¡ Oh Señor mío ! dije yo entonces !

¡ A cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos y cuán poco duran los placeres desta nuestra trabajosa vida ! Heme aquí que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria y estaba ya cuanto que alegre y buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando a este lacerado de mi amo y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenía (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquélla carecen), agora, cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta a mi consuelo y la abriese a mis trabajos.

Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero, con sus muchos clavos y tablillas, dió fin a sus obras diciendo:

Agora, donos traidores ratones, conviéncos mudar propósito, que en esta casa mala medra tenéis.

De que salió de su casa, voy a ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde le pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y vi los dos o tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y de ellos todavía saqué alguna laceria, tocándolos muy ligeramente, a uso de esgremidor diestro. Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que ternía en sustentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí.

Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podría valer y aprovecharme del arcaz, sentí que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y, habiendo en el día pensando lo que había de hacer y dejando un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase, voyme triste arcaz, y por do había mirado tener menos defensa le acometí con el uchillo, que a manera de barreno dél usé. Y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió y consintió en su costado, por mi remedio, un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y, al tiento, del pan, que hallé partido, hice según de yuso está escrito. Y con aquello algún tanto consolado, tornando a cerrarme volví a mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco.

Lo cual yo hacía mal y echábalo al no comer. Y así sería, porque cierto en aquel tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro día fué por el señor mi amo visto el daño así del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó a dar al diablo los ratones y decir.

¿ Que diremos a esto ? ¡ nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora !

Y sin duda debía de decir la verdad. Porque si casa había de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquélla, de razón había de ser, porque no suelen morar donde no hay qué comer. Torna a buscar clavos por la casa y por las paredes y tablillas y a tapárselos. Venida la noche y su reposo, luego era yo puesto en pie con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día destaba yo de noche.

75

En tal manera fué y tal prisa nos dimos, que sin duda por esto debió decir: "Donde una puerta se cierra, otra se abre". Finalmente, parecíamos tener a destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejía de día rompía yo de noche. Y en pocos días y noches pusimos la pobre despensa de tal forma que quien quisiera propiamente de ella hablar, más corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamara, según la clavazón y tachuelas sobre sí tenía.

De que vió no le aprovechar nada su remedio dijo:

Este arcaz está tan maltratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón a quien se defienda. Y va ya tal, que si andamos más con él nos dejará sin guarda. Y aun lo peor que, aunque hace poca, todavía hará falta faltando y me pondrá en costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro a estos ratones malditos.

Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que a los vecinos pedía, contino el gato estaba armado dentro del arca. Lo cual era para mí singular auxilio. Porque, caso que yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo.

76

Como hallase el pan ratonado y el queso comido y no cayese el ratón que lo comía, dábase al diablo, preguntaba a los vecinos qué podría ser comer el queso y sacarlo de la ratonera y no caer ni quedar dentro el ratón y hallar caída la trampa del gato.

Acordaron los vecinos no ser el ratón el que este daño hacía, porque no fuera menos de haber caído alguna vez. Díjole un vecino:

En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y ésta debe de ser, sin duda. Y lleva razón, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampa encima, como no entra toda dentro, tórnase a salir.

Cuadró a todo lo que aquél dijo y alteró mucho a mi amo, y desde en adelante no dormía tan a sueño suelto. Que cualquier gusano de la madera que de noche sonase pensaba ser la culebra que le roía el arca. Luego era puesto en pie, y con un garrote que a la cabecera, desde que aquello le dijeron, ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía y a mí no me dejaba dormir. Ibase a mis pajas y trastornábalas, y a mí con ellas, pensando que se iba para mí y se envolvía en mis pajas o en mi sayo. Porque le decían que de noche acaecía a estos animales, buscando calor, irse a las cunas donde están criaturas y aun morderlas y hacerles peligrar.

Yo las más veces hacía del dormido, y en la mañana decíame él:

¿Esta noche, mozo, no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para ti a la cama, que son muy frías y buscan calor.

Plega a Dios que no me muerda decía yo, que harto miedo le tengo.

Esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que, mi fe, la culebra o culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche y levantarse al arca; mas de día mientras estaba en la iglesia o por el lugar, hacía mis saltos. Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podía poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo.

Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave, que debajo de las pajas tenía, y parecióme lo más seguro meterla de noche en la boca. Porque ya, desde que viví con el ciego, la tenía tan hecha bolsa, que me acaeció tener en ella doce o quince maravadies, todo en medias blancas, sin que me estorbasen el comer. Porque de otra manera no era señor de una blanca que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remedio que no me buscaba muy a menudo.

Pues así como digo, metía cada noche la llave en la boca y dormía sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de venir, por demás es la diligencia. Quisieron mis hados, o, por mejor decir, mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debía tener, de manera y tal postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba salía por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba, según mi desastre quiso, muy recio, de tal manera, que el sobresalto de mi amo lo oyó y creyó sin duda ser el silbo de la culebra, y cierto lo debía parecer.

Levantóse muy paso, con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó a mí con mucha quietud por no ser sentido de la culebra. Y como cerca se vió, pensó que allí, en las pajas donde yo estaba echado, al calor mío, se había venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descargó en la cabeza un tan golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó.

Como sintió que me había dado, según yo debía hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se había llegado a mí y, dándome grandes voces llamándome, procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me había hecho. Y con mucha prisa fué a buscar lumbre, y, llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé la mitad fuera, bien de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba con ella.

77

Espantado el matador de culebras que podía ser aquella llave, miróla, sacándomela del todo de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fué luego a probarla, y con ella probó el maleficio.

Debió de decir el cruel cazador:

“ El ratón y culebra que me daban guerra y me comían mi hacienda he hallado ”.

De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; más de cómo torné, decir a mi amo, el cual a cuantos allí venían lo contaba por extenso.

Al cabo de tres días yo torné en mi sentido, y vine echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceites y ungüentos, y, espantado, dije:

¿ Qué es esto ?

Respondióme el cruel sacerdote:

A fe que los ratones y culebras que me destruían ya los he cazado.

Y miré por mí, y vine tan maltratado que luego sospeché mi mal.

A esta hora entró una vieja que ensalmaba, y los vecinos, Y comiéndame a quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo. Y como me hallaron vuelto en mi sentido holgáronse mucho, dijeron:

Pues ha tornado en su acuerdo, placera a Dios no será nada.

Y Tornaron de nuevo a contar mis cuitas y a reírlas, y yo pecador, a llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron remediar. Y así, de pco en poco, a los quince días me levanté y estuve sin peligro mas no sin hambre y medio sano.

Luego, otro día, que fuí levantado, el señor amo me tomó por la mano y sacóme la puerta afuera, y, puesto en la calle, díjome:

Lázaro: de hoy más eres tuyo y no mío. Buca amo y vete con Dios. Que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego.

Y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna a meter en casa y cierra su puerta.

Tratado Tercero

De cómo Lázaro se asentó con un escudero,
y de lo que le conteció con él

De esta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insgne ciu-

dad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende a quince días se me cerró la herida. Y mientras estaba malo siempre me daban alguna limosna; mas después que estuve sano, todos me decían:

Tú bellaco y gallofero eres. Busca, busca un buen amo a quien sirvas.

¿ Y adónde se hallará ése decía yo entre mí, si Dios ahora de nuevo, como crió el mundo, no lo criase ?

Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio, porque ya la caridad se subió al cielo, topóme Dios con un escudero que iba por la calle, con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden. Miróme, y yo a él, y díjome:

Muchacho: ¿ buscas amo ?

Yo le dije:

Sí, señor.

Pues vente tras mí me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo. Alguna buena oración rezaste hoy.

Y seguíle, dando gracias a Dios por lo que le oí, y también que me parecía, según su hábito y continente, ser el que yo había menester.

Era de mañana cuando este mi tercero amo topé. Y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasábamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones. Yo pensaba, y aun deseaba, que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque ésta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy a tendido paso pasaba por estas cosas.

“ Por ventura no le ve aquí a su contento decía yo y querrá que lo compremos en otro cabo ”.

Desta manera anduvimos hasta que dió las once. Entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él, y muy devotamente le vi of misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fué acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia.

A buen paso tendido comenzamos a ir por una calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré que debía ser hombre mi nuevo amo que se proveía en junto y que ya la comida estaría a punto y tal como yo la deseaba y aun la había menester.

En este tiempo dió el reloj la una después de mediodía, y llegamos a una casa, ante la cual mi amo se pasó, y yo con él, y, derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta y entramos en casa. La cual tenía la entrada oscura y lóbrega de tal manera, que parecía que ponía temor a los que en ella entraban, aunque dentro de ella estaba un patio pequeño y razonables cámaras.

Desque fuimos entrados quita de sobre si su capa y, preguntando tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos y, muy limpiamente, soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Y hecho esto, sentóse cabo de ella, preguntándome muy poco extenso de dónde era y cómo había venido a aquella ciudad.

Y yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más conveniente la hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla que de lo que me pedía. Con todo esto, yo le satisfací de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no verle más aliento de comer que a un muerto.

Después desto, consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así, díjome.

Tú, mozo, ¿has comido?

No, señor dije yo, que aún no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré.

Pues, aunque de mañana, yo había almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos.

Vuestra merced crea, cuando esto lo oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas y torné memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquél era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente, allí lloré mis trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera.

Y con todo, disimulando lo mejor que pude, dije:

Señor: mozo soy, que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado della hasta hoy día de los amos que yo he tenido.

Virtud es ésa dijo él, y por eso te querré yo más. Porque el hartar es de los puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien.

¡ Bien te he entendido ! dije yo entre mí. ¡ Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre !

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. El, que vió esto, díjome:

Ven acá, mozo. ¿ Qué comes ?

Yo lleguéme a él y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo de tres que eran: el mejor y más grande. Y díjome:

Por mi vida, que parece éste buen pan.

Sí, a fe dijo él. ¿ Adónde lo hubiste ? ¿ Si es amasado de manos limpias ?

No sé yo eso le dije; mas a mi no me pone asco el sabor dello.

Así plega a Dios dijo el pobre de mi amo.

Y llevándola a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados como yo en lo otro.

Sabrosísimo pan está dijo, por Dios.

Y como le sentí de qué pie coxqueaba, dime prisa. Porque vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase. Y con esto acabamos casi a una. Y mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas, y bien menudas, que en los pechos se le habían quedado. Y entró en una camareta que allí estaba y sacó un jarro desbocado y no muy lleno, y desque hubo bebido convidome a él. Yo, por hacer el continente, dije:

Señor, no bebo vino.

Agua es repondió. Bien puedes beber.

Entonces tomé el jarro y bebi. No mucho, porque de sed no era mi congoja.

Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo me tiéme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos y díjome:

Mozo: párate allí y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante.

Púseme en un cabo y él del otro e hicimos la negra cama. En la cual no había mucho que hacer. Porque ella tenía sobre unos bancos unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa encima de un negro colchón. Que por no estar muy continuada a lavarse no parecía colchón, aunque servía de él, con harta menos lana que era menester. Aquél tendimos, haciendo cuenta de ablandarle. Lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenía dentro de sí. Que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecían a lo propio entrecuesto de flaquísimo puercos. Y sobre aquel hambriento colchón, un alfamar del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome.

Lázaro: ya es tarde y de aquí a la plaza hay gran trecho. También en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean. Pasemos como podamos y mañana, venido el día, Dios hará merced.

Porque yo, por estar solo, no estoy proveído; antes he comido estos días por allá fuera. Mas agora hacerlo hemos de otra manera.

Señor: de mí dije yo ninguna pena tenga vuestra merced, que sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer.

Vivirás más y más sano me respondió. Porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco.

“ Si por esa vía es dije entre mí nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero, en mí desdicha, tenerla toda la vida ”.

Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubón. Y mandóme echar a sus pies, lo cual yo hice. Mas maldito sueño que yo dormi. Porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse. Que con mis trabajos, males y hambres, pienso que en mi cuerpo no había libra de carne, y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad. Maldíjeme mil veces (Dios me lo perdone) y a mi ruin fortuna, allí, lo más de la noche, y, lo peor, no osándome revolver por no despertarle, pedí a Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos, y comienza a limpiar y sacudir sus calzas y jubón, sayo y capa. Y yo, que le servía de pelillo. Y vístese muy a su placer, de espacio. Echéle aguamanos, peinóse y puso su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponía díjome:

¡ Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta ! No hay marco de oro en el mundo por que yo la diese. Mas así, ninguna de cuantas Antonio hizo no acertó a ponerle los aceros tan prestos como ésta los tiene.

Y sacóla de la veina y tentóla con los dedos, diciendo:

¿ Vesla aquí ? Yo me obligo con ella a cercenar un copo de lana.

Y yo dije entre mí:

“ Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras ”.

Tornóla a meter y ciñóse la, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte. Y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y a veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta diciendo:

Lázaro: mira por la casa en tanto que voy a oír misa, y haz la cama y vé por la vasija de agua al río, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, por que si yo viniese en tanto pueda entrar.

Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente del

conde de Arcos (1), o a lo menos camarero que le daba de vestir.

¡ Bendito seáis vos, Señor quedé yo diciendo, que dais la enfermedad y ponéis el remedio ! ¿ Quién encontrará a aquel mi señor, que no piense, según el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y, aunque agora es de mañana, no le cuenten por muy bien almorzado ? ¡ Grandes secretos son, Señor, los que vos hacéis y las gentes ignoran ! ¿ A quién pensara que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día sin comer, con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trajo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza, y yo, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos se hacía servir de la halda del sayo ? Nadie por cierto lo sospechara. ¡ Oh Señor, y cuántos de aquestos debéis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufrirían !

Así estaba yo a la puerta, mirando y considerando estas cosas y otras muchas, hasta que el señor amo traspuso la larga y angosta calle. Y como le vi trasponer, tornéme a entrar en casa, y en un credo la anduve toda, alto y bajo, sin hacer represa ni hallar en qué. Hago la negra y dura cama y tomo el jarro y doy conmigo en el río, donde en una huerta vi a mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta. Antes muchas tienen por estilo de irse a las mañanicas del verano a refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar.

Y como digo, él estaba entre ellas, hecho un Macías, diciéndoles más dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago.

El, sintiéndose tan frío de bolsa cuanto estaba caliente del estómago, tomóle tal calofrío, que le robó la color del gesto y comenzó a turbarse en la plática y a poner excusas no validas.

Ellas, que debían ser bien instituídas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné, con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné a casa. De la cual pensé barrer alguna parte, que era bien menester; mas no hallé con qué. Púseme a pensar qué haría, y parecióme esperar a mi amo hasta que el día demediase y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fué mi experiencia.

Desde vi ser las dos y no venía y la hambre me aquejaba, cierra

mi puerta y pongo la llave do mandó y tórnome a mi menester. Con baja y enferma voz e inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no había caridad ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que antes que el reloj diera las cuatro ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos. Volvíme a la posada y al pases por la tripería pedí a una de aquellas mujeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblando su capa y puesta en el poyo y él paseándose por el patio. Como entro, vino por mí. Pensé que me quería reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios.

Preguntóme do venía.

Yo le dije:

Señor: hasta que dió las dos estuve aquí, y de que vi que vuestra merced no venía, fuíme por esa ciudad a encomendarme a las buenas gentes, y hanme dado esto que veis.

84

Mostréle el pan y las tripas, que en un cabo de la halda traía. a la cual él mostró buen semblante, y dijo:

Pues esperando te he a comer, y de que vi que no viniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso. Que más vale pedirlo por Dios que no hurtarlo. Y así él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca a mi honra. Aunque bien creo que será secreto, según lo poco que en este pueblo soy conocido. ¡nunca a él yo hubiera de venir!

Deso pierda, señor, cuidado le dije yo, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta ni yo de darla.

Agora, pues, come, pecador. Que, si a Dios place, presto nos veremos sin necesidad. Aunque te digo que después que en esta casa entré nunca bien me ha ido. Debe ser de mal suelo. Que hay casas desdichadas y de mal pie, que a los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe ser, sin duda, dellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella aunque me la den por mía.

Sentéme al cabo del poyo, y, por que no me tuviese por glotón, callé la merienda. Y comienzo a cenar y morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mío, que no partía sus ojos de mis taldas, que aquella sazón servían de plato. Tanta lástima haya Dios de mí como yo había dél, porque sentí lo que sentía y mu-

chas veces había por ello pasado y pasaba cada día. Pensaba si sería bien comedirme a convidalle; mas, por me haber dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba aquel pecador ayudase a su trabajo del mío y se desayunase como el día antes hizo, pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre.

Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo. Porque como comencé a comer y él se andaba paseando, llegóse a mí y díjome:

Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre y que nadie te lo verá hacer que no le pongas gana aunque no la tenga.

“ La muy buena que tú tienes dije yo entre mí te hace parecer la mía hermosa ”.

Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele:

Señor: el buen aprejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo y esta uña de vaca tan bien cocida y sazónada, que no habrá a quien no convide con su sabor.

¿ Uña de vaca es ?

Si, señor.

Dígote que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que así me sepa.

Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.

Póngole en las uñas la otra y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco. Y asentóseme al lado y comienza a comer como aquel que lo había gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

Con almodrote decía, es éste singular manjar.

Con mejor salsa lo comes tú respondí yo paso.

Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido bocado.

¡ Así me vengan los buenos años como es ello dije yo entre mí !

Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo había traído. Es señal que, pues no le faltaba el agua, que no le había a mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos a dormir, como la noche pasada.

Y por evitar prolijidad, de esta manera estuvimos ocho o diez días, yéndose el pecador en la mañana con aquel contento y paso contado a papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre: que, escapando de los

85

amos ruines que había tenido y buscando mejoría, viniese a topar con quien no sólo no me mantuviese, mas a quien yo había de mantener. Con todo, le quería bien, con ver que no tenía ni podía más. Y antes le había lástima que enemistad. Y muchas veces, por llevar a la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal.

Porque una mañana, levantándose el triste en camisa, subió a lo alto de la casa a hacer sus menesteres, y en tanto, yo, por salir de sospecha, desenvolvíle el jubón y las calzas, que a la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo.

“ Este decía yo es pobre y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego, y el malventurado mezquino clérigo, que, con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre, aquéllos es justo desamar y aquéste de haber mancilla ”.

Dios me es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquél le vi sufrir. Al cual, con toda su pobreza, holgaría de servir más que a los otros por lo que he dicho. Sólo tenía dél un poco de descontento. Que quisiera yo que no tuviera tanta presunción; mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad. Mas, según me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada. Aunque no haya cornado de truco, ha de andar el birrete en su lugar. El señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el Ayuntamiento que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregón que el que de allí adelante topasen fuese punido con azotes. Y así, ejecutando la ley, desde a cuatro días que el pregón se dió, vi llevar una procesión de pobres azotando por las cuatro calles. Lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme a demandar.

Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa y la tristeza y silencio de los moradores; tanto, que nos acció estar dos o tres días sin comer bocado, ni hablaba palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento. Que de la laceria que les traían me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenía tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió. A lo menos en casa,

bien lo estuvimos sin comer. No sé yo cómo o dónde andaba y qué comía. ¡ Y verne venir a mediodía la calle abajo, con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta !

Y por lo que toca a su negra, que dicen, honra, tomaba una paja, de las que aun asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los dientes, que nada entre sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo:

Malo está de ver, que la desdicha desta viviendo lo hace. Como ves, es lóbrega, triste, obscura. Mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer. Ya deseo que se acabe este mes por salir de ella.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecución, un día, no sé por cual dicha o ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real. Con el cual él vino a casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesto muy alegre y risueño me lo dió diciendo:

Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano: ve a la plaza, merca pan y vino y carne; ¡ quebrems el ojo al diablo ! Y más te hago saber, por que te huelgues: que he alquilado otra casa y en ésta desastrada no hemos de estar más de en cumpliendo el mes. ¡ Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré ! Por nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido ni he habido descanso ninguno; mas ¡ tal vista tiene y tal obscuridad y tristeza ! Ve y ven presto, y comamos hoy como condes.

Toma mi real y jarro y, a los pies dándoles priesa, comienzo a subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza, muy contento y alegre. Mas ¿ qué me aprovecha si está constituido en mi triste fortuna que ningún gozo me venga sin zozobra ? Y así fué éste. Porque, yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearía que fuese mejor y más provechosamente gastado, dando infinitas gracias a Dios que a mi amo había hecho con dinero, a deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traían.

Arriméme a la pared, por darle lugar, y desde que el cuerpo pasó, venía luego a par del lecho una que debía ser mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres; la cual iba llorando a grandes voces y diciendo:

Marido y señor mío: ¿ adónde os me llevan ? ¡ A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y obscura, a la casa donde nunca comen ni beben !

¡ Oh desdichado de mí ! Para mi casa llevan este muerto.

Dejo el camino que llevaba y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo, a todo el más correr que pude, para mi casa.

Y, entrando en ella, cierro a grande prisa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga a ayudar alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo:

¿ Que es eso, mozo ? ¿ Qué voces das ? ¿ Qué has ? ¿ Por qué cierras la puerta con tal furia ?

¡ Oh señor dije yo: acuda aquí, que nos traen acá un muerto !

¿ Cómo así ? respondió él.

Aquí arriba lo encontré, y venía diciendo su mujer: " Marido y señor mío: ¿ adónde os llevan ? ¡ A la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben ! " Acá, señor, nos le traen.

Y ciertamente, cuando mi amo esto oyó, aunque no tenía por qué estar risueño, río tanto, que en muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenía yo echada la aldaba a la puerta y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habían de meter en casa. Y desde que fué ya más harto de reír que de comer el bueno de mi amo díjome:

Verdad es, Lázaro; según la viuda lo va diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste; mas, pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre y ve por de comer.

Déjalos, señor, acaban de pasar la calle dije yo.

88

Al fin vino mi amo a la puerta de la calle y ábrela esforzándome, que bien era menester, según el miedo y alteración, y me tornó a encaminar. Mas aunque comimos bien aquel día, maldito el gusto yo tomaba en ello. Ni en aquellos tres días torné en mi color. Y mi amo, muy risueño todas las veces que se acordaba aquella mi consideración.

Destá manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención de su venida y estada en esta tierra. Porque desde el primer día que con él asenté le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenía.

Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba. Porque un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja y que había dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero su vecino.

Señor dije yo: si él era lo que decís y tenía más que vos, ¿ no errábades en no quitárselo primero, pues decís que él también os lo quitaba ?

Sí es y sí tiene y también me lo quitaba él a mí; mas, de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comerse él alguna y ganarme por la mano.

Ofreciéndosele a él las gracias, informábase de la suficiencia dellos. Si decían que entendían, no hablaba palabra en latín, por no dar tropezón; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendas, digo que con más con dineros que con letras y con reverendas se ordenan, hacíase entre ellos un santo Tomás y hablaba dos horas en latín. A lo menos, que lo parecía, aunque no lo era.

Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba cómo por mal se las tomasen. Y para aquello hacía molestias al pueblo y otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos o tres días, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bula, ni a mi ver tenían intención de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro día de mañana despedir la bula.

Y esa noche, después de cenar, pusiéronse a jugar la colación él y el alguacil. Y sobre el juego vinieron a reñir y a haber malas palabras. El llamó al alguacil ladrón, y el otro a él falsario. Sobre esto, el señor comisario, mi señor, tomó un lanzón que en el portal do juaban estaba. El alguacil puso mano a su espada, que en la cinta tenía.

89

Al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos y métense en medio. Y ellos, muy enojados, procurándose desembarazar de los que en medio estaban para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase y la casa estuviese llena della, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas. Entre las cuales el alguacil dijo a mi amo que era falsario y las bulas que predicaba que eran falsas.

Finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban a ponerlos en paz, acordaron de llevar el alguacil de la posada a otra parte. Y así quedó mi amo muy enojado. Y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese a dormir, se fué, y así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué a la iglesia y mandó tañer a misa y al sermón para despedir la bula. Y el pueblo se juntó. El cual andaba murmurando de las bulas, diciendo cómo eran falsas y que el mismo alguacil, riñendo, lo había descubierto. De manera que, tras que tenían mala gana de tomarla, con aquello del todo la aborrecieron.

El señor comisario se subió al púlpito y comienza su sermón y a animar la gente a que no quedasen sin tanto bien e indulgencia como la santa bula traía.

asienta un hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria. ¿Pues, por ventura, no hay en mí habilidad para servir y contentar a éstos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien como otro y agradalle a las mil maravillas. Reírle hía mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo. Nunca decirle cosa que le pesase, aunque mucho le cumpliese. Ser muy diligente en su persona, en dicho y hecho. No me matar por no hacer bien las cosas que él no habría de ver. Y ponerme a reñir, donde lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba. Si riñese con algún criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira y que pareciesen en favor del culpado. Decirle bien de lo que bien le estuviese y, por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar a los de casa y a los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy día se usan en palacio y a los señores dél parecen bien. Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios y que son personas de negocios ni con quien el señor se puede descuidar. Y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría: mas no quiere mi ventura que le halle.

90

Esta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo, dándome relación de su persona valerosa.

Pues, estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja. El hombre le pide el alquiler de la casa y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de los dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara. Pienso que fueron doce o trece reales. Y él les dio muy buena respuesta: que saldría a la plaza a trocar una pieza de a dos y que a la tarde volviesen; mas su salida fué sin vuelta.

Por manera que a la tarde volvieron; mas fué tarde. Yo les dije que aun no era venido. Venida la noche y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme a las vecinas y contéles el caso, y allí dormí.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino; mas a estotra puerta. Las mujeres les responden:

Veis aquí su mozo y la llave de la puerta.

Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabía adónde estaba y que tampoco había vuelto a casa desde que salió a trocar la pieza, y que pensaba que de mí y de ellos se había ido con el truco.

De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano. Y helos do vuelven luego con ellos, y toman la llave, y llámanme, y llaman testigos y abren la puerta, y entran a embargar la hacienda de mi

amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada, como he contado, y dícenme:

¿Qué es de la hacienda de tu amo: sus arcas y paños de pared y alhajas de casa?

No sé yo eso les respondí.

Sin duda dicen, esta noche lo deben haber alzado y llevado a alguna parte. Señor alguacil: prended a este mozo, que él sabe dónde está.

En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubón,, diciendo:

Muchacho: tú eres preso si no descubres los bienes deste tu amo.

Yo, como en otra tal no me hubiese visto porque asido del collar sí había sido muchas e infinitas veces; mas era mansamente dél trabado, para que mostrarse el camino al que no veía, yo hube mucho miedo, y, llorando, prometíle de decir lo que me preguntaban.

Bien está dicen ellos. Pues di todo lo que sabes y no hayas temor.

Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome que tenía.

Señores dije yo: lo que este mi amo tiene, según él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado.

Bien está dicen ellos. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y a qué parte de la ciudad tiene eso? me preguntaron.

91

En su tierra les respondí.

Por Dios, que está bueno el negocio dijeron ellos. ¿Y adónde es su tierra?

De Castilla la Vieja me dijo él que era les dije yo.

Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

Bastante relación es ésta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese.

Las vecinas, que estaban presentes, dijeron:

Señores: éste es un niño inocente y ha pocos días que está con ese escudero, y no sabe dél más que vuestras mercedes, sino cuando el pecadorcico se llega aquí a nuestra casa y le damos de comer lo que podemos, por amor de Dios, y a las noches se iba a dormir con él.

Vista mi inocencia, dejáronme, dándome por libre. Y el alguacil y el escribano piden al hombre y a la mujer sus derechos. Sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido. Porque ellos alegaron no ser obligados a pagar, pues no había de qué ni se hacía el embargo. Los otros decían que habían dejado de ir a otro negocio, que les importaba más, por venir a aquél.

Finalmente, después de dadas muchas voces, al cabo carga un porquerón con el viejo alfamar de la vieja, aunque no iba muy cargado. Allán van todos cinco dando voces. No sé en qué paró. Creo yo que el pecador alfamar pagara por todos. Y bien se empleaba, pues el tiempo que había de reposar y descansar de los trabajos pasados se andaba alquilando.

Así, como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha. Pues, señalándose todo lo que podía contra mí, hacía mis negocios tan al revés, que los amos, que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, más que mi amo me dejase y huyese de mí.

Tratado Cuarto

Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acció con él

Hubo de buscar el cuarto, y éste fué un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron. Al cual ellas le llamaban pariente. Gran enemigo de coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seculares y visitar. Tanto, que pienso que rompía él más zapatos que todo el convento. Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida; más no me duraron ocho días. Ni yo pude con su trote durar tanto más. Y por esto y por otras cosillas, que no digo, salí dél.

Tratado Quinto

Cómo Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó

En el quinto por mi ventura di, que fué un buldero, el más desenvuelto y desvergonzado y el mejor echador dellas que jamás vi ni ver espero, ni pienso que nadie vió. Porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sotiles invenciones.

En entrado en los lugares do había de presentar la bula, primero presentaba a los clérigos o curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni substancia: una lechuga murciana; si era por el tiempo, un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdinales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favorecieron su negocio y llamasen sus feligreses a tomar la bula.

Parésceme, señor le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo y que tienen más.

Eres muchacho me respondió y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues te hago saber que yo soy, como ves, un escudero; más vótote a Dios, si al conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o atravesar otra calle, si la hay, antes que llegue a mí por no quitárselo. Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdomo que un día deshonré en mi tierra a un oficial y quiso poner en él las manos porque cada vez que le topaba me decía: " Mantenga Dios a vuestra merced ". " Vos, don villano ruin le dije yo; ¿ por qué no sois bien criado ? " " ¿ Manténgaos Dios " me habéis de decir, como si fuese quienquiera ? " De allí adelante, de aquí acullá, me quitaba el bonete y hablaba como debía.

¿ Y no es buena manera de saludar un hombre a otro dije yo decirle que le mantenga Dios ?

¡ Mira mucho de enhoramala ! dijo él. A los hombres de poca arte dicen eso; mas a los más altos, como yo, no les han de hablar menos de: " Beso las manos de vuestra merced ", o, por lo menos: " Bésoos, señor, las manos ", si el que me habla es caballero. Y así, aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento nunca más le quise sufrir, ni sufriría, ni sufriré a hombre del mundo, del rey abajo, que " Manténgaos Dios " me diga.

" Pecador de mí dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufre que nadie se lo ruegue "

Mayormente dijo que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas que, a estar ellas en pie y bien labradas, diez y seis leguas de donde nació, en aquellas costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientas veces mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, a no estar derribando como está, daría cada año más de doscientos palominos. Y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra. Y vine a esta ciudad pensando que hallaría un buen asiento; mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo; mas es gente tan limitada, que no los sacarán de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan; mas servir con éstos es gran trabajo. Porque de hombre os habéis de convertir en malilla, y si no " Andá con Dios " os dicen. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos, y las más y las más ciertas comido por servido. Ya, cuando quieren reformar conciencia y satisfacer vuestros sudores, sois librados en la recámara, en un sudado jubón o raída capa o sayo. Ya, cuando

amo, puestas las manos al cielo y los ojos que casi nada se le parecía sino un poco de blanco, comienza una oración no menos larga que devota, con la cual hizo llorar a toda la gente, como suelen hacer en los sermones de Pasión, de predicador y auditorio devoto, suplicando a Nuestro Señor, pues no quería la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados.

Y esto hecho, mandó traer la bula y púosela en la cabeza. Y luego el pecador del alguacil comenzó poco a poco, a estar mejor y tornar en sí. Y desde fué bien vuelto en su acuerdo, echóse a los pies del señor comisario y demandóle perdón, y confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno, por hacer a él daño y vengarse del enojo; lo otro, y más principal, porque el demonio reciba mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula.

El señor mi amo lo perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos. Y a tomar la bula hubo tanta prisa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella: marido y mujer e hijos e hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo aecido por los lugares comarcanos, y cuando a ellos llegábamos no era menester sermón ni ir a la iglesia, que a la posada la venían a tomar, como si fueran peras que se dieran de balde. De manera que, en diez o doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermón.

Cuando él hizo el ensayo, confieso mi pecado que también fuí de ello espantado y creí que así era, como otros muchos; mas con ver después la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí cómo había sido industriado por el industrioso e inventivo de mi amo.

Acaeciónos en otro lugar, el cual no quiero nombrar por su honra, lo siguiente: Y fué que mi amo predicó dos o tres sermones, y do a Dios la bula tomaban. Visto por el astuto de mi amo lo que pasaba, y que aunque decía se fiaban por un año no aprovechaba, y que estaban tan rebeldes en tomarla y que su trabajo era perdido, hizo tocar las campanas para despedirse, y hecho su sermón y despedido desde el púlpito, ya que se quería abajar, llamó al escribano y a mí, que iba cargado con unas alforjas, e hizonos llegar al primer escalón, y tomó al alguacil las que en las manos llevaba, y las que yo tenía en las alforjas púsolas junto a sus pies, y tornóse a poner el púlpito con cara alegre y a arrojar desde allí, de diez en diez y de veinte en veinte, de sus bulas hacia todas partes, diciendo:

Hermanos míos: tomad, tomad de las gracias que Dios os envía

hasta vuestras casas, y no os duela, pues es obra tan pía la redención de los cautivos cristianos que están en tierra de moros. Porque no renieguen nuestra santa fe y vayan a las penas del infierno, siquiera ayudalles con vuestra limosna y con cinco padrenuestros y cinco avemarías para que salgan de cautiverio. Y aun también aprovechan para los padres y hermanos y deudos que tenéis en el purgatorio, como lo veréis en esta santa bula.

Como el pueblo las vió así arrojar, como cosa que la daba de balde y ser venida de la mano de Dios, tomaban a más tomar, aun para los niños de la cuna y para todos sus difuntos, contando desde los hijos hasta el menor criado que tenían, contándolos por los dedos. Vímonos en tanta prisa, que a mí aínas me acabaran de romper un pobre y viejo sayo que traía, de manera que certifico a vuestra merced que en poco más de una hora no quedó bula en las alforjas, y fué necesario ir a la posada por más.

Acabamos de tomar todos, dijo mi amo desde el púlpito a su escribano y al del Concejo que se levantasen: y para que se supiese quiénes eran los que habían de gozar de la santa bula y para que él diese buena cuenta a quien le había enviado, se escribiesen.

Y así, luego, todos de muy buena voluntad decían las que habían tomado, contando por orden los hijos, y criados y difuntos.

Hecho su inventario, pidió a los alcaldes que, por caridad, porque él tenía que hacer en otra parte, mandasen al escribano le diese autoridad del inventario y memoria de las que allí quedaban, que, según decía el escribano, eran más de dos mil.

Hecho esto, él se despidió con mucha paz y amor, y así nos partimos deste lugar. Y aun, antes que nos partiésemos, fué preguntando él por el teniente cura del lugar y por los regidores si la bula aprovechaba para las criaturas que estaban en el vientre de sus madres.

A lo cual le respondió que, según las letras que él había estudiado, que no. Que lo fuesen a preguntar a los doctores más antiguos que él y que esto era lo que sentía en este negocio.

Y así nos partimos, yendo todos muy alegres del buen negocio. Decía mi amo al alguacil y escribano:

¿Qué os parece, cómo a estos villanos, que con sólo decir cristianos viejos somos, sin hacer obras de caridad, se piensan salvar, sin poner nada de su hacienda. Pues, por vida del licenciado Pascasio Gómez, que a su costa se saquen más de diez cautivos.

Y así nos fuimos hasta otro lugar de aquél, cabo de Toledo, hacía la Mancha, que se dice, adonde topamos otros más obstinados en tomar bulas. Hechas, mi amo y los demás que íbamos, nuestras diligencias, en dos fiestas que allí estuvimos no se habían echado treinta

Visto por mi amo la gran perdición y la mucha costa que traía, y el ardidez que el sutil de mi amo tuvo para hacer despende sus bulas fué que este día dijo la misa mayor, y después de acabado el sermón y vuelto al altar, tomó una cruz que traía, de poco más de un palmo, y en un brasero de lumbre que encima del altar había, el cual habían traído para calentarse las manos, porque hacía gran frío, púsole detrás del misal, sin que nadie mirase en ello. Y allí, sin decir nada, puso la cruz encima de la lumbre, y, ya que hubo acabado la misa y echada la bendición tomola con un pañizuelo, bien envuelta la cruz en la mano derecha y en la otra la bula, y así se bajó hasta la postrera grada del altar adonde hizo que besara la cruz. E hizo señal que viniesen adorar la cruz. Y así vinieron los alcaldes los primeros y los más ancianos del lugar, viniendo uno a uno, como se usa.

Y el primero que llegó, que era un alcalde viejo, aunque él dió a besar la cruz bien delicadamente, se abrasó los rostros y se quitó presto afuera. Lo cual visto por mi amo le dijo:

¡ Paso, quedo, señor alcalde ! ¡ Milagro !

Y así hicieron otros siete u ocho. Y a todos les decía:

¡ Paso, señores ! ¡ Milagro !

Cuando él vió que los rostriguemados bastaban para testigos del milagro, no lo quiso dar más a besar. Subióse al pie del altar y de allí decía cosas maravillosas, diciendo que por la poca caridad que había en ellos había Dios permitido aquel milagro, y que aquella cruz había de ser llevada a la santa iglesia mayor de su obispado. Que por la poca caridad que en el pueblo había la cruz ardía.

Fué tanta la priesa que hubo en el tomar de la bula, que no bastaban dos escribanos ni los clérigos ni sacristanes a escribir. Creo de cierto que se tomaron más de tres mil bulas, como tengo dicho a vuestra merced.

Después, al partir él, con gran reverencia, como es razón, a tomar la santa cruz, diciendo que la había de hacer engastonar en oro, como era razón.

Fué rogando mucho del Concejo y clérigos del lugar les dejase allí aquella santa cruz, por memoria del milagro allí acaecido. El en ninguna manera lo quería hacer, y al fin rogado de tantos, se la dejó. Conque le dieron otra cruz vieja que tenían, antigua, de plata que podrá pesar dos o tres libras, según decían.

Y así nos partimos alegres con el buen trueque y con haber negociado bien. En todo no vió nadie lo susodicho sino yo. Porque me subía por el altar para ver si había quedado algo en las ampollas, para ponerlo en cobro, como otras veces yo lo tenía de costumbre. Y como allí me vió, púsose el dedo en la boca, haciéndome señal que callase.

Yo así lo hice, porque me cumplía, aunque después que vi el milagro no cabía en mí por echarlo fuera. Sino que el temor de mi astuto amo no me lo dejaba comunicar con nadie, ni nunca de mí salió. Porque me tomó juramento que no descubriese el milagro, y así lo hice hasta agora.

Y, aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí:

¡ Cuántas de éstas deben hacer estos burladores entre la inocente gente !

Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también hartas fatigas, aunque me daba bien de comer, a costa de los curas y otros clérigos do iba a predicar.

Tratado Sexto

Cómo Lázaro se asentó con un capellán
y lo que con él pasó

Después desto asenté con un maestro de pintar panderos, para molerle los colores y también sufrí mil males.

Siendo ya en este tiempo mozuelo, entrando un día en la iglesia mayor, un capellán de ella me recibió por suyo. Y púsome en poder un asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé a echar agua por la ciudad. Este fué el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida. Daba cada día a mi amo treinta maravedís ganados y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás entre semana, de treinta maravedís.

Fuérme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja. De la cual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raído de manga tranzada y puerta y una capa, que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desde que me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase un asno, que no quería más seguir aquel oficio.

Tratado Séptimo

Cómo Lázaro se asentó con un alguacil
y de lo que le acaeció con él

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil. Mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso. Mayormente, que una noche nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas

y a palos unos retraídos. Y a mi amo, que esperó, trataron mal; mas a mí no me alcanzaron.

Con esto renegué del trato.

Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y pnerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de mis amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré. Que fué un oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino los que le tienen.

En el cual el día de hoy vivo y resido a servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia y declarar a voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance.

En el cual oficio, un día que ahorcábamos un apañador en Toledo, y llevaba una buena sogá de esparto, conocí y caí en la cuenta de la sentencia que aquel mi ciego amo había dicho en Escalona, y me arrepentí del mal pago que le di, por lo mucho que me enseñó. Qué, después de Dios, él me dió industria para llegar al estado que agora estoy.

100

Hame sucedido tan bien, yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocan se pasan por mi mano. Tanto, que en toda la ciudad, el que ha de echar vino o vender, o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor y servidor, y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer. Y así, me casé con ella y hasta agora no estoy arrepentido.

Porque, allende de ser buena hija y diligente servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda. Y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo; por las Pascuas, su carne, y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja. E hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa.

Mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué, de que venía mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad.

Aunque en este tiempo siempre he tenido alguna sospechuela y habido algunas malas cenas por esperarla algunas noches hasta las

laudes, y aun más, se me ha venido a la memoria lo que mi amo el ciego me dijo en Escalona estando asido del cuerno. Aunque, de verdad, siempre pienso que el diablo me lo trae a la memoria por haberme malcasado, y no le aprovecha.

Porque, allende de no ser ella mujer que se pague destas bulas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá. Que él me habló un día muy largo delante de ella y me dijo:

Lázaro de Tormes: quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará. Digo esto porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella. . . Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho.

Señor le dije: yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por más de tres veces me han certificado que antes que conmigo casase había parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante.

Entonces mi mujer echó juramento sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros. Y después tomóse a llorar y a echar maldiciones sobre quien conmigo la había casado. En tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiera soltado aquella palabra de mi boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramentos que le hice de nunca más en vida mentarle nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese, de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes.

Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso: antes, cuando siento que quiere decir algo della, le atajo y le digo:

Mirá; si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar. Mayormente, si me quieren meter mal con mi mujer. Que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mí. Y me hace Dios con ella mil mercedes y mas bien que yo merezco. Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él.

Destá manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fué el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos, como vuestra merced habrá oído. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

De lo que aquí adelante me sucediere avisaré a vuestra merced.

101

TEMA VI

LIRICA ESPAÑOLA

En el siglo XV aparecen unas composiciones poéticas llamadas "romances", algunos críticos piensan que coexistieron con los cantares de gesta; otros opinan que son fragmentos desprendidos de tales cantares. Tomando en cuenta el tiempo en que fueron escritos, los romances se clasifican en:

- a).- Romances viejos: Datan del siglo XV o principios del XVI.
- b).- Artísticos y eruditos: De los siglos XVI y XVII, son de origen popular.
- c).- Vulgares: Siglo XVII a la fecha, proceden de las clases bajas de una sociedad.

Estos romances fueron traídos a México por los Conquistadores, tomando arraigo en el pueblo, dando origen a nuestras composiciones populares llamadas corridos. Los romances también pueden ser calificado por el asunto que tratan.

102

- a).- Romances históricos: Relativos a personajes de los cantares de gesta.
- b).- Caballerescos: Relativos a guerras entre caballeros y franceses.
- c).- Fronterizos: Los que hablan de la guerra contra los moros.
- d).- Pastoriles: Relacionados con la vida de la gente del campo.
- e).- Líricos: son de temas variados.

Junto a los romances españoles, aparece la canción y sus máximos representantes son: el Marqués de Santillana, Juan de Mena, Gómez Manrique, y Jorge Manrique; este último famoso por las bellísimas coplas escritas a la muerte de su padre. Así como a la colección de romances se le llamó "Romancero", al conjunto de canciones se le llamó "Cancionero".

A principio del siglo XVI aparece en la Península la influencia italiana en la poesía, dando margen a especies líricas nuevas y al perfeccionamiento de las ya existentes. Este movimiento italianizante, estuvo representado por dos grandes poetas: Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, siendo hábilmente secundados por Gutierre de Cetina y otros más.

Como es de suponerse, la corriente italianizante tuvo muchos simpatizadores pero al mismo tiempo hubo poetas tradicionalistas que estuvieron en contra de todas esas especies extranjeras ya que consideraban que España no necesitaba importar elementos ajenos ya que poseía los propios y de gran valor. El representante de los poetas antiitalianizantes es Cristóbal de Castillejo.

JUAN BOSCAN

Nació en Barcelona en 1495 y murió en 1542. Vivió en la Corte de los Reyes Católicos y de Carlos V. En su primer libro tiene poesías a la usanza española y en el segundo y tercero, poemas "al itálico modo" donde introduce canciones, liras, sonetos y versos sueltos.

Contribuyó a la lírica española con bellísimos sonetos sobre todo escritos en versos endecasílabos; manejando como temas "el amor y la naturaleza". Si Boscán no fue un gran poeta, influyó poderosamente sobre el espíritu y talento de un grande y exquisito autor: Garcilaso de la Vega. A continuación se incluyen unos poemas de Juan Boscán.

Villancico

Si no hubiera mirado,
no penara;
pero tampoco os mirara.
Veros harto mal ha sido,
más no veros peor fuera;
no quedara tan perdido
pero mucho más perdiera.
¿Qué viera que no os viera?
¿cual quedara,
señora, si no os mirara?

Soneto

Dulce soñar y dulce congojarme,
cuando estaba soñando que soñaba;
dulce gozar con lo que me engañaba,
si un poco durara el engañarme.
Dulce no estar en mi, que figurarme
podía cuanto bien yo descaba;
dulce placer, aunque mi importunaba,

103

que alguna vez llegara a despertarme.
¡ Oh sueño, cuanto más leve y sabroso
me fueras, si vinieras tan pesado,
que asentaras en mí con más reposo !
Durmiendo, en fin, fui bien aventurado;
y es justo en la mentira ser dichoso,
quien siempre en la verdad fue desdichado.

GARCILASO DE LA VEGA

Nació en Toledo en 1501 y murió en 1536; era descendiente del Marqués de Santillana. Sus obras fueron dadas a conocer por la viuda de Boscán, quien al publicar el cuarto libro de su esposo se encontró con muchos poemas de Garcilaso y quiso ponerlos a la vista de la sociedad de la época; por mucho tiempo las obras de los dos autores se imprimieron y se difundieron juntas. Garcilaso escribió tres eglogas, dos elegías, una epístola, cinco canciones y treinta y ocho sonetos. Fueron los primeros sonetos perfectos y hermosos que aparecieron en la lírica española. Como muestra de la pluma de Garcilaso están los siguientes poemas.

104

Soneto

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuando yo escribir de vos deseo;
vos solo lo escribistes, yo lo leo
tan sólo, que aun de vos me guardo de esto.
En esto estoy y estare siempre puesto,
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.
Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.
Cuanto tengo confieso yo de veros;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.

Soneto

¡ Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería !

Juntas estáis en la memoria mía,
y con ellas en mi muerte conjuradas.
¿ Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en que tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas ?
Pues en una hora junto me llevastes
todo el bien que por término me distes,
llevadme junto al mal que me dejastes.
Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, por que deseates
verme morir entre memorias tristes.

GUTIERRE DE CETINA

Nació en Sevilla en 1520 y murió en México por el año de 1557. Fue el creador del " Madrigal " obra corta, breve, muy tierna, que expresa un sentimiento muy dulce de parte del poeta. Escribió sonetos, epístolas, canciones y madrigales, siendo famoso por escribir estos últimos en la forma más bella y elegante de su época. Se conservan 244 sonetos suyos, todos de asunto amoroso, 11 canciones con la misma temática y 5 madrigales. De ahí su pseudónimo de " Poeta del Amor ". Hubiera brillado solo en España pero el escribir el madrigal que se inicia " Ojos claros, serenos " se dió a conocer universalmente siendo traducido a varios idiomas.

105

He aquí algo de su producción poética.

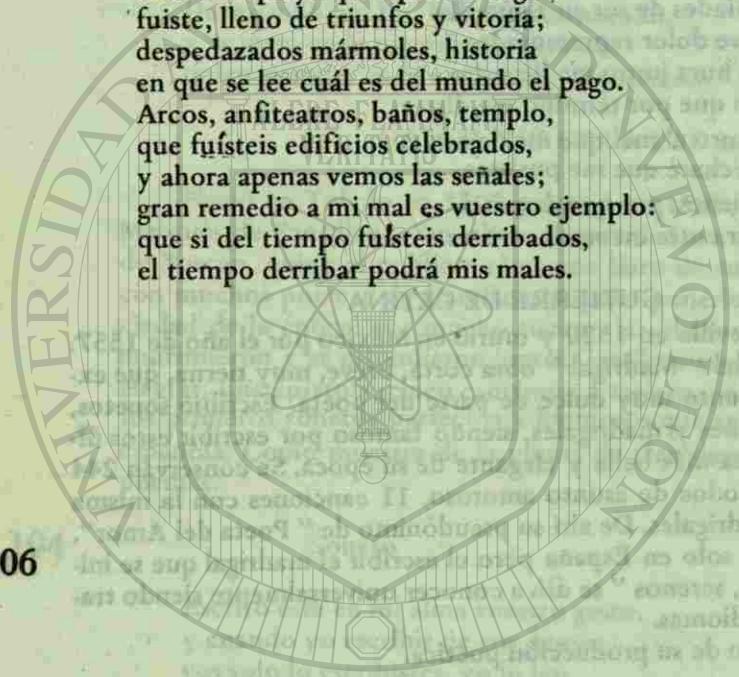
Madrigal

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿ por qué, si me miráis, miráis airados ?
Si cuando más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡ Ay tormentos rabiosos !
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

Al Monte donde fue Cartago

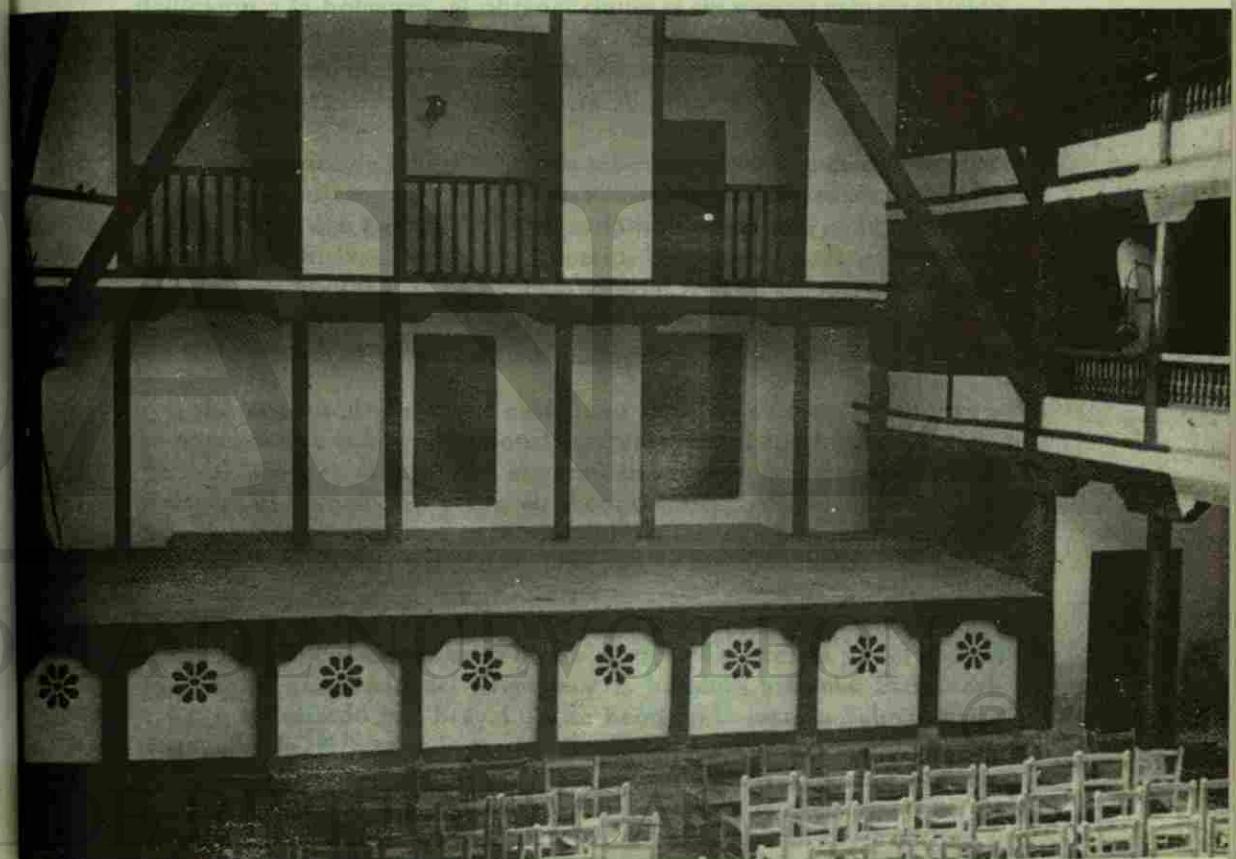
Excelso monte do el romano estrago

eterna mostrará vuestra memoria;
 soberbios edificios do la gloria
 aun resplandece de la gran Cartago.
 Desierta playa que apacible lago
 fuiste, lleno de triunfos y vitoria;
 despedazados mármoles, historia
 en que se lee cuál es del mundo el pago.
 Arcos, anfiteatros, baños, templo,
 que fuisteis edificios celebrados,
 y ahora apenas vemos las señales;
 gran remedio a mi mal es vuestro ejemplo:
 que si del tiempo fulsteis derribados,
 el tiempo derribar podrá mis males.

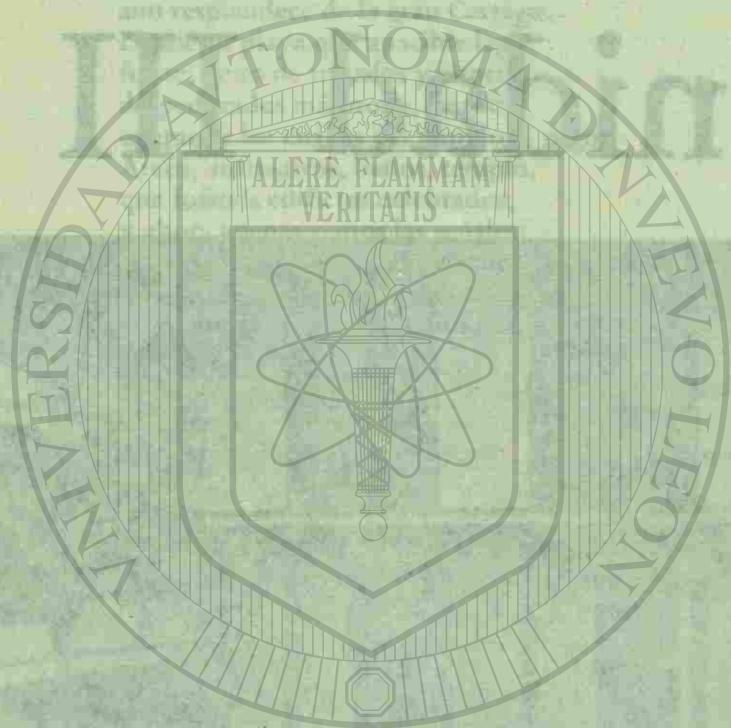


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
 DIRECCIÓN GENERAL

Unidad III



Siglo XVII



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

Siglo XVII

III Unidad

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo vivió un hidalgo. . .

Cervantes

Siglo XVII

TEMA I

MARCO SOCIAL HISTORICO

La explotación de las Indias llevó a España un estado general de bonanza, es la época en que este país ocupa un lugar preponderante en el ámbito mundial; pero esta situación duró poco, ya que los nobles se dedicaron a la holganza, el obtener riquezas sin ningún esfuerzo físico hizo decaer las cualidades morales, se acostumbraron a la vida fácil, al despilfarro, y en menos de dos centurias España descendió de ese lugar preferente hasta llegar a una mediocridad notoria.

Es la época de Felipe IV como soberano español cuando Portugal logra independizarse del resto de la Península. Las clases sociales bajas de España se dan cuenta de lo importante de su papel en la historia y vuelven con nuevos bríos, el comercio, la agricultura, la industria, la preparación militar y la pequeña artesanía. Así, en ese marco de situaciones difíciles ocupa el reino español Carlos II, último rey de la dinastía de la Casa de Austria.

109

En cuanto al idioma, el castellano adquiere su forma definitiva y se convierte en la lengua nacional, apareciendo un conjunto de normas para el uso del mismo que integran la primera gramática española. Prospera el humanismo y con él, el conocimiento de las lenguas y literaturas clásicas, aparecen excelsos representantes en todas las ciencias y artes y llegamos a no dudarlo, a la edad de oro de España.

Literariamente hablando el siglo XVII, ubica entre sus mejores años, al Barroco, movimiento literario que se caracteriza por el adorno profuso, lo exagerado del lenguaje y la hondura humana. Este movimiento es iniciado por Fray Luis de León en la escuela Salmantina y Fernando de Herrera en la escuela Sevillana; estas escuelas llevadas a su máxima expresión originan el Conceptismo representado por Francisco de Quevedo y el Culteranismo cuya figura más excelsa es Luis de Góngora. Con ellos la poesía y el idioma alcanzan un nivel óptimo y un enriquecimiento total.

Es conveniente mencionar que mientras el Barroco en España es llamado Conceptismo y Culteranismo, en Inglaterra se conoce como Eufuismo, en Francia como Preciosismo, y en Italia se le da el nombre

de Marinismo, su cuna se la debe al pueblo francés y como dato interesante diremos que éste es el primer movimiento literario de importancia que tiene México después de su etapa indígena.

Poco después de esta época, se inicia la decadencia económica, política y religiosa del pueblo español, observando que la Literatura como un arte que es fruto de la sociedad y de su cultura, lo acompaña en sus momentos de ascensión, plenitud y decadencia. Debemos observar que en la decadencia económica, política y religiosa de España, la Literatura alcanza su máximo esplendor.

TEMA II

Teatro Nacional de España

Siglo XVII

El Teatro nacional solo contados países lo han tenido. Ilustres dramaturgos han brillado en el mundo literario. En la antigüedad, los griegos y en la edad moderna. Inglaterra, en el período isabelino; España, con Lope de Vega, Tirso de Molina, Alarcón, Calderón de la Barca y otros; y Francia con Cornelle y Racine en la tragedia y Moliere en la comedia.

En España las Cofradías de la Pasión y de la Soledad fueron dueñas de los teatros y "Corrales" madrileños: el del Principe (reconstruido en 1582), el de la Cruz (1579), únicos a partir de 1584. Antes hubo otros, el de la calle del Sol, el de la Pacheca y el de Burguillos. Estos corrales en principio carecían de techo, y aprovechaban las ventanas de las casas vecinas como plateas si eran altas; y como aposentos que correspondían a los palcos de hoy si eran bajos. Luego venía el graderío. El patio, hoy lunetas o butacas, era la localidad mas barata; a ella acudía el pueblo que escuchaba la obra de pie. Al patio solo acudían hombres y por ser así constituía la parte mas ruidosa e impaciente, se le llamaba los mosqueteros. Las mujeres ocupaban una galería alta, la cazuela le llamaban al fondo del teatro, frente al escenario. Este se alzaba poco sobre el suelo, y en él solían sentarse los galanes de espalda a los actores. La decoración era simple y los cambios de lugar lo anunciaban los cómicos sin dejar el escenario. En el S. XVI se permitió en España así como en Italia la actuación de mujeres lo que no sucedió en esa época ni en Inglaterra ni en Alemania hasta bien entrado el S. XVIII. Doce compañías Reales o de Título había en España a partir de 1615.

Bajo el título general de comedias se comprendía a los propiamente dichos como a los de desenlace lamentable.

Al empresario o director teatral lo llamaban "autor de comedias".

El domingo y dos o tres veces a la semana se representaba y al acercarse la cuaresma diariamente y en la época religiosa se cerraban los "corrales".

Hablamos en páginas anteriores de los orígenes del teatro español, se mencionó el hecho de que Juan de la Cueva introdujo dos elementos claves en el auge de dicha producción teatral: la épica popular que dió origen a las comedias de carácter histórico nacional y la libertad de crear teatro al gusto del público. Lope y Tirso llegaron a la realización completa de conquistas tan especiales. Sin embargo señalaremos que es Lope de Vega con quien se consolida el teatro nacional ya que aprovechó muchos elementos dispersos del teatro anterior, fundiéndolos en una técnica nueva bajo el calificativo de "Comedia" y ésta fue imitada por sus seguidores.

A diferencia del teatro de Shakespeare, del teatro del Renacimiento en Italia y del Francés del S. XIV que fueron teatros de selección, el teatro español fue eminentemente popular, Lope interpretó los sentimientos de sus compatriotas y al imponer su ideología y su gusto estético contribuyó a la formación de la conciencia de sus contemporáneos, tema importantísimo en la consolidación nacional del pueblo, de cualquier país del mundo.

El unir la ideología del país, su vida social, sus costumbres, que a su vez influyeron en el artista, éste recogió para sí el sentir del pueblo y lo expresó creando de esta manera el Teatro Nacional.

Elementos constitutivos del Teatro Nacional:

- I.- Religioso
- II.- Monárquico
- III.- El del honor

Por su técnica el Teatro Nacional se divide en los ciclos de Lope y de Calderón.

Tirso de Molina: Nació en Madrid en 1571. Lo más destacado que escribió lo hizo para el teatro aunque creó también obras en prosa, novelas cortas al estilo de Boccaccio y de carácter histórico otras.

Su obra dramática se califica en la siguiente forma:

- 1.- Comedia religiosa: El condenado por desconfiado y La mejor espigadora, inspirados en la biblia y teología cristiana.
- 2.- Comedias de historia y leyenda: La prudencia en la mujer, El burlador de Sevilla y El convidado de piedra. En esta última creó Tirso un personaje universal, el Don Juan, cuya característica es enamorar a las mujeres pero no enamorarse jamás.
- 3.- Comedias de costumbres: El vergonzoso en palacio y Martha la piadosa.
- 4.- Autos: El colmenero divino y El laberinto de Creta.

Los caracteres femeninos son las mas perfectas creaciones de nuestro autor que llevó como nombre Fray Gabriel de Téllez.

Pedro Calderón de la Barca: Madrileño nacido en 1600 estudió en el Colegio de los Jesuitas y posteriormente en la Universidad de Salamanca.

Caballero de la orden de Santiago. Tuvo un hijo y a los 50 años de edad fue ordenado sacerdote. Fue nombrado capellán de Reyes nuevos de Toledo y posteriormente capellán de Felipe IV. Murió en Madrid en 1681 y fue enterrado en la iglesia de la Atocha.

Características de su obra:

- 1.- El honor (ver el sentido hispánico, unidad)
- 2.- Su españolismo
- 3.- Las ideas de su tiempo las expresó claramente.
- 4.- Lealtad a la monarquía.
- 5.- Devoción a la iglesia católica.
- 6.- Su escenografía fue lujosa y extraordinaria.

A Calderón se le considera el maestro sacramental. El auto sacramental es una composición teatral que lleva a su perfeccionamiento con profundidad teológica y su belleza poética.

Su estilo es poético, idealista y artificioso.

Las mujeres que aparecen en su obra son menos mujeres que las de Lope y las de Tirso.

El elemento psicológico de su obra es el sentimiento del honor que lo abordó con profundidad, simbolismo y la maestría de sus reflexiones.

Obras: de capa y espada: Casa de dos puertas mala de cuidar, La dama duende.

Teatro sagrado: El príncipe constante y El mágico prodigioso.

Autos sacramentales : El gran teatro del mundo, La cena de Baltazar y La Segunda esposa.

Drama filosófico que le dio fama universal: " La vida es sueño "

Juan Ruiz de Alarcón: Dramaturgo mexicano nacido en 1581 en la ciudad de México. Hizo en Madrid sus primeros estudios, los continuó en Salamanca hasta graduarse en Cánones y en Leyes, en donde ejerció su profesión como abogado de la Real Audiencia. Regresó a Madrid y ahí desarrolló su producción literaria, profunda, variada, con lenguaje correcto y versos esmerados, moralizantes y educativos. Murió en 1639 en Madrid.

Publicó veinte comedias aunque escribió muchas más.

Tuvo influencia en la literatura francesa. Las más importantes fueron comedias de carácter y destacan las siguientes: Las paredes oyen, Examen de maridos, Don Domingo de Don Blas, Los pechos privilegiados, El tejedor de Segovia, Mudarse por mejorar, etc.

Lope de Vega

Lope de Vega, ya lo hemos señalado anteriormente, es el creador del Teatro Nacional, con él cobra carácter definitivo. Señalamos que coexistían dos tendencias: la Medieval, teatro religioso y popular y la Renacentista de carácter culto.

La primera con la raigambre y vitalidad del pueblo pero carente de dignidad literaria. La segunda poseía calidad intelectual pero sin interés para el gran público. Y es Lope quien crea la fórmula perfecta: unió a lo popular, lo tradicional y Renacentista.

Nació en Madrid el 25 de Noviembre de 1562. Félix de Vega Carpio y Francisca Fernandez Flores fueron sus padres.

Estudió en Alcalá de Henares, a los diez años se descubre ya la primera característica de Lope: su facilidad para escribir. Entró luego al servicio de Don Jerónimo Manrique, Obispo de Avila, y estudió en la Universidad de Salamanca.

Su vida amorosa merece un capítulo especial puesto que esa parte de su existencia es motivo directo de su creación literaria.

Desde muy joven la vida de Lope está envuelta por sus amores y aventuras. En su obra han quedado eternizados los nombres de " Amarilis ", " Morfisa ", " Filis ", " Belisa ", " Camila Lucinda ", que corresponden a las mujeres que Lope amó a lo largo de su vida. Sus escritos están impregnados de vehemencia y pasión ya que sus temas fueron inspirados por ellas.

Sus hijos Antonia Clara, Marcela, Lope Felix, Carlos Félix fueron fruto de sus amores y para todos ellos encuentra en su obra complacencia y ternura.

114

Su vida entera está llena de escándalo y aventura. Fue soldado de la Armada Invencible y duelos, injusticias, y destierros vivió Lope.

La misma pasión con la que vivió sus amores profanos se entregó también al amor divino. Lope se ordenó sacerdote en 1614. Las obras de esa época están impregnadas de pesadumbre y arrepentimiento pero no son motivo para continuar con sus devaneos. Sin embargo aunque pecador muestra un profundo espíritu religioso.

Murió en Madrid en el año de 1635 el 27 de Agosto.

Ningún otro poeta ha sido famoso en su tiempo como Lope de Vega.

De la legión de escritores que integran el Siglo de Oro español ninguno disfrutó de tanta popularidad como él. Su nombre era sinónimo de perfección y excelencia; sin embargo jamás obtuvo Lope el apoyo " oficial " ni logró ser admitido en el seno de la Corte como poeta, perteneció al pueblo, para él escribió y en él obtuvo su gloria.

Obras: Es posible que sea Lope de Vega el escritor más prolífero de la literatura universal. 1800 comedias, 400 autos sacramentales además de obras literarias de otro género y poesías diversas.

Obras dramáticas.

Las características de su teatro son:

- a) Lo tradicional del teatro anterior está presente.
- b) Está escrito en tono heroico.
- c) El Romancero influyó
- d) Tiene influencia de la poesía italiana, de la provenzal y de la árabe.
- e) Los metros de sus versos son diversos.
- f) Los temas de su teatro son populares y patrióticos.
- g) En los argumentos de sus obras son usados todos los elementos.
- h) La intriga es su principal elemento y no el estudio de caracteres.

El teatro de este autor fecundo se puede clasificar en los grupos siguientes:

- 1.- Comedias heroicas: inspirado por la historia y la leyenda. Entre ellas están: Fuenteovejuna, Peribañez y el Comendador de Ocaña, El mejor alcalde, el Rey; El Caballero de Olmedo.
- 2.- Comedias de capa y espada: cuyos asuntos son los celos, lances y amores como: La noche toledana, El acero de Madrid.
- 3.- Comedias de costumbre: El perro del hortelano, La dama boba, La moza del cántaro.
- 4.- Autos sacramentales como La ciega, El pastor lobo, El nombre de Jesús.

Características de su obra.

- I.- Modificó la estructura de la comedia, fijó definitivamente en tres el número de actos o jornadas en lugar de cuatro o cinco en que se dividía el teatro anterior.
- II.- Suprimió los añadidos como el prólogo, loa y entremés.
- III.- Escribió en verso sus obras en lugar de la prosa usual.
- IV.- Rechazó las tres unidades, famosas hasta entonces, originalidad mayor en Lope.

115

V.- Rompió con las unidades de tiempo y lugar que les obligaba a desarrollar las escenas en un mismo lugar y en un mismo día.

Estas reformas le valieron críticas acerbas de sus contemporáneos pero logró implantarlas y hacer que las escuelas posteriores las pusieran sin reparo alguno.

La doble intriga se manejó en su teatro obteniendo así la tensión despierta de los espectadores.

El dinamismo, la animosidad y capacidad creadora hacen de Lope el representante más fecundo y nacional de España.

A continuación te presentamos "El Caballero de Olmedo", un drama Lopezco, para que realices su lectura completa para tu deleite y estudio.

El Caballero de Olmedo

116

La obra está dividida en tres actos. Sus orígenes son históricos y está basada en un hecho real que todavía se guarda en la tradición oral de los pueblos de Medina y Olmedo. Toma en cuenta este hecho que aunque lo hacen parecido a Celestina no lo es propiamente, ya que emerge de un hecho real, coincidente, pero real. (Podrás hacer estudio comparativo de esta obra con Celestina y ahondar en sus fuentes y en su estructura y ambiente.)

Un caballero del hábito de Santiago, Don Juan de Vivero fue muerto cuando volvía de unos toros, de Medina del Campo, por Miguel Ruíz, " saliendo al camino vecino de Olmedo sobre unas diferencias que traían, por quién se dijo aquella cantinela que reza:

" Que de noche le mataron
al caballero,
la gala de Medina "

EL CABALLERO DE OLMEDO

PERSONAJES

DON ALONSO.	FABIA.
DON RODRIGO.	TELLO.
DON FERNANDO.	MENDO.
DON PEDRO.	UN LABRADOR.
EL REY DON JUAN II.	UNA SOMBRA.
EL CONDESTABLE.	CRADOS.
DOÑA INÉS.	ACOMPAÑAMIENTO.
DOÑA LEONOR.	GENTE.
ANA.	

La acción en Olmedo, Medina del Campo y en un camino entre estos dos pueblos.

117

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V.- Rompió con las unidades de tiempo y lugar que les obligaba a desarrollar las escenas en un mismo lugar y en un mismo día.

Estas reformas le valieron críticas acerbas de sus contemporáneos pero logró implantarlas y hacer que las escuelas posteriores las pusieran sin reparo alguno.

La doble intriga se manejó en su teatro obteniendo así la tensión despierta de los espectadores.

El dinamismo, la animosidad y capacidad creadora hacen de Lope el representante más fecundo y nacional de España.

A continuación te presentamos "El Caballero de Olmedo", un drama Lopezco, para que realices su lectura completa para tu deleite y estudio.

El Caballero de Olmedo

116

La obra está dividida en tres actos. Sus orígenes son históricos y está basada en un hecho real que todavía se guarda en la tradición oral de los pueblos de Medina y Olmedo. Toma en cuenta este hecho que aunque lo hacen parecido a Celestina no lo es propiamente, ya que emerge de un hecho real, coincidente, pero real. (Podrás hacer estudio comparativo de esta obra con Celestina y ahondar en sus fuentes y en su estructura y ambiente.)

Un caballero del hábito de Santiago, Don Juan de Vivero fue muerto cuando volvía de unos toros, de Medina del Campo, por Miguel Ruíz, " saliendo al camino vecino de Olmedo sobre unas diferencias que traían, por quién se dijo aquella cantinela que reza:

" Que de noche le mataron
al caballero,
la gala de Medina "

EL CABALLERO DE OLMEDO

PERSONAJES

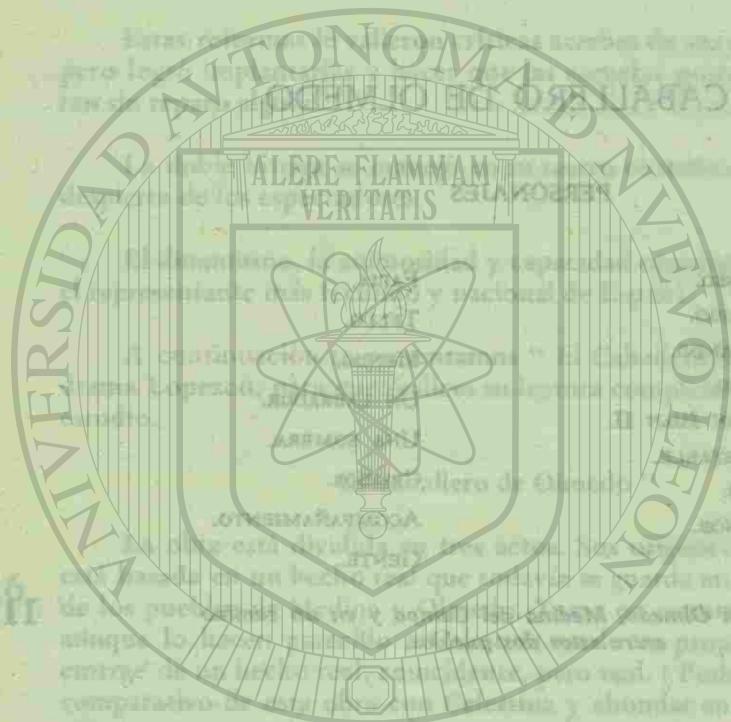
DON ALONSO.	FABIA.
DON RODRIGO.	TELLO.
DON FERNANDO.	MENDO.
DON PEDRO.	UN LABRADOR.
EL REY DON JUAN II.	UNA SOMBRA.
EL CONDESTABLE.	CRADOS.
DOÑA INÉS.	ACOMPAÑAMIENTO.
DOÑA LEONOR.	GENTE.
ANA.	

La acción en Olmedo, Medina del Campo y en un camino entre estos dos pueblos.

117

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ACTO PRIMERO

Sale DON ALONSO.

DON ALONSO

Amor, no te llame amor
el que no te corresponde,
pues que no hay materia adonde
[no] imprima forma el favor.
Naturaleza, en rigor,
conservó tantas edades
correspondiendo amistades;
que no hay animal perfeto
si no asiste a su conceto
la unión de dos voluntades.

De los espíritus vivos
de unos ojos procedió
este amor, que me encendió
con fuegos tan excesivos.
No me miraron altivos,
antes, con dulce mudanza,
me dieron tal confianza,
que, como poca diferencia,
pensando correspondencia,
engendra amor esperanza.

Ojos, si ha quedado en vos
de la vista el mismo efeto,
amor vivirá perfeto,
pues fue engendrado de dos;
pero si tú, ciego dios,
diversas flechas tomaste,
no te alabes que alcanzaste
la victoria que perdiste
si de mí solo naciste,
pues imperfeto quedaste.
(Salen Tello, criado y Fabia.)

FABIA

¿A mí forastero?

TELLO

A ti.

FABIA

Debe pensar que yo
soy perro de muestra.

TELLO

FABIA

¿Tiene algún achaque?

TELLO

Sí.

FABIA

¿Qué enfermedad tiene?

TELLO

FABIA

Amor ¿de quién?

TELLO

Allí está,
y él, Fabia, te informará
de lo que quiere mejor.

FABIA

(A don Alonso.)

Dios guarde tal gentileza.

DON ALONSO

Tello, ¿es la madre?

TELLO

La propia. 

DON ALONSO

¡Oh Fabia! ¡Oh retrato, oh copia
de cuanto naturaleza
puso en ingenio mortal!
¡Oh peregrino doctor,
y para enfermos de amor
Hipócrates celestial!
Dame a besar esa mano,
honor de las tocas, gloria
del monjil.

FABIA

La nueva historia
de tu amor cubriera en vano
vergüenza o respeto mío;
que ya en tus caricias veo
tu enfermedad.

DON ALONSO

Un deseo
es dueño de mi albedrío.

FABIA

El pulso de los amantes
es el rostro. Aojado¹ estás
¿Qué has visto?

DON ALONSO

Un ángel.

FABIA

¿Qué más?

DON ALONSO

Dos imposibles, bastantes,
Fabia, a quitarme el sentido;
que es dejarla de querer
y que ella me quiera.

FABIA

Ayer
te vi en la feria perdido
tras una cierta doncella,
que en forma de labradora
encubría el ser señora,
no el ser tan hermosa y bella;
que pienso que doña Inés
es de Medina la flor.

DON ALONSO

Acertaste con mi amor:
esa labradora es
fuego que me abraza y arde.

FABIA

Alto has picado.

DON ALONSO

Es deseo
de su honor.

¹ Aojado. Aojar. Dañado con mal ojo. Covarrubias, *Tesoro*.

FABIA

Así lo creo.

DON ALONSO

Escucha, así Dios te guarde.

Por la tarde salió Inés
a la feria de Medina,
tan hermosa, que la gente
pensaba que amanecía:
rizado el cabello en lazos,
que quiso encubrir la liga,
porque mal caerán las almas
si ven las redes tendidas.

Los ojos, a lo valiente,
iban perdonando vidas,
aunque dicen los que deja
que es dichoso a quien la quita.
Las manos haciendo tretas,
que como juego de esgrima
tiene tanta gracia en ellas,
que señala las heridas.
Las valonas² esquinadas
en manos de nieve viva;
que muñecas de papel
se han de poner en esquinas.

Con la caja de la boca
allegaba infantería,
porque sin ser capitán,
hizo gente por la villa.
Los corales y las perlas
dejó Inés, porque sabía
que las llevaban mejores
los dientes y las mejillas.
Sobre un manteo francés³
una verdemar basquiña,⁴
porque tenga en otra lengua
de su secreto la cifra.

No pensaron las chinelas⁵
llevar de cuantos la miran
los ojos en los listones,

² "Adorno que se ponía al cuello por lo regular unido al cabezón de la camisa, el cual consistía en una tira angosta de lienzo fino, que caía sobre la espalda y hombros; y por la parte de delante era larga hasta la mitad del pecho." *Diccionario de Autoridades*.

³ "Cierta ropa interior de bayeta o paño, que traen las mujeres de la cintura abajo, ajustada y solapada por delante." *Diccionario de Autoridades*.

⁴ "Ropa o saya que traen las mujeres desde la cintura hasta los pies, con pliegues en la parte superior para ajustarla a la cintura, y por la parte inferior con mucho vuelo. Ponese encima de toda la demás ropa, y sirve comúnmente para salir a la calle." *Diccionario de Autoridades*.

⁵ Chinela. "Género de calzado de dos o tres suelas, sin talón, que con facilidad se entra y se saca el pie del." Covarrubias, *Tesoro*.

las almas en las virillas.

No se vio florido almendro
como toda parecía;
que del olor natural
son las mejores pastillas.
Invisible fue con ella
el amor, muerto de risa
de ver, como pescador,
los simples peces que pican.
Unos le ofrecieron sartas,
y otros arracadas ricas;
pero en oídos de áspid
no hay arracadas que sirvan.
Cual a su garganta hermosa
el collar de perlas finas;
pero como toda es perla,
poco las perlas estima.

Yo, haciendo lengua los ojos,
solamente le ofrecía
a cada cabello un alma,
a cada paso una vida.
Mirándome sin hablarme,
parece que me decía:
«No os vais, don Alonso, a Olmedo,
quedaos agora en Medina.»
Creí mi esperanza, Fabia;
salió esta mañana a misa,
ya con galas de señora,
no labradora fingida.

Si has oído que el marfil
del unicornio⁶ santigua
las aguas, así el cristal
de un dedo puso en la pila
Llegó mi amor basilisco,⁷
y salió del agua misma
templado el veneno ardiente
que procedió de su vista.
Miró a su hermana, y entrambas
se encontraron en la risa,
acompañando mi amor
su hermosura y mi porfía.
En una capilla entraron;
yo, que siguiéndolas iba,
entré imaginando bodas.
¡Tanto quien ama imagina!

⁶ Unicornio. Animal fabuloso que fingieron los antiguos poetas, de figura de caballo y con un cuerno recto en la mitad de la frente.

⁷ Basilisco. Animal fabuloso al cual se atribuía la propiedad de matar con la vista. "Una especie de serpiente, de la qual haze mención Plinio lib. 8, cap. 21. Criase en los desiertos de Africa; tiene en la cabeza cierta crestilla con tres puntas en forma de diadema y algunas manchas blancas sembradas por el cuerpo; no es mayor que un palmo con su silva ahuyenta las demás serpientes y con su vista y resuello mata." Covarrubias, *Tesoro*.

Vime sentenciado a muerte,
porque el amor me decía:
«Mañana mueres, pues hoy
te meten en la capilla.»
En ella estuve turbado;
ya el guante se me caía,
ya el rosario, que los ojos
a Inés iban y venían.
No me pagó mal: sospecho
que bien conoció que había
amor y nobleza en mí;
que quien no piensa no mira,
y mirar sin pensar, Fabia,
es de inorantes, y implica
contradicción que en un ángel
faltase ciencia divina.
Con este engaño, en efecto,
le dije a mi amor que escriba
este papel; que si quieres
ser dichosa y atrevida
hasta ponerle en sus manos,
para que mi fe consiga
esperanzas de casarme
(tan en esto amor me inclina),
el premio será un esclavo
con una cadena rica,
encomienda de esas tocas,
de mal casadas envidia.

FABIA

Yo te he escuchado.

DON ALONSO

Y ¿qué sientes?

FABIA

Que a gran peligro te pones.

TELLO

Excusa, Fabia, razones,
si no es que por dicha intentes,
como diestro cirujano,
hacer la herida mortal.

FABIA

Tello, con industria igual
pondré el papel en su mano,
aunque me cueste la vida,
sin interés, porque tiendas
que donde hay tan altas prendas,
sola yo fuera atrevida.

Muestra el papel... (Aparte.) Que
lo tengo de aderezar. ¡Primerio

DON ALONSO

¿Con qué te podré pagar
la vida, el alma que espero,
Fabia, de esas santas manos?

TELLO

¿Santas?

DON ALONSO

¿Pues no, si han de hacer
milagros?

TELLO

De Lucifer.

FABIA

Todos los medios humanos
tengo de intentar por ti,
porque el darme esa cadena
no es cosa que me da pena,
mas confiada nací.

TELLO

¿Qué te dice el memorial?

DON ALONSO

Ven, Fabia, ven, madre honrada,
porque sepas mi posada.

FABIA

Tello...

TELLO

Fabia...

FABIA

(Aparte a Tello.)

No hables mal; 210
que tengo cierta morena
de extremado talle y cara.

TELLO

Contigo me contentara
si me dieras la cadena. (Vanse.)
(Salen doña Inés y doña Leonor.)

DOÑA INÉS

Y todos dicen, Leonor,
que nace de las estrellas.

DOÑA LEONOR

De manera que sin ellas
¿no hubiera en el mundo amor?

DOÑA INÉS

Dime tú: si don Rodrigo
ha que me sirve dos años,
y su talle y sus engaños
son nieve helada conmigo,
y en instante que vi
este galán forastero,
me dijo el alma: «Este quiero»,
y yo le dije: «Sea así»,
¿quién concierta y desconcierta
este amor y desamor?

DOÑA LEONOR

Tira como ciego amor,
yerra mucho, y poco acierta.

Demás, que negar no puedo
(aunque es de Fernando amigo
tu aborrecido Rodrigo,
por quien obligada quedo
a interceder por él)
que el forastero es galán.

DOÑA INÉS

Sus ojos causa me dan
para ponerlos en él,
pues pienso que en ellos vi
el cuidado que me dio,
para que mirase yo
con el que también le di.
Pero ya se habrá partido.

DOÑA LEONOR

No le miro yo de suerte
que pueda vivir sin verte.
(Ana, criada.)

ANA

Aquí, señora, ha venido
la Fabia... o la Fabiana.

DOÑA INÉS

Pues ¿quién es esa mujer?

ANA

Una que suele vender
para las mejillas grana,
y para la cara nieve.

DOÑA INÉS

¿Quieres tú que entre, Leonor?

DOÑA LEONOR

En casas de tanto honor
no sé yo cómo se atreve;
que no tiene buena fama;
mas ¿quién no desea ver?

DOÑA INÉS

Ana, llama esa mujer.

ANA

(Llegándose a la puerta.)

Fabia, mi señora os llama. (Vase.)
(Fabia, con una canastilla.)

FABIA

(Aparte.)

Y ¡cómo si yo sabía
que me habías de llamar!—
¡Ay! Dios os deje gozar
tanta gracia y bizzarria,
tanta hermosura y donaire;
que cada día que os veo
con tanta gala y aseó,
y pisar de tan buen aire,
os echo mil bendiciones;
y me acuerdo como agora
de aquella ilustre señora,
que con tantas perfecciones
fue la fénix de Medina,
fue el ejemplo de lealtad.
¡Qué generosa piedad
de eterna memoria digna!
¡Qué de pobres la lloramos!

DOÑA INÉS

Dinos, madre, a lo que vienes.

FABIA

¡Qué de huérfanas quedamos
por su muerte malograda!
La flor de las Catalinas.
Hoy la lloran mis vecinas,
no la tienen olvidada.

Y a mí, ¿qué bien no me hacía?
¡Qué en agraz se la llevó
la muerte! No se logró
Aun cincuenta no tenía.

DOÑA INÉS

No llores, madre, no llores.

FABIA

No me puedo consolar
cuando le veo llevar
a la muerte las mejores,
y que yo me quedé acá.
Vuestro padre, Dios le guarde,
¿está en casa?

DOÑA LEONOR

Fue esta tarde
al campo.

FABIA

Tarde vendrá.
Si va a deciros verdades,
moza[s] sois, vieja soy yo...
Mas de una vez me fió
don Pedro sus mocedades;
pero teniendo respeto
a la que pudre, yo hacía
(como quien se lo debía)
mi obligación. En efeto,
de diez mozas, no le daba
cinco.

DOÑA INÉS

¡Qué virtud!

FABIA

No es poco,
que era vuestro padre un loco,
cuanto vía tanto amaba.

Si sois de su condición,
me admiro de que no estéis
enamoradas. ¿No hacéis,
niñas, alguna oración
para casaros?

DOÑA INÉS

No, Fabia.
Eso siempre será presto.

FABIA

Padre que se duerme en esto,
mucho a sí mismo se agravia.
La fruta fresca, hijas mías
es gran cosa, y no aguardar
a que la venga a arrugar
la brevedad de los días.

Cuantas cosas imagino,
dos solas, en mi opinión,
son buenas, viejas.

DOÑA LEONOR
Y ¿son?...

FABIA
Hija, el amigo y el vino.
¿Veisme aquí? Pues yo os prometo
que fue tiempo en que tenía
mi hermosura y bizarría
más de algún galán sujeto.

¿Quién no alababa mi brío?
¡Dichoso a quien yo miraba!
Pues ¿qué seda no arrastraba?
¡Qué gasto, qué plato el mío!
Andaba en palmas, en andas.
Pues, ¡ay Dios!, si yo quería,
¿qué regalos no tenía
desta gente de hopalandas?*

Pasó aquella primavera,
no entra un hombre por mi casa;
que como el tiempo se pasa,
pasa la hermosura.

DOÑA INÉS
Espera.
¿Qué es lo que traes aquí?

FABIA
Niñerías que vender
para comer, por no hacer
cosas malas.

DOÑA LEONOR
Hazlo así,
madre, y Dios te ayudará.

FABIA
Hija, mi rosario y misa:
esto cuando estoy de prisa,
que si no...

DOÑA INÉS
Vuélvete acá.
¿Qué es esto?

* Hopalandas. De copete, diríamos en México, "tratándose de personas de alta alcurnia, principal..." Santamaría, *Diccionario de Meucanismo*. Edit. Porrúa, S. A. México, 1959.

FABIA
Papeles son
de alcanfor y solimán.
Aquí secretos están
de gran consideración
para nuestra enfermedad
ordinaria.

DOÑA LEONOR
Y esto, ¿qué es?

FABIA
No lo mires, aunque estés
con tanta curiosidad.

DOÑA LEONOR
¿Qué es, por tu vida?

FABIA
Una moza,
se quiere, niñas, casar;
mas acertóla a engañar
un hombre de Zaragoza.
Hase encomendado a mí...
Soy piadosa... y en fin es
limosna, porque después
vivan en paz.

DOÑA INÉS
¿Qué hay aquí?

FABIA
Polvos de dientes, jabones
de manos, pastillas, cosas
curiosas y provechosas.

DOÑA INÉS
¿Y esto?

FABIA
Algunas oraciones.
¡Qué no me deben a mí
las ánimas!

DOÑA INÉS
Un papel
hay aquí.

FABIA
Diste con él,
cual si fuera para ti.

Suéltale: no le has de ver,
bellaquilla, curiosilla.

DOÑA INÉS
Deja, madre...

FABIA
Hay en la villa
cierto galán bachiller
que quiere bien una dama;
prométeme una cadena
porque le dé yo, con pena
de su honor, recato y fama.
Aunque es para casamiento,
no me atrevo. Haz una cosa
por mí doña Inés hermosa,
que es discreto pensamiento.
Respóndeme a este papel,
y diré que me le ha dado
su dama.

DOÑA INÉS
Bien lo has pensado
si pescas, Fabia, con él
la cadena prometida.
Yo quiero hacerte este bien.

FABIA
Tantos los cielos te den,
que un siglo alarguen tu vida.
Lee el papel.

DOÑA INÉS
Allá dentro,
y te traeré respuesta. (Vase.)

DOÑA LEONOR
¡Qué buena invención!

FABIA
(Aparte.)
Apresta,
fiero habitador del centro,
fuego accidental que abraze
el pecho de esta doncella.
(Salen don Rodrigo y don Fernando.)

DON RODRIGO
(A don Fernando.)
Hasta casarme con ella,
será forzoso que pase
por estos inconvenientes.

DON FERNANDO
Mucho ha de sufrir quien ama.

DON RODRIGO
Aquí tenéis vuestra dama.

FABIA
(Aparte.)
¡Oh necios impertinentes!
¿Quién os ha traído aquí?

DON RODRIGO
Pero ¡en lugar de la mía,
aquella sombra!

FABIA
(A doña Leonor.)
Sería
gran limosna para mí:
que tengo necesidad.

DOÑA LEONOR
Yo haré que os pague mi hermana.

DON FERNANDO
Si habéis tomado, señora,
o por ventura os agrada
algo de lo que hay aquí
(si bien serán cosas bajas
las que aquí puede traer
esta venerable anciana,
pues no serán ricas joyas
para ofreceros la paga),
mandadme que os sirva yo.

DOÑA LEONOR
No habemos comprado nada;
que es esta buena mujer
quien suele lavar en casa
la ropa.

DON RODRIGO
¿Qué hace don Pedro?

DOÑA LEONOR
Fue al campo; pero ya tarda.

DON RODRIGO
Mi señora doña Inés...

DOÑA LEONOR
Aquí estaba... Pienso que anda despachando esta mujer.

DON RODRIGO
(*Aparte.*)
Si me vió por la ventana,
¿quién duda que huyó por mí?
¿Tanto de ver se recata
quien más servirla desea?

DON FERNANDO
Ya sale.
(*Sale doña Inés, con un papel en la mano.*)

DOÑA LEONOR
(*A su hermana.*)
Mira que aguarda
por la cuenta de la ropa Fabia.

DOÑA INÉS
Aquí la traigo, hermana
Tomad, y haced que ese mozo
la lleve.

FABIA
¡Dichosa el agua
que ha de lavar, doña Inés,
las reliquias de la holanda
que tales cristales cubre!
(*Lee.*) Seis camisas, diez toallas,
cuatro tablas de manteles,
dos cosidos de almohadas,
seis camisas del señor,
ocho sábanas. Mas basta;
que todo vendrá más limpio
que los ojos de la cara.

DON RODRIGO
Amiga, ¿queréis ferirme
ese papel, y la paga
fiad de mí, por tener
de aquellas manos ingratas
letra siquiera en las mías?

FABIA
¡En verdad que negociara
muy bien si os diera el papel!
Adiós, hijas de mi alma. (*Vase.*)

DON RODRIGO
Esta memoria aquí había
que quedar, que no llevarla.

DOÑA LEONOR
Llévala y vuévela, a efeto
de saber si algo le falta.

DOÑA INÉS
Mi padre ha venido ya.
Vuestas mercedes se vayan
o le visiten; que siente
que nos hablen, aunque calla.

DON RODRIGO
Para sufrir el desdén
que me trata desta suerte,
pido al amor y a la muerte
que algún remedio me den.
Al amor, porque también
puede templar tu rigor
con hacerme algún favor;
y a la muerte, porque acabe
mi vida; pero no sabe
la muerte, ni quiere amor.

Entre la vida y la muerte,
no sé qué medio tener,
pues amor no ha de querer
que con su favor acierte;
y siendo fuerza quererte,
quiere el amor que te pida
que seas tú mi homicida
Mata, ingrata, a quien te adora;
serás, mi muerte, señora,
pues no quieres ser mi vida.

Cuanto vive, de amor nace,
y se sustenta de amor:
cuanto muere es un rigor
que nuestras vidas deshace.
Si al amor no satisface
mi pena, ni la hay tan fuerte
con que la muerte me acierte,
debo de ser inmortal,
pues no me hacen bien ni mal
ni la vida ni la muerte.

(*Vanse los dos.*)

DOÑA INÉS
¿Qué de necedades juntas!

DOÑA LEONOR
No fue la tuya menor.

DOÑA LEONOR
¿Quién te aconseja,
o qué desatino es ése?

DOÑA INÉS
No [es] para hablarle.

DOÑA LEONOR
Pues ¿qué?

DOÑA INÉS
Ven conmigo y lo sabrás.

DOÑA LEONOR
Necia y atrevida estás.

DOÑA INÉS
¿Cuándo el amor no lo fue?

DOÑA LEONOR
Huir de amor cuando empieza.

DOÑA INÉS
Nadie del primero huye,
porque dicen que le influye,
la misma naturaleza. (*Vanse.*)
(*Salen don Alonso, Tello y Fabia.*)

FABIA
Cuatro mil palos me han dado

TELLO
¡Lindamente negociaste!

FABIA
Si tú llevaras los medios...

DON ALONSO
Ello ha sido disparate
que yo me atreviese al cielo.

TELLO
Y que Fabia fuese el ángel,
que al infierno de los palos
cayese por levantarte.

FABIA
¡Ay, pobre Fabia!

DOÑA INÉS
¿Cuándo fue discreto amor,
si del papel me preguntas?

DOÑA LEONOR
¿Amor te obliga a escribir
sin saber a quien?

DOÑA INÉS
Sospecho
que es invención que se ha hecho,
para probarme a rendir,
de parte del forastero.

DOÑA LEONOR
Yo también lo imaginé. 500

DOÑA INÉS
Si fue así, discreto fue.
Leerte unos versos quiero.
«Yo vi la más hermosa labradora,
en la famosa feria de Medina,
que ha visto el sol adonde más se
[inclina desde la risa de la blanca aurora.
Una chinela de color, que dora
de una coluna hermosa y cristalina
la breve basa, fue la ardiente mina
que vuela el alma a la región que
[adora. 510

Que una chinela fuese vitoriosa,
siendo los ojos del amor enojos,
confesé por hazaña milagrosa.
Pero díjele dando los despojos:
«Si matas con los pies, Inés hermosa,
¿qué dejas para el fuego de tus ojos?»

DOÑA LEONOR
Este galán, doña Inés,
te quiere para danzar.

DOÑA INÉS
Quiere en los pies comenzar,
y pedir manos después.

DOÑA LEONOR
¿Qué respondiste?

DOÑA INÉS
Que fuese
esta noche por la reja
del huerto.

TELLO
¿Quién fueron
los crueles sacristanes
del facistol de tu espalda?

FABIA
Dos lacayos y tres pajes.
Allá he dejado las tocas
y el monjil hecho seis partes.

DON ALONSO
Eso, madre, no importara,
si a tu rostro venerable
no se hubieran atrevido.
¡Oh, qué necio fui en fiarme
de aquellos ojos traidores,
de aquellos falsos diamantes,
niñas que me hicieren señas
para engañarme y matarme!
Yo tengo justo castigo.
Toma este bolsillo, madre...
y ensilla, Tello; que a Olmedo
nos hemos de ir esta tarde.

TELLO
¿Cómo, si anochece ya?

DON ALONSO
Pues ¡qué!, ¿quieres que me mate?

FABIA
No te aflijas, moscatel,
ten ánimo; que aquí trae
Fabia tu remedio. Toma.

DON ALONSO
¡Papel!

FABIA
Papel.

DON ALONSO
No me engaños.
FABIA
Digo que es suyo, en respuesta
de tu amoroso romance.

DON ALONSO
Hinca, Tello, la rodilla.

TELLO
Sin leer no me lo mandes:
que aun temo que hay palos dentro,
pues en mondadientes caben.

DON ALONSO
(Lee.)
«Cuidadosa de saber si sois quien
presumo, y deseando que lo seáis, os
suplico que vais esta noche a la reja
del jardín desta casa, donde hallaréis
atado el listón verde de las chinelas,
y ponéoslo mañana en el sombrero
para que os conozca.»

FABIA
¿Qué te dice?

DON ALONSO
Que no puedo
pagarte ni encarecerte
tanto bien.

TELLO
Ya desta suerte
no hay que ensillar para Olmedo.
¿Oyen, señores rocines?
Sosiéguese, que en Medina
nos quedamos.

DON ALONSO
La vecina
noche, en los últimos fines
con que va expirando el día,
pone los helados pies.
Para la reja de Inés
aun importa bazarria;
que podrá ser que el amor
la llevase a ver tomar
la cinta. Voyme a mudar. (Vase.)

TELLO
Y yo a dar a mi señor,
Fabia, con licencia tuya,
aderezo de sereno.*

FABIA
Detente.

TELLO
Eso fuera bueno

* Aderezo de sereno. Es decir, en traje de noche.

a ser la condición suya
para vestirse sin mí.

FABIA
Pues bien le puedes dejar,
porque me has de acompañar.

TELLO
¿A ti, Fabia?

FABIA
A mí.

TELLO
¡Yo!

FABIA
Si;
que importa a la brevedad
deste amor.

TELLO
¿Qué es lo que quieres?

FABIA
Con los hombres, las mujeres
llevamos seguridad.
Una muela he menester
del saltador que ahorcaron
ayer.

TELLO
Pues ¿no le enterraron?

FABIA
No.

TELLO
Pues ¿qué quieres hacer?

FABIA
Ir por ella, y que conmigo
vayas sólo acompañarme.

TELLO
Yo sabré muy bien guardarme
de ir a esos pasos contigo.
¿Tienes seso?

FABIA
Pues, gallina,
adonde voy yo, ¿no irás?

TELLO
Tú, Fabia, enseñada estás
a hablar al diablo.

FABIA
Camina.

TELLO
Mándame a diez hombres juntos
temerario acuchillar,
y no me mandes tratar
en materia de difuntos.

FABIA
Si no vas, tengo de hacer
que él propio venga a buscarte.

TELLO
¿Qué tengo de acompañarte!
¿Eres demonio o mujer?

FABIA
Ven, llevarás la escalera;
que no entiendes destos casos.

TELLO
Quien sube por tales pasos,
Fabia, el mismo fin espera. (Vanse.)
(Salen don Rodrigo y don Fernando,
en hábito de noche.)

DON FERNANDO
¿De qué sirve inútilmente
venir a ver esta casa?

DON RODRIGO
Consuélase entre estas rejas,
don Fernando, mi esperanza.
Tal vez sus hierros guarnece
cristal de sus manos blancas;
donde las pone de día,
pongo yo de noche el alma;
que cuanto más doña Inés
con sus desdenes me mata,
tanto más me enciende el pecho,
así su nieve me abrasa.
¡Oh rejas, enternecidas
de mi llanto, quién pensara
que un ángel endureciera
quien vuestros hierros ablanda!
¡Oíd!: ¿qué es lo que está aquí?

DON FERNANDO
En ellos mismos atada
está una cinta o listón.

DON RODRIGO
Sin duda las almas atan
a estos hierros, por castigo
de los que su amor declaran.

DON FERNANDO
Favor fue de mi Leonor:
tal vez por aquí me habla.

DON RODRIGO
Que no lo será de Inés
dice mi desconfianza;
pero en duda de que es suyo,
porque sus manos ingratas
pudieron ponerle acaso,
hasta que la fe me valga.
Dadme el listón.

DON FERNANDO
No es razón,
si acaso Leonor pensaba
saber mi cuidado así,
y no me le ve mañana.

DON RODRIGO
Un remedio se me ofrece.

DON FERNANDO
¿Cómo?

DON RODRIGO
Partirle.

DON FERNANDO
¿A qué causa?

DON RODRIGO
A que las dos nos le vean,
y sabrán con esta traza
que habemos venido juntos.
(Dividen el listón.)
(Salen don Alonso y Tello, de noche.)

DON FERNANDO
Gente por la calle pasa.

TELLO
(A su amo.)
Llega de presto a la reja;
mira que Fabia me aguarda
para un negocio que tiene
de grandísima importancia.

DON ALONSO
Negocio Fabia esta noche
contigo!

TELLO
Es cosa muy alta.

DON ALONSO
¿Como?

TELLO
Yo llevo la escalera,
y ella...

DON ALONSO
¿Qué lleva?

TELLO
Tenazas.

DON ALONSO
Pues ¿qué habéis de hacer?

TELLO
Sacar
una dama de su casa.

DON ALONSO
Mira lo que haces, Tello:
no entres adonde no salgas

TELLO
No es nada, por vida tuya.

DON ALONSO
Una doncella, ¿no es nada?

TELLO
Es la muela del ladrón
que ahorcaron ayer.

DON ALONSO
Repara
en que acompañan la reja
dos hombres.

DON ALONSO
¿Si están de guarda?

DON ALONSO
¿Qué buen listón!

TELLO
Ella quiso
castigarte.

DON ALONSO
¿No buscara,
si fui atrevido, otro estilo?
Pues advierta que se engaña.
Mal conoce a don Alonso,
que por excelencia llaman
El Caballero de Olmedo.
¡Vive Dios, que he de mostrarla
a castigar de otra suerte
a quien la sirve!

TELLO
No hagas
algún disparate.

DON ALONSO
Hidalgos,
en las rejas de esa casa
nadie se arrima.

DON RODRIGO
(Aparte a don Fernando.)
¿Qué es esto?

DON FERNANDO
Ni en el talle ni en el habla
conozco este hombre.

DON RODRIGO
¿Quién es
el que con tanta arrogancia
se atreve a hablar?

DON ALONSO
El que tiene
por lengua, hidalgos, la espada.

DON RODRIGO
Pues hallará quien castigue
su locura temeraria.

DON ALONSO
Cierra, señor; que no son
muelas que a difuntos sacan. (Vanse.)

DON ALONSO
No los sigas. Bueno está.

TELLO
Aquí se quedó una capa.

DON ALONSO
Cógela y ven por aquí;
que hay luces en las ventanas. (Van-
se.)
(Salen doña Leonor y doña Inés.)

DOÑA INÉS
Apenas la blanca aurora,
Leonor, el pie de marfil
puso en las flores de Abril,
que pinta, esmalta y colora,
cuando a mirar el listón
salí, de amor desvelada,
y con la mano turbada
di sosiego al corazón.
En fin, él no estaba allí.

DOÑA LEONOR
Cuidado tuvo el galán.

DOÑA INÉS
No tendrá los que me dan
sus pensamientos a mí.

DOÑA LEONOR
Tú, que fuiste el mismo hielo,
¡en tan breve tiempo estás
de esa suerte!

DOÑA INÉS
No sé más
de que me castiga el cielo.
O es venganza o es vitoria:
de amor en mi condición:
parece que el corazón
se me abrasa en su memoria.

Un punto solo no puedo
apartarla dél. ¿Qué haré?
(Sale don Rodrigo, con el listón
verde en el sombrero.)

DON RODRIGO
(*Aparte.*)
(Nunca, amor, imaginé
que te sujetara el miedo.
Animo para vivir;
que aquí está Inés.) Al señor
don Pedro busco.

DOÑA INÉS
Es error
tan de mañana acudir;
que no estará levantado.

DON RODRIGO
Es un negocio importante.

DOÑA INÉS
(*A su hermana.*)
No he visto tan necio amante.

DOÑA LEONOR
Siempre es discreto lo amado.
y necio lo aborrecido.

DON RODRIGO
(*Aparte.*)
¿Qué de ninguna manera
puedo agrandar una fiera
ni dar memoria a su olvido?

DOÑA INÉS
(*Aparte a su hermana.*)
¡Ay, Leonor! No sin razón
viene don Rodrigo aquí,
si yo misma le escribí
que fuese por el listón.

DOÑA LEONOR
Fabia este engaño te ha hecho.

DOÑA INÉS
Presto romperé el papel;
que quiero vengarme en él
de haber dormido en mi pecho.
(*Salen don Pedro, su padre, y don
Fernando [con el listón verde en el
sombrero].*)

DON FERNANDO
(*Aparte a don Pedro.*)
Hame puesto por tercero
para tratarlo con vos.

DON PEDRO
Pues hablaremos los dos
en el concierto primero

DON FERNANDO
Aquí está; que siempre amor
es reloj anticipado.

DON PEDRO
Habrále Inés concertado
con la llave del favor.

DON FERNANDO
De lo contrario se agravia.

DON PEDRO
Señor don Rodrigo...

DON RODRIGO
Aquí
vengo a que os sirváis de mí.
(*Hablan bajo don Pedro y los dos
galanes.*)

DOÑA INÉS
(*Aparte a Leonor.*)
Todo fue enredo de Fabia.

DOÑA LEONOR
¿Cómo?

DOÑA INÉS
¿No ves que también
trae el listón don Fernando?

DOÑA LEONOR
Si en los dos le estoy mirando,
entrambos te quieren bien.

DOÑA INÉS
Sólo falta que me pidas
celos, cuando estoy sin mí.

DOÑA LEONOR
¿Qué quieren tratar aquí?

DOÑA INÉS
¿Ya las palabras olvidas
que dijo mi padre ayer
en materia de casarme?

DOÑA LEONOR
Luego bien puede olvidarme
Fernando, si él viene a ser

DOÑA INÉS
Antes presumo que son
entrambos los que han querido
casarse, pues han partido
entre los dos el listón.

DON PEDRO
(*A los caballeros.*)
Esta es materia que quiere
secreto y espacio: entremos
donde mejor la tratemos.

DON RODRIGO
Como yo ser vuestro espere,
no tengo más que tratar.

DON PEDRO
Aunque os quiero enamorado
de Inés, para el nuevo estado,
quien soy os ha de obligar. (*Vanse
los tres.*)

DOÑA INÉS
¿Qué vana fue mi esperanza!
¿Qué loco mi pensamiento!
¿Yo papel a don Rodrigo!
¿Y tú de Fernando celos!
¿Oh forastero enemigo!
¿Oh Fabia embustera!
(*Sale Fabia.*)

FABIA
Quedo;
que lo está escuchando Fabia.

DOÑA INÉS
Pues ¿cómo, enemiga, has hecho 800
un enredo semejante?

FABIA
Antes fue tuyo el enredo,
si en aquel papel escribes
que fuese aquel caballero
por un listón de esperanza
a las rejas de tu huerto,
y en ellas pones dos hombres
que le maten, aunque pienso

que a no se haber retirado
pagaran su loco intento.

DOÑA INÉS
¡Ay, Fabia! Ya que contigo
llego a declarar mi pecho,
ya que a mi padre, a mi estado
y a mi honor pierdo el respeto,
dime: ¿es verdad lo que dices?
Que siendo así, los que fueron
a la reja le tomaron,
y por favor se le han puesto.
De suerte estoy, madre mía,
que no puedo hallar sosiego
si no es pensando en quien sabes.

FABIA
(*Aparte.*)
(¡Oh, qué bravo efecto hicieron
los hechizos y conjuros!
La victoria me prometo.)
No te desconsueles, hija;
vuelve en ti, que tendrás presto
estado con el mejor
y más noble caballero
que agora tiene Castilla;
porque será por lo menos
el que por único llaman
El Caballero de Olmedo.
Don Alonso en una feria
te vio, labradora Venus,
haciendo las cejas arco
y flechas los ojos bellos.
Disculpa tuvo en seguirte,
porque dicen los discretos
que consiste la hermosura
en ojos y entendimiento.
En fin, en las verdes cintas
de tus pies llevastes presos
los suyos; que ya el amor
no prende por los cabellos.
El te sirve, tú le estimas;
él te adora, tú le has muerto;
él te escribe, tú respondes:
¿quién culpa amor tan honesto?
Para él tienen sus padres,
porque es único heredero,
diez mil ducados de renta;
y aunque es tan mozo, son viejos.
Déjate amar y servir
del más noble, del más cuerdo
caballero de Castilla,
lindo talle, lindo ingenio.
El rey de Valladolid

grandes mercedes le ha hecho,
porque él sólo honró las fiestas
de su Real casamiento. 860

Cuchilladas y lanzadas
dio en los toros como un Héctor;
treinta precios dio a las damas
en sortijas y torneos.
Armado parece Aquiles
mirando de Troya el cerco,
con galas parece Adonis...
Mejor fin le den los cielos.
Vivirás bien empleada
en un marido discreto
¡Desdichada de la dama
que tiene marido necio!

DOÑA INÉS
¡Ay, madre! Vuévesme loca.
Pero ¡triste!, ¿cómo puedo
ser suya, si a don Rodrigo
me da mi padre don Pedro?
El y don Fernando están
tratando mi casamiento.

FABIA
Los dos haréis nulidad
la sentencia de ese pleito

DOÑA INÉS
Está don Rodrigo allí.

FABIA
Esto no te cause miedo,
pues es parte y no juez.

DOÑA INÉS
Leonor, ¿no me das consejo?

DOÑA LEONOR
Y ¿estás tú para tomarle?

DOÑA INÉS
No sé; pero no tratemos
en público destas cosas.

FABIA
Déjame a mí tu suceso.
Don Alonso ha de ser tuyo;
que serás dichosa espero
con hombre que es en Castilla
*la gala de Medina,
la flor de Olmedo.*

ACTO SEGUNDO

Salen TELLO y DON ALONSO.

DON ALONSO
Tengo el morir por mejor,
Tello, que vivir sin ver.

TELLO
Temo que se ha de saber
este tu secreto amor;
que con tanto ir y venir
de Olmedo a Medina, creo
que a los dos da tu deseo
que sentir, y aun que decir.

DON ALONSO
¿Cómo puedo yo dejar
de ver a Inés, si la adoro?

TELLO
Guardándole más decoro
en el venir y el hablar;
que en ser a tercero día,
pienso que te dan, señor,
tercianas de amor.

DON ALONSO
Mi amor
ni está ocioso, ni se enfría.
Siempre abrasa, y no permite
que esfuerce naturaleza
un instante su flaqueza,
porque jamás se remite.
Mas bien se ve que es león,
amor; su fuerza, tirana;
pues que con esta cuartana
se amansa mi corazón.
Es esta ausencia una calma
de amor, porque si estuviera
adonde siempre a Inés viera,
fuera salamandra el alma.

TELLO
¿No te cansa y te amohina
tanto entrar, tanto partir?

DON ALONSO
Pues yo, ¿qué hago en venir,
Tello, de Olmedo a Medina?
Leandro pasaba un mar
todas las noches, por ver
si le podía beber
para poderse templar;
pues si entre Olmedo y Medina
no hay, Tello, un mar, ¿qué me debe
Inés?

TELLO
A otro mar se atreve
quien al peligro camina
en que Leandro se vio;
pues a don Rodrigo veo
tan cierto de tu deseo
como puedo estarlo yo;
que como yo no sabía
cuya aquella capa fue,
un día que la saqué...

DON ALONSO
¡Gran necedad!

TELLO
Como mía.
Me pregunto: «Diga, hidalgo,
¿quién esta capa le dio?
porque la conozco yo.»
Respondí: «Si os sirve en algo,
daréla a un criado vuestro.»
Con esto, descolorido,
dijo: «Habíala perdido
de noche un lacayo nuestro;
pero mejor empleada
está en vos: guardadla bien.»
Y fuese a medio desdén,
puesta la mano en la espada.
Sabe que te sirvo, y sabe
que la perdió con los dos.
Advierte, señor, por Dios,
que toda esta gente es grave,
y que están en su lugar,
donde todo gallo canta.

Sin esto, también me espanta
ver este amor comenzar
por tantas hechicerías,
y que cercos y conjuros
no son remedios seguros
si honestamente porfías.

Fui con ella (que no fuera)
a sacar de un ahorcado
una muela; puse a un lado,
como Arlequin, la escalera.

Subió Fabia, quedé al pie,
y díjome al saltador:
«Sube, Tello, sin temor,
o si no, yo bajaré.»

¡San Pablo! Allí me caí.
Tan sin alma vine al suelo,
que fue milagro del cielo
el poder volver en mí.

Bajó, desperté turbado,
y de mirarme afligido,
porque, sin haber llovido,
estaba todo mojado.

DON ALONSO

Tello, un verdadero amor
en ningún peligro advierte.
Quiso mi contraria suerte
que hubiese competidor,
y que trate, enamorado,
casarse con doña Inés:
pues ¿qué he de hacer, si me ves
celoso y desesperado?

No creo en hechicerías,
que todas son vanidades:
quien concierta voluntades,
son méritos y porfías.

Inés me quiere, yo adoro
a Inés, yo vivo en Inés;
todo lo que Inés no es
desprecio, aborrezco, ignoro.

Inés es mi bien, yo soy
esclavo de Inés; no puedo
vivir sin Inés; de Olmedo
a Medina vengo y voy,
porque Inés mi dueña es
para vivir o morir.

TELLO

Sólo te falta decir:
«Un poco te quiero, Inés.»
¡Plega a Dios que por bien sea!

DON ALONSO

Llama, que es hora.

TELLO

Ya voy.
(Llama en casa de don Pedro.)
(Ana y doña Inés, dentro de la casa.)

ANA
(Dentro.)

¿Quién es?

TELLO

¡Tan presto! Yo soy.
¿Está en casa Melibea?
Que viene Calisto aquí.

ANA
(Dentro.)

Aguarda un poco, Sempronio.

TELLO

¿Si haré, falso testimonio?

DOÑA INÉS
(Dentro.)

¿El mismo?

ANA
(Dentro.)

Señora, sí. 120
(Abrese la puerta y entran don Alonso
y Tello en casa de don Pedro.)

DOÑA INÉS

¡Señor mío!...

DON ALONSO

Bella Inés,
esto es venir a vivir.

TELLO

Ahora no hay que decir:
«Yo te lo diré después.»

DOÑA INÉS

¡Tello, amigo!...

TELLO

¡Reina mía!...

DOÑA INÉS

Nunca, Alonso de mis ojos,
por haberme dado enojos
esta inorante porfía

de don Rodrigo esta tarde
he estimado que me vieses... 130

DON ALONSO

Aunque fuerza de obediencia
te hiciese tomar estado,
no he de estar desengañado
hasta escuchar la sentencia.

Bien el alma me decía,
y a Tello se lo contaba
cuando el caballo sacaba,
y el sol los que aguarda el día,
que de alguna novedad
procedía mi tristeza,
viniendo a ver tu belleza,
pues me dices que es verdad
¡Ay de mí si ha sido ansí!

DOÑA INÉS

No lo creas, porque yo
diré a todo el mundo no,
después que te dije sí.

Tú solo dueño has de ser
de mi libertad y vida;
no hay fuerza que el ser impida,
don Alonso, tu mujer.
Bajaba al jardín ayer,
y como por don Fernando
me voy de Leonor guardando,
a las fuentes, a las flores
estuve diciendo amores,
y estuve también llorando.

«Flores y aguas, les decía,
dichosa vida gozáis,
pues aunque noche pasáis,
veis vuestro sol cada día.»
Pensé que me respondía
la lengua de una azucena
(¿qué engaños amor ordena!)
«Si el sol que adorando estás
viene de noche, que es más,
Inés, ¿de qué tienes pena?»

TELLO

Así dijo a un ciego un griego
que le contó mil disgustos:
«Pues tiene la noche gustos,
¿para qué te quejas, ciego?»

DOÑA INÉS

Como mariposa llego
a estas horas, deseosa

de tu luz...; no mariposa,
fénix ya, pues de una suerte
me da vida y me da muerte
llama tan dulce y hermosa

DON ALONSO

¡Bien haya el coral, amén,
de cuyas hojas de rosas,
palabras tan amorosas
salen a buscar mi bien!
Y advierte que yo también,
cuando con Tello no puedo,
mis celos, mi amor, mi miedo
digo en tu ausencia a las flores.

TELLO

Yo le vi decir amores
a los rábanos de Olmedo:
que un amante suele hablar
con las piedras, con el viento.

DON ALONSO

No puede mi pensamiento
ni estar solo, ni callar:
contigo, Inés, ha de estar,
contigo hablar y sentir.
¡Oh, quién supiera decir
lo que te digo en ausencia!
Pero estando en tu presencia
aun se me olvida el vivir.

Por el camino le cuento
tus gracias a Tello, Inés,
y celebramos después
tu divino entendimiento.
Tal gloria en tu nombre siento,
que una mujer recibí
de tu nombre, porque ansí,
llamándola todo el día,
pienso, Inés, señora mía,
que te estoy llamando a ti.

TELLO

Pues advierte, Inés discreta,
de los dos tan nuevo efeto,
que a él le has hecho discreto,
y a mí me has hecho poeta.

Oye una glosa a un estribo
que compuso don Alonso,
a manera de responso,
si los hay en muerto vivo.

En el valle a Inés
la dejé riendo:
si la ves, Andrés,

dile cuál me ves
por ella muriendo.

DOÑA INÉS
¿Don Alonso la compuso?

TELLO
Que es buena, jurarte puedo,
para poeta de Olmedo.
Escucha.

DON ALONSO
Amor lo dispuso.

TELLO
Andrés, después que las bellas
plantas de Inés goza el valle,
tanto florece con ellas,
que quiso el cielo trocarle
por sus flores sus estrellas.
Ya el valle es cielo, después
que su primavera es,
pues verá el cielo en el suelo
quien vio, pues Inés es cielo,
en el valle a Inés.

Con miedo y respeto estampo
el pie donde el suyo huella;
que ya Medina del Campo
no quiere aurora más bella
para florecer su campo.
Yo la vi de amor huyendo,
cuanto miraba matando,
su mismo desdén venciendo,
y aunque me partí llorando,
la dejé riendo.

Dile, Andrés, que ya me veo
muerto por volverla a ver,
aunque cuando llegues, creo
que no será menester:
que me habrá muerto el deseo.
No tendrás que hacer después
que a sus manos vengativas
llegues, si una vez la ves,
ni aun es posible que vivas
si la ves, Andrés.

Pero si matarte olvida
por no hacer caso de ti,
dile a mi hermosa homicida
que por qué se mata en mi,
pues que sabe que es mi vida.
Dile: «Cruel, no le des
muerte si vengada estás,
y te ha de pesar después.»

Y pues no me has de ver más,
dile cuál me ves.

Verdad es que se dilata
el morir, pues con mirar
vuelve a dar vida la ingrata,
y así se cansa en matar,
pues da vida a cuantos mata;
pero muriendo o viviendo,
no me pienso arrepentir
de estarla amando y sirviendo;
que no hay bien como vivir
por ella muriendo.

DOÑA INÉS
Si es tuya, notablemente
te has alargado en mentir
por don Alonso.

DON ALONSO
Es decir,
que mi amor en versos miente.
Pues, señora ¿qué poesía
llegará a significar
mi amor?

DOÑA INÉS
¿Mi padre!

DON ALONSO
¿Ha de entrar?

DOÑA INÉS
Escondeos.

DON ALONSO
¿Dónde?
(Vanse ellos, y sale don Pedro.)

DON PEDRO
Inés mía,
¡agora por recoger!
¿Cómo no te has acostado

DOÑA INÉS
Rezando, señor, he estado,
por lo que dijiste ayer,
rogando a Dios que me incline
a lo que fuese mejor.

DON PEDRO
Cuando para ti mi amor
imposible imagine,

no pudiera hallar un hombre
como don Rodrigo, Inés.

DOÑA INÉS
Ansí dicen todos que es
de su buena fama el nombre;
y habiéndome de casar,
ninguno en Medina hubiera,
ni en Castilla, que pudiera
sus méritos igualar.

DON PEDRO
¿Cómo habiendo de casarte?

DOÑA INÉS
Señor, hasta ser forzoso
decir que ya tengo esposo,
no he querido disgustarte.

DON PEDRO
¿Esposo! ¿Qué novedad
es ésta Inés?

DOÑA INÉS
Para ti
será novedad; que en mi
siempre fue mi voluntad.
Y, ya que estoy declarada,
hazme mañana cortar
un hábito, para dar
fin a esta gala excusada;
que así quiero andar, señor,
mientras me enseñan latín.
Leonor te queda, que al fin
te dará nietos Leonor.

Y por mi madre te ruego
que en esto no me repliques,
sino que medios apliques
a mi elección y sosiego.
Haz buscar una mujer
de buena y santa opinión,
que me de alguna lición
de lo que tengo de ser,
y un maestro de cantar,
que de latín sea también.

DON PEDRO
¿Eres tú quien habla, o quién?

DOÑA INÉS
Esto es hacer, no es hablar.

DON PEDRO

Por una parte, mi pecho
se enternece de escucharte,
Inés, y por otra parte,
de duro mármol le has hecho
En tu verde edad mi vida
esperaba sucesión:

pero si esto es vocación,
no quiera Dios que lo impida.
Haz tu gusto, aunque tu celo
en esto no intenta el mío;
que ya sé que el albedrío
no presta obediencia al cielo.

Pero porque suele ser
nuestro pensamiento humano
tal vez inconstante y vano,
y en condición de mujer,
que es fácil de persuadir,
tan poca firmeza alcanza,
que hay de mujer a mudanza
lo que de hacer a decir.

Mudar las galas no es justo,
pues no pueden estorbar
a leer latín o cantar,
ni a cuanto fuere tu gusto.
Viste alegre y cortesana;
que no quiero que Medina,
si hoy te admirare divina,
mañana te burlé humana.

Yo haré buscar la mujer
y quien te enseñe latín,
pues a mejor padre, en fin,
es más justo obedecer.

Y con esto, adiós te queda;
que para no darte enojos,
van a esconderse mis ojos
adonde llorarte pueda.
(Vase, y salen don Alonso y Tello.)

DOÑA INÉS
Pésame de haberte dado
disgusto.

DON ALONSO
A mí no me pesa,
por el que me ha dado el ver
que nuestra muerte concerta[s].
¡Ay, Inés! ¿Adónde hallaste
en tal desdicha, en tal pena,
tan breve remedio?

DOÑA INÉS
Amor
en los peligros enseña

una luz por donde el alma
posibles remedios vea.

DON ALONSO

Este ¿es remedio posible?

DOÑA INÉS

Como yo agora le tenga
para que este don Rodrigo
no llegue al fin que desea,
bien sabes que breves males
la dilación los remedia;
que no dejan esperanza
si no hay segunda sentencia.

TELLO

Dice bien, señor; que en tanto
que doña Inés cante y lea,
podéis dar orden los dos
para que os valga la Iglesia.
Sin esto, desconfiado
don Rodrigo, no hará fuerza
a don Pedro en la palabra,
pues no tendrá por ofensa
que le deje doña Inés
por quien dice que le deja.
También es linda ocasión
para que yo vaya y venga
con libertad a esta casa.

DON ALONSO

¡Libertad! ¿De qué manera?

TELLO

Pues ha de leer latín,
¿no será fácil que pueda
ser yo quien venga a enseñarla?
Y verás ¿con qué destreza
le enseño a leer tus cartas!

DON ALONSO

¿Qué bien mi remedio piensas!

TELLO

Y aún pienso que podrá Fabia
servirte en forma de dueña,
siendo la santa mujer
que con su falsa apariencia
venga a enseñarla.

DOÑA INÉS

Bien dices;

Fabia será mi maestra
de virtudes y costumbres.

TELLO

Y ¡qué tales serán ellas!

DON ALONSO

Mi bien, yo temo que el día,
que es amor dulce materia
para no sentir las horas
que por los amantes vuelan,
nos halle tan descuidados,
que al salir de aquí me vean,
o que sea fuerza quedarme.
¡Ay, Dios! ¡Qué dichosa fuerza!
Medina a la Cruz de Mayo
hace sus mayores fiestas;
yo tengo que prevenir,
que, fuera de que en la plaza
quiero que galán me veas,
de Valladolid me escriben
que el rey don Juan viene a verlas;
que en los montes de Toledo
le pide que se entretenga
el Condestable estos días,
porque en ellos convalezca,
y de camino, señora,
que honte esta villa le ruega;
y así, es razón que le sirva
la nobleza desta tierra.
Guárdete el cielo, mi bien.

DOÑA INÉS

Espera; que a abrir la puerta
es forzoso que yo vaya.

DON ALONSO

¡Ay, luz! ¡Ay, aurora, necia,
de todo amante envidiosa!

TELLO

Ya no aguardéis que amanezca.

DON ALONSO

¿Cómo?

TELLO

Porque ya es de día.

DON ALONSO

Bien dices, si a Inés me muestras.
Pero ¿cómo puede ser,
Tello, cuando el sol se acuesta?

TELLO

Tú vas despacio, él aprisa;
apostaré que te quedas. (*Vanse.*)
(*Salen don Rodrigo y don Fernando.*)

DON RODRIGO

Muchas veces había reparado,
don Fernando, en aqueste caballero,
del corazón solícito avisado.
El talle, el grave rostro, lo severo,
celoso me obligaban a miralle.

DON FERNANDO

Efetos son de amante verdadero;
que en viendo otra persona de
buen talle,
tienen temor que si le ve su dama,
será posible a fuerza codicialle.

DON RODRIGO

Bien es verdad que él tiene tanta
fama,
que por más que en Medina se en-
cubría,
el mismo aplauso popular le aclama.
Vi, como os dije, aquel mancebo
un día
que la capa perdida en la pendencia
contra el valor de mi opinión traía.
Hice secretamente diligencia
después de hablarle, y satisfecho que-
do,
que tiene esta amistad corresponden-
cia.
Su dueño es don Alonso, aquel de
Olmedo,
alanceador galán y cortesano,
de quien hombres y toros tienen mie-
do.
Pues si éste sirve a Inés, ¿qué in-
tento en vano?
O ¿cómo quiero yo, si ya le adora,
que Inés me mire con semblante hu-
mano?

DON FERNANDO

¿Por fuerza ha de quererle?

DON RODRIGO

El la enamora,
y merece, Fernando, que le quiera.
¿Qué he de pensar, si me aborrece
agora

DON FERNANDO

Son celos, don Rodrigo, una qui-
mera
que se forma de envidia, viento y
sombra,
con que lo incierto imaginado altera,
una fantasma que de noche asom-
bra,
un pensamiento que a locura inclina,
y una mentira que verdad se nom-
bra.

DON RODRIGO

Pues ¿cómo tantas veces a Medina
viene y va don Alonso? Y ¿a qué efe-
to
es cédula de noche en una esquina?
Yo me quiero casar; vos sois dis-
creto: 480
¿qué consejo me dais, si no es ma-
talle?

DON FERNANDO

Yo hago diferente mi conceto;
que ¿cómo puede doña Inés ama-
si nunca os quiso a vos? 11le,

DON RODRIGO

Porque es respuesta
que tiene mayor dicha y mejor talle.

DON FERNANDO

Mas porque doña Inés es tan ho-
nesta,
que aun la ofendéis con nombre de
marido.

DON RODRIGO

Yo he de matar a quien vivir me
cuesta
en su desgracia, porque tanto ol-
vido
no puede proceder de honesto in-
tento. 141
Perdí la capa y perderé el sentido.

DON FERNANDO

Antes, dejarla a don Alonso, siento
Ejecutad, Rodrigo, el casamiento,
que ha sido como echársela en los
ojos.
Llévese don Alonso los despojos,
y la victoria vos.

DON RODRIGO
Mortal desmayo
cubre mi amor de celos y de enojos.

DON FERNANDO
Salid galán para la Cruz de Mayo,
que yo saldré con vos; pues el Rey
[viene,
las sillas piden el castaño y bayo.

Menos aflige el mal que se entre-
[tiene,

DON RODRIGO
Si viene don Alonso, a Medina
¿qué competencia con Olmedo tiene?

DON FERNANDO
¡Qué loco estáis!

DON RODRIGO
Amor me desatina. (*Vanse.*)
(*Salen don Pedro, doña Inés y doña Leonor.*)

DON PEDRO
No porfies.

DOÑA INÉS
No podrás
mi propósito vencer.

DON PEDRO
Hija, ¿qué quieres hacer,
que tal veneno me das?
Tiempo te queda...

DOÑA INÉS
Señor,
¿qué importa el hábito pardo,
si para siempre le aguardo?

DOÑA LEONOR
Necia estás.

DOÑA INÉS
Calla, Leonor.

DOÑA LEONOR
Por lo menos estas fiestas
has de ver con galas.

DOÑA INÉS
Mira
que quien por otras suspira,
ya no tiene el gusto en éstas.
Galas celestiales son
las que ya mi vida espera

DON PEDRO
¿No basta que yo lo quiera?

DOÑA INÉS
Obedecerte es razón.
(*Sale Fabia, con rosario, báculo y anteojos.*)

FABIA
Paz sea en aquesta casa.

DON PEDRO
Y venga con vos.

FABIA
¿Quién es
la señora doña Inés,
que con el Señor se casa?
¿Quién es aquella que ya
tiene su esposo, elegida,
y como a prenda querida
esos impulsos le da?

DON PEDRO
Madre honrada, ésta que veis,
y yo su padre.

FABIA
Que sea
muchos años, y ella vea
el dueño que vos no veis.
Aunque en el Señor espero
que os ha de obligar piadoso
a que aceptéis tal esposo,
que es muy noble caballero.

DON PEDRO
Y ¡cómo, madre, si le es!

FABIA
Sabiendo que anda a buscar
quien venga a morigerar
los verdes años de Inés,
quien la guíe, quien la muestre

las sémitas³⁰ del Señor,
y al camino del amor
como a principianta adiestre,
hice oración en verdad,
y tal impulso me dio,
que vengo a ofrecirme yo
para esta necesidad,
aunque soy gran pecadora.

DON PEDRO
Esta es la mujer, Inés,
que has menester.

DOÑA INÉS
Esta es
la que he menester agora.
Madre, abrázame.

FABIA
Quedito,
que el silicio me hace mal.

DON PEDRO
No he visto humildad igual.

DOÑA LEONOR
En el rostro trae escrito
lo que tiene el corazón.

FABIA
¡Oh qué gracia! ¡Oh, qué belleza!
Alcance tu gentileza
mi deseo y bendición.
¿Tienes oratorio?

DOÑA INÉS
Madre,
comienzo a ser buena agora.

FABIA
Como yo soy pecadora,
estoy temiendo a tu padre.

DON PEDRO
No le pienso yo estorbar
tan divina vocación.

FABIA
En vano, infernal dragón,
la pensabas devorar.

³⁰ *Sémitas*. El camino, la senda del Señor.

No ha de casarse en Medina;
monasterio tiene Olmedo:
Domine, si tanto puedo,
ad juvantum me festina

DON PEDRO
Un ángel es la mujer.
(*Sale Tello, de gorrón.*)

TELLO
(*Dentro.*)

Si con sus hijas está,
yo sé que agradecerá
que yo me venga a ofrecer. (*Sale.*)
El maestro que buscáis
está aquí señor don Pedro,
para latin y otras cosas,
que dirá después su efecto.
Que buscáis un estudiante
en la iglesia me dijeron,
porque ya desta señora
se sabe el honesto intento.
Aquí he venido a serviros,
puesto que soy forastero,
si valgo para enseñarla.

DON PEDRO
Ya creo y tengo por cierto,
viendo que todo se junta,
que fue voluntad del cielo.
En casa puede quedarse
la madre, y este mancebo
venir a darte lección.
Concertadlo, mientras vuelvo,
las dos. (*A Tello.*) ¿De dónde es, ga-
llán?

TELLO
Señor, soy calahorreño.

DON PEDRO
¿Su nombre?

TELLO
Martín Peláez.

DON PEDRO
Del Cid debe de ser deudo.
¿Dónde estudió?

TELLO
En la Coruña,
y soy por ella maestro.

DON PEDRO
¿Ordenóse?

TELLO
Sí, señor,
de vísperas.

DON PEDRO
Luego vengo. *(Vase.)*

TELLO
¿Eres Fabia?

FABIA
¿No lo ves?

DOÑA LEONOR
Y ¿tú Tello?

DOÑA INÉS
¿Amigo Tello!

DOÑA LEONOR
¿Hay mejor bellaquería?

DOÑA INÉS
¿Qué hay de don Alonso?

TELLO
¿Puedo
fiar de Leonor?

DOÑA INÉS
Bien puedes

DOÑA LEONOR
Agraviara Inés mi pecho,
y mi amor, si me tuviera
su pensamiento encubierto.

TELLO
Señora, para servirte
está don Alonso bueno;
para las fiestas de mayo,
tan cerca ya, previniendo
galas, caballos, jaces,
lanza y rejonos: que pienso
que ya le tiemblan los toros.
Una adarga¹¹ habemos hecho.

¹¹ Adarga, un género de escudo hecho de ante.

si se concertan las cañas,¹²
como de mi raro ingenio.
Allá la verás, en fin.

DOÑA INÉS
¿No me ha escrito?

TELLO
Soy un necio.
Esta, señora, es la carta.

DOÑA INÉS
Bésola de porte y leo.
(Don Pedro, vuelve.)

DON PEDRO
(Dentro.)
Pues por el coche, si está
malo el alazán. *(Sale.)* ¿Qué es esto?

TELLO
(Aparte a doña Inés.)

Tu padre. Haz que lees, y yo
haré que latín te enseño.
Dominus...

DOÑA INÉS
Dominus...

TELLO
Diga

DOÑA INÉS
¿Cómo más?

TELLO
Dominus meus.

DOÑA INÉS
Dominus meus.

TELLO
Así,
poco a poco irá leyendo.

DON PEDRO
¿Tan presto tomas lición?

¹² *Carrer con.* Género de pelea de hombres a caballo. Covarrubias, *Tesoro*.

DOÑA INÉS
Tengo notable deseo.

DON PEDRO
Basta; que a decir, Inés,
me envía el Ayuntamiento
que salga a las fiestas yo.

DOÑA INÉS
Muy discretamente han hecho,
pues viene a la fiesta el Rey.

DON PEDRO
Pues sea con un concierto
que has de verlas con Leonor.

DOÑA INÉS
Madre, dígame si puedo
verlas sin pecar.

FABIA
Pues ¿no?
No escrupulices en eso
como algunos tan mirlados.¹³
Que piensan, de circunspectos,
que en todo ofenden a Dios,
y olvidados de que fueron
hijos de otros como todos,
cualquiera entretenimiento
que los trabajos olvide.
tienen por notable exceso.
Y aunque es justo moderarlos,
doy licencia, por lo menos
para estas fiestas, por ser
jugatoribus paternos.

DON PEDRO
Pues vamos; que quiero dar
dineros a tu maestro,
y a la madre para un manto.

FABIA
A todos cubra el del cielo.
Y vos, Leonor, ¿no seréis
como vuestra hermana presto?

¹³ *Mirlado*, "El hombre compuesto, y mesurado con artificio, a semejanza de la mirla; porque esta avezica cuando se baña y se pone a enjugar al Sol, adveza sus plumas y se compone con gran asco." Covarrubias, *Tesoro*.

DOÑA LEONOR
Sí, madre, porque es muy justo
que tome tan santo ejemplo. *(Vanse.)*
(Sale el rey don Juan con acompañamiento y el Condestable.)

REY
(Al Condestable.)
No me traigáis al partir
negocios que despachar.

CONDESTABLE
Contienen sólo firmar;
no has de ocuparte en oír.

REY
Decid con mucha presteza.

CONDESTABLE
¿Han de entrar?

REY
Ahora no.

CONDESTABLE
Su Santidad concedió
lo que pidió Vuestra Alteza
por Alcántara, señor.

REY
Que mudase le pedi
el hábito porque así
pienso que estará mejor.

CONDESTABLE
Era aquel traje muy feo.

REY
Cruz verde pueden traer.
Mucho debo agradecer
al Pontífice el deseo
que de nuestro aumento muestra,
con que irán siempre adelante
estas cosas del Infante
en cuanto es de parte nuestra.

CONDESTABLE
Estas son dos provisiones,
y entramos notables son.

REY
¿Qué contienen?

CONDESTABLE

La razón
de diferencia que pones
entre los moros y hebreos
que en Castilla han de vivir.

REY

Quiero con esto cumplir,
Condestable, los deseos
de fray Vicente Ferrer,
que lo ha deseado tanto.

CONDESTABLE

Es un hombre docto y santo

REY

Resolví con él ayer
que en cualquiera reino mío
donde mezclados están,
a manera de gabán
traiga un tabardo el judío
con una señal en él,
y un verde capuz el moro.
Tenga el cristiano el decoro
que es justo: apártese dél;
que con esto tendrán miedo
los que su nobleza infaman.

CONDESTABLE

A don Alonso, que llaman
El Caballero de Olmedo,
hace Vuestra Alteza aquí
merced de un hábito.

REY

Ese hombre
de notable fama y nombre.
En esta villa le vi
cuando se casó mi hermana.

CONDESTABLE

Pues pienso que determina,
por servirte, ir a Medina
a las fiestas de mañana.

REY

Decidme que fama emprenda
en el arte militar,
porque yo le pienso honrar
con la primera encomienda.
(*Vanse.*)

(*Sale don Alonso.*)

DON ALONSO

¡Ay, riguroso estado,
ausencia mi enemiga,
que dividiendo el alma,
puedes dejar la vida!

¡Cuán bien por tus efectos
te llaman muerte viva,
pues das vida al deseo,
y matas a la vista!

¡Oh, cuán piadosa fueras,
si al partir de Medina
la vida me quitaras
como el alma me quitas!

En ti, Medina, vive
aquella Inés divina,
que es honra de la corte
y gloria de la villa.

Sus alabanzas cantan
las aguas fugitivas,
las aves que la escuchan,
las flores que la imitan.

Envidia de sí misma,
Es tan bella, que tiene
pudiendo estar segura
que el mismo sol la envidia.

pues no le ve más bella
por su dorada cinta,
ni cuando viene a España,
ni cuando va a las Indias.

Yo merecí quererla,
¡Dichosa mi osadía!,
que es merecer sus penas
caificar mis dichas.

Cuando pudiera verla,
adorarla y servirla,
la fuerza del secreto
de tanto bien me priva.

Cuando mi amor no fuera
de fe tan pura y limpia,
las perlas de sus ojos
mi muerte solicitan.

Llorando por mi ausencia
Inés quedó aquel día,
que sus lágrimas fueron
de sus palabras firma.

Bien sabe aquella noche
que pudiera ser mía.
Cobarde amor, ¿qué aguardas,
cuando respetos miras?

¡Ay, Dios, qué gran desdicha,
partir el alma y dividir la vida!

(*Sale Tello.*)

TELLO

¿Merezco ser bien llegado?

DON ALONSO

No sé si diga que sí;
que me has tenido sin mí
con lo mucho que has tardado.

TELLO

Si por tu remedio ha sido,
¿en qué me puedes culpar?

DON ALONSO

¿Quién me puede remediar
si no es a quien yo le pido?
¿No me escribe Inés?

TELLO

Aquí
te traigo cartas de Inés.

DON ALONSO

Pues hablarásme después
en lo que has hecho por mí.
(*Lee.*) «Señor mío, después que os
partisteis no he vivido; que sois tan
cruel, que aun no me dejáis vida
cuando os vais.»

TELLO

¿No lees más?

DON ALONSO

No.

TELLO

¿Por qué?

DON ALONSO

Porque manjar tan suave
de una vez no se me acabe.
Hablemos de Inés.

TELLO

Llegué
con media sotana y guantes;
que parecía de aquellos
que hacen en solos los cuellos
ostentación de estudiantes.
Encajé salutación,

verbosa filatería,¹¹
dando a la bachillería
dos piensos de discreción:
y volviendo el rostro, vi
a Fabia...

DON ALONSO

Espera, que leo
otro poco; que el deseo
me tiene fuera de mí.
(*Lee.*) «Todo lo que dejastes orde-
nado se hizo; sólo no se hizo que vi-
viese yo sin vos, porque no lo dejas-
te ordenado.»

TELLO

¿Es aquí contemplación?

DON ALONSO

Dime cómo hizo Fabia
lo que dice Inés.

TELLO

Tan sabia
y con tanta discreción,
melindre¹² e hipocresía,
que le dieron que temer
algunos que suelo ver
cabizbajos todo el día.

De hoy más quedará advertido
de lo que se ha de creer
de una hipócrita mujer
y un ermitaño fingido.

Pues si me vieras a mí
con el semblante mirado,
dijeras que era traslado
de un reverendo alfaquí.¹³

Creyóme el viejo, aunque en él
se ve de un Catón retrato.

DON ALONSO

Espera; que ha mucho rato
que no he mirado el papel.

(Lee.) «Daos prisa a venir, para que sepáis cómo quedo cuando os partís, y cómo estoy cuando volvéis.»

TELLO
¿Hay otra estación aquí?

DON ALONSO
En fin, tú hallaste lugar para entrar y para hablar.

TELLO
Estudiaba Inés en ti; que eras el latín, señor, y la lición que aprendía.

DON ALONSO
Leonor, ¿qué hacía?

TELLO
Tenía envidia de tanto amor, porque se daba a entender que de ser amado eres digno; que muchas mujeres quieren porque ven querer. Que en siendo un hombre querido

de alguna con grande afeto, piensan que hay algún secreto en aquel hombre escondido. Y engañanse, porque son correspondencia de estrellas.

DON ALONSO
Perdonadme, manos bellas, que leo el postrer renglón. (Lee.) «Dicen que viene el Rey a Medina, y dicen verdad, pues habéis de venir vos, que sois rey mio.» 850 Acabóseme el papel.

TELLO
Todo en el mundo se acaba.

DON ALONSO
Poco dura el bien.

TELLO
En fin, le has leído por jornadas.

DON ALONSO
Espera, que aquí a la margen vienen dos o tres palabras. (Lee.) «Poneos esa banda al cuello. ¡Ay, si yo fuera la banda!»

TELLO
¡Bien dicho, por Dios, y entrar con doña Inés en la plaza!

DON ALONSO
¿Dónde está la banda, Tello?

TELLO
A mí no me han dado nada.

DON ALONSO
¿Cómo no?

TELLO
Pues ¿qué me has dado?

DON ALONSO
Ya te entiendo: luego saca a tu elección un vestido.

TELLO
Esta es la banda.

DON ALONSO
Extremada.

TELLO
Tales manos la bordaron.

DON ALONSO
Demos orden que me parta. Pero ¡ay, Tello!

TELLO
¿Qué tenemos?

DON ALONSO
De decirte me olvidaba unos sueños que he tenido.

TELLO
¿Agora en sueños reparas?

DON ALONSO
No los creo, claro está; pero dan pena.

TELLO
Eso basta.

DON ALONSO
No falta quien llama a algunos revelaciones del alma.

TELLO
¿Qué te puede suceder en una cosa tan llana como quererte casar?

DON ALONSO
Hoy, Tello, al salir el alba, con la inquietud de la noche, me levanté de la cama, abrí la ventana aprisa, y mirando flores y aguas que adornan nuestro jardín, sobre una verde retama veo ponerse un jilguero, cuyas esmaltadas alas con lo amarillo añadian flores a las verdes ramas. Y estando al aire trinando de la pequeña garganta con naturales pasajes las quejas enamoradas, sale un azor de un almendro, adonde escondido estaba, y como erah en los dos tan desiguales las armas, tiñó de sangre las flores, plumas al aire derrama. Al triste chillido, Tello,

débiles ecos del aura respondieron, y, no lejos, lamentando su desgracia, su esposa, que en un jazmín la tragedia viendo estaba. Yo, midiendo con los sueños estos avisos del alma, apenas puedo alentarme; que con saber que son falsas todas estas cosas, tengo tan perdida la esperanza, que no me aliento a vivir.

TELLO
Mal a doña Inés le pagas aquella heroica firmeza con que atrevida contrasta los golpes de la fortuna. Ven a Medina, y no hagas caso de sueños ni agüeros, cosas a la fe contrarias. Lleva el ánimo que sueles, caballos, lanzas y galas, mata de envidia los hombres, mata de amores las damas. Doña Inés ha de ser tuya a pesar de cuantos tratan dividiros a los dos.

DON ALONSO
Bien dices, Inés me aguarda; vamos a Medina alegres. Las penas anticipadas dicen que matan dos veces, y a mí sola Inés me mata, no como pena, que es gloria.

TELLO
Tú me verás en la plaza hincar de rodillas toros delante de sus ventanas.

Suenan atabales y entran con lacayos y rejonos DON RODRIGO y DON FERNANDO.

DON RODRIGO
Poca dicha

DON FERNANDO
Malas suertes.

DON RODRIGO
¡Qué pesar!

DON FERNANDO
¿Qué se ha de hacer?

DON RODRIGO
Brazo, ya no puede ser
que en servir a Inés aciertes.

DON FERNANDO
Corrido estoy.

DON RODRIGO
Yo, turbado.

DON FERNANDO
Volvamos a porfiar.

DON RODRIGO
Es imposible acertar
un hombre tan desdichado.
Para el de Olmedo, en efeto,
guardó suertes la fortuna.

DON FERNANDO
No ha errado el hombre ninguna...

DON RODRIGO
Que la ha de errar os prometo.

DON FERNANDO
Un hombre favorecido,
Rodrigo, todo lo acierta.

DON RODRIGO
Abrióle el amor la puerta,
y a mí, Fernando, el olvido.
Fuera desto, un forastero
luego se lleva los ojos.

DON FERNANDO
Vos tenéis justos enojos.
El es galán caballero,
mas no para escurecer
los hombres que hay en Medina.

DON RODRIGO
La patria me desatina;
mucho parece mujer
en que lo propio desprecia,
y de lo ajeno se agrada.

DON FERNANDO
De ser ingrata culpada
son ejemplos Roma y Grecia.
(Dentro ruido de pretales y voces.)
(Gente dentro.)

UNO
(Dentro.)
¡Brava suerte!

HOMBRE 2º
(Dentro.)
¡Con qué gala
quebró el rejón!

DON FERNANDO
¿Qué aguardamos?
Tomemos caballos.

(Sale Tello con rejón y librea, y don Alonso.)

TELLO
¡Valientes suertes, por Dios!

DON ALONSO
Dame, Tello, el alazán.

TELLO
Todos el lauro nos dan.

DON ALONSO
¿A los dos, Tello?

TELLO
A los dos;
que tú a caballo, y yo a pie,
nos habemos igualado.

DON ALONSO
¡Qué bravo, Tello, has andado!

TELLO
Seis toros desjarreté,¹⁷
como si sus piernas fueran
rábanos de mi lugar.

DON FERNANDO
Volvamos, Rodrigo, a entrar,
que por dicha nos esperan,
aunque os parece que no.

DON RODRIGO
A vos, don Fernando, si;
a mí no, si no es que a mí
me esperan para que yo
haga suertes que me afrenten,
o que algún toro me mate,
o me arrastre o me maltrate
donde con risa lo cuenten.

TELLO
(A su amo.)
Aquellos te están mirando.

DON ALONSO
Ya los he visto envidiosos

¹⁷ Desjarretar. Matar los toros cortándoles las piernas por el jarrete, o por la coiva, con un instrumento llamado desjarretadera. *Diccionario de Autoridades.*

DON RODRIGO
Vamos.
UNO
(Dentro.)
Nadie en el mundo le iguala.

DON FERNANDO
¿Oyes esa voz?

DON RODRIGO
No puedo
sufrirlo.
DON FERNANDO
Aun no lo encareces.

HOMBRE 2º
(Dentro.)
¡Vitor setecientas veces!
el Caballero de Olmedo!

DON RODRIGO
¿Qué suerte quieres que aguarde,
Fernando, con estas voces?

DON FERNANDO
Es vulgo, ¿no le conoces?

UNO
(Dentro.)
Dios te guarde, Dios te guarde.

DON RODRIGO
¿Qué más dijeran al Rey?
Mas bien hacen: digan, rueguen
que hasta el fin sus dichas lleguen.

DON FERNANDO
Fue siempre bárbara ley
seguir aplauso vulgar
las novedades.

DON RODRIGO
El viene
a mudar caballo.

DON FERNANDO
Hoy tiene
la fortuna en su lugar.

de mis dichas, y aun celosos
de mirarme a Inés mirando.
(*Vanse los dos.*)

TELLO

¡Bravos favores te ha hecho
con la risa!, que la risa
es lengua muda que avisa
de lo que pasa en el pecho.
No pasabas vez ninguna,
que arrojar no se quería
del balcón.

DON ALONSO

¡Ay, Inés mía!
¡Si quisiese la fortuna
que a mis padres les llevase
tal prenda de sucesión!

TELLO

Sí harás, como la ocasión
deste don Rodrigo pase;
porque satisfecho estoy
de que Inés por ti se abraza.

DON ALONSO

Fabia se ha quedado en casa:
mientras una vuelta doy
a la plaza, ve corriendo,
y di que esté prevenida
Inés, porque en mi partida
la pueda hablar, advirtiendo
Que si esta noche no fuese
a Olmedo, me han de contar
mis padres por muerto, y dar
ocasión, si nos los viese,
a esta pena, no es razón;
tengan buen sueño, que es justo.

TELLO

Bien dices: duerman con gusto,
pues es forzosa ocasión
de temer y de esperar.

DON ALONSO

Yo entro.

TELLO

Guárdete el cielo
(*Vase don Alonso.*)
Pues puedo hablar sin recelo
a Fabia, quiero llegar.

Traigo cierto pensamiento
para coger la cadena
a esta vieja, aunque con pena
de su astuto entendimiento.

No supo Circe, Medea,
ni Hecate, lo que ella sabe;
tendrá en el alma una llave
que de treinta vueltas sea.

Mas no hay maestra mejor
que decirle que la quiero,
que es el remedio primero
para una mujer mayor;
que con dos razones tiernas
de amores y voluntad,
presumen de mocedad,
y piensan que son eternas. (*Vase.*)

TELLO

Acabóse. Llego, llamo.
Fabia... Pero soy un necio;
que sabrá que el oro precio,
y que los años desamo,
el de las patas de gallo.¹⁹
(*Sale Fabia de casa de don Pedro.*)

FABIA

¡Jesús, Tello! ¡Aquí te hallo?
¡Qué buen modo de servir
a don Alonso! ¡Qué es esto?
¡Qué ha sucedido?

TELLO

No alteres
lo venerable, pues eres
causa de venir tan presto;
que por verte anticipé
de don Alonso un recado.

FABIA

¿Cómo ha andado?

TELLO

Bien ha andado,
porque yo le acompañé.

FABIA

¡Extremado fanfarrón!

TELLO

Pregúntalo al Rey, verás
cuál de los dos hizo más;

¹⁹ En este caso el demonio.

que se echaba del balcón
cada vez que yo pasaba.

FABIA

¡Bravo favor!

TELLO

Más quisiera
los tuyos.

FABIA

¡Oh quién te viera?

TELLO

Esa hermosura bastaba
para que yo fuera Orlando.
¡Toros de Medina a mí?
¡Vive el cielo!, que les di
reveses, desjarretando,
de tal aire, de tal casta,
en medio del regocijo,
que hubo toro que me dijo:
«Basta, señor Tello, basta.»
«No basta», le dije yo,
y eché de un tajo volado
una pierna en un tejado.

FABIA

Y ¿cuántas tejas quebró?

TELLO

Eso al dueño, que no mí.
Dile, Fabia, a tu señora,
que ese mozo que la adora
vendrá a despedirse aquí;
que es fuerza volverse a casa,
porque no piensen que es muerto
sus padres. Esto te advierto.
Y porque la fiesta pasa
sin mí, y el Rey me ha de echar
menos (que en efeto soy
su toricida), me voy
a dar materia al lugar
de vítores y de aplauso,
si me das algún favor.

FABIA

¿Yo favor?

TELLO

Paga mi amor.

FABIA

¿Que yo tus hazañas causo?

Basta, que no lo sabía.
¿Qué te agrada más?

TELLO

Tus ojos

FABIA

Pues daréte mis anteojos.

TELLO

Por caballo, Fabia mía,
quedo confirmado ya.

FABIA

Propio favor de lacayo.

TELLO

Más castaño soy que bayo.

FABIA

Mira cómo andas allá,
que esto de *no nos inducas*
suelen causar los refrescos,²⁰
no te quite los greguescos
algún mozo de San Lucas;
que será notable risa,
Tello, que donde lo vea
todo el mundo, un toro sea
sumiller de tu camisa.

TELLO

Lo atacado y el cuidado
volverán por mi decoro.

FABIA

Para un desgarrar de un toro,
¿qué importa estar atacado?

TELLO

Que no tengo a toros miedo.

FABIA

Los de Medina hacen riza,²¹
porque tienen ojeriza
con los lacayos de Olmedo.

TELLO

Como éstos ha derribado,
Fabia, este brazo español.

²⁰ *Refrescos*. Volver de nuevo a la acción que se había ejecutado. *Diccionario de Autoridades*.

²¹ *Riza*. El destrozo y estrago que se hace en alguna cosa. *Diccionario de Autoridades*.

FABIA
Mas ¿qué te ha de dar el sol
adonde nunca te ha dado? (*Vanse.*)
200
(*Ruido de plaza y gritos dentro.*)

UNO
(*Dentro.*)
Cayó don Rodrigo.

DON ALONSO
(*Dentro.*)
¡Afuera!

HOMBRE 2º
(*Dentro.*)
¡Qué gallardo, qué animoso
don Alonso le socorre!

UNO
(*Dentro.*)
Ya se apea don Alonso.

HOMBRE 2º
(*Dentro.*)
¡Qué valientes cuchilladas!

UNO
(*Dentro.*)
Hizo pedazos el toro.
(*Salen los dos; y don Alonso teniéndole.*)

DON ALONSO
Aquí tengo yo caballo;
que los nuestros van furiosos
discurriendo por la plaza.
Animo.

DON RODRIGO
Con vos le cobro.
La caída ha sido grande.

DON ALONSO
Pues no será bien que al caso
volváis; aquí habrá criados
que os sirvan, porque yo torno
a la plaza. Perdonadme,
porque cobrar es forzoso
el caballo que dejé.
(*Vase y sale don Fernando.*)

DON FERNANDO
¿Qué es esto? ¡Rodrigo, y solo!
¿Cómo estáis?

DON RODRIGO
Mala caída,
mal suceso, malo todo;
pero más deber la vida
a quien me tiene celoso
y a quien la muerte desco.

DON RODRIGO
¡Que sucediese a los ojos
del Rey, y que viese Inés
que aquel su galán dichoso
hiciese el toro pedazos
por libraros!

DON RODRIGO
Estoy loco.
No hay hombre tan desdichado,
Fernando, de polo a polo.
¡Qué de afrentas, qué de penas,
qué de agravios, qué de enojos,
qué de injurias, qué de celos,
qué de agujeros, qué de asombros!
Alcé los ojos a ver
a Inés, por ver si piadoso
mostraba el semblante entonces,
que aunque ingrato, necio adoro;
y veo que no pudiera
mirar Nerón riguroso
desde la torre Tarpeya
de Roma el incendio, como
desde el balcón me miraba;
y que luego, en vergonzoso
clavel de púrpura fina
bañado el jazmín del rostro,
a don Alonso miraba,
y que por los labios rojos
pagaba en perlas el gusto
de ver que a sus pies me postro,
de la fortuna arrojado
y de la suya envidioso.
Mas ¡vive Dios, que la risa,
primero que la de Apolo
alegre el Oriente y bañe
el aire de átomos de oro.
se le ha de trocar en llanto,
si hallo al hidalguillo loco
entre Medina y Olmedo!

DON FERNANDO
El sabrá ponerse en cobro.

DON RODRIGO
Mal conocéis a los celos,

DON FERNANDO
¿Quién sabe que no son monstruos?
Mas lo que ha de importar mucho
no se ha de pensar tan poco. (*Vanse.*)
(*Salen el Rey, el Condestable y
criados.*)

REY
Tarde acabaron las fiestas;
pero ellas han sido tales,
que no las he visto iguales.

CONDESTABLE
Dije a Medina que aprestas
para mañana partir;
mas tiene tanto deseo
de que veas el torneo
con que te quiere servir,
que me ha pedido, señor,
que dos días se detenga
Vuestra Alteza.

REY
Cuando venga,
pienso que será mejor.

CONDESTABLE
Haga este gusto a Medina
Vuestra Alteza.

REY
Por vos sea,
aunque el Infante desea,
con tanta prisa camina,
estas vistas de Toledo
para el día concertado.

CONDESTABLE
Galán y bizarro ha estado
el Caballero de Olmedo.

REY
¡Buenas suertes, Condestable!

CONDESTABLE
No sé en él cuál es mayor,
la aventura o el valor,
aunque es el valor notable.

REY
Cualquiera cosa hace bien.

CONDESTABLE
Con razón le favorece
Vuestra Alteza.

REY
El lo merece 290
y que vos le honréis también. (*Vanse.*)
(*Salen don Alonso y Tello, de noche.*)

TELLO
Mucho habemos esperado,
ya no puedes caminar.

DON ALONSO
Deseo, Tello, excusar
a mis padres el cuidado:
a cualquier hora es forzoso
partirme.

TELLO
Si hablas a Inés,
¿qué importa, señor, que estés
de tus padres cuidadoso?
Porque os ha de hallar el día
en esas rejas.

DON ALONSO
No hará;
que el alma me avisará
como si no fuera mía.

TELLO
Parece que hablan en ellas,
y que es en la voz Leonor.

DON ALONSO
Y lo dice el resplandor
que da el sol a las estrellas.
(*Doña Leonor, en la reja.*)

DOÑA LEONOR
¿Es don Alonso?

DON ALONSO
Yo soy.

DON ALONSO
Luego mi hermana saldrá,

porque con mi padre está hablando de las fiestas de hoy.
Tello puede entrar; que quiere daros un regalo Inés. (*Quítase de la reja.*)

DON ALONSO
Entra, Tello.

TELLO
Si después cerraren y no saliere, bien puedes partir sin mí. (*Abrese la puerta de casa de don Pedro, entra Tello, y vuelve Doña Leonor a la reja.*)

DON ALONSO
¿Cuándo, Leonor, podré entrar con tal libertad aquí?

DOÑA LEONOR
Pienso que ha de ser muy presto, porque mi padre de suerte te encarece, que a quererte tiene el corazón dispuesto. Y porque se case Inés, en sabiendo vuestro amor, sabrá escoger lo mejor, como estimarlo después. (*Sale doña Inés a la reja.*)

DOÑA INÉS
¿Con quién hablas?

DOÑA LEONOR
Con Rodrigo.
DOÑA INÉS
Mientes, que mi dueño es.

DON ALONSO
Que soy esclavo de Inés, al cielo doy por testigo.

DOÑA INÉS
No sois sino mi señor.

DOÑA LEONOR
Ahora bien, quiéroos dejar; que es necedad estorbar sin celos quien tiene amor. (*Vase.*)

DOÑA INÉS
¿Cómo estáis?

DON ALONSO
Como sin vida.
Por vivir os vengo a ver.

DOÑA INÉS
Bien había menester la pena desta partida para templar el contento que hoy he tenido de veros, ejemplo de caballeros, y de las damas tormento. De todas estoy celosa; que os alabasen quería, y después me arrepentía, de perderos temerosa. ¿Qué de varios pareceres! ¿Qué de títulos y nombres os dio la envidia en los hombres, 350 y el valor en las mujeres! Mi padre os ha codiciado por yerno para Leonor, y agradecióle mi amor, aunque celosa, el cuidado; que habéis de ser para mí y así se lo dije yo, aunque con la lengua no, pero con el alma sí. Mas ¡ay! ¿Cómo estoy contenta

si os partís?

DON ALONSO
Mis padres son la causa.

DOÑA INÉS
Tenéis razón; mas dejadme que lo sienta.

DON ALONSO
Yo lo siento, y voy a Olmedo, dejando el alma en Medina. No sé cómo parto y quedo: amor la ausencia imagina, los celos, señora, el miedo. Así parto muerto y vivo, que vida y muerte recibo. Mas ¿qué te puedo decir, cuando estoy para partir, puesto ya el pie en el estribo?

Ando, señora, estos días, entre tantas asperezas de imaginaciones mías, consolado en mis tristezas y triste en mis alegrías. Tengo, pensando perderte, imaginación tan fuerte, y así en ella vengo y voy, que me parece que estoy con las ansias de la muerte.

La envidia de mis contrarios temo tanto, que aunque puedo poner medios necesarios, estoy entre amor y miedo haciendo discursos varios.

Ya para siempre me privo, de verte, y de suerte vivo, que mi muerte presumiendo, parece que estoy diciendo: «Señora, aquesta te escribo.

Tener de tu esposo el nombre amor y favor ha sido; pero es justo que me asombre, que amado y favorecido tenga tal tristeza un hombre.

Parto a morir, y te escribo mi muerte, si ausencia vivo, porque tengo, Inés, por cierto que si vuelvo será muerto, pues partir no puedo vivo.

Bien sé que tristeza es; pero puede tanto en mí, que me dice, hermosa Inés: «Si partes muerto de aquí, ¿cómo volverás después?»

Yo parto, y parto a la muerte, aunque morir no es perderte; que si el alma no se parte, ¿cómo es posible dejarte, cuanto más volver a verte?

DOÑA INÉS
Pena me has dado y temor con tus miedos y recelos; si tus tristezas son celos, ingrato ha sido tu amor.

Bien entiendo tus razones; pero tú no has entendido mi amor.

DON ALONSO
Ni tú, que han sido estas imaginaciones sólo un ejercicio triste del alma, que me atormenta,

no celos; que fuera afrenta del nombre, Inés, que me diste.

De sueños y fantasías, si bien falsas ilusiones, han nacido estas razones, que no de sospechas mías.

DOÑA INÉS
Leonor vuelve. (*Leonor sale a la reja.*)
¿Hay algo?

DOÑA LEONOR
Sí.

DON ALONSO
¿Es partirme?

DOÑA LEONOR
(*A doña Inés.*)

Claro está. Mi padre se acuesta ya, y me preguntó por ti.

DOÑA INÉS
Vete, Alonso, vete. Adiós. No te quejes, fuerza es.

DON ALONSO
¿Cuándo querrá Dios, Inés, que estemos juntos los dos? Aquí se acabó mi vida, que es lo mismo que partirme. Tello no sale, o no puede acabar de despedirse.

Voyme: que él me alcanzará. (*Retírase doña Inés.*)
(*Al entrar don Alonso, una sombra con una máscara negra y sombrero, y puesta la mano en el puño de la espada, se le pone delante.*)

DON ALONSO
¿Qué es esto? ¿Quién va? De oírme no hace caso. ¿Quién es? Hable. ¿Que un hombre me atemorice no habiendo temido a tantos! ¿Es don Rodrigo? ¿No dice quién es?

LA SOMBRA
Don Alonso.

DON ALONSO

¿Cómo?

LA SOMBRA

Don Alonso.

DON ALONSO

No es posible.
Mas otro será, que yo
soy don Arturo Manrique.
Si es invención, meta mano.
Volvió la espalda. *(Vase la Sombra.)*
Seguirle,

desatino me parece.
¡Oh imaginación terrible!
Mi sombra debió de ser,
mas no; que en forma visible
dijo que era don Alonso.
Todas son cosas que finge
la fuerza de la tristeza,
la imaginación de un triste.

¿Qué me quieres, pensamiento,
que con mi sombra me afliges?
Mira que temer sin causa
es de sujetos humildes.
O embustes de Fabia son,
que pretenden persuadirme
porque no me vaya a Olmedo,
sabiendo que es imposible.

Siempre dice que me guarde,
y siempre que no camine
de noche, sin más razón
de que la envidia me sigue.
Pero ya no puede ser
que don Rodrigo me envidie,
pues hoy la vida me debe;
que esta deuda no permite
que un caballero tan noble
en ningún tiempo la olvide.
Antes pienso que ha de ser
para que amistad confirme
desde hoy conmigo en Medina;
que la ingratitud no vive
en buena sangre, que siempre
entre villanos reside.

En fin, es la quinta esencia
de cuantas acciones viles
tiene la bajeza humana,
pagar mal quien bien recibe. *(Vase.)*
*(Salen don Rodrigo, don Fernando,
Mendo y Lain.)*

DON RODRIGO

Hoy tendrán fin mis celos y su vida.

490

DON FERNANDO

Finalmente, ¿venís determinado?

DON RODRIGO

No habrá consejo que su muerte
[impida,
después que la palabra me han que-
[brado.

Ya se entendió la devoción fingida,
ya supe que era Tello, su criado,
quien la enseñaba aquel latín que ha
[sido
en cartas de romance traducido.

¡Qué honrada dueña recibió en su
[casa
don Pedro en Fabia! ¡Oh misera don-
[cella!
Dilculpo tu inocencia, si te abrasa

fuego infernal de los hechizos della.
No sabe, aunque es discreta, lo que
[pasa,
y así el honor de entrambos atropella.
¡Cuántas casas de nobles caballeros
han infamado hechizos y terceros!

Fabia, que puede trasponer un
[monte;
Fabia, que puede detener un río,
y en los negros ministros de Aque-
[ronte

tiene, como en vasallos, señorío;
Fabia, que deste mar, deste horizon-
[te,

al abrasado clima, al Norte frío
puede llevar a un hombre por el aire,
le da liciones: ¿hay mayor donaire?

DON FERNANDO

Por la misma razón yo no tratara
de más venganza.

DON RODRIGO

¡Vive Dios, Fernando,
que fuera de los dos bajeza clara!

DON FERNANDO

No la hay mayor que despreciar
[amando.

DON RODRIGO

Si vos podéis, yo no.

MENDO

Señor, repara
en que vienen los ecos avisando
de que a caballo alguna gente viene.
520

DON RODRIGO

Si viene acompañado, miedo tiene.

DON FERNANDO

No lo creas, que es mozo temera-
[rio.

DON RODRIGO

Todo hombre con silencio esté es-
[condido,
Tú, Mendo, el arcabuz, si es neces-
[rio,
tendrás detrás de un árbol prevenido.

DON FERNANDO

¡Qué inconstante es el bien, qué loco
[y vario!
Hoy a vista de un Rey salió lucido,
admirado de todos a la plaza,
y ¡ya tan fiera muerte le amenaza!
(Escóndense y sale don Alonso.)

DON ALONSO

Lo que jamás he tenido, 530
que es algún recelo o miedo,
llevo caminando a Olmedo.
Pero tristezas han sido.
Del agua el manso rüido
y el ligero movimiento
destas ramas con el viento,
mi tristeza aumentan más.
Yo camino, y vuelve trás
mi confuso pensamiento.

De mis padres el amor 540
y la obediencia me lleva,
aunque ésta es pequeña prueba
del alma de mi valor.
Conozco que fue rigor
el dejar tan presto a Inés.
¡Qué oscuridad! Todo es
horror, hasta que el aurora
en las alfombras de Flora
ponga los dorados pies.

Allí cantan. ¿Quién será? 550
Mas será algún labrador
que camina a su labor.
Lejos parece que está:
pero acercándose va,

y no es rústico el acento.
Pues ¡cómo! ¡Lleva instrumento;
sino sonoro y suave!
¡Qué mal la música sabe,
si está triste el pensamiento!
*(Cantan desde lejos en el vestuario
y vase acercando la voz como que
camina.)*

*Que de noche le mataron
al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.*

DON ALONSO

¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?
Si es que avisos vuestros son,
ya que estoy en la ocasión,
¿de qué me estáis informando?
Volver atrás, ¿cómo puedo?
Invención de Fabia es,
que quiere, a ruego de Inés,
hacer que no vayas a Olmedo.

LA VOZ
(Dentro.)

*Sombras le avisaron
que no saliese,
y le aconsejaron
que no se fuese
el caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.
(Sale un Labrador.)*

DON ALONSO

¡Hola, buen hombre, el que canta!

LABRADOR

¿Quién me llama?

DON ALONSO

Un hombre soy [®]
que va perdido.

LABRADOR

Ya voy.
Veisme aquí.

DON ALONSO

Todo me espanta. *(Aparte.)*
¿Dónde vas?

LABRADOR
A mi labor.

DON ALONSO
¿Quién esa canción te ha dado,
que tristemente has cantado?

LABRADOR
Allá en Medina, señor.

DON ALONSO
A mí me suelen llamar
el Caballero de Olmedo,
y yo estoy vivo.

LABRADOR
No puedo
deciros deste cantar
más historia ni ocasión,
de que a una Fabia la oí.
Si os importa, ya cumplí
con deciros la canción.
Volved atrás; no paséis
deste arroyo.

DON ALONSO
En mi nobleza,
fuera ese temor bajeza.

LABRADOR
Muy necio valor tenéis.
Volved, volved a Medina.

DON ALONSO
Ven tú conmigo.

LABRADOR
No puedo. (Vase.)
600

DON ALONSO
¿Qué de sombras finge el miedo!
¿Qué de engaños imagina!
Oye, escucha. ¿Dónde fue,
que apenas sus pasos siento?
¡Ah labrador! Oye, aguarda.
«Aguarda», responde el eco.
¡Muerto yo! Pero es canción
que por algún hombre hicieron
de Olmedo, y los de Medina
en este camino han muerto.

A la mitad dél estoy:
¿qué han de decir si me vuelvo?
Gente viene... No me pesa;
si allá van, iré con ellos.
(Salen don Rodrigo, don Fernando
y su gente.)

DON RODRIGO
¿Quién va?

DON ALONSO
Un hombre. ¿No me ven?

DON FERNANDO
Deténgase.

DON ALONSO
Caballeros,
si acaso necesidad
los fuerza a pasos como éstos,
desde aquí a mi casa hay poco:
no habré menester dineros
que de día y en la calle
se los doy a cuantos veo
que me hacen honra en pedirlos.

DON RODRIGO
Quítese las armas luego.

DON ALONSO
¿Para qué?

DON RODRIGO
Para rendillas.

DON ALONSO
¿Sabes quién soy?

DON FERNANDO
El de Olmedo,
el matador de los toros,
que viene arrogante y necio
a enfrentar los de Medina,
el que deshonra a don Pedro
con alcahuetes infames.

DON ALONSO
Si fuerades a lo menos
nobles vosotros, allá,
pues tuvistes tanto tiempo,
me hablarades, y no agora,
que solo a mi casa vuelvo.

Allá en las rejas adonde
dejaste la capa huyendo,
fuera bien, y no en cuadrilla
a media noche, soberbios. 640
Pero confieso, villanos,
que la estimación os debo,
que aun siendo tantos, sois pocos
(Riñen.)

DON RODRIGO
Yo vengo a matar, no vengo
a desafíos; que entonces
te matará cuerpo a cuerpo.
(A Mendo.) Tírale. (Disparan dentro.)

DON ALONSO
Traidores sois;
pero sin armas de fuego
no pudiérais matarme.
¡Jesús! (Cae.)

DON FERNANDO
¡Bien lo has hecho, Mendo!
650
(Vanse don Rodrigo, don Fernando y
su gente.)

DON ALONSO
¿Qué poco crédito di
a los avisos del cielo!
Valor propio me ha engañado,
y muerto envidias y celos.
¡Ay de mí! ¿Qué haré en un campo
tan solo?

(Sale Tello.)

TELLO
Pena me dieron
estos hombres que a caballo
van hacia Medina huyendo.
Si a don Alonso habían visto
pregunté; no respondieron.
¡Mala señal! Voy temblando.

DON ALONSO
¡Dios mío, piedad! ¡Yo muero!
Vos sabéis que fue mi amor
dirigido a casamiento.
¡Ay, Inés!

TELLO
De lastimosas
quejas siento tristes ecos.
Hacia aquella parte suenan.

No está el camino lejos
quien las da. No me ha quedado
sangre. Pienso que el sombrero
puede tenerse en el aire
solo en cualquiera cabello.
¡Ah, hidalgo!

DON ALONSO
¿Quién es?

TELLO
¡Ay Dios!
¿Por qué dudo lo que veo?
Es mi señor. ¡Don Alonso!

DON ALONSO
Seas bien venido, Tello.

TELLO
¿Cómo, señor, si he tardado?
¿Cómo, si a mirarte llevo
hecho un fiero de sangre,
¡Traidores, villanos, perros;
volved, volved a matarme,
pues habéis, infames, muerto
el más noble, el más valiente,
el más noble caballero
que ciñó espada en Castilla!

DON ALONSO
Tello, Tello, ya no es tiempo
más que de tratar del alma.
Ponme en tu caballo presto
y llévame a ver mis padres.

TELLO
¿Qué buenas nuevas les llevo
de las fiestas de Medina!
¿Qué dirá aquel noble viejo?
¿Qué hará tu madre y tu patria?
¡Venganza, piadosos cielos!
(Llévase a don Alonso.)
(Salen don Pedro, doña Inés, doña
Leonor y Fabia.)

DOÑA INÉS
¿Tantas mercedes ha hecho?

DON PEDRO
Hoy mostró con su Real
mano, heroica y liberal,
la grandeza de su pecho.

Medina está agradecida,
y por la que he recibido,
a besarla os he traído.

DOÑA LEONOR
¿Previene ya su partida?

DON PEDRO
Sí, Leonor, por el Infante,
que aguarda al Rey en Toledo.
En fin, obligado quedo;
que por merced semejante
más por vosotras lo estoy,
pues ha de ser vuestro aumento.

DOÑA LEONOR
Con razón estás contento.

DON PEDRO
Alcalde de Burgos soy,
Besad la mano a Su Alteza.

DOÑA INÉS
(Aparte a Fabia.)
¡Ha de haber ausencia, Fabia!

FABIA
Mas la fortuna te agravia.

DOÑA INÉS
No en vano tanta tristeza
he tenido desde ayer.

FABIA
Yo pienso que mayor daño
te espera, si no me engaño,
como suele suceder:
que en las cosas por venir
no puede haber cierta ciencia.

DOÑA INÉS
¿Qué mayor mal que la ausencia,
pues es mayor que morir?

DON PEDRO
Ya, Inés, ¿qué mayores bienes
pudiera yo desear,
si tú quisieras dejar
el propósito que tienes?
No porque yo te hago fuerza;
pero quisiera casarte.

DOÑA INÉS
Pues tu obediencia no es parte
que mi propósito tuerza.
Me admiro de que no entiendas
la ocasión.

DON PEDRO
Yo no la sé.

DOÑA LEONOR
Pues yo por ti la diré.
Inés, como no te ofendas.
No la casas a su gusto.
¡Mira qué presto!

DON PEDRO
(A Inés.)
Mi amor
se queja de tu rigor,
porque a saber tu disgusto,
no lo hubiera imaginado.

DOÑA LEONOR
Tiene inclinación Inés
a un caballero, después
que el Rey de una cruz le ha hon-
rado;
que esto es deseo de honor,
y no poca honestidad.

DON PEDRO
Pues si él tiene calidad
y tú le tienes amor,
¿quién ha de haber que replique?
Cásate en buen hora, Inés.
Pero ¿no sabré quién es?

DOÑA LEONOR
Es don Alonso Manrique.

DON PEDRO
Albricias hubiera dado.
¿El de Olmedo?

DOÑA LEONOR
Sí, señor.

DON PEDRO
Es hombre de gran valor,
y desde ahora me agrado
de tan discreta elección;
que si el hábito rehusaba,

era porque imaginaba
diferente vocación.
Habla, Inés, no estés así.

DOÑA INÉS
Señor, Leonor se adelanta;
que la inclinación no es tanta
como ella te ha dicho aquí.

DON PEDRO
Yo no quiero examinarte,
sino estar con mucho gusto
de pensamiento tan justo
y de que quieras casarte.
Desde ahora es tu marido;
que me tendré por honrado
de un yerno tan estimado,
tan rico y tan bien nacido.

DOÑA INÉS
Beso mil veces tus pies.
Loca de contento estoy,
Fabia.

FABIA
El parabién te doy,
si no es pésame después. (Aparte.)

DOÑA LEONOR
El Rey.
(Salen el Rey, el Condestable y gente.
Don Rodrigo y don Fernando.)

DON PEDRO
(A sus hijas.)
Llegad a besar

su mano.

DOÑA INÉS
¡Qué alegre llego!

DON PEDRO
Dé Vuestra Alteza los pies,
por la merced que me ha hecho
del alcaldía de Burgos,
a mí y a mis hijas.

REY
Tengo
bastante satisfacción
y de que me habéis servido.
de vuestro valor, don Pedro,

DON PEDRO
Por lo menos lo deseo.

REY
¿Sois casadas?

DOÑA INÉS
No, señor.

REY
¿Vuestro nombre?

DOÑA INÉS
Inés.

REY
¿Y el vuestro?

DOÑA LEONOR
Leonor.

CONDESTABLE
Don Pedro merece
tener dos gallardos yernos,
que están presentes, señor,
y que yo os pido por ellos
los caséis de vuestra mano.

REY
¿Quién son?

DON RODRIGO
Yo, señor, pretendo,
con vuestra licencia, a Inés.

DON FERNANDO
Y yo a su hermana le ofrezco
la mano y la voluntad.

REY
En gallardos caballeros
emplearéis vuestras dos hijas,
don Pedro.

DON PEDRO
Señor, no puedo
dar a Inés a don Rodrigo,
porque casada la tengo
con don Alonso Manrique,
el Caballero de Olmedo,
a quien hicistes merced
de un hábito.

REY
Yo os prometo
que la primera encomienda
sea suya...

DON RODRIGO
(Aparte a don Fernando.)

¡Extraño suceso!

DON FERNANDO
(Aparte a Rodrigo.)
Ten prudencia.

REY
Porque es hombre
de grandes merecimientos.

TELLO
(Dentro.)
Dejadme entrar.

REY
¿Quién da voces?

CONDESTABLE
Con la guarda un escudero
que quiere hablarte.

REY
Dejadle.

CONDESTABLE
Viene, llorando y pidiendo
justicia.

REY
Hacerla es mi oficio.
Eso significa el cetro.
(Sale Tello.)

TELLO
Invictísimo don Juan,
que del castellano reino,
a pesar de tanta envidia,
gozas el dichoso imperio;
con un caballero anciano
vine a Medina, pidiendo
justicia de dos traidores;
pero el doloroso exceso
en tus puertas le ha dejado,
si no desmayado, muerto.
Con esto yo, que le sirvo,

rompí con atrevimiento
tus guardas y tus oídos:
oye, pues te puso el cielo
la vara de su justicia
en tu libre entendimiento,
para castigar los malos
y para premiar los buenos:
la noche de aquellas fiestas
que a la Cruz de Mayo hicieron
caballeros de Medina,
para que fuese tan cierto
que donde hay cruz hay pasión;
por dar a sus padres viejos
contento de verle libre
de los toros, menos fieros
que fueron sus enemigos,
partió de Medina a Olmedo
don Alonso, mi señor,
aquel ilustre mancebo
que mereció tu alabanza,
que es raro encarecimiento
Quédeme en Medina yo,
como a mi cargo estuvieron
los jaeces y caballos,
para tener cuenta dellos.
Ya la destocada noche,
de los dos polos en medio,
daba a la traición espada,
mano al hurto, pies al miedo,
cuando partí de Medina;
y al pasar un arroyuelo,
puente y señal del camino,
veo seis hombres corriendo
hacia Medina, turbados,
y aunque juntos, descompuestos.
La luna, que salió tarde,
mengüado el rostro sangriento,
me dio a conocer los dos;
que tal vez alumbró el cielo
con las hachas de sus luces
el más oscuro silencio,
para que vean los hombres
de las maldades los dueños,
porque a los ojos divinos
no hubiese humanos secretos.
Paso adelante, ¡ay de mí!,
y envuelto en su sangre veo
a don Alonso expirando.
Aquí, gran señor, no puedo
ni hacer resistencia al llanto,
ni decir el sentimiento.
En el caballo le puse
tan animoso, que creo
que pensaban sus contrarios,
que no le dejaban muerto.

A Olmedo llegó con vida
cuanto fue bastante, ¡ay cielo!,
de dos miserables viejos,
que enjugaban las heridas
con lágrimas y con besos.
Cubrió de luto su casa
y su patria, cuyo entierro
será el del fénix; señor,
después de muerto viviendo
en las lenguas de la fama,
a quien conserven respeto
la mudanza de los hombres
y los olvidos del tiempo.

REY
¡Extraño caso!

DOÑA INÉS
¡Ay de mí!

DON PEDRO
Guarda lágrimas y extremos
Inés, para nuestra casa,

DOÑA INÉS
Lo que de burlas te dije,
señor, de veras te ruego. 900
Y a vos, generoso Rey.

desos viles caballeros
os pido justicia.

REY
(A Tello.)

Dime,
pues pudiste conocerlos,
¿quién son esos dos traidores?
¿Dónde están? Que ¡vive el cielo,
de no me partir de aquí
hasta que los deje presos!

TELLO
Presentes están, señor:
don Rodrigo es el primero,
y don Fernando el segundo.

CONDESTABLE
El delito es manifiesto,
su turbación lo confiesa.

DON RODRIGO
Señor, escucha...

REY
Prendellos,
y en un teatro mañana
cortad sus infames cuellos.
Fin de la trágica historia
del Caballero de Olmedo.

FIN DE

«EL CABALLERO DE OLMEDO.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TEMA III

Cervantes Dramaturgo

Es la vida de Cervantes accidentada y multiforme. Fue hombre que vio mucho y comprendió mucho, sus incontables experiencias; aventuras arriesgadas, estrecheces sin límite, lances heroicos, claudicaciones y sinsabores, cautiverio y presión, no doblegaron el alma de nuestro exquisito poeta, del dramaturgo extraordinario y el novelista sublime.

Su obra está impregnada de optimismo, volcó en ella lo bueno que de su espíritu fluía con un sentido completo de la hispanidad, que lo llevó a la cumbre de la Literatura Universal.

Una nueva faceta de ser destacada es su producción teatral. Ofrece multitud de temas y técnicas que le convierten, como en la novela, en el autor donde convergen todas las corrientes dramáticas de su tiempo. Su ingenio se pone de relieve igual en el sainete en la comedia de enredo, en las aventuras moriscas al igual que la tragedia de corte clásico, el drama religiosos y caballeresco de ambiente español.

Se ignora el número de obras que escribió para el teatro pero suponemos que fue elevada. En su propia obra hace referencia a muchas de ellas.

De su primera época destaca: El cerco de Numancia, Tragedia patriótica en cuatro jornadas que tiene como asunto el asedio y destrucción de la ciudad por los romanos en el año 130 A. C.

Publicó en 1615 ocho entremeses y ocho comedias.

Las comedias: El gallardo español y Selvas de Ardenia, La casa de los celos, Los baños de Argel, El rufián dichoso, La gran sultana, El laberinto de amor, La entretenida y Pedro de Urdimalas. Es esta última la más original y lograda de Cervantes donde refleja las costumbres de su época. (Esta obra y los Entremeses han sido escenificados en forma magistral por nuestro teatro Cervantino de Guanajuato donde el alma del genial autor se ha adueñado por el espíritu que en la ciudad campea. Es allí, antes que en la España actual, donde estas obras han cobrado vida en las callejas serpenteantes y " humilladeros " como el de la plaza de San Roque en este Guanajuato, evocador de la grandeza española en la tierra de México.)

En Pedro de Urdimalas nos cuenta la historia de un personaje que deseaba llegar a Papa, Emperador o Rey y lo consigue convirtiéndose en actor porque " oficio semejante abarca todos los estados ".

168

Si en la comedia Cervantes es mas o menos discutible en los entremeses se nos presenta como inigualable creador. Elevó sus pequeñas piezas teatrales a una mayor perfección. Con contados elementos nos presenta una animada escena de la vida cotidiana y los problemas que entonces surgían.

El magistral colorido, la alegría y el movimiento campear en sus entremeses y la vida pintoresca y sencilla de la época nos la hace evocar en forma maravillosa.

Los entremeses son: El juez de los divorcios, El rufián viudo, La elección de los alcaldes de Daganzo, La guarda cuidadosa, El vizcaíno fingido, El retablo de las maravillas, La cueva de Salamanca, El viejo celoso y Los habladores.

La comprensiva sonrisa ante las debilidades humanas y un cierto reclamo ante los problemas de su propia existencia hacen de estas piezas teatrales pequeñas joyas de la dramática hispánica.

Hemos incluido la lectura de La guarda cuidadosa para que tengas una idea clara de Cervantes como autor teatral.

ENTREMES DE LA GUARDA CUIDADOSA

Sale UN SOLDADO a lo pícaro, con una muy mala banda y un antojo, y detrás dél UN MAL SACRISTAN

SOLD. ¿ Qué me quieres, sombra vana ?

SAC. No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

SOLD. Pues, con todo eso, por la fuerza de mi desgracia, te conjuro que me digas quién eres, y qué es lo que buscas por esta calle.

SAC. A eso te respondo, por la fuerza de mi dicha, que soy Lorenzo Pasillas, sota-sacristán desta parroquia, y busco en esta calle lo que hallo, y tú buscas y no hallas.

SOLD. ¿ Buscas por ventura a Cristinica, la fregona desta casa ?

SAC. Tu dixisti.

SOLD. Pues ven acá, sota-sacristán de Satanás.

SAC. Pues voy allá, caballo de Ginebra.

SOLD. Bueno: sota y caballo; no falta sino el rey para tomar las manos. Ven acá, digo otra vez, ¿ y tú no sabes, Pasillas, que pasado te vea yo con un chuzo, que Cristinica es prenda mía ?

SAC. ¿ Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por sus cabales y por mía ?

SOLD. ¡ Vive Dios, que te dé mil cuchilladas, y que te haga la cabeza pedazos !

SAC. Con las que le cuelgan desas calzas, y con los dese vestido, se podrá entretener, sin que se meta con los de mi cabeza.

SOLD. ¿ Has hablado alguna vez a Cristina ?

SAC. Cuando quiero.

169

SOLD. ¿ Qué dádivas le has hecho ?

SAC. Muchas.

SOLD. ¿ Cuántas y cuáles ?

SAC. Dile una destas cajas de carne de membrillo, muy grande, llena de cercenaduras de hostias, blancas como la misma nieve, y de añadidura cuatro cabos de velas de cera, asimismo blancas como un armiño.

SOLD. ¿ Qué más le has dado ?

SAC. En un billete envueltos, cien mil deseos de servirla.

SOLD. Y ella ¿ cómo te ha correspondido ?

SAC. Con darme esperanzas propincuas de que ha de ser mi esposa.

SOLD. Luego ¿ no eres de epístola ?

SAC. Ni aun de completas. Motilón soy, y puedo casarme casa y cuando me viniere en voluntad; y presto lo veredes.

SOLD. Ven acá, motilón arrastrado; respóndeme a esto que preguntarte quiero. Si esta mochacha ha correspondido tan altamente, lo cual yo no creo, a la miseria de tus dádivas, ¿ cómo corresponderá a la grandeza de las mías ? Que el otro día le envié un billete amoroso, escrito por lo menos en un revés de un memorial que di a su majestad, significándole mis servicios y mis necesidades presentes; que no cae en mengua el soldado que dice que es pobre; el cual memorial salió discretado y remitido al limosnero mayor; y, sin atender a que sin duda alguna me podía valer cuatro o seis reales, con liberalidad increíble, y con desendado notable, escribí en el revés dél, como he dicho, mi billete; y sé que de mis manos pecadoras llegó a las suyas casi santas.

SAC. ¿ Hasle enviado otra cosa ?

SOLD. Suspiros, lágrimas, sollozos, parasismos, desmayo, con toda la caterva de las demostraciones necesarias que para descubrir

su pasión los buenos enamorados usan, y deben de usar en todo tiempo y sazón.

SAC. ¿ Hasle dado alguna música concertada ?

SOLD. La de mis lamentos y congojas, las de mis ansias y pesadumbres.

SAC. Pues a mí ha acontecido dársela con mis campanas a cada paso; y tanto, que tengo enfadada a toda la vecindad con el continuo ruido que con ellas hago, sólo por darle contento y porque sepa que estoy en la torre, ofreciéndome a su servicio; y, aunque haya de tocar a muerto, repico a vísperas solenes.

SOLD. En eso me llevas ventaja, porque no tengo qué tocar ni cosa que lo valga.

SAC. ¿ Y de qué manera ha correspondido Cristina a la infinidad de tantos servicios como le has hecho ?

SOLD. Con no verme, con no hablarme, con maldecirme cuando me encuentra por la calle, con derramar sobre mí las lavazas cuando jabona, y el agua de fregar cuando friega; y esto es cada día, porque todos los días estoy en esta calle y a su puerta; porque soy su guarda cuidadosa; soy, en fin, el perro del hortelano, etcétera. Yo no la gozo, ni ha de gozarla ninguno mientras yo viviere: por eso, váyase de aquí el señor sota-sacristán; que, por haber tenido y tener respeto a las órdenes que tiene, no le tengo ya rompidos los cascós.

SAC. A rompérmelos como están rotos esos vestidos, bien rotos estuvieran.

SOLD. El hábito no hace al monje; y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios; ¡ váyase, que haré lo que dicho tengo !

SAC. ¿ Es porque me ve sin armas ? Pues espérese aquí, señor guarda cuidadosa, y verá quien es Callejas.

SOLD. ¿ Qué puede ser un Pasillas ?

SAC. Ahora lo veredes, dijo Agrajes.

Entrase el SACRISTAN

SOLD. ¡ Oh, mujeres, mujeres, todas, o las más, mudables y antojadizas ! ¿ Dejas, Cristina, a esta flor, a este jardín de la soldadesca, y acomodaste con el muladar de un sota-sacristán, pudiendo acomodarte con un sacristán entero, y aun con un canónigo ? Pero yo procuraré que te entre en mal provecho, si puedo, aguan-do tu gusto, con ojear desta calle y de tu puerta los que imaginare que por alguna vía pueden ser tus amantes; y así vendré a alcanzar nombre de la guarda cuidadosa.

Entra UN MOZO con su caja y ropa verde, como estos que piden limosna para alguna imagen

MOZO. Den por Dios, para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía, que les guarde la vista de los ojos. ¡ Ha de casa ! ¿ Dan limosna ?

SOLD. Hola, amigo Santa Lucía, venid acá: ¿ qué es lo que queréis en esa casa ?

MOZO. ¿ Ya vuestra merced no lo ve ? Limosna para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía.

SOLD. ¿ Pedís para la lámpara, o para el aceite de la lámpara ? Qué, como decís: limosna para la lámpara del aceite, parece que la lámpara es del aceite, y no el aceite de la lámpara.

MOZO. Ya todos entienden que pido para aceite de la lámpara, y no para la lámpara del aceite.

SOLD. ¿ Y suelen-os dar limosna en esta casa ?

MOZO. Cada día dos maravedís.

SOLD. ¿ Y quién sale a dárslos ?

MOZO. Quien se halla más a mano; aunque las más veces sale una fregoncita que se llama Cristina, bonita como un oro ?

SOLD. Así que ¿ es la fregoncita bonita como un oro ?

MOZO. ¡ Y como unas perlas !

SOLD. ¿ De modo que no os parece mal a vos la muchacha ?

MOZO. Pues, aunque yo fuera hecho de leño, no pudiera parecerme mal.

SOLD. ¿ Cómo os llamáis ? Que no querría volveros a llamar Santa Lucía.

MOZO. Yo, señor, Andrés me llamo.

SOLD. Pues, señor Andrés, esté en lo que quiero decirle: tome este cuarto de a ocho, y haga cuenta que va pagado por cuatro días de la limosna que le dan en esta casa, y suele recibir por mano de Cristina; y váyase con Dios, y séale aviso que por cuatro días no vuelva a llegar a esta puerta ni por lumbre, que le romperé las costillas a coces.

MOZO. Ni aun volveré en este mes, si es que me acuerdo; no tome vuesa merced pesadumbre, que ya me voy. (Vase.)

SOLD. ¡ No, sino dormíos, guarda cuidadosa !

Entra OTRO MOZO, vendiendo y pregonando tranzaderas, holanda, (de) cambray, randas de Flandes, y hilo portugués

UNO. ¿ Compran tranzaderas, randas de Flandes, holanda, cambray, hilo portugués ?

CRISTINA, a la ventana

CRIST. Hola, Manuel: ¿ traéis vivos para unas camisas ?

UNO. Sí traigo; y muy buenos.

CRIST. Pues entrá; que mi señora los ha menester.

SOLD. ¡ Oh, estrella de mi perdición, antes que norte de mi es-

peranza ¡ Tranzaderas, o como os llamáis, ¿ conocéis aquella doncella que os llamó desde la ventana ?

UNO. Sí conozco; pero, ¿ por qué me lo pregunta vuesa merced ?

SOLD. ¿ No tiene muy buen rostro y muy buena gracia ?

UNO. A mí así me lo parece.

SOLD. Pues también me parece a mí que no entre dentro de esa casa; si no, ¡ por Dios que he de molelle los huesos, sin dejarle ninguno sano !

UNO. Pues ¿ no puedo yo entrar adonde me llaman para comprar mi mercancía ?

SOLD. ¡ Vaya, no me replique, que haré lo que digo, y luego !

UNO. ¡ Terrible caso ! Pasito, señor soldado, que ya me voy,
(Vase Manuel.)

174

CRISTINA, a la ventana

CRIST. ¿ No entras, Manuel ?

SOLD. Ya se fué Manuel, señora la de los vivos, y aun señor la de los muertos, porque a muertos y a vivos tienes debajo de tu mando y señorío.

CRIST. ¡ Jesús, y qué enfadoso animal ! ¿ Qué quieres en esta calle y en esta puerta ?

Entrase CRISTINA

SOLD. Encubrióse y púsose mi sol detrás de las nubes.

Entra UN ZAPATERO con unas chinelas pequeñas nuevas en la mano, y, yendo a entrar en casa de CRISTINA, detiéndole el

SOLDADO.

SOLD. Señor bueno, ¿ busca vuesa merced algo en esta casa ?

ZAP. Sí busco.

SOLD. ¿ Y a quién, si fuere posible saberlo ?

ZAP. ¿ por qué no ? Busco a una fregona que está en esta casa, para darle estas chinelas que me mandó hacer.

SOLD. ¿ De manera que vuesa merced es su zapatero ?

ZAP. Muchas veces la he calzado.

SOLD. ¿ Y hale de calzar ahora estas chinelas ?

ZAP. No será menester; si fueran zapatillas de hombre, como ella los suele traer, si calzara.

SOLD. ¿ Y éstas, están pagadas, o no ?

ZAP. No están pagadas; que ella me las ha de pagar agora.

SOLD. ¿ No me haría vuesa merced una merced, que sería para mí muy grande, y es, que me fiase estas chinelas, dándole yo prendas que lo valiesen, hasta aquí a dos días, que espero tener dineros en abundancia ?

ZAP. Sí haré, por cierto: venga la prenda, que, como soy pobre oficial, no puedo fiar a nadie.

SOLD. Yo le daré a vuesa merced un mondadientes, que le estimo en mucho, y no le dejaré por un escudo, ¿ Dónde tiene vuesa merced la tienda, para que vaya a quitarle ?

ZAP. En la calle mayor, en un poste de aquéllos, llámome Juan Juncos.

SOLD. Pues, señor Juan Juncos, el mondadientes es éste, y estímele vuestra merced en mucho, porque es mío.

ZAP. Pues una biznaga que apenas vale dos maravedís, ¿ quiere vuesa merced que estime en mucho ?

SOLD. ¡ Oh, pecador de mí ! No la doy sino para recuerdo de

175

mí mismo; porque, cuando vaya a echar mano a la faldriquera, y no halle la biznaga, me venga a la memoria que la tiene vuesa merced y vaya luego a quitalla; si a fe de soldado, que no la doy por otra cosa; pero, si no está contento con ella, añadiré esta banda y este antojo, que al buen pagador no le duelen prendas.

ZAP. Aunque zapatero, no soy tan descortés que tengo de despojar a vuesa merced de sus joyas y preseas; vuesa merced se quede con ellas, que yo me quedaré con mis chinelas, que es lo que me está más a cuento.

SOLD. ¿ Cuántos puntos tienen ?

ZAP. Cinco escasos.

SOLD. Más escaso soy yo, chinelas de mis entrañas, pues no tengo seis reales para pagaros. ¿ Chinelas de mis entrañas ! Escuche vuesa merced, señor zapatero, que quiero glosar aquí de repente este verso, que me ha salido medido:

Chinelas de mis entrañas.

176

ZAP. ¿ Es poeta vuesa merced ?

SOLD. Famoso, y agora lo verá; estéme atento.

Chinelas de mis entrañas.

GLOSA

Es Amor tan gran tirano,
Que, olvidado de la fe
Que le guardo siempre en vano,
Hoy, con la funda de un pie,
Da a mi esperanza de mano.

Estas son vuestras hazañas,
Fundas pequeñas y hurañas;
Que ya mi alma imagina
Que sois, por ser de Cristina,
Chinelas de mis entrañas.

ZAP. A mí poco se me entiende de trovas, pero éstas me han so-

nado tan bien, que me parecen de Lope, como lo son todas las cosas que son o parecen buenas.

SOLD. Pues señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas, que no fuera mucho, y más sobre tan dulces prendas, mí alma las guarde hasta desde aquí a dos días, que yo vaya por ellas; y por ahora, digo, por esta vez, el señor zapatero no ha de ver ni hablar a Cristina.

ZAP. Yo haré lo que me manda el señor soldado, porque se me trasluce de qué pies cojea, que son dos: el de la necesidad y el de los celos.

SOLD. Ese no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe.

ZAP. ¿ Oh, celos, cuán mejor os llamaran duelos, duelos !

Entrase el ZAPATERO

SOLD. No, sino no seáis guarda, y guarda cuidadosa, y veréis cómo se os entran mosquitos en la cueva donde está el licor de vuestro contento. Pero ¿ qué voz es ésta ? Sin duda es la de mi Cristina, que se desenfada cantando, cuando barre o friega.

Suenan dentro platos, como que friegan, cantan:

Sacristán de mi vida,
tenme por suya,
y, fiado en mi fe,
canta alleluia.

SOLD. ¿ Oídos que tal oyen ! Sin duda el sacristán debe de ser el brinco de su alma. ¿ Oh platera la más limpia que tiene, tuvo o tendrá el calendario de las fregonas ! ¿ Por qué, así como limpias esa loza talaveril que traes entre las manos, y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles ?

Entra EL AMO de CRISTINA

AMO. Galán, ¿ qué quiere o que busca a esta puerta ?

177

SOLD. Quiero más de lo que sería bueno, y busco lo que no hallo; pero ¿quién es vuesa merced, que me lo pregunta?

AMO. Soy el dueño desta casa.

SOLD. ¿El amo de Cristinica?

AMO. El mismo.

SOLD. Pues lléguese vuesa merced a esta parte, y tome este envoltorio de papeles; y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veinte y dos fees de veinte y dos generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amén de otros treinta y cuatro de otros tantos maestros de campo, que se han dignado de honrarme con ellas.

AMO. ¡Pues no ha habido, a lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestros de campo de infantería española de cien años a esta parte!

SOLD. Vuesa merced es hombre pacífico, y no está obligado a entenderse mucho de las cosas de la guerra; pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestros de campo que he dicho.

AMO. Yo lo doy por pasados y vistos; pero, ¿de qué sirve darme cuenta desto?

SOLD. De que hallará vuesa merced por ellos ser posible ser verdad una que agora diré, y es, que estoy consultando en uno de tres castillos y plazas, que están vacas en el reino de Nápoles; conviene a saber: Gaeta, Barleta y Rijobes.

AMO. Hasta agora, ninguna cosa me importa a mí estas relaciones que vuesa merced me da.

SOLD. Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.

AMO. ¿En qué manera?

SOLD. En que, por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir

proveído en una destas plazas, y quiero casarme agora con Cristinica; y, siendo yo su marido, puede vuesa merced hacer de mi persona y de mi mucha hacienda como cosa propia; que no tengo de mostrarme desgraciado a la crianza que vuesa merced ha hecho a mi querida y amada consorte.

AMO. Vuesa merced lo ha de los cascos más que de otra parte.

SOLD. Pues ¿sabe cuánto le va, señor dulce? Que me ha de entregar luego, luego, o no ha de atrevesar los umbrales de su casa.

AMO. ¡Hay tal disparate! ¿Y quién ha de ser bastante para quitarme que no entre en mi casa?

Vuelve el SOTA-SACRISTAN PASILLAS, armado con un tapador de tinaja y una espada muy mohosa; viene con él OTRO SACRISTAN. Con un morrión y una vara o palo, atado a él un rabo de zorra.

SAC. ¡Ea, amigo Grajales, que éste es el turbador de mi sosiego

GRAJ. No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas; que ya le hubiera despachado al otro mundo a toda diligencia.

AMO. Ténganse, gentiles hombres; ¿qué desmán y qué asesinato es éste?

SOLD. Ladrones, ¿a traición y en cuadrilla? Sacristanes falsos, voto a tal que os tengo que horadar, aunque tengáis más órdenes que un Ceremonial. Cobarde, ¿a mí con rabo de zorra? ¿Es notarme de borracho, o piensas que estás quitando el polvo a alguna imagen de bulto?

GRAJ. No pienso sino que estoy ojeando los mosquitos de una tinaja de vino.

A la ventana CRISTINA y su AMA

CRIST. ¡Señora, señora, que matan a mi señor! Más de dos mil espadas están sobre él, que relumbran, que me quitan la vista.

ELLA. Dices verdad, hija mía; Dios sea con él; santa Ursola, con

las once mil vírgines, sea en su guarda. Ven, Cristina, y bajemos a socorrerle como mejor pudiéremos.

AMO. Por vida de vuestras mercedes, caballeros, que se tengan, y miren que no es bien usar de superchería con nadie.

SOLD. Tente, rabo, y tente, tapadorcillo; no acabéis de despertar mi cólera, que, si la acabo de despertar, os mataré, y os comeré, y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas más allá del infierno.

AMO. Ténganse, digo; si no, por Dios que me descomponga de modo que pese a alguno.

SOLD. Por mí, tenido soy; que te tengo respeto, por la imagen que tienes en tu casa.

SAC. Pues, aunque esa imagen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

SOLD. ¿Han visto la desvergüenza deste bellaco, que me viene a hacer cocos con un rabo de zorra, no habiéndome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dio, que está en Lisboa?

180

Entran CRISTINA y su SEÑORA

ELLA. ¡ Ay, marido mío ! ¿ Estáis, por desgracia, herido, bien de mi alma ?

CRIST. ¡ Ay desdichada de mí ! Por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristán y mi soldado.

SOLD. Aun bien que voy a la parte con el sacristán; que también dijo: " mi soldado ".

AMO. No estoy herido, señora, pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

ELLA. ¿ Cómo por Cristinica ?

AMO. A lo que yo entiendo, estos galanes andan celosos por ella.

ELLA. Y ¿ es esto verdad, muchacha ?

CRIST. Sí, señora.

ELLA. ¡ Mirad con qué poca vergüenza lo dice ! Y ¿ hate deshonrado alguno dellos ?

CRIST. Sí, señora.

ELLA. ¿Cuál ?

CRIST. El sacristán me deshonró el otro día, cuando fui al Rastro.

ELLA. ¿ Cuántas veces os he dicho yo, señor, que no saliese esta muchacha fuera de casa, que ya era grande, y no convenía apartarla de nuestra vista ? ¿ Qué dirá ahora su padre, que nos la entregó limpia de polvo y paja ? Y ¿ dónde te llevó, traidora, para deshonrarte ?

CRIST. A ninguna parte, sino allí en mitad de la calle.

ELLA. ¿ Cómo en mitad de la calle ?

CRIST. Allí en mitad de la calle de Toledo, a vista de Dios y de todo el mundo, me llamó de sucia y de deshonesto, de poca vergüenza y menos miramiento, y otros muchos baldones deste jaez; y todo por estar celoso de aquel soldado.

AMO. Luego ¿ no ha pasado otra cosa entre ti ni él, sino esa deshonra que en la calle te hizo ?

CRIST. No por cierto, porque luego se le pasa la cólera.

ELLA. El alma se me ha vuelto al cuerpo, que le tenía ya casi desamparado.

CRIST. Y más, que todo cuanto me dijo fue confiado en esta cédula que me ha dado de ser mi esposo, que la tengo guardada como oro en paño.

AMO. Muestra, veamos.

181

ELLA. Leedla alto, marido.

AMO. Así dice: " Digo yo, Lorenzo Pasillas, sota-sacristán desta parroquia, que quiero bien, y muy bien, a la señora Cristina de Parrazes; y en fee desta verdad, le di ésta, firmada de mi nombre, fecha en Madrid, en el cimiterio de San Andrés, a seis de Mayo deste presente año de mil seiscientos y once.

Testigos: mi corazón, mi entendimiento, mi voluntad y mi memoria. LORENZO PASILLAS. " ; Gentil manera de cédula de matrimonio !

SAC. Debajo de decir que la quiero bien, se incluye todo aquello que ella quisiere que yo haga por ella, porque, quien da la voluntad, lo da todo.

AMO. Luego, si ella quisiese, ¿ bien os casaríades con ella ?

SAC. De bonísima gana, aunque perdiese la expectativa de tres mil maravedís de renta, que ha de fundar agora sobre mi cabeza una agüela mía, según me han escrito de mi tierra.

182

SOLD. Si voluntades se toman en cuenta, treinta y nueve días hace hoy que, al entrar de la Puente Segoviana, di yo a Cristina la mía, con todos los anejos a mis tres potencias; y, si ella quisiere ser mi esposa, algo irá a decir de ser castellano de un famoso castillo, a un sacristán no entero, sino medio, y aun de la mitad le debe de faltar algo.

AMO. ¿ Tienes deseo de casarte, Cristinica ?

CRIST. Sí tengo.

AMO. Pues escoge, destes dos que se te ofrecen, el que más te agradare.

CRIST. Tengo vergüenza.

ELLA. No la tengas, porque el comer y el casar ha de ser a gusto propio, y no a voluntad ajena.

CRIST. Vuestas mercedes, que me han criado, me darán marido como me convenga; aunque todavía quisiera escoger.

SOLD. Niña, échame el ojo; mira mi garbo; soldado soy, castellano pienso ser; brío tengo de corazón; soy el más galán hombre del mundo; y, por el hilo deste vestidillo, podrás sacar el ovillo de mi gentileza.

SAC. Cristina, yo soy músico, aunque de campanas; para adornar una tumba y colgar una iglesia para fiestas solenes, ningún sacristán me puede llevar ventaja; y estos oficios bien los puedo ejercitar casado, y ganar de comer como un príncipe.

AMO. Ahora bien, muchacha: escoge de los dos el que te agrade; que yo gusto dello, y con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.

SOLD. Yo me allano.

SAC. Y yo me rindo.

CRIST. Pues escojo al sacristán.

Han entrado los músicos

183

AMO. Pues llamen esos oficiales de mi vecino el barbero para que con sus guitarras y voces nos entremos a celebrar el desposorio, cantando y bailando; y el señor soldado será mi convidado.

SOLD. Acepto:

Que, donde hay fuerza de hecho,
Se pierde cualquier derecho.

MUS. Pues hemos llegado a tiempo, éste será el estribillo de nuestra letra.

Cantan el estribillo

SOLD. Siempre escogen las mujeres
Aquello que vale menos,
Porque exede su mal gusto
A cualquier merecimiento.
Ya no se estima el valor,
Porque se estima el dinero,

Pues un sacristán prefieren
A un roto soldado lego:
Mas no es mucho, que, quién vio
Que fue su voto tan necio,
Que a sagrado se acogiese,
Que es de delincuentes puerto ?

Que a donde hay fuerza, etc.

Como es propio de un soldado
Que es sólo en los años viejo,
Y se halla sin un cuarto
Porque ha dejado su tercio,
Imaginar que ser puede
Pretendiente de Gaiferos,
Conquistando por lo bravo
Lo que yo por manso adquiero,
No me afrentan tus razones,
Pues has perdido en el juego;
Que siempre un picaro tiene
Licencia para hacer fiero.

Que a donde, etc.

Entranse cantando y bailando

TEMA IV

Cervantes Novelista

Miguel de Cervantes Saavedra es considerado una de las más grandes figuras literarias universales como Dante, Shakespeare y Goethe.

Es llamado el príncipe de las letras españolas. Vivió la realidad de su época y la expresó en sus novelas con un sentido superior de amor por la humanidad. Es un idealista sublime que escribió con gran patriotismo, en un momento crítico de la vida española.

Infancia y Juventud de Cervantes.

Nació en Alcalá de Henares en 1547. No se sabe el día exacto, solo que fue bautizado el 9 de Octubre.

Fue el cuarto hijo de un médico llamado Rodrigo de Cervantes, quien debido a su profesión y a sus escasos recursos económicos, recorrió varias ciudades españolas llevando con él a su familia. La madre de Cervantes se llamaba Leonor de Cortinas.

Poco se sabe acerca de su infancia. Asistió en Madrid a la escuela y fue discípulo del maestro Juan López de Hoyos.

En 1568 compuso su soneto dedicado a la difunta reina de España Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II.

Cervantes soldado (1570-1575).

Un año más tarde pasó a Italia como camarero del Cardenal Julio Acquaviva con quien recorrió varias ciudades italianas y se puso en contacto con las ideas y la cultura renacentista que habrían de influir en sus escritos.

Se alistó como soldado y en 1571 participó en la famosa batalla de Lepanto, de cuya acción se sentiría muy orgulloso. En esa batalla fue herido en el pecho y en la mano izquierda, quedándole ésta inutilizada, por lo que se le llamó " El manco de Lepanto ".

Cervantes Cautivo (1575-1580)

En 1575 cuando regresaba a España en la galera El Sol, ésta fue apresada por galeras turcas y Cervantes y su hermano Rodrigo fueron hechos prisioneros y llevados a Argel donde Cervantes permaneció cinco años. Estos años de cautiverio habrían de influir en sus ideas respecto a la justicia por los débiles y los oprimidos. Intentó fugarse varias veces sin conseguirlo.

En 1577 escribió una epístola a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II, informándole de la situación de los españoles en Africa, Se ignora si fue leída o no.

He aquí dos de los tercetos:

" De la amarga prisión triste y oscura
Adonde mueren veinte mil cristianos
tienes llave de su cerradura.

Pues un sacristán prefieren
A un roto soldado lego:
Mas no es mucho, que, quién vio
Que fue su voto tan necio,
Que a sagrado se acogiese,
Que es de delincuentes puerto ?

Que a donde hay fuerza, etc.

Como es propio de un soldado
Que es sólo en los años viejo,
Y se halla sin un cuarto
Porque ha dejado su tercio,
Imaginar que ser puede
Pretendiente de Gaiferos,
Conquistando por lo bravo
Lo que yo por manso adquiero,
No me afrentan tus razones,
Pues has perdido en el juego;
Que siempre un picaro tiene
Licencia para hacer fiero.

Que a donde, etc.

Entranse cantando y bailando

TEMA IV

Cervantes Novelista

Miguel de Cervantes Saavedra es considerado una de las más grandes figuras literarias universales como Dante, Shakespeare y Goethe.

Es llamado el príncipe de las letras españolas. Vivió la realidad de su época y la expresó en sus novelas con un sentido superior de amor por la humanidad. Es un idealista sublime que escribió con gran patriotismo, en un momento crítico de la vida española.

Infancia y Juventud de Cervantes.

Nació en Alcalá de Henares en 1547. No se sabe el día exacto, solo que fue bautizado el 9 de Octubre.

Fue el cuarto hijo de un médico llamado Rodrigo de Cervantes, quien debido a su profesión y a sus escasos recursos económicos, recorrió varias ciudades españolas llevando con él a su familia. La madre de Cervantes se llamaba Leonor de Cortinas.

Poco se sabe acerca de su infancia. Asistió en Madrid a la escuela y fue discípulo del maestro Juan López de Hoyos.

En 1568 compuso su soneto dedicado a la difunta reina de España Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II.

Cervantes soldado (1570-1575).

Un año más tarde pasó a Italia como camarero del Cardenal Julio Acquaviva con quien recorrió varias ciudades italianas y se puso en contacto con las ideas y la cultura renacentista que habrían de influir en sus escritos.

Se alistó como soldado y en 1571 participó en la famosa batalla de Lepanto, de cuya acción se sentiría muy orgulloso. En esa batalla fue herido en el pecho y en la mano izquierda, quedándole ésta inutilizada, por lo que se le llamó " El manco de Lepanto ".

Cervantes Cautivo (1575-1580)

En 1575 cuando regresaba a España en la galera El Sol, ésta fue apresada por galeras turcas y Cervantes y su hermano Rodrigo fueron hechos prisioneros y llevados a Argel donde Cervantes permaneció cinco años. Estos años de cautiverio habrían de influir en sus ideas respecto a la justicia por los débiles y los oprimidos. Intentó fugarse varias veces sin conseguirlo.

En 1577 escribió una epístola a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II, informándole de la situación de los españoles en Africa, Se ignora si fue leída o no.

He aquí dos de los tercetos:

" De la amarga prisión triste y oscura
Adonde mueren veinte mil cristianos
tienes llave de su cerradura.

¡ Haz Oh buen rey ! que sea por ti acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto
fue por tu amado padre comenzado ”.

Fue rescatado por los padres trinitarios en 1580.

Amores de Cervantes.

Se embarcó para España, pasó tiempo en Sevilla y en Madrid. Nació una hija natural suya, llamada Isabel Saavedra, de sus amores con Ana Franca de Rojas.

Se casó en 1584 con Catalina Salazar. Un año más tarde apareció la primera parte de su novela pastoril “ La Galatea ”.

Cervantes Recaudador

En 1587 embarcó en la Armada Invencible como recaudador. Fue encarcelado dos veces por irregularidades en sus cuentas pero se demostró su inocencia.

En 1605 apareció la primera parte del Quijote.

186

Vivió en Valladolid y fue encarcelado de nuevo por el asesinato de un caballero frente a su casa pero fue puesto en libertad ya que él no tuvo participación.

Actividad Literaria.

Volvió a Madrid con su familia. Ingresó a la Congregación del Santísimo Sacramento en 1609.

En 1613 aparecieron las Novelas Ejemplares y un año más tarde el Viaje al Parnaso y el Quijote de Fernández de Avellaneda. (Falsa 2o. parte del Quijote publicada por Alonso Fernández de Avellaneda).

En 1615 aparecieron 8 comedias y 8 entremeses y la segunda parte del Quijote.

En 1616 profesó en la Orden Tercera de San Francisco y fue sepultado el 23 de Abril del mismo año.

En 1617 aparecieron los trabajos de Persiles y Segismunda su obra póstuma.

Al ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha se le ha considerado como la primera novela moderna. Su autor la escribió para acabar con las novelas de caballerías artificiosas y convencionales; y nos llevó con su fértil imaginación a leer páginas de insuperable belleza, llenas de experiencias personales y de un profundo entendimiento de las flaquezas humanas en su obra que refleja su época pero que en realidad pertenece a todas las épocas porque sus temas son humanos.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, es una novela donde chocan continuamente el ideal con la realidad en páginas llenas de humorismo.

La realidad del Don Quijote, el protagonista, es un idealismo puro.

La realidad del mundo es tosca, hostil y a veces cruel.

La realidad de Sancho, su escudero, es la realidad del mundo, modificada por el cariño hacia su Señor y por los ideales de éste.

(Pide a tu maestro te explique estos dos aspectos.)

Para poder comprender esta novela y los propósitos que animaron al autor al escribirla, debes leerla para admirar al idealista genial, quien a pesar de sufrir tantos infortunios fue capaz de escribir con ingenio tal, que salió con su personaje a tratar de cambiar la realidad en esta hermosa epopeya fantástica que es El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha.

La novela está dividida en dos partes.

La primera parte se imprimió por primera vez en Madrid el año 1605. Consta de cincuenta y dos capítulos. La segunda parte, apareció en 1615 y consta de setenta y cuatro capítulos.

Alonso Quijano, un hidalgo manchego de cincuenta años, inteligente, cortés, sincero, bondadoso y otras virtudes y cualidades, pierde el juicio de tanto leer libros de caballerías y decide convertirse en caballero andante. Ya perdida la razón, vive fuera de la realidad y piensa

como un héroe de la época caballeresca. Se pone nombre a sí mismo, a su caballo y a su dama imaginaria y sale una mañana por la puerta falsa del corral en busca de aventuras.

187

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa y aquellos enricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: " La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura. " Y también cuando leía: "... los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza "

190 Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que D' Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorban. Tuvo muchas veces la competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza), sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra, o Amadis de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era D' Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo. que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera, que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas,

desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero; pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto ahogó a Anteo, el hijo de la tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía, y aun a su sobrina de añadidura.

191 En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de subrazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballero de Gonela, que tantum pellis et ossa fuit, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase damoso y que ya profesaba, y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto el nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís, no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir el suyo el nombre de la suya y llamarse don Quijote de la Mancha, con que a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse: porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él: "Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por la mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: "Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la "Insula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como" se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra" grandeza dis-

ponga de mí a su talante" ? ; Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama ! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

CAPITULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de Julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y proseguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballero de Gonela, que tantum pellis et ossa fuit, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase damoso y que ya profesaba, y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto el nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís, no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir el suyo el nombre de la suya y llamarse don Quijote de la Mancha, con que a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse: porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él: "Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por la mitad del cuerpo, o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: "Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la "Insula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como" se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra" grandeza dis-

ponga de mí a su talante" ? ; Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama ! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

CAPITULO II

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de Julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas, pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se quietó y proseguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero iba hablando consigo mismo y diciendo: "¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera?: "Apenas" había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa" tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los "pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas habían" saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora," que, dejando la blanda cama del celoso marido, por la puertas y "balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando" el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas" plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante; y comenzó a "caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel". Y era verdad que por él caminaba. Y añadió diciendo: "Dichosa edad y siglo dichoso aquel donde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡ Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras." Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: "¡ Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes hecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece."

194

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje; y, con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde

recogerse y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Diose prisa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos harrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todo aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuese llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le presentó a don Quijote lo que sedeaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así, con extraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armada, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

195

Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno; ca a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubría; mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión; no pudieron tener la risa y fue de manera, que don Quijote vino a correrse, y a decirles:

Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez, además, la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante; que el mío non es de ál que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acarecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y conselete, no estuvo en nada acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efeto, temiendo la máquina de tantos perrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo:

Si vuesa merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió:

Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante o paje, y así le respondió:

Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar; y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuando más en una noche.

Y diciendo esto, fue a tener el estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él, las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos; mas él no lo quiso

consentir en ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y estraña figura que se puede pensar, y al desarmarle, como él se imaginaba que aquéllas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido
Como fuera don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél;
Princesas, del su rocino.

O Rocinante; que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en nuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo pbezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejante retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

Cualquiera yantaría yo respondió don Quijote, porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.

A dicha, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela; que no había otro pescado que dalle a comer.

Como haya muchas truchuelas respondió don Quijote podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que una pieza de a ocho. Cuanto más, que podría ser que fuesen estar truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacalleo y un

pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horudara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que abadejo eran truchas, el pan candeal, y las ramerías damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPITULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse Caballero

198

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

No me levantaré jamás de donde estoy, valerosos caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedrile quiero, el cual redundará en albanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío respondió don Quijote; y así, os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como soy yo, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barrutos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones, y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él, ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, regociendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo. Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

199

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba: que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberlas parecido a los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire, en alguna nube, al-

pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera si el ventero no horudara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que abadejo eran truchas, el pan candeal, y las ramerías damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPITULO III

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse Caballero

198

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

No me levantaré jamás de donde estoy, valerosos caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedrile quiero, el cual redundará en albanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío respondió don Quijote; y así, os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como soy yo, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barrutos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones, y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él, ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, regociendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo. Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

199

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba: que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberlas parecido a los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire, en alguna nube, al-

guna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las anclas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por casión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aun se lo podía mandar como su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad, y así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba; y recogiénolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba y, embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura y fuéronse a mirar desde lejos, y vieron que, con sosegado ademán, unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche; pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba; de manera, que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los harrieros que estaban a la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

¡ Oh tú quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valerosos andante que jamás se ciñó espada ! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

No se curó el harriero destas razones (y fuera mejor que se cura-

ra, porque fuera curarse en salud); antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento (a lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo:

Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al harriero en la cabeza, que lo derribó en el suelo tan maltrecho, que si segundara con otro, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado (porque aún estaba aturdido el harriero), llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del seguro harriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

¡ Oh señora de la ferrosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío ! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual, lo mejor que podía, se reparaba con su adargo, y no osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote las daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes; que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible te-

mor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar; y él dejó retirar a los heridos, y tornó a la vela de sus armas, con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese. Y así, llegándose a él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna pero que bien castigados quiddaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de su campo se podía hacer; y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, aceto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

202

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los harrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, el cual mandó hincar de rodillas, y, leyendo en su manual (como que decía alguna devota oración), en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espadarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenían la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su

brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don, y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese don, y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras; y, le dijo cosas tan estrañas agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buena hora.

CAPITULO VIII

203

Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los Molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, dónde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.

Aquellos que allí ves respondió su amo de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

Mire vuestra merced respondió Sancho que aquellos que allí se

mor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar; y él dejó retirar a los heridos, y tornó a la vela de sus armas, con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese. Y así, llegándose a él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna pero que bien castigados quiddaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de su campo se podía hacer; y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, aceto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

202

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los harrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, el cual mandó hincar de rodillas, y, leyendo en su manual (como que decía alguna devota oración), en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espadarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenían la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su

brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don, y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese don, y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras; y, le dijo cosas tan estrañas agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buena hora.

CAPITULO VIII

203

Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los Molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, dónde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.

Aquellos que allí ves respondió su amo de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

Mire vuestra merced respondió Sancho que aquellos que allí se

parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

Bien parece respondió don Quijote que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

204

Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el riste, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

¡ Válame Dios! dijo Sancho. ¿ No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

Calla, amigo Sancho respondió don Quijote; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza. cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó

el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

Dios lo haga como puede respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o troncos, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pensó desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas, y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

205

A la mano de Dios dijo Sancho; yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco; que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

Así es la verdad respondió don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

Si eso es así, no tengo yo que replicar respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de

comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, que le pudiera envidiar el más regalado bodeguero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza; que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dio un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápi-ce, y a obra de las tres del día le descubrieron.

Aquí dijo en viéndole don Quijote podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por la leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

Por cierto, señor respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto; y más, que yo de mí me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocase a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisere agraviarle.

No digas yo menos respondió don Quijote, pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

Digo que así lo haré respondió Sancho y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios; que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un cohce, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína, que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mesmo camino; mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero.

O yo me engaño, o ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son, sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío.

Peor será esto que los molinos de viento dijo Sancho. Mire, señor, que aquéllos son frailes de San Benito, y el cohce debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

Ya te he dicho, Sancho respondió don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto, se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca, que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese cohce lleváis forzadas; si no, aparejáis a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, o no, ningunas forzadas princesas.

Para conmigo no hay palabras blandas; que ya yo os conozco, fermentida canalla dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta, picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido; y, sin detenerse un punto, tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran el diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

La vuestra hermosura, señora mía, puede hacer de su persona lo que más le viniese en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he hecho.

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno, el cual, viendo que no

quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar vuelta al Toboso, se fue para don Quijote y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡ea agua cuán presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

Ahora lo veredes, dijo Agrajes respondió don Quijote.

Y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admiraba y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote, encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dio una gran voz, diciendo:

¡Oh, señora de mi alma. Dulcinea, flor de la hermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubriese bien de su rode-la, y el arremeter al vizcaíno, todó fue en un tiempo, llevando determi-nación de aventurarlo todo a la de un golpe solo.

El vizcaíno, que así le vio venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mesmo que don Quijote; y así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un pazo. Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determina-ción de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo levanta-da la espada y aforrado con su amohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, por que Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviere entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no estuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballe-ro tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

210

CAPITULO XI

De lo que sucedió a don Quijote con unos cabreros

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado a Rocinante y a su jumento, se fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirciendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y, tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa y convidaron a los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse a la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero

con groseras ceremonias rogado a don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo:

Por que veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, que comas en mi plata y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala.

¡ Gran merced ! dijo Sancho; pero sé decir a vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas como sentado a par de un emperador. Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Ansí que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.

211

Con todo eso, te has de sentar; porque a quien se humilla, Dios le ensalza.

Y asiéndole por el brazo, le forzó a que junto dél se sentase.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar, y mirar a sus huéspedes, que, con mucho donaire y gana, embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba, en esto, ocioso el cuerno, porque andaba a la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria), que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubriese bien de su rodea-
la, y el arremeter al vizcaíno, todó fue en un tiempo, llevando determi-
nación de aventurarlo todo a la de un golpe solo.

El vizcaíno, que así le vio venir contra él, bien entendió por su
denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mesmo que don Quijote; y
así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula
a una ni a otra parte; que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes
niñerías, no podía dar un pazo. Venía, pues, como se ha dicho, don
Quijote contra el cauto vizcaíno, con la espada en alto, con determina-
ción de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo levan-
tada la espada y aforrado con su amohada, y todos los circunstantes
estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos
tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las de-
más criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas
las imágenes y casas de devoción de España, por que Dios librase a su
escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero
está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente
el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más es-
crito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es
verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa
historia estuviere entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido
tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no estuviesen en sus
archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballe-
ro tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin
desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del
modo que se contará en la segunda parte.

210

CAPITULO XI

De lo que sucedió a don Quijote con unos cabreros

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo San-
cho, lo mejor que pudo, acomodado a Rocinante y a su jumento, se
fue tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hir-
ciendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel
mesmo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al es-
tómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego,
y, tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha
priesa su rústica mesa y convidaron a los dos, con muestras de muy
buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse a la redonda de las pie-
les seis dellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero

con groseras ceremonias rogado a don Quijote que se sentase sobre un
dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse don Quijote, y que-
dábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno.
Viéndole en pie su amo, le dijo:

Por que veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caba-
llería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio della se
ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo,
quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes,
que comas en mi plata y bebas por donde yo bebiere: porque de la ca-
ballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que to-
das las cosas iguala.

¡ Gran merced ! dijo Sancho; pero sé decir a vuestra merced que
como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie
y a mis solas como sentado a par de un emperador. Y aun, si va a decir
verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres
ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas
donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menu-
do no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la
soledad y la libertad traen consigo. Ansí que, señor mío, estas honras
que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la ca-
ballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, con-
viértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que
éstas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí
al fin del mundo.

Con todo eso, te has de sentar; porque a quien se humilla, Dios
le ensalza.

Y asiéndole por el brazo, le forzó a que junto dél se sentase.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de ca-
balleros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar, y mirar a
sus huéspedes, que, con mucho donaire y gana, embaulaban tasajo co-
mo el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas
gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio
queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba, en esto,
ocioso el cuerno, porque andaba a la redonda tan a menudo (ya lleno,
ya vacío, como arcaduz de noria), que con facilidad vació un zaque de
dos que estaban de manifiesto. Después que don Quijote hubo bien sa-
tisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano y, mirán-
dolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

211

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para la defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yerda, entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ningun-

na, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimesmo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar don Quijote que en acabarse la cena; al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con prompta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escribir y es músico de un rabel, que no hay más que desear.

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó a sus oídos el son del rabel, y de allí a poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veintidós años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, por que vea este señor huésped que tenemos que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hemosle dicho tus habilidades y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

Que me place respondió el mozo.

Y sin hacerse más de rogar, se sentó en el ronco de una desmochada encina, y, templando su rabel, de allí a poco, con muy buena gracia, comenzó a cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo;
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma
Y el blanco pecho de risco.

Mas allá, entre tus reproches
y honestísimos desvíos,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello,
Más de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lunes
Lo que me honraba el domingo:

Como el amor y la gala
Andan un mismo camino,
En todo tiempo a tus ojos
Quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto
Que has escuchado a deshoras
Y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas
Que tu belleza he dicho;
Que, aunque verdaderas, hace
Ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
Yo albándote, me dijo:
" Tal piensa que adora a un ángel,
Y viene a adorar a un gimio,

Merced a los muchos dijés
Y a los cabellos postizos,
Y a hipócritas hermosuras,
Que engañan al Amor mismo. "

Desmentila y enojóse;
volvió por ella su primo:
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice y él hizo.

No te quiero yo a montón,
Ni te pretendo, y te sirvo
Por lo de barraganía;
Que más bueno en mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia
Que son lazadas de sirgo;

Pon tú el cuello en la gamella:
Verás como pongo el mío

Donde no, desde aquí juro
Por el santo más bendito
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dio el cabrero fin a su canto; y aunque don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oír canciones. Y así, dijo a su amo:

Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando.

Ya te entiendo, Sancho le respondió don Quijote; que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

A todos nos sabe bien, bendito sea Dios respondió Sancho.

216

No lo niego replicó don Quijote; pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo esto, sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y, viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena; que él podría remedio con que fácilmente se sanase. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal y, aplicándoselas a la oreja, se la vando muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fue la verdad.

CAPITULO XLII

De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la insula, con otras coas bien consideradas

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen

por veras; y así, habiendo dado la traza que tenían para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro día, que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque a Sancho que se adeliñase y compusiese para ir a ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dijo:

Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mi la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que, a mi parecer, no había más en toda la tierra? Si vuesa señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor insula del mundo.

Mirad, amigo Sancho respondió el Duque: yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña; que a solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una insula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundados, donde si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

217

Ahora bien respondió Sancho, venga esa insula; que yo pugnare por ser tal gobernador, que, a pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador.

Si una vez lo probáis, Sancho dijo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arrancuen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

Señor replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado.

Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo respondió el Duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio pro-

Pon tú el cuello en la gamella:
Verás como pongo el mío

Donde no, desde aquí juro
Por el santo más bendito
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dio el cabrero fin a su canto; y aunque don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oír canciones. Y así, dijo a su amo:

Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando.

Ya te entiendo, Sancho le respondió don Quijote; que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

A todos nos sabe bien, bendito sea Dios respondió Sancho.

216

No lo niego replicó don Quijote; pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo esto, sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y, viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena; que él podría remedio con que fácilmente se sanase. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal y, aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fue la verdad.

CAPITULO XLII

De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la insula, con otras coas bien consideradas

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen

por veras; y así, habiendo dado la traza que tenían para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro día, que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque a Sancho que se adeliñase y compusiese para ir a ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dijo:

Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que, a mi parecer, no había más en toda la tierra? Si vuesa señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor insula del mundo.

Mirad, amigo Sancho respondió el Duque: yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña; que a solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una insula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundados, donde si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.

217

Ahora bien respondió Sancho, venga esa insula; que yo pugnaré por ser tal gobernador, que, a pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador.

Si una vez lo probáis, Sancho dijo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arrancuen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

Señor replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado.

Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo respondió el Duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio pro-

mete y quédese esto aquí, y advertid que mañana en ese mismo día habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias a vuestra partida.

Vístanme dijo Sancho como quisieren; que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza.

Así es verdad dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa; que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

Letras repondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A, B, C; pero bástame tener el Cristus en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante.

Con tan buena memoria dijo el Duque, no podrá Sancho errar en nada.

218

En esto llegó don Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celebridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano y se fue con él a su estancia, con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido a ti a recibir y a encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí etra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento, que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni

más te vees gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo ; oh Sancho ! para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuso, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, está ; oh hijo ! atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y quía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente ; oh hijo ! has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que pude imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincarte como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.

Así es la verdad repondió Sancho; pero fue cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto pareceme a mí que no hace el caso; que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

219

Así es verdad replicó don Quijote; por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se podrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria; y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere a verte cuando

estés en tu ínsula alguno de tus parientes no le deseches ni le antes le has de acoger, agasajar y regalar; que con esto satisfacerás al cielo que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada.

Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala doctrinala, y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejores de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te gués por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

220

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciégue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa venire a pedirte justicia, quita los ojos

de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstrale piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luego tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

221

CAPITULO XLIII

De los consejos segundos que dio son Quijote a Sancho Panza

¿ Quién oera el pasado razonamiento de Don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera, que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en ésta destos segundos documentos que dio a Sancho mostró tener gran donaire, y puso su discreción y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno. Pro siguió, pues, don Quijote, y dijo:

estés en tu ínsula alguno de tus parientes no le deseches ni le antes le has de acoger, agasajar y regalar; que con esto satisfacerás al cielo que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada.

Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala doctrinala, y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejores de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te gués por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

220

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciégue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa venire a pedirte justicia, quita los ojos

de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstrale piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luego tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

221

CAPITULO XLIII

De los consejos segundos que dio son Quijote a Sancho Panza

¿ Quién oera el pasado razonamiento de Don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera, que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en ésta destos segundos documentos que dio a Sancho mostró tener gran donaire, y puso su discreción y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno. Pro siguió, pues, don Quijote, y dijo:

En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen a quien su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuera uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo; que el vestido descompuesto da inicios de ánimo desmazelado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discreción el pulso a lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea a tus criados, dásele honesta y provechosa más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan las vanagloriosos.

No comas ajos y cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería.

222

Anda despacio; habla con reposo; pero no de manera, que parezca que te escuchas a ti mismo; que toda afectación es mala.

Come poco y cena más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de erutar delante de nadie.

Eso de erutar no entiendo dijo Sancho.

Y don Quijote le dijo:

Erutar, Sancho, quiere decir, regoldar, y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así, la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y a los regüeldos, erutaciones; y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco; que el uso los irá introduciendo con el

tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quién tiene poder el vulgo y el uso.

En verdad, señor dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el deno regoldar, porque lo suelo hacer muy a menudo.

Erutar, Sancho, que no regoldar dijo don Quijote.

Erutar diré de aquí adelante respondió Sancho, y a fee que no se me olvide.

También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles; que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

Eso Dios lo puede remediar respondió Sancho; porque sé más refranes que un libro, y vieneseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen, por salir, unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo; que en casa llena, presto se guisa la cena; y quien destaja, no baraja; y a buen salvo está el que repica; y el dar y el tener, seso ha menester.

223

¡ Eso sí, Sancho dijo don Quijote. ¡ Encaja, ensarta, enhila refranes; que nadie te va a la mano! ¡ Castígame mi madre, y yo trómpogelas! Estóite diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a troche moche hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres a caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni llesves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rucio; que el andar a caballo a unos hace caballeros; a otros, caballeros.

Sea moderado tu sueño; que el que no madruga con el sol no goza del día, y advierte ¡ oh Sancho! que la diligencia es madre de la buena ventura; y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado; y es que jamás te pongas a disputar de linajes, a lo menos, comparándolos entre sí, pues, por fuerza, en los que se comparan uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares, en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruero un poco más largo; gregüescos, ni por pienso; que no les está bien ni a los caballeros ni a los gobernadores.

Por ahora, esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y según las ocasiones, así serán mis documentales, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

Señor respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me pasará del magín; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño, y así, será menester que se me den por escrito; que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester.

¡Ay pecador de mí respondió don Quijote, y qué mal parece en los gobernantes el no saber leer ni escribir! Porque has de saber ¡oh Sancho! que no saber un hombre leer, o ser zurdo, arguye una de dos cosas. o que fue hijo de padres demasiado de humildes y bajos, o él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieses a firmar siquiera.

Bien sé firmar mi nombre respondió Sancho; que cuando fui prioste en mi lugar, aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían mi nombre; cuatro más que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí; que para todo hay remedio, si no es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo, haré lo que quisiere, cuanto más que el que tiene el padre alcalde. . . Y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, ¡llegaos, que la dejan ver! No, sino popen y calóñenme; que vendrán por lana, y volverán

tranquilados, y a quien Dios quiere bien, la casa le sabe; y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo; y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca. No, sino haceros miel, y paparos han moscas; tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela; y del hombre arraigado no te verás vengado.

¡Oh, maldito seas de Dios, Sancho! dijo a esta sazón don Quijote. ¡ Sesenta mil satanases te lleven a ti y a tus refranes! Una hora ha que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, o ha de haber entre ellos comunidades. Dime ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato, que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase?

Por Dios, señor nuestro amo replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes? Y ahora se me ofrecen cuatro, que venían aquí pintiparados, o como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.

Ese Sancho no eres tú dijo don Quijote; porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso, querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora a la memoria, que venían aquí a propósito; que yo ando recorriendo la mía, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece.

¿Qué mejores dijo Sancho que “entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares”, y “a idos de mi casa, y qué queréis con mi mujer, no hay responder”, y, “si da el cántaro en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro”, todos los cuales vienen a pelo? Que nadie se tome con su gobernador, ni con el que manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales; y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa; y a lo que dijere el gobernador, no hay que replicar, como al “salíos de mi casa, y qué queréis con mi mujer”. Pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así, que es menester que el que vee la nota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: “espantóse la muerta de la degollada”; y vuesa merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

Eso no, Sancho respondió don Quijote; que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio. Y dejemos esto aquí, Sancho; que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélame que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

Señor replicó Sancho, si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto; que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar: que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

226

Por Dios, Sancho dijo don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque favorece el cielo los buenos deseos. Y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

TEMA V

LAS NOVELAS EJEMPLARES

Nouvella era una narración imaginaria, breve, parecida al cuento, traducida del italiano.

A Cervantes le correspondió ser el introductor y creador de este género en España. Su primera novela fue la Galatea de estilo bucólico, algunos temas de esta novela sirvieron de material para obras posteriores. Escribió historias y novelas cortas intercaladas dentro del Quijote como la historia de Crisóstomo y Marcela, la historia de Cardenio, la novela del Curioso impertinente y la historia del Cautivo que son de género pastoril, sentimental y morisco al estilo renacentista.

Escribió una serie de doce novelas que él llamó ejemplares. En el prologo se dirige al lector y le explica porque les dió ese nombre "si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso". En ellas nos dibuja ambientes y personajes dentro de un marco de tradiciones y valores y de una forma de vivir propia de esa época.

Las novelas ejemplares se pueden clasificar en:

- 1.- Novelas de estilo italiano: El amante liberal, La fuerza de la sangre y la Señora Cornelia.
- 2.- Italianas con algo de realismo: La Gitanilla, la Española Inglesa, Las dos doncellas.
- 3.- a) Realistas: El casamiento engañoso, El celoso extremeño, y la Ilustre fregona.
b) Realista con características picarescas: Rinconete y Cortadillo.
- 4.- Filosóficas: El Licenciado Vidriera y El Coloquio de los perros.

Para tu lectura hemos escogido la novela Rinconete y Cortadillo porque aparte de ser ejemplar pertenece a la novela picaresca del primer período que ya conoces.

Esta novela nos presenta las aventuras de dos muchachos quienes se encontraron y formaron los dos un equipo de pillos e ingresan a formar parte de la cofradía de Monipodio jefe del hampa sevillana.

227

Eso no, Sancho respondió don Quijote; que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio. Y dejemos esto aquí, Sancho; que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; mas consuélame que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

Señor replicó Sancho, si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto; que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar: que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

226

Por Dios, Sancho dijo don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque favorece el cielo los buenos deseos. Y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

TEMA V

LAS NOVELAS EJEMPLARES

Nouvella era una narración imaginaria, breve, parecida al cuento, traducida del italiano.

A Cervantes le correspondió ser el introductor y creador de este género en España. Su primera novela fue la Galatea de estilo bucólico, algunos temas de esta novela sirvieron de material para obras posteriores. Escribió historias y novelas cortas intercaladas dentro del Quijote como la historia de Crisóstomo y Marcela, la historia de Cardenio, la novela del Curioso impertinente y la historia del Cautivo que son de género pastoril, sentimental y morisco al estilo renacentista.

Escribió una serie de doce novelas que él llamó ejemplares. En el prologo se dirige al lector y le explica porque les dió ese nombre "si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso". En ellas nos dibuja ambientes y personajes dentro de un marco de tradiciones y valores y de una forma de vivir propia de esa época.

Las novelas ejemplares se pueden clasificar en:

- 1.- Novelas de estilo italiano: El amante liberal, La fuerza de la sangre y la Señora Cornelia.
- 2.- Italianas con algo de realismo: La Gitanilla, la Española Inglesa, Las dos doncellas.
- 3.- a) Realistas: El casamiento engañoso, El celoso extremeño, y la Ilustre fregona.
b) Realista con características picarescas: Rinconete y Cortadillo.
- 4.- Filosóficas: El Licenciado Vidriera y El Coloquio de los perros.

Para tu lectura hemos escogido la novela Rinconete y Cortadillo porque aparte de ser ejemplar pertenece a la novela picaresca del primer período que ya conoces.

Esta novela nos presenta las aventuras de dos muchachos quienes se encontraron y formaron los dos un equipo de pillos e ingresan a formar parte de la cofradía de Monipodio jefe del hampa sevillana.

227

RINCONETE Y CORTADILLO

Miguel de Cervantes

EN LA VENTA del Molinillo, que está puesta en los afines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años; el uno ni el otro pasaba de diez y siete. Ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los de uno eran alpargates tan traídos, como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cornas, que de zapatos. Traía el uno montera de cazador. El otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza, encerada y recogida toda en una manga. El otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caíreladas, y las manos no muy limpias. El uno tenía una media espada, y el otro, un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos a sestear en un portal o cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

¿ De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhomme, y para dónde bueno camina ?

Mi tierra, señor caballero respondió el preguntado, no lo sé, ni para dónde camino tampoco.

Pues en verdad dijo el mayor que no parece vuesa merced del cielo y que éste no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

Así es respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho. Porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo y una madrastra que me trata como al-

nado. El camino que llevo es a la ventura, y allí la daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

Y ¿ sabe vuesa merced algún oficio ? pregunto el grande:

Y el menor respondió:

No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gramo, y corto de tijera muy delicadamente.

Todo esto es muy bueno, útil y provechoso dijo el grande; porque habrá sacristán que le dé a vuesa merced la ofrenda de Todos Santos, porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento.

No es mi corte de esa manera respondió el menor, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó a cortar antiparas, que, como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampies, que por su propio nombre se suelen llamar polainas, y córtolas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

Todo eso y más acontece por los buenos respondió el grande, y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas. Pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas, yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas, y no las quiere manifestar.

Sí tengo respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

A lo cual replicó el grande:

Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en gran parte se puedan hallar. Y para obligar a vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero; porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, de éste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuénfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan. Mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada: quiero decir,

que es bulero o buldero, como los llama el vulgo. Algunos días le acompañé en el oficio y le aprendí de manera que no daría ventaja en echar las burlas al que más presumiese en ello. Pero habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que a las mismas bulas, me abracé con un talego, y di conmigo y con él en Madrid, donde, con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenía a cargo el dinero tras de mí; prendieronme, tuvo poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contentaron con que me arrimasen al aldabilla y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por cuatro años de la Corte. Tuve paciencia, escogí los hombres, sufrí la tanda y mosqueo, y salí a cumplir mi destierro, con tanta prisa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes y a este tiempo descubrí los que se han dicho que en el cuello traía con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando a la veintiuna; y aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzarán que no quede un as debajo; y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as a la primera carta, que le puede servir de un punto y de once. Que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa. Fuera de esto, aprendí de un cocinero de un cierto embajador ciertas tretas de quíno-las, y del parar, a quien también llaman el andaboba, que así como sa merced se puede examinar en la corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca. Con esto voy seguro de no morir de hambre; porque aunque llegue a un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y de esto hemos de hacer juego la experiencia los dos; armemos la red, y veamos si cae algún pájaro de estos arrieros que aquí hay: quiero decir, que jugaremos los dos a la veintiuna, como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

Sea en buena hora dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado a que yo no le encubra la mía, que diciéndola más breve, es ésta: Yo nací en el piadoso lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: Mi padre es sastre. Enseñóme su oficio; y de corte de tijera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha de la aldea y el desamorado trato de mi madrastra. Dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas;

porque no pende relicario de toca, ni hay faltriguera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos. Y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fui acogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto; bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dio noticia de mi habilidad al coregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que por ser humilde no quiero tratar con personas graves, procuré de no verme con él. Y así, salí de la ciudad con tanta prisa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algún coche de retorno o por lo menos de un carro.

Eso se borre dijo Rincón, y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces. Confesemos llanamente que no tenemos blanca ni aun zapatos.

Sea así, respondió Diego Cortado, que así dijo el menor que se llamaba, y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias.

Y levantándose Diego Cortado, abrazó a Rincón, y Rincón a él, tierna y estrechadamente, y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y paja, mas no de grasa y malicia, y a pocas manos, alzaba también por el as Cortado como Rincón su maestro.

Salió en esto un arriero a refrescarse al portal, y pidió que quería hacer tercio. Acogieronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veintidós maravedís, que fue darle doce lanzadas y veintidós mil pesadumbres. Y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderían, quiso quitarles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano a su media espada, y el otro al de la cachas amarillas, le dieron tanto quehacer, que a no salir sus compañeros, sin duda lo pasara mal.

A esta sazón pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes a caballo, que iban a sestar a la venta del alcalde, que está media legua más adelante; los cuales, viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los paciguaron y les dijeron que si acaso iban a Sevilla, que se viniesen con ellos.

Allá vamos dijo Rincón, y serviremos a vuestras mercedes en todo cuanto nos mandaren.

Y sin más detenerse, saltaron delante de las mulas y se dueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado, y a la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyendo su plática sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero que les había oído decir que los naipes que traían eran falsos, se pelaba las barbas, y quisiera ir a la venta tras ellos a cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de menos valer que dos muchachos hubiesen engañado a un hombrazo tan grande como él. Sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron, que, aunque no le consolaron, le obligaron a quedarse.

En esto Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir a los caminantes, que lo más del camino los llevaban a las ancas; y aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las valijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasión tan buena del viaje a Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse. Con todo esto, a la entrada de la ciudad, que fue a la oración y por la puerta de la aduana, a causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la valija o maleta que a las ancas traía un francés de la camarada; y así con el de sus cachas le dio tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas, y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un librillo de memoria, cosas que cuando las vieron no les dieron mucho gusto, y pensaron que pues el francés llevaba a las ancas aquella maleta, no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas, y quisieron volver a darle otro tiento. Pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado menos y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido, antes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habían sustentado, y otro día vendieron las camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del arenal, y de ellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron a ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y aun temer el día que sus culpas les habrían de traer a morar en ellas de por vida. Echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por allí andaban; informáronse de uno de ellos qué oficio era aquél, y si era de mucho trabajo, y de qué ganancia.

Un muchacho asturiano, que fue a quien le hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos días salía con cinco y con seis reales de ganancia, con que comía y bebía, y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo a quien dar fianzas y seguro de comer a la hora que quisiese, pues a todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad, en la cual había tantos y tan buenos.

No les pareció mal a los dos amigos la relación del asturianillo, ni les decontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usarle, pues lo podían usar sin examen. Y preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios o nuevos, y cada uno tres espuelas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repararía la carne, pescado y fruta, y en el costal, el pan. Y él les guió donde lo vendían y ellos, del dinero de la galima del francés, lo compraron todo, y dentro de dos horas pudieron estar graduados en el nuevo oficio, según le ensayaban las esportillas y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde habían de acudir: por las mañanas a la carnicería y a la plaza de San Salvador; los días de pescado, a la Pescadería y a la Costanilla; todas las tardes al río; los jueves, a la feria.

Toda esta lección tomaron bien de memoria, y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuelas vieron ser nuevos en la plaza; hicieronle mil preguntas, y a todas respondían con discreción y mesura. En esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y convidados de la limpieza de las espuelas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó a Cortado, y el soldado a Rincón.

En nombre sea de Dios dijeron ambos.

Para bien se comience el oficio dijo Rincón; que vuesa merced me estrena, señor mío:

A lo cual respondió el soldado:

La estrena no será mala, porque estoy de ganancia y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete a unas amigas de mi señora.

Pues cargue vuesa merced a su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude a guiarlo, lo haré de muy buena voluntad.

Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si quería servir que él le sacaría de aquel abatido oficio; a lo cual respondió Rincón que, por ser aquél día el primero que le usaba, no le quería dejar tan presto hasta ver, a lo menos, lo que tenía de malo y bueno; y cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle a él antes que a un canónigo.

Rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de allí adelante y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato. Dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió a la plaza, por no perder coyuntura. Porque también de esta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene a saber, albures, o sardinas, o acedías, bien podían tomar algunas, y hacerles la salva, siquiera para el pasto de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

234

Por presro que volvió Rincón, ya halló en el mismo puesto a Cortado. Llegóse Cortado a Rincón, y preguntóle que cómo le había ido. Rincón abrió la mano y mostróle los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla, que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada, y dijo:

Con ésta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos más. Tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder.

Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo a Cortado le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de a dos, y tantos maravedís en cuartos y en ochavos le faltaba, y que le djese si la había tomado en el entretanto que con él había andado comprando.

A lo cual con estraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

Lo que yo sabré decir de esa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso a mal recaudo.

Eso es ello, ¡ pecador de mí ! respondió el estudiante. Que la debí de poner a mal recaudo, pues me la hurtaron.

Lo mismo digo yo dijo Cortado; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal, tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que, con el tiempo, el que llevó la bolsa se viesese a arrepentir, y se la volviese a vuesa merced sahumada.

El sahumero le perdonaríamos respondió el estudiante.

Y Cortado prosiguió, diciendo:

Cuanto más. que cartas de descomunión hay, paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buena ventura, aunque, a la verdad, no quisiera yo ser el llevador de tal bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, pareceríame a mí que había cometido algún grande incesto o sacrilegio.

Y ¡ como que ha cometido sacrilegio ! dijo a esto el dolorido estudiante; que puesto que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dio a cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

235

Con su pan se lo coma dijo Rincón a este punto. No le arriendo la ganancia. Día de juicio hay, donde todo saldrá en la coladera, y entonces se verá quién fue Callejas, y el atrevido que se atrevió a tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿ cuánto renta cada año, dígame, señor sacristán por su vida ?

¡ Renta la puta que me parió ! Y ¿ estoy yo ahora para decir lo que renta ? respondió el sacristán con algún tanto de demasiada cólera. Decidme, hermano, si sabéis algo, si no, quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar.

No me parece mal remedio ése dijo Cortado; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado.

No hay que temer de eso respondió el sacristán, que lo tento más en la memoria que el tocar de las campanas. No me erraré en un átomo.

Sacó en esto de la faltriquera un pañuelo randado, para limpiarse el sudor que llovía de su rostro como de alquitara, y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo; y habiéndose ido el sacristán a una parte, y allí le comenzó a decir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole. Y como no acababa de entender lo que decía, hacía que le replicase la razón dos y tres veces.

Estábele mirando Cortado a la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos. El sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dio lugar a Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faltriquera, y despidiéndose dél, le dijo que a la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa, y que él se obligaba a saberlo, dentro de pocos o de muchos días.

Con esto se consoló algo el sacristán y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto un poco apartado dél, y más abajo estaba otro mozo de la esportilla que vio todo lo que había pasado y cómo Cortado daba el pañuelo a Rincón, y llegándose a ellos le dijo:

Díganme, señores galanes: ¿voacedes son de mala entrada o no?

No entendemos esa razón, señor galán respondió Rincón.

¿Qué no entrevan, señores murcios? respondió el otro.

No somos de Teba ni de Murcia dijo Cortado; si otra cosa quiere, dígala; si no, váyase con Dios.

¿No lo entienden? dijo el mozo. Pues yo se lo daré a entender y a beber, con una cuchara de plata: quiero decir, señores, si son vuestras mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto eso, pues sé ya lo que son. Mas díganme: ¿cómo no han ido a la aduana del señor Monipodio?

¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán? dijo Rincón.

Si no se paga respondió el mozo, a lo menos registranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así, les aconsejo que vengan conmigo a darle la obediencia, o si no, no se atrevan a hurtar sin su señal, que les costará caro.

Yo pensé dijo Cortado que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores a la garganta y a las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el de ésta, que por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él. Y así, puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además hábil en el oficio.

Y ¿como que es calificado, hábil y suficiente! respondió el mozo. Eso tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor padre, no han padecido sino cuatro en el finibusterre, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos en gurapas.

En verdad, señor dijo Rincón, que así entendemos esos nombres como volar.

Comencemos a andar, que yo les iré declarando por el camino respondió el mozo, con otros algunos, que así les conviene saberlo como el pan de la boca.

Y así les fue diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos o de la germanía, en el discurso de su plática, que no fue corta, porque el camino era largo.

En el cual dijo Rincón a su guía:

¿Es vuesa merced por ventura ladrón?

Sí respondió él, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

Señor, yo no me meto en tologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

Sin duda dijo Rincón debe ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

Es tan santa y buena replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado que de lo que hustáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias a un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartonario, así los sufrió sin cantar, como si fuera nada. Y esto atribuímos los del arte a su buena devoción porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que "cuatrero" es ladrón de bestias; "ansias" es el tormento; "rozno" los asnos, hablando con perdón; "primer desconcierto" es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo. Tenemos más: que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado.

De perlas me parece todo eso dijo Cortado: ¿hácese otra restitución u otra penitencia más de la dicha?

En eso de restituir no hay que hablar respondió el mozo, porque es cosa imposible, por las muchas partes en que se divide lo hurtado llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya; y así, el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, a causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de excomunión jamás llegan a nuestra noticia, porque jamás vamos a la iglesia al tiempo que se leen, si no es los días de jubileo, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

¿Y con sólo eso que hacen, dicen esos señores dijo Cortado que su vida es santa y buena?

Pues ¿qué tiene de mala? replicó el mozo. ¿No es peor ser hereje, o renegado, o matar a su padre y su madre, o ser solomico?

Sodomita querrá decir vuesa merced respondió Rincón.

Eso digo dijo el mozo.

Todo es malo replicó Cortado. Pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

Presto se les cumplirá su deseo dijo el mozo, que ya desde aquí se descubre su casa. Vuestas mercedes se queden a la puerta, que yo entraré a ver si está desocupado, porque éstas son las horas cuando él suele dar audiencia.

En buena sea dijo Rincón.

Y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando a la puerta.

El salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado, que de puro limpio y aljimiado parecía que vertía camín de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro. A otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta, de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincón a entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vio en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y un arca grande, sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. En la pared una imagen de Nuestra Señora, de éstas de mala estampa, y más abajo pendía una esportilla de palma, y encajaba en la pared, una almofía blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para limosna, y la almofía para tener agua bendita, y así era la verdad.

Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí a poco dos de la esportilla y un ciego; y sin hablar palabra ninguno, se comenzaron a pasear por el patio. No tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta,

con anteojos, que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras cuentas en las manos. Tras ellos entró una vieja halduda, y sin decir nada se fue a la sala, y habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios. Llegaron también de los postreiros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos a la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletas cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina. Los cuales, así como entraron, pusieron los ojos de través en Rincón y Cortado, a modo de que los extrañaban y no conocían. Y llegándose a ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso; los ojos hundidos. Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchanchados, cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos, el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pecho, a do colgaba una espada ancha y corta, a modo de las del perrillo; las manos eran cortas, pelosas y los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y, trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

Estos son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije, mi señor Monipodio. Vuesa merced los desamine y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

Eso haré yo de muy buena gana respindió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga

reverencia, excepto los dos bravos, que a medio magate, como entre ellos se dice, le quitaron los capelos, y luego volvieron a su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó a los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió:

El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís; porque, si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas: " Fulano, hijo de fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, o le azotaron ", u otra cosa semejante, que por lo menos suena mal a los buenos oídos. Y así, torno a decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de baer nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo y Cortado también.

Pues de aquí en adelante respondió Monipodio quiero y es mi voluntad, que vos, Rincón, os llaméis " Rinconete ", y vos, Cortado, " Cortadillo ", que son nombres que asientan como de molde a vuesa edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estipendio para la limosna de quien la dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan a las talas ánimas por vía de naufragio; y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando uno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces: " ¡ Al ladrón ! ¡ Al ladrón ! ¡ Deténgale ! ¡ Deténgale ! ", se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: " ¡ Déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva ! ¡ Allá se lo haya ! ¡ Castíguele su pecado ! " Son también bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, así en la trena

como en las guras; y también lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano, que si anda de buena no hay delito que sea culpa, ni culpa a quien se dé mucha pena. Y por todos éstos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos.

Por cierto dijo Rinconete, ya confirmado con este nombre que es obra digna del atísimo y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene. Pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáramos, daremos luego noticia a esta felicísima y abogada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio o tormenta, o ese adversario que vuesa merced dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada, si ya no es que se hace mejor con "popa y soledad", como también apuntó vuesa merced en sus razones.

Así se hara, o no quedará de mí pesazo replicó Monipodio.

Y llamando a la guía, le dijo:

Ven acá, Ganchuelo: ¿están puestas las postas?

242

Sí dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre; tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

Volviendo, pues, a nuestro propósito dijo Monipodio, querría saber, hijos, lo que sabéis para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad.

Yo respondió Rinconete sé un poquito de floreo de Vilhán; entiéndeseme el retén; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmillo; éntrome por la boca del lobo como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

Principios son dijo Monipodio; pero todas éstas son flores de can-tueso, viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y sólo sirven para alguno que sea tan blanco que se deje matar de medianoche abajo. Pero andará el tiempo, y vernos hemos; que asentado sobre ese fundamento media docena de lecciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.

Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades respondió Rinconete.

Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis? pregunto Monipodio.

Yo respondió Cortadillo sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento a una faltriquera con mucha puntualidad y destreza.

¿Sabéis más? dijo Monipodio.

No, por mis grandes pecados respondió Cortadillo.

No os aflijáis, hijo replicó Monipodio, que a puerto y a escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y no esto del ánimo, ¿cómo os va hijos?

¿Cómo nos ha de ir respondió Rinconete, sino muy bien? Animo tenemos para cometer cualquiera empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio.

Está bien replicó Monipodio; pero querría yo que también le tuviédes para sufrir, si fuese menester media docena de ansias sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mía.

243

Ya sabemos aquí dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir "ansias", y para todo tenemos ánimo, porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja, y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título; que le deja en su lengua su vida o su muerte. ¡Como si tuviese más letras un "no" que un "sí"!

Alto, no es menester más dijo a esta sazón Monipodio. Digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado.

Yo soy de ese parecer dijo uno de los bravos.

Y a una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían estado escuchando, y pidieron a Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo.

El respondió que, por darles contento a todos, desde aquel punto se las concedía, advirtiéndoles que las estimasen en mucho, porque eran no pagar media anata del primer harto que hiciesen. No hacer oficios menores en todo aquel año, conviene, a saber: no llevar recaudo de ningún hermano mayor a la cárcel, ni a la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquetes cuando, como, y adonde quisieren, sin pedir licencia a su mayoral; entrar a la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores, como uno de ellos, y otras cosas que ellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, y los demás, con palabras muy comedias, las agradecieron mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo:

¡ El alguacil de los vagabundos viene encaminado a esta casa; pero no trae consigo gurullada !

Nadie se alborote dijo Monipodio, que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguese, que yo le saldré a hablar.

244

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió a la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió a entrar Monipodio, y preguntó:

¿ A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador ?

A mí dijo el de la guía.

Pues ¿ cómo dijo Monipodio no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dio al traste con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuántos cuartos ?

Verdad es dijo la guía que hoy faltó esa bolsa. Pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

¡ No hay levas conmigo ! replicó Monipodio. La bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año.

Tornó a jurar el mozo que no sabía de ella. Comenzóse a encolezar Monipodio, de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

¡ Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida ! Manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demás de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo a jurar el mozo y a maldecirse, diciendo que él no había tomado la bolsa, ni vístola de sus ojos; todo lo cual fue poner más fuego a la cólera de Monipodio, y dar ocasión a que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegarle y darle contento a su mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del sacristán, y dijo:

Cese toda cuestión, mis señores, que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dio alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó, por añadidura.

Luego sacó Cortadillo el pañuelo y lo puso de manifiesto.

Viendo lo cual Monipodio, dijo:

Cortadillo el bueno que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante se quede con el pañuelo, y a mi cuenta se quede la satisfacción de este servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: " no es mucho que a quien te da la gallina entera, tú des una pierna de ella ". Más disimula este buen alguacil en un día, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió a dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de " bueno ", bien como si fuera don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo.

245

Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza. señales claras por dondè, en viéndolas, Rinconete y Cortadillo conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fueron con los brazos abiertos la una a Chiquiznaque y la otra a Maniferro, que éstos eran los nombres de los dos bravos; y el Maniferro era porque traía una mano de hierro, en lugar de otra que le habían cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con que mojar la canal maestra.

¿Pues ¿había de faltar, diestro mío? respondió la una, que se llamaba la Gananciosa. No tardará mucho en venir Silbatillo, tu tranel, con la canasta de color atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fue verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de color cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio. Y ordenó asimismo que todos se sentasen a la redonda; porque en cortando la cólera se trataría de lo que más conviniese.

A esto dijo la vieja que había rezado a la imagen:

Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha, que me trae loca; y más, que antes que sea mediodía tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y venticase. A lo que he venido es que anoche el Renegado y Cientopíes llevaron a mi casa una canasta de color, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada y todo, que los pobres no debieron de tener lugar de quitarla, y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar, y jadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecían unos angelicos. Dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba. No desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre a todos de poder de justicia, que no he tocado la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

Todo se le cree, señora madre respondió Monipodio, y estése así la canasta, que yo iré allá a boca de sorna, y hare cala y cata de lo que tiene, y daré a cada uno de lo que le tocara, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

Sea como vos lo ordenáredes, hijo respondió la vieja. Y porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de continuo.

Y ¡qué tal lo beberéis, madre mía! dijo a esta sazón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Y descubriendo la canasta se manifestó una bota a modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podría caber sosedadamente y sin apremio hasta una azumbre; y llenándola a la Escalanta, se le puso en las manos a la devotísima vieja, la cual, tomándole con ambas manos, y habiéndole soplado con un poco de espuma, dijo:

Mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo.

Y aplicándosele a los labios, de un tirón, sin tomar aliento, lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo:

De Guadalcanal es, y aún tiene un es no es de yeso el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consolado; sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

No hará, madre respondió Monipodio, porque es trasañejo.

Así lo espero yo en la Virgen respondió la vieja.

Y añadió:

Mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la prisa y gana que tenía de venir a traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

Yo sí tengo, señora Pipota que éste era el nombre de la buena vieja, respondió la Gananciosa. Tome, ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel; y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados. Quisiera que pusiera otra a la señora Santa Lucía, que, por lo de

los ojos, también le tengo devoción; pero no tengo tocado, mas otro día habrá donde se cumpla con todos.

Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar a que las pongan los herederos o albaceas.

Bien dice la madre Pipota dijo la Escalanta.

Y echando mano a la bolsa le dio otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas a los santos que a ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos.

Con esto se fue la Pipota, diciéndoles:

Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo, que vendrá la vejez y lloraréis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad, como yo los lloro, y encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque El nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia.

248

Y con esto se fue.

Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles. Y lo primero que sacó de la cesta fue un gran haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacalao frito; manifestó luego medio queso de Flandes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquísimas de Ganul. Serían los del almuerzo hasta catorce, y ninguno de ellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas si no fue Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta y a la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena.

Mas apenas habían comenzado a dar asalto a las naranjas, cuando les dio a todos gran sobresalto los golpes que dieron a la puerta. Mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano a la espada, llegó a la puerta y con voz hueca y espantosa preguntó:

¿ Quién llama ?

Respondieron de fuera:

Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio. Tagarete, soy, centinela de esta mañana, y vengo a decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgñada y llorosa, que parece haberle sucedido algún desastre.

En esto llegó la que decía sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mando a Tagarete que volviese a su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese con menos estruendo y ruido.

El dijo que así lo haría.

Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras y del mismo oficio. Venía descabellada y la cara llena de tolondrones. Y así como entró en el patio se cayó en el suelo desmayada. Acudieron a socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo a voces:

¡ La justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras ! ¡ Sobre aquel cobarde bajamanero ! ¡ Sobre aquel pícaro lendoroso, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas ! ¡ Desdichada de mí ! ¡ Mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso e incorregible !

249

Sosíégate, Cariharta dijo a esta sazón Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio, que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada. Dime si has habido algo con tu respeto, que si así es y quieres venganza, no has menester más que boquear.

¿ Qué respeto ? respondió Juliana. Respetada me vea yo en los infiernos, si más lo fuere de aquel león con las ovejas y cordero con los hombres. ¿ Con aquél había yo de comer más pan a manteles, ni yacer en uno ? Primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis.

Y alzándose al instante las faldas hasta la rodilla, y aun un poco más, las rescubrió llenas de cardenales.

De esta manera prosiguió me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que a la madre que le parió. Y ¿ por qué pensáis que lo ha hecho ? ¿ Montas que le di yo ocasión para ello ? No por cierto. No lo hizo más sino porque estando jugando y perdiendo, me envió a pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinticuatro, que el trabajo y afán con que yo los había ganado, ruego yo a los cielos que vaya en descuento de mis pecados. Y en pago de esta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podría tener, esta mañana me sacó al campo detrás de la huerta del rey, y allí entre unos olivares, me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros que en malos grillos y hierros le vea yo, me dio tantos azotes que me dejó por muerta. De la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí tornó a levantar las voces, aquí volvió a pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano a consolarla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenía porque le hubiera pasado otro tanto con su querido.

250

Porque quiero dijo que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que a lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan, y azotan y acocean, entonces nos adoran. Si no, confíesame una verdad por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado ¿ no te hizo alguna caricia ?

¿ Cómo una ? respondió la llorosa. Cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él a su posada; y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

No hay dudar en eso replicó la Gananciosa. Y lloraría él de pena de ver cual te había puesto, que estos tales hombres, y en tales casos, no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento. Y tú verás, hermana, si no viene a buscarte antes de que aquí nos vamos, y a pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosele como un cordero.

En verdad respondió Monipodio que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado si primero no hace una magnifiesta penitencia del cometido delito. ¿ Las manos había él de ser osado ponerlas

en el rostro de la Cariharta, ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo más encarecer ?

¡ Ay ! dijo a esta sazón la Juliana. No diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que, con cuán malo es, le quiero más que a las telas de mi corazón, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono me ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir a buscarle.

Eso no harás tú por mi consejo replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho. Y si no viniere, escribiremosle un papel en coplas, que le amargue.

Eso sí dijo la Cariharta. Que tengo mil cosas que escribirle.

Yo seré el secretario cuando sea menester dijo Monipodio; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá a hacer dos millares de coplas en daca las pajas; y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas a todas horas. Y en la de ahora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que después todo se andará.

251

Fue contenta la Juliana de obedecer a su mayor, y así, todos volvieron a su gaudeamus, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero. Los viejos bebieron sine fine; los mozos adunia; las señoras, los quiries. Los viejos pidieron licencia para irse. Dióselo luego Monipodio, encargándoles viniesen a dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente a la comunidad. Respondieron que ellos se lo tenían en cuidado, y fuéronse.

Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó a Monipodio que de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados.

A lo cual respondió Monipodio que aquéllos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban "abispones", y que servían de andar de día por toda la ciudad abispando en qué casas de podía dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación o Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponían; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la casa, y diseñaban el lu-

gar más conveniente para hacer los guzpátaros que son agujeros para facilitar la entrada. En resolución, dijo que era la gente de más o de tanto provecho que había en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como su majestad de los tesoros; y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devoción. Y hay de ellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van ahora, que se contentan con mucho menos de lo que nuestros aranceles les toca. Otros dos hay, que son palanquines; los cuales, como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no.

Todo me parece de perlas dijo Rinconete, y querría ser de algún provecho a tan famosa cofradía.

Siempre favorece el cielo a los buenos deseos dijo Monipodio.

Estando en esta plática llamaron a la puerta. Salió Monipodio a ver quién era, y preguntándolo, respondieron:

252

Abra voacé, señor Monipodio, que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la cuya, dijo:

¡ No le abra vuesa merced, señor Monipodio ! ¡ No le abra a ese marinero de Tarpeya, a ese tigre de Ocaña !

No dejó por esto Monipodio de abrir a Repolido; pero viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro a grandes voces decía:

¡ Quítenmele de delante a ese gesto de por demás, a ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas !

Maniferro y Chaquiznaque tenían a Repolido, que en todas maneras quería entrar donde la Cariharta estaba. Pero como no le dejaban, decía desde fuera:

¡ No haya más, enojada mía ! ¡ Por tu vida que te sosiegues !
¡ Así te veas casada !

¿ Casada yo, malino ? respondió la Cariharta. ¡ Mira en qué tecla toca ! ¡ Ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo sería yo con una sptpmía de muerte, que contigo !

¡ Ea, boba replico Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido; porque vive el Dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída ! ¡ Humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo !

Y aun de cenar le daría yo dijo la Cariharta porque te llevase donde nunca más mis ojos te vieses.

¿ No os digo yo ? dijo Repolido. ¡ Por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo a doce, aunque nunda se venda !

A eso dijo Monipodio:

En mi presencia no ha de haber demasías. La Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se hará bien. Que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡ Ah, juliana ! ¡ Ah, niña ! ¡ Ah, Cariharta mía ! ¡ Sal acá fuera, por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas !

253

Como él eso haga dijo la Escalanta, todas seremos en su favor y en rogar a Juliana salga acá fuera.

Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela a menoscabo de la persona dijo el Repolido, no me rendiré a un ejército formado de esguízaros; mas si es por vía de que la Cariharta gusta de ello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riéronse de esto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla de él, que dijo con muestras de infinita cólera:

Cualquiera que se riere o se pensase reír de lo que la Cariharta contra mí, o yo contra ella, hemos dicho o dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere o lo pensare, como ya he dicho.

Miráronse Chiquiznaque y Maniferro tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal sino lo remediaba. Y así, poniéndose luego en medio de ellos, dijo:

No pasen más adelante, caballeros. Cesen aquí palabras mayores y desháganse entre los dientes. Y pues las que se han dicho no llegan a la cintura, nadie las tome por sí.

Bien seguros estamos respondió Chiquiznaque que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero que lo supiera bien tañer.

También tenemos acá pandero, señor Chiquiznaque replicó el Repolido, y también si fuere menester sabremos tocar los cascabeles; y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada menos hará el nombre que sea lo dicho dicho.

Y diciendo esto, se iba a salir por la puerta afuera.

254

Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

¡ Ténganle, no se vaya, que hará de las suyas ! ¿ No ven que va enojado y es un Judas Macarelo en esto de la valentía ? ¡ Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos !

Y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa, y acudiendo también Monipodio le detuvieron.

Chiquiznaque y Maniferro no sabían si enojarse o si no, y estuvieron quedos esperando lo que Repolido haría. El cuál, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio volvió diciendo:

Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

No hay aquí amigo respondió Maniferro que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo. Y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio:

Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

Diéronselas luego, y la Escalanta, quitándose un chapín, comenzó a tañer en él como en un panadero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso, y rasgándola hizo un son, que, aunque ronco y aspero, se concertaba con el del chapín. Monipodio rompió un plato, e hizo dos tejoletas, que puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto el chapín y a la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto.

Conocióla Maniferro, y díjoles:

¿ Admíranse de la escoba ? Pues bien hacen, pues música más presta y más sin pesadumbre, ni más barata, no se ha inventado en el mundo; y en verdad que oí decir el otro día a un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó a la Arauz del infierno, ni el Marión que subió sobre el delfín y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música, tan fácil de deprender, tan manera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templase; y aun, voto a tal, que dicen que la inventó un galán de esta ciudad que se pica de ser un Héctor en la música.

255

Eso creo yo muy bien respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fue la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza, cantó lo siguiente:

Por un sevillano rufo a lo valón,
tengo socarrado todo el corazón.

Siguió la Gananciosa, cantando:

Por un morenico de color verde,
¿ cuál es la fogosa que no se pierde ?

Y luego Monipodio, dándose gran prisa al meneo de sus tejoletas, dijo.

Riñen dos amantes; hácese la paz;
si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque, tomando otro chapín se metió en danza y acompañó a las demás diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más,
que si bien lo miras, a tus carnes das.

Cántase a lo llano dijo a esta sazón Repolido, y no se toquen historias pasadas, que no hay para qué. Lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban a la puerta aprisa, y con ella salió Monipodio a ver quién era, y la centinela le dijo cómo al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia, y que delante dél venían el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales.

256

Oyéronlo los de dentro, y alborotáronse todos de manera, que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés, dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó en turboso silencio toda la música. Enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido y suspendióse Maniferro, y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose a las azoteas y tejados para escaparse y pasar por ellos a otra calle. Nunca disparado arcaabuz a deshora, ni trueno repentino, espantó así a la banda de descuidadas palomas como puso en alboroto y espanto a toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia. Los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabían qué hacerse y estuvieronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela a decir que el alcalde se había pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna.

Y estando diciendo esto a Monipodio, llegó un caballero mozo a la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio. Monipodio le entró consigo, y mandó llamar a Chiquiznaque, a Maniferro y al Repolido, y que de los demás no bajase ninguno. Como se habían quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oír toda la plática que pasó Mo-

nipodio con el caballero recién venido, el cual dijo a Monipodio que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aún no sabía lo que se había hecho; pero que allí estaba el oficial a cuyo cargo estaba su negocio, y que él daría muy buena cuenta de sí.

Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de a catorce.

¿Cuál? respondió Chiquiznaque. ¿Es la de aquel mercader de la encrucijada?

Esa es dijo el caballero.

Pues lo que en eso pasa respondió Chiquiznaque es que yo le aguardé anoche a la puerta de su casa, y él vino antes de la oración. Lleguéme cerca dél, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenía tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido y de hacer lo que llevaba en mi destrucción. . .

“Instrucción” querrá vuesa merced decir dijo el caballero, que no “destrucción”.

Eso quise decir respondió Chiquiznaque. Digo que viendo que en la estrechez y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada a un lacayo suyo, que a buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

Más quisiera dijo el caballero que se le hubiera dado al amo una de a siete, que al criado la de a catorce. En efecto, conmigo no se ha cumplido, como era razón; pero no importa, poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal. Beso a vuestas mercedes las manos.

Y diciendo esto, se quitó el sombrero y volvió las espaldas para irse. Pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole:

Voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja; veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, o prendas que lo valgan.

257

Pues ¿ a esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra respondió el caballero dar la cuchillada al mozo habiéndose de dar al amo ?

¡ Qué bien está en la cuenta el señor ! dijo Chiquiznaque. Bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: " Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can ".

Pues ¿ en qué modo puede venir aquí a propósito este refrán ? replicó el caballero.

Pues ¿ no es lo mismo prosiguió Chiquiznaque decir: " quien mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can " ? Y así, Beltrán es el mercader, voace le quiere mal, su lacayo es su can, y dando el can, se da a Beltrán, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecución; por eso no hay más sino pagar luego sin apercebimiento de remate.

Eso juro yo bien añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho. Y así voacé, señor galán, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado; y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que puede llevar su rostro, haga cuenta que ya se la están curando.

258

Como eso sea respondió el galán, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

No dude en esto dijo Monipodio más que en ser cristiano; que Chiquiznaque se la dará pintirparada, de manera que parezca que allí se le nació.

Pues con esa seguridad y promesa respondió el caballero, recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada. Pesa mil reales, y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho.

Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y dió-sela a Monipodio, que al color y al peso bien vio que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado. La ejecución quedó a cargo de Chiquiznaque, que sólo tomó término de aquella noche.

Fuése muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó a todos los ausentes y azorados. Bajaron todos, y poniéndose Monipodio en medio de ellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa, y dió-sela a Rinconete que leyese, porque él no sabía leer.

Abrióle Rinconete, y en la primera hoja vio que decía:

MEMORIA DE LAS CUCHILLADAS QUE SE HAN DE DAR ESTA SEMANA

La primera al mercader de la encrucijada. Vale cincuenta escudos. Están recibidos treinta a buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque.

No, creo que hay otra, hijo dijo Monipodio; pasa adelante, y mira donde dice: Memoria de palos.

Volvió la hoja Rinconete, y vio que en otra estaba escrito: Memoria de palos. Y más abajo decía:

Al bodegonero de la alfafa, doce palos de mayor cuantía, a escudo cada uno. Están dados a buena cuenta ocho. El término seis días. Secutor, Maniferro.

259

Bien podía borrarse esa partida dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito de ella.

¿ Hay más, hijo ? dijo Monipodio.

Sí, otra respondió Rinconete, que dice así:

Al sastre corcovado que por mal nonbre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía, a pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

Maravillado estoy dijo Monipodio cómo todavía está esa partida en ser. Sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término y no ha dado puntada en esta obra.

Yo le topé ayer dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el Corcovado, no había cumplido con su débito.

Eso creo yo bien dijo Monipodio; porque tengo por tan buen ofi-

cial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿ Hay más, mocito ?

No, señor respondió Rinconete.

Pues pasad adelante dijo Monipodio, y mirad donde dice: Memorial de agravios comunes.

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes, conviene a saber: redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitas y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de niveles, etcétera.

¿ Qué dice más abajo ? dijo Monipodio.

Dice dijo Rinconete, unto de miera en la casa . . .

No se lea la casa, que ya yo sé dónde es repondió Monipodio, y yo soy el tuautem y ejecutor de esa niñería, y están dados a buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

260

Así es la verdad dijo Rinconete, que todo esto está aquí escrito. Y aun más abajo dice:

Clavazón de cuernos.

Tampoco se lea dijo Monipodio la casa, ni adónde; que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia. A lo menos más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decirlo sólo una vez, aunque fuere a la madre que me parió.

El ejecutor de esto es dijo Rinconete el Narigueta.

Ya está eso hecho y pagado dijo Monipodio. Mirad si hay más, que, si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos; está dada la mitad, y el ejecutor es la comunidad toda, y el término es de todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que haya sucedido en esta ciudad de muchos tiempos a esta parte. Dadme el libro mancebo, que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio. Pero tras este tiempo vendrá otro y habrá que hacer más de lo que

quisiéremos, que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se venga nadie por fuerza; cuanto más que cada uno en su casa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él puede hacer por sus manos.

Así es dijo a esto el Repolido. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde y va entrando el calor más que de paso.

Lo que se ha de hacer respondió Monipodio es que todos se vayan a sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar y se repartirá todo lo que hubiere caído sin agraviar a nadie. A Rinconete el bueno y a Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la torre del Oro, por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar a sentadillas con sus flores; que yo he visto a otros de menos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y ésa con cuatro naipes menos. Este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y San Telmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta que nadie se entre en pertenencia de nadie.

261

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía y ofreciéronse a hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato.

Sacó, en esto, Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa donde estaba la lista de los cofrades, y dijo a Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero, le dio el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: " Rinconete y Cortadillo, cofrades; noviciado, ninguno; Rinconete, floreo; Cortadillo, bajón ", y el día, mes y año, callando padres y patria.

Estando en esto, entró uno de los viejos acispones, y dijo:

Vengo a decir a vuestas mercedes cómo ahora topé en Gradas a Lobillo el de Málaga, y dícame que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo satanás; y que por venir maltratado no viene luego a registrarse y a dar la sólita obediencia, pero que el domingo será aquí sin falta.

Siempre se me asentó a mí dijo Monipodio que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita como el ingenio con que le aprende.

También topé dijo el viejo en una casa de posadas en la calle de Tintores, al Judío en hábito de clérigo, que se ha ido a posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa y querría ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad; que de allí podría venir a mucha. Dice también que el domingo no faltará de la junta y dará cuentas de su persona.

Ese Judío también dijo Monipodio es gran sacre y tiene gran conocimiento. Días ha que no le he visto, y no lo hace bien. Pues a fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona; que no tiene más órdenes que las tiene el Turco, ni sabe más latín que mi madre. ¿ Hay más de nuevo ?

No dijo el viejo, a lo menos que yo sepa.

262

Pues sea en buena hora dijo Monipodio. Voacedes tomen esta miseria y repartió entre todos cuarenta reales y el domingo no falte nadie; que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias.

Tornáronse a abrazar Repolido y la Cariharta, la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, después de haber alzado la obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde también dijo que iría Monipodio, al registro de la canasta de colar, y que luego había de ir a cumplir y borrar la partida de la miera. Abrazó a Rinconete y a Cortadillo, y echándolos su bendición los despidió, encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta, ni de asiento, porque así convenía a la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque, a lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lección de oposición acerca de las cosas concernientes a su arte. Con esto se fue dejando a los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural; y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído a Monipodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad, y más cuando, por decir per modum sufragii, había dicho " por modo de naufragio "; y que " sacaban el estupendo " por decir estipendio ", de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un " marinero de Tarpeya " y un tigre de " Ocaña ", por decir " Hircania ", con otras mil impertinencias a éstas y a otras peores semejantes. Especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinticuatro reales lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y, sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían, y la confianza de irse al cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y de ofensas a Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar-hurtada, guardada en su casa, y se iba a poner las candelillas de cera a las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida. No menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían a Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado. Consideraba lo que había leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban. Finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza, y propuso en sí de aconsejar a su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta. Pero, con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más luenga escritura, y así, se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideración, y que podrán servir de ejemplo y aviso a los que los leyeren.

263

FIN DE
" RINCONETE Y CORTADILLO "

TEMA VI

LIRICA DEL SIGLO XVII

La lírica española llega a su apogeo a finales del siglo XVI y principios del XVII, ya sabemos que la escuela Salamantina es representada por Fray Luis de León y la escuela Sevillana o Andaluza por Fernando de Herrera. Estos grandes autores mueren a finales del siglo XVI pero su obra va más allá de su vida, sobre todo si pensamos que Fray Luis de León influye en Quevedo que es el representante del Conceptismo y Fernando de Herrera es imitado y superado por Luis de Góngora en el Culteranismo. Cervantes mismo se opaca con su gran producción novelística pero a él también hay que conocerlo como dramaturgo y como poeta. En su "Viaje al Parnaso" acepta en un terceto que a él le interesa mucho escribir poesía pero que el cielo no le otorgó ese don.

FRAY LUIS DE LEÓN

Nace en 1527 y muere en 1591, es considerado como el poeta lírico más grande de España. Famoso por sus Odas a la "Vida retirada", a la "Noche serena", a "Felipe Ruíz", a la "Ascención", todas ellas llenas de lirismo. Además de sus poesías originales hay que mencionar sus magníficas traducciones de poetas latinos y de algunos libros de la Biblia que le costaron ser acusado ante la Santa Inquisición y cinco años de permanencia en las prisiones del Santo Oficio. Su obra poética aparece cuarenta años después de su muerte (1631). Son cincuenta y seis sus poesías originales, predominan las Odas escritas casi todas en liras. Fue famoso también por varias obras escritas en prosa y algunos comentarios a textos religiosos. Su obra es un aporte a la literatura universal. A continuación podrás leer un poema de este excelso autor.

NOCHE SERENA

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,
el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;

despiden larga vena
los ojos hechos fuerte,
la lengua dice al fin una voz doliente:

Morada de grandeza,
templo de caridad y hermosura,
mi alma que a tu alteza
nació ¿ qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura ?

¿ Qué mortal desatino
la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido ?

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando
y con paso callado
al cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.

¡ Ay ! despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño;
¿ las almas inmortales
hechas a bien tamaño
podrán vivir de sombra y solo engaño ?

¡ Ay ! levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera;
burlaréis los antojos
de aquesta lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿ Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
a, aqúeste gran trasunto
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado ?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplendores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales
y en proporción concorde tan iguales;

La luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz do el saber llueve
y la graciosa estrella

de amor le sigue reluciente y bella;
y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado
y el Júpiter benino
de bienes mil cercado
serena el cielo con su rayo amado.

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro:
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro.
¿ Quien es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma v de estos bienes la destierra ?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado
de honra y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡ Oh campos verdaderos !
¡ Oh prados con verdad frescos y amenos !
¡ Riquísimos mineros !
¡ Oh deleitosos senos !
¡ Repuestos valles de mil bienes llenos !

FERNANDO DE HERRERA

Este autor caracteriza a la escuela Sevillana o Andaluza; nace en Sevilla en 1534, muere en 1597. Su obra se distingue por la sonoridad del verso, la exagerada imaginación y la abundancia descriptiva. Eleva el lenguaje poético a alturas no igualadas en nuestra lengua, maneja temas patrióticos y religiosos, siendo sus especies preferidas: la oda y la elegía. También cantó al amor (poemas eróticos). Famoso por sus composiciones heroicas: " A la Batalla de Lepanto " considerada como su obra maestra. " A la pérdida del Rey Don Sebas-

tián ", elegía en la que llora la trágica derrota de este rey portugués. Completan su producción lírica: sonetos, canciones y elegías de carácter amoroso. En seguida podrás leer la elegía " A la pérdida del Rey Don Sebastián ".

POR LA PERDIDA DEL REY DON SEBASTIAN

Voz de dolor y canto de gemido
y espíritu de miedo, envuelto en ira,
hagan principio acerbo a la memoria
de aquel día fatal aborrecido,
que Lusitania mísera suspira,
desnuda de valor, falta de gloria;
y la llorosa historia,
asombre con horror funesto y triste
desde el África Atlántico y seno ardiente
hasta do el mar de otro color se viste,
y do el límite rojo de oriente
y todas sus vencidas gentes fieras
ven tremolar de Cristo las banderas.

¡ Ay de los que pasaron, confiados
en sus caballos y en la muchedumbre
de sus carros, en tí, Libia desierta,
y en su vigor y fuerzas engañados,
no alzaron su esperanza a aquella cumbre
de eterna luz, más con soberbia cierta
se ofrecieron la incierta
Vitoria, y sin volver a Dios sus ojos,
con yerto cuello y corazón ufano
sólo atendieron siempre a los despojos !
Y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dexó, y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno
de indignación, de ira y furor, que puso
de soledad y en un profundo llanto,
de gente y de placer el, reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
el nuevo sol, presago de mal tanto,
y con terrible espanto
el Señor vistió sobre sus males,
para humillar los fuertes arrogantes,

y levantó los bárbaros no iguales,
que no son osados pechos y constantes
no buscan oro, más con hierro airado
la ofensa venguen y el error culpado.

Los impios y robustos, indinados,
lar ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y hermosura
de tu gloria y valor, y no cansados
en tu muerte, tu honor todo afearon,
mezquina Lusitania sin ventura;
y con frente segura
rompieron sin temor con fiero estrago
tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
la llanura con muertos aspereza;
cayó en unos vigor, cayó denuedo;
más en otros demayo y tope miedo.

¿ Son estos por ventura los famosos,
los fuertes, los belígeros varones
que conturbaron con furor la tierra,
que sacudieron reinos poderosos,
que domaron las hórridas nacionaes,
que pusieron desierto en cruda guerra
cuanto el mar Indo encierra,
y soberbias ciudades destruyeron ?
¿ Dó el corazón seguro y la osadía ?
¿ Cómo así se acabaron, y perdieron
tanto heróico valor en solo un día;
y lejos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados ?

Tales ya fueron estos, cual hermoso
cedro del alto Líbano, vestido
de ramos, hojas, con excelsa alteza;
las aguas lo criaron poderoso
sobre empinados árboles crecido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramas con belleza;
y extendiendo su sombra, se anidaron
las aves que sustenta el grande cielo,
y en sus hojas las fieras engendraron,
y hizo a mucha gente umbroso velo;
no igualó en celsitud y en hermosura

jamás árbol alguno a su figura,
Pero elevóse con su verde cima,
y sublimó la presunción su pecho,
desvanecido todo y confiado,
haciendo de su alteza sólo estima.

Por eso Díos lo derribó deshecho,
a los impios y agenos entregado,
por la raíz cortado;

que opreso de los montes arrojados,
sin ramas y sin hojas desnudo,
huyeron dél los hombres, espantados,
que su sombra tuvieron por escudo;
en su ruina y ramas cuantas fueron
las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
murió el vencido reino lusitano,
y se acabó su generosa gloria,
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal vitoria,
indina de memoria;
que si el justo dolor mueve a venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con agua lanza,
compensarás muriendo el hecho ultraje;
y Luco amedrentado, al mar inmenso
pagará de africana sangre el censo.

LUIS DE GONGORA Y ARGOTE

Nace en Córdoba en 1561 y muere en la misma ciudad en 1627. Hombre de temperamento áspero e ingenio mordaz, autor de más de doscientas composiciones, sonetos, canciones, villancicos, décimas, romances y letrillas. Sus obras muestran su rebuscamiento en el lenguaje, un uso exagerado del Hipérbaton, un manejo excesivo de voces latinas, podemos decir, en síntesis que todas las obras del culteranismo, presentan estas características ya que éste consiste en la oscuridad y dificultades en la forma. Góngora es la figura central de esta escuela barroca y tiene múltiples seguidores. Con sólo leer Las Soledades podemos observar un tema muy simple que le sirve al autor como pretexto para hacer gala de sus bellas descripciones de la naturaleza.

Otra obra importante de Góngora es la Fábula de Polifemo y Galatea escrita en octavas con bellísimas imágenes y descripciones. Góngora también tiene poesías escritas para el entendimiento de todo el pueblo, y muestra de esto son sus hermosas letrillas y romances.

Incluimos en tu selección de lectura un fragmento de "Las Soledades" escrita en forma culterana y un romancillo a la manera popular.

LAS SOLEDADES
(fragmento)

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
media luna las armas de su frente
y el sol todo los rayos de su pelo
luciente honor del cielo
en campos de zafiro pace estrellas,
cuando el que ministrár podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida
náufrago y desdenado, sobre ausente,
lagrimosas de amor dulces querellas
dá al mar, que condolido
fue a las ondas, fue al viento,
el mísero gemido,
segundo de Arión dulce instrumento.

Del siempre en la montaña de opuesto pino
al enemigo noto,
piadoso miembro roto,
breve tabla, delfín no fue pequeño
al inconsiderado peregrino
que a una Libia de ondas su camino
fio, y su vida a un leño;
del océano pues antes sorbido;
y luego vomitado
no lejos de un escollo coronado
de secos juncos, de calientes plumas,
alga todo y espumas,
halló hospitalidad donde halló nido
de Júpiter el ave.

Besa la arena, y de la rota nave
aquella parte poca

que le expuso en la playa dio a la roca
que aún se dejan las peñas
lisonjear de agradecidas señas.

Desnudo el jóven, cuanto ya el vestido
Océano ha bebido,
restituir le hace a las arenas,
y al sol lo extiende luego,
que lamiéndole apenas
su dulce lengua de templado fuego
lento lo embiste, y con suave estilo
la menor onda chupa al menor hilo.
No bien pues de su luz los horizontes,
que hacían desigual, confusamente
montes de agua y piélagos de montes,
desdorados los siente,
cuando entregado el mísero extranjero
en lo que ya del mar redimió fiero,
entre espinas crepúsculos pisando,
riscos que aún igualara mal volando
veloz i intrépido ala,
menos candado que confuso, escala.
Vencida al fin la cumbre
del mar siempre sonante,
de la muda campaña
arbitro igual e inexpugnable muro,
con pie ya más seguro
declina al vacilante
breve esplendor de mal distinta lumbre,
farol de una cabaña
que sobre el cerro está, en aquel incierto
golfo de sombras anunciando el puerto.

ROMANCILLO

(manera popular)

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola



y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice
que escucha su mal:

Dejadme llorar
orillas del mar.

Pues me distes, madre,
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el pesar,
y me cautivastes
de quien hoy se va
y lleva las flores
de mi libertad.

Dejadme llorar
orillas del mar.

En llorar conviertan
mis ojos, de hoy más,
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar,
yéndose a la guerra
quien era mi paz,

Dejadme llorar
orillas del mar.

No me pongáis freno
ni queráis culpar;
que lo uno es justo
lo otro por demás.

Si me queréis bien
no me hagáis mal;
harto peor fuera
morir y callar.

Dejadme llorar
orillas del mar.

Dulce madre mía,
¿quién me llorará
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces

viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad ?

Dejadme llorar
orillas del mar.

Váyanse las noches,
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;
váyanse, y no vean
tanta soledad,
después que en mi lecho
sobra la mitad.

Dejadme llorar
orillas del mar.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Nace en Madrid en 1580 y muere en Villanueva de los Infantes en 1645. En él predomina la idea, " el concepto ", sobre la forma, pero en su afán de ser ingenioso cayó en las mismas exageraciones que el Culteranismo. Entre sus mejores poesías citaremos la conocida " Epístola satírica y Censoria al Conde Duque de Olivares ", que encierra un tema político con intención moralizante, varios sonetos considerados como verdaderas joyas líricas. Este autor escribe a la manera popular sus famosas letrillas " La pobreza, el dinero " " Poderoso caballero es Don Dinero ", etc. Te adjuntamos a estos datos de Quevedo, un soneto y una letrilla para que puedas valorar su grandeza poética. Para algunos críticos la obra de Quevedo es tan importante como la de Cervantes, por el aspecto filosófico que encierra y su postura senequista.

A UNA NARIZ

(Soneto)

Erase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un pez espada muy barbado,

Era un reloj de sol mar encarado,
érase una alquitara pensativa,

érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón mas narizado,

Erase el espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce de tribus de narices era,

Erase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

LA POBREZA, EL DINERO

(Letrilla)

Pues amarga la verdad,
quiero echarla de la boca;
y si al alma su hiel toca,
esconderla es necedad.

Sébase, pues libertad
ha engendrado en mí pereza;
la pobreza.

¿ Quién hace al tuerto galán
y prudente al sin consejo ?

¿ quién al avariento viejo
le sirve de río Jordán ?

¿ quién hace de piedras pan,
sin ser el Dios verdadero ?
el dinero.

¿ Quién con su fiereza espanta
el cetro y corona al rey ?

¿ quién careciendo de ley
merece el nombre de santa ?

¿ quién con la humildad levanta
a los cielos la cabeza ?
la pobreza.

¿ Quién los jueces con pasión,
sin ser unguento, hace humanos,
pues untádoles las manos
les ablanda el corazón ?

¿ Quién gasta su opilación

274

con oro y no con acero ?
el dinero.

¿ Quién procura que se aleje
del suelo la gloria vana ?

¿ quién siendo toda cristiana
tiene la cara de hereje ?

¿ quién hace que al hombre
aqueje

el desprecio y la tristeza ?
la pobreza.

¿ Quién la montaña derriba
al valle, la hermosa al feo ?

¿ quién podrá cuanto el deseo,
aunque imposible, conciba ?

¿ y quién lo de abajo arriba
vuelve en el mundo ligero ?
el dinero.

MIGUEL DE CERVANTES

(Poeta)

Nace en Alcalá de Henares en 1547 y muere en Madrid en 1616, año en que fallece otro poeta únicamente comparable con él: Shakespeare. Cervantes intercala bellísimas poesías en la Galatea, El Quijote y en algunas Novelas Ejemplares. Todos sus dramas fueron escritos en versos y seis de sus doce entremeses.

Este autor se siente influido por Dante y Petrarca no solo en los temas sino al escribir sonetos, tercetos y octavas. En 1614 escribe El Viaje al Parnaso, dejando ver una vez más, su influencia italiana y aunque él es famoso en otros géneros, sus sonetos y romances lo ubican como uno de los mejores poetas de su época. El Quijote como obra cumbre es culpable de que el resto de la producción Cervantina quede en la sombra, un poco menos que olvidada.

275

GITANILLA

(Fragmento)

Gitanica, que de hermosura
Te pueden dar parabienes;
Por lo que de piedra tienes
Te llama el mundo Preciosa

Desta verdad me asegura
Esto, como en ti verás;
Que no se apartan jamás
La esquivaza y la hermosura.

Si como en valor subido
Vas creciendo en arrogancia,
No le arriendo la ganancia
A la edad en que has nacido;

Que un basilisco se cría
En tí, que mata mirando,
Y un imperio que, aunque blando,
Nos parecía tiranía.

Entre pobres y audares,
¿ Cómo nació tal belleza ?
O ¿ cómo crió tal pureza
El humilde Manzanares ?

Por esto será famoso
Al par del Tajo dorado,
Y por preciosa preciado
Más que el Ganges caudaloso.

Dices la buenaventura,
Y das la mala con tino;
Que no van por un camino
T u intención y tu hermosura.

Porque en el peligro fuerte
De mirarte o contemplarte,
Tu intención va a disculparte,
Y tu hermosura a dar muerte.

276

Dicen que son hechiceras
Todas las de tu nación;
Pero tus hechizos son
De más fuerzas y más verás;

Pues por llevar los despojos
De todos cuantos te ven,
Haces, ¡ oh niña ! que estén
Tus hechizos en tus ojos.

En sus fuerzas te adelantas,
Pues, bailando, nos admiras;
Y nos matas y nos miras,
Y nos encantas si cantas.

De cien mil modos hechizas,
Hables, calles, cantes, mires;
O te acerques, o retires,
El fuego de amor atizas.

Sobre el más exento pecho
Tienes mando y señorío,
De lo que es testigo el mío,
De tu imperio satisfecho.

Preciosa joya de amor,
Esto humildemente escribe
El que por ti muere y vive,
Pobre aunque humilde amador.

Ovillejos

S.A. ¿ Quién menoscaba mis bienes ?

T. ¡ desdenes !

S.M. ¿ Quién aumenta mis duelos ?

T. ¡ los celos !

S.G. ¿ Y quién prueba mi paciencia ?

T. ¡ Ausencia !

277

T. De ese modo en mi dolencia
ningún remedio me alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, celos y ausencia.

S. A. ¿ Quién me causa este dolor ?

T. ¡ Amor !

S. M. ¿ Y quién mi gloria repuna ?

T. ¡ Fortuna !

S. G. ¿ Y quién consiente mi duelo ?

T. ¡ El cielo !

T. De ese modo yo recelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

S. A. ¿ Quién mejorará mi suerte ?

T. ¡ La muerte !

S. M. Y el bien de amor, ¿ quién le alcanza ?

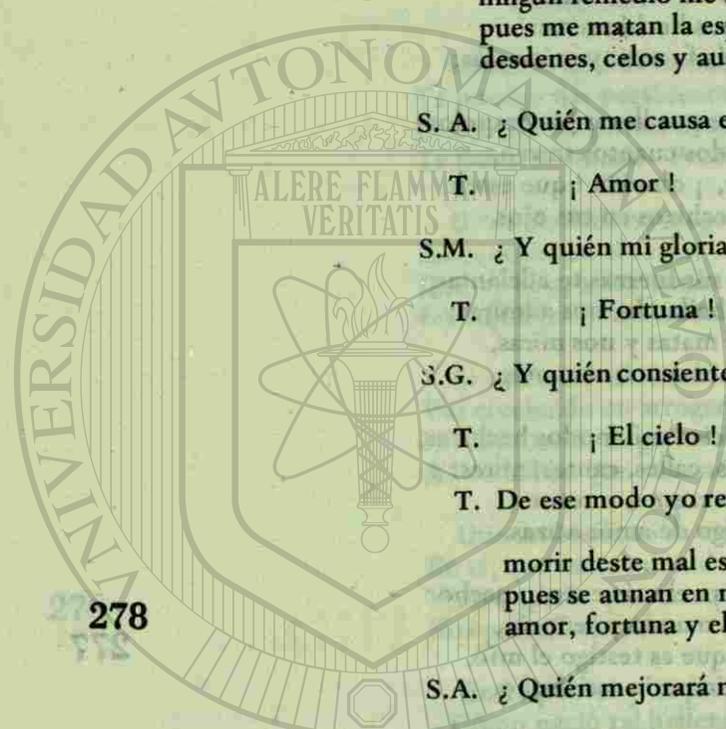
T. ¡ Mudanza !

S. G. Y sus males, ¿ quién los cura ?

T. ¡ Locura !

T. De ese modo no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

Memoriza este poema cervantino e intenta declamarlo con tu grupo en forma coral. Pide indicaciones a tu maestro.



T. De ese modo en mi dolencia
ningún remedio me alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, celos y ausencia.

S. A. ¿ Quién me causa este dolor ?

T. ¡ Amor !

S. M. ¿ Y quién mi gloria repuna ?

T. ¡ Fortuna !

S. G. ¿ Y quién consiente mi duelo ?

T. ¡ El cielo !

T. De ese modo yo recelo
morir deste mal extraño,
pues se aunan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

S. A. ¿ Quién mejorará mi suerte ?

T. ¡ La muerte !

S. M. Y el bien de amor, ¿ quién le alcanza ?

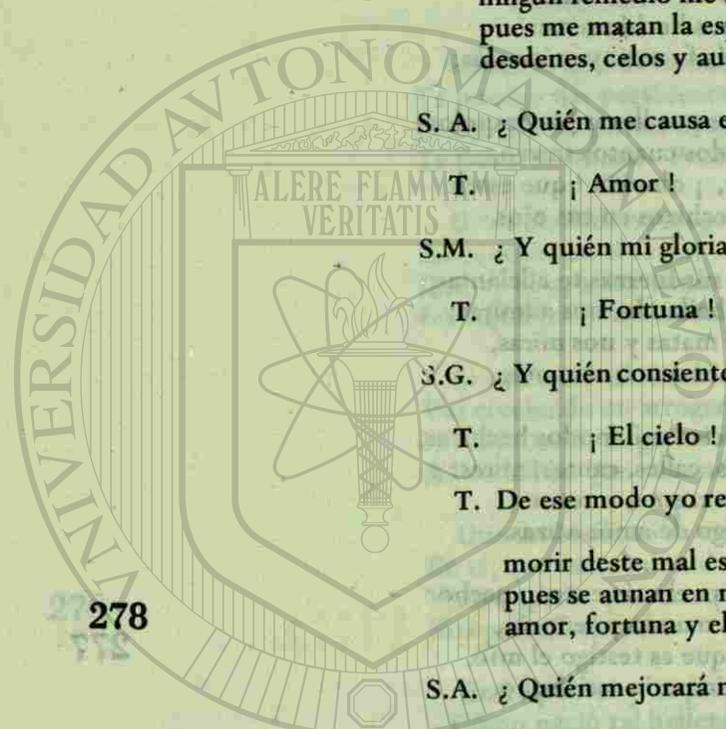
T. ¡ Mudanza !

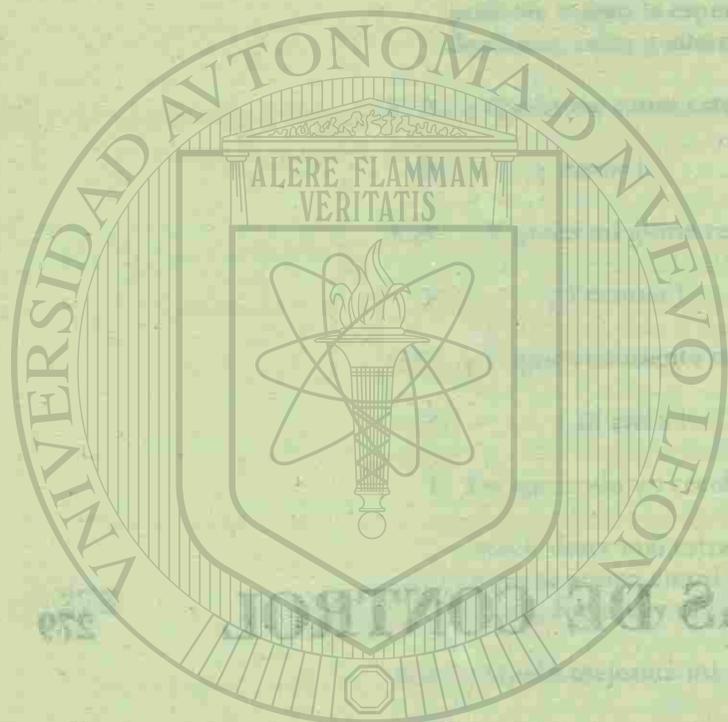
S. G. Y sus males, ¿ quién los cura ?

T. ¡ Locura !

T. De ese modo no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

Memoriza este poema cervantino e intenta declamarlo con tu grupo en forma coral. Pide indicaciones a tu maestro.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FICHAS DE CONTROL DE LA UNIDAD No. 1

FICHA No. 1

1.- Instrucciones.- Después de que estudies el tema No. 1 de esta unidad, responde las siguientes preguntas, seleccionando la respuesta que consideres correcta.

1.- La Península en que se encuentra ubicada España se llama:

- a) Itálica b) Germánica c) Ibérica d) de California ()

2.- ¿Cuál es el único país con el que limita la Península en forma terrestre.

- a) Inglaterra b) Francia c) Alemania d) Italia ()

3.- ¿Qué pico ubicado en España alcanza una altura de 3,481 metros sobre el nivel del mar ?

- a) Mulhacén b) Pirineos c) Guadarrama d) Cantabro ()

281

4.- Único río que atraviesa la Península de norte a sureste desembocando en el Mar Mediterráneo.

- a) Guadiana b) Tajo c) Duero d) Ebro ()

5.- Son otros ríos importantes de España.

- a) Pánuco y Grijalba b) Sena y Nilo
c) Tigris y Eufrates d) Guadalquivir y Ebro ()

6.- ¿Qué superficie territorial abarca la Península Ibérica ?

- a) 600,000 Km. 2 b) 505,020 Km. 2
c) 500,000 Km. 2 d) 550,000 Km. 2 ()

7.- Son producciones típicas de la Península.

- a) Café y arroz b) cítricos y viñedos
c) trigo y cebada d) tabaco y caña de azúcar ()

8.- Es un pequeño principado de los Pirineos, pertenece a la Península Ibérica.

- a) Portugal b) Cataluña c) Andorra d) Castilla ()

9.- Son provincias españolas de mucha importancia.

- a) Navarra y Aragón b) Venecia y Florencia
c) Mallorca y Menorca d) París y Orleans ()

10.- Dentro del mapa europeo ¿ cuál es la situación de la Península Ibérica ?

- a) noreste b) sureste c) noroeste d) suroeste ()

282

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FICHA No. 2

1.- Instrucciones: Después de que leas el tema 2 de esta unidad, señala con una x las respuestas que te parezcan correctas.

- Los primeros habitantes que llegaron a la Península Ibérica fueron los Celtas. _____
- Los tartesios fueron pueblos cultos y prósperos. _____
- Los fenicios y los griegos fueron pueblos colonizadores. _____
- Los cartagineses fundaron Gadir. _____

2.- Responde a las siguientes preguntas:

¿ Cuanto tiempo duró la dominación romana ?

¿Cuál fue la ciudad que convirtieron los árabes en centro cultural de occidente ?

¿ Qué factores contribuyeron a la romanización de España ?

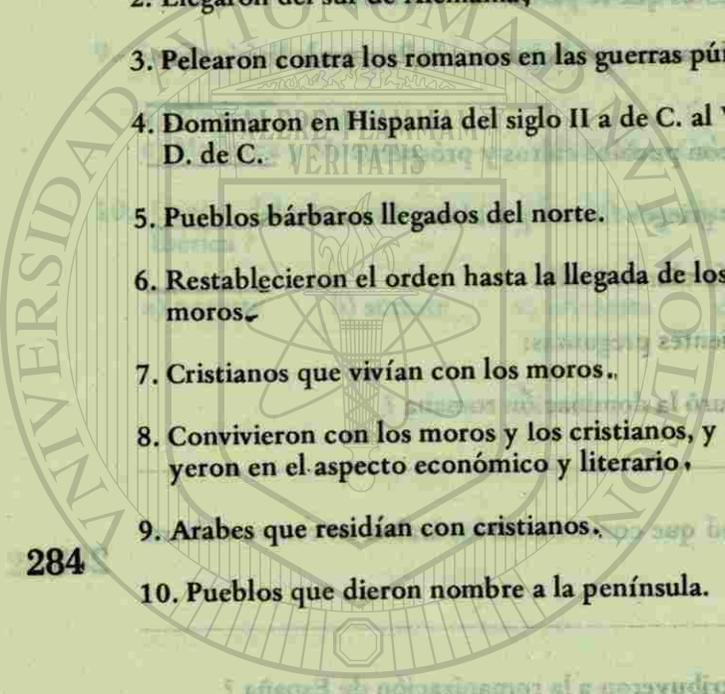
¿ Contra quienes pelearon durante ocho siglos los hispano-romanos ?

¿ Cómo se le conoce a este hecho histórico ?

3.- Relaciona ambas columnas y escribe en el paréntesis de la derecha la respuesta correcta.

283

- 1. Algunos piensan que los más antiguos pobladores fueron: Mozárabes ()
- 2. Llegaron del sur de Alemania, Cartagineses ()
- 3. Pelearon contra los romanos en las guerras púnicas, Visigodos ()
- 4. Dominaron en Hispania del siglo II a de C. al V D. de C. Suevos, Alanos ()
- 5. Pueblos bárbaros llegados del norte. Mudéjares ()
- 6. Restablecieron el orden hasta la llegada de los moros. Romanos ()
- 7. Cristianos que vivían con los moros. Iberos ()
- 8. Convivieron con los moros y los cristianos, y contribuyeron en el aspecto económico y literario. Ligures ()
- 9. Arabes que residían con cristianos. Judíos ()
- 10. Pueblos que dieron nombre a la península. Celtas ()

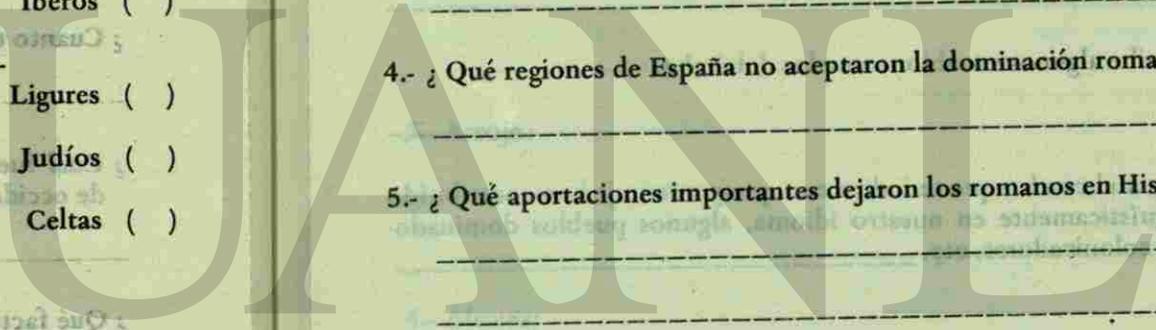


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1.- Instrucciones.- Lee lo referente a la Lengua Española y da respuesta corta a las siguientes preguntas.

- 1.- Escribe el nombre de los pueblos aborígenes que habitaron la Península.
- 2.- Anota el nombre de algunos pueblos invasores en España.
- 3.- ¿ Porqué decimos que no había unidad lingüística entre los habitantes de España ?
- 4.- ¿ Qué regiones de España no aceptaron la dominación romana ?
- 5.- ¿ Qué aportaciones importantes dejaron los romanos en Hispania ?
- 6.- Anota algunos ejemplos de voces latinas en nuestro idioma.
- 7.- ¿ Cómo se le llamó a la mezcla del latín vulgar con las diferentes lenguas que se hablaban en los pueblos conquistados ?
- 8.- Mencionar algunas lenguas romances.



9.- ¿ Cuáles son los cuatro grupos en que estaban divididos los Bárbaros ?

10.- Escribe dos ejemplos de la onomástica en que influyen los Bárbaros en nuestro idioma.

11.- ¿ Qué invasión de importancia tuvo España, después de la presencia de los Bárbaros ?

12.- ¿ En qué época dominaron los Musulmanes la Península ?

13.- Escribe algunos vocablos tomados del árabe.

286

14.- Copia el cuadro que te indica con que porcentaje han contribuído lingüísticamente en nuestro idioma, algunos pueblos dominadores, colonizadores, etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FICHAS DE CONTROL DE LA II UNIDAD

FICHA No. 4

Instrucciones: Estudia el tema 4 y escribe sobre la línea, en forma breve, los conceptos básicos de los siguientes puntos.

1.- Paladín:

2.- Grandeza contra mezquindad

3.- Arrojo:

4.- Altivez:

5.- Culto del honor:

6.- Sentido de la muerte:

287

7.- Religiosidad:

8.- Impaciencia de eternidad::

9.- Personalidad:

288

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FICHAS DE CONTROL DE LA II UNIDAD

FICHA No. 1

1.- Instrucciones.- Después de analizar el tema 1 de esta unidad, relaciona ambas columnas, anotando en los paréntesis de la derecha la letra que corresponda.

- | | |
|---|--------------------------------------|
| 1.- Epoca que abarca del siglo V al XV D.C. | Castellano () |
| 2.- Nueva conciencia creada en un ambiente de luchas y problemas. | Cortesano () |
| 3.- Protectores y mecenas de obras y autores del medioevo. | La Nación Española () |
| 4.- Género al que dan margen las obras críticas y moralizantes. | Copla y Romance () |
| 5.- Lengua romance que es usada literariamente ya en los siglos XII y XIII. | Edad Media () |
| 6.- Clase social compuesta por comerciantes, financieros e industriales. | Italia () |
| 7.- Movimiento literario que surge en el siglo XVI después de muchos descubrimientos científicos y geográficos. | Renacimiento () |
| 8.- Tipo de caballero que aparece en las cortes españolas. | Descubrimiento de América () |
| 9.- País que origina el Renacimiento | Soneto y Madrigal () |
| 10.- Descubrimiento geográfico que arraiga las ideas renovadoras. | Didáctico () |
| 11.- Autores italianos que influyen poderosamente en España. | Burguesía () |
| 12.- Especies líricas españolas. | Dante y Petrarca () |
| 13.- Especies líricas italianas. | Nobles ()
Corneille y Racine () |

289

Antecedentes del teatro español

Ficha No. 2

A.- Instrucciones: Lee el segundo tema de esta unidad y escribe sobre la línea la letra que le corresponde.

- | | |
|------------------------------|---|
| A.- Medieval | 1.- Representa la vida de Jesús o de los Santos _____ |
| B.- Teatro Religioso | 2.- Teatro Simbólico cuyos personajes son abstractos. _____ |
| C.- Humorista | 3.- Temas: Muerte de Cristo
Episodios de Redención _____ |
| D.- La Muerte | 4.- Temas: Profesías, Nacimiento, Adoración. _____ |
| E.- Ciclo de Pasión | 5.- Tiene su origen en la época Medieval _____ |
| F.- Ciclo de Navidad | 6.- Teatro de carácter popular satírico, profano, humorístico. _____ |
| G.- El Misterio | 7.- Originales del Norte de Europa. _____ |
| H.- Las Moralidades | 8.- Un personaje invita a bailar en su coro al Papa y al Mendigo. _____ |
| I.- Juegos de escarnio | 9.- El Teatro se convierte de profano y religioso en: _____ |
| J.- Las danzas de la muerte. | 10.- El Teatro Español tiene su origen en la época _____ |

290

B.- Instrucciones: Anota dentro del párentesis la letra que corresponda a la respuesta.

- () Nació Juan del Encina en 1469, estudió en:
a) Madrid b) Salamanca c) Sevilla
- () Los ambientes que se reflejan en su obra son:
a) Académico b) Popular y culto c) Campirano
- () Del Encina introdujo:
a) Rimas b) Eglogas c) Leyendas
- () Mezcla elementos:
a) Paganos y Cristianos b) Históricos c) Provenzales
- () Vivio en Roma y viaje a:
a) París b) Jerusalem c) Africa
- () Gil Vicente nació en 1470 en:
a) Italia b) Portugal c) Francia
- () Fue superado en su país solo por:
a) Camoens b) Lope de Vega c) Salazar
- () Produjo solo Teatro:
a) Pastoril b) Religioso c) Cortesano
- () Lope de Rueda fue fundador del Teatro:
a) Moderno b) Renacentista c) Absurdo
- () Logró un teatro independiente apartado de:
a) Lo popular b) La Iglesia y el ayuntamiento c) Cómico

291

La Celestina

FICHA No. 3

1.- Instrucciones: De las proposiciones que figuran a continuación marca con una equis (x) dentro del paréntesis, las que se refieren a La Celestina.

- Amor platónico que poetiza el ensueño de los amantes.
- Obra dialogada en prosa.
- Todos los personajes revelan candor, ingenuidad.
- Debe clasificarse como tragicomedia.
- Lenguaje vigoroso con cierto tinte de dureza.
- Lenguaje sencillo y natural, con matices vulgares.
- Amor pasión, goce de los sentidos.
- Obra narrada en verso.
- Judío converso se dice que fue su autor.
- Los personajes están pintados con realismo y son arrastrados por sus pasiones.

FICHA No. 4

1.- Instrucciones:

Completa la oración subrayando los complementos que te parezcan correctos.

- La novela caballeresca se caracteriza porque
 - Narra hechos históricos
 - Es anónima
 - Narra aventuras imaginarias
 - El héroe es impulsado por el amor.
- Sentó las bases de la novela picaresca
 - Carcel de amor
 - El Amadis de Gaula
 - El Corbacho
 - El libro del Buen Amor.
 - El Conde Lucanor
 - El Libro del Caballero Cifar
 - Diana
 - Palmerín de Inglaterra
- Novela donde se idealiza la vida del campo
 - Los caballeros
 - Los amantes
 - Pastores
 - Pícaros
- La novela sentimental va dirigida a
 - Historia del Abencerraje y de la Hermosa Jarifa
 - Tirante al blanco
 - La crónica Sarracina
 - El libro del Buen Amor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

3.- Esta novela apareció por primera vez en el año:

- a) 1524
- b) 1602
- c) 1612
- d) 1500

FICHA No. 5

1.- Instrucciones:

Lee el tema No. 5 y señala con una x las características que correspondan a la novela picaresca del primer período.

- Virtudes caballerescas _____
- Honor _____
- Satírica-humorística _____
- Narrada en primera persona _____
- Autor anónimo _____
- Responde a los ideales de la burguesía _____
- Su lenguaje es sencillo y realista _____
- Su origen es italiano _____

294

Lee El Lazarillo de Tormes, novela que se anexa en este cuaderno y responde a las preguntas que se te piden.

A. Escribe en el paréntesis de la derecha la respuesta correcta.

1.- El autor de Lazarillo de Tormes es:

- a) Lope de Rueda b) Jorge de Montemayor c) Fernando de Rojas
d) Anónimo ()

2.- El primer amo de Lázaro fue:

- a) Un clérigo b) Un pintor c) Un ciego d) Un escudero ()

3.- Esta novela apareció por primera vez en el año:

- a) 1554 b) 1605 c) 1615 d) 1500 ()

4.- El padre de Lazarillo era un:

- a) Molinero b) Pintor c) Escudero d) Comerciante ()

5.- La primera enseñanza del primer amo que hizo a Lázaro ponerse listo en el futuro fué:

- a) La comida de unas uvas
b) El beber vino en una jarra
c) La calabazada de Lázaro contra un toro de piedra.
d) El hurto de alimentos de un fardel.

6.- El segundo amo de Lazarillo fue:

- a) Un capellán b) Un clérigo c) Un ciego d) Un pintor ()

7.- Este amo era:

- a) Mezquino b) Deshonesto c) Avaricioso d) Bondadoso ()

8.- Guardaba los alimentos con llave en:

- a) Un cuarto b) Una alacena c) Un arcaz d) Una caja ()

9.- El tercer amo de Lázaro fue:

- a) Un alguacil b) Un fraile c) Un escudero d) Un capellán ()

10.- Este amo era:

- a) Un hidalgo pobre que enseñó a Lazarillo el lado bueno de la vida.
b) Un soldado
c) Un hidalgo rico, bien vestido y bien peinado,
d) Un pícaro sin honor y sin orgullo. ()

295

B.- Lee con atención el tratado 3 y expresa tu opinión personal.

C.- Contesta en forma breve las siguientes preguntas:

1.- ¿Cuál es el tratado más corto?

2.- ¿Qué ciudades españolas, recorrió Lázaro en sus aventuras?

3.- ¿Qué importancia tuvo para Lázaro su trabajo como aguador?

4.- ¿Qué enseñó el bulero a Lázaro?

5.- ¿Porqué dejó el empleo de alguacil?

6.- ¿Cuándo cree Lázaro haber alcanzado "La prosperidad y la cumbre de toda su buena fortuna"?

D.- ¿Cuál es tu opinión después de haber leído esta novela?

¿Cuál tratado te gustó más? ¿Por qué?

FICHA No. 6

1.- Instrucciones.- Anota V o F frente a las siguientes aseveraciones, según si son verdaderas o falsas.

1.- Algunos críticos piensan que los romances son fragmentos de cantares de gesta. _____

2.- Al conjunto de romances se le llama: cancionero. _____

3.- El corrido en México corresponde al romance en España. _____

4.- Los romances caballerescos son los referentes a la vida de la gente del campo. _____

5.- Jorge Manrique, Juan de Mena y el Marqués de Santillana representan la canción española. _____

6.- Boscán y Garcilaso introducen el Renacimiento en España. _____

7.- Gutierre de Cetina es un poeta antiitalianizante. _____

298

8.- Boscán nació en Barcelona en 1495. _____

9.- Garcilaso influye poderosamente en la obra de Boscán. _____

10.- Gutierre de Cetina es el creador del madrigal y se le llama "poeta del amor". _____

FICHAS DE CONTROL DE LA III UNIDAD

FICHA No. 1

1.- Instrucciones.- Después de que leas el tema 1 de esta unidad, da respuesta breve a las siguientes preguntas.

1.- ¿ Qué fue lo que logró enriquecer a España a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII ?

2.- ¿ Quién era rey de España cuando Portugal logró independizarse del resto de la Península ?

3.- ¿ Qué actividades humanas se vuelven importantes entre las clases sociales bajas de España ?

4.- En parte se le considera como el estudio de las lenguas y literaturas clásicas.

299

5.- Movimiento literario que se caracteriza por el adorno profuso, lo exagerado del lenguaje y la hondura humana.

6.- Exponente de la escuela Salmantina.

7.- La escuela Sevillana es representada por.

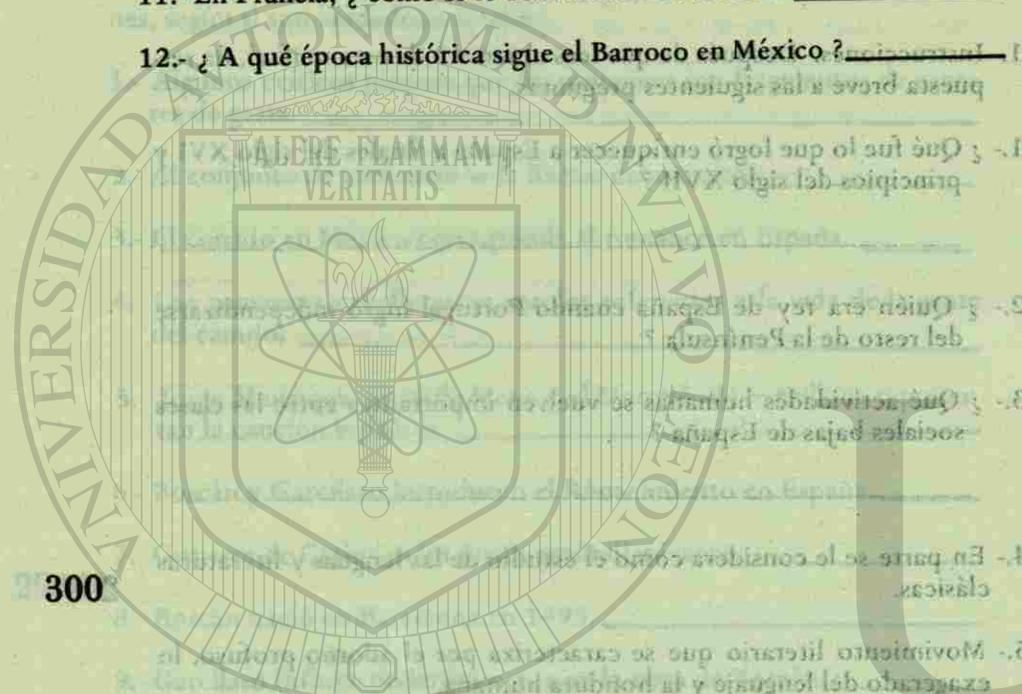
8.- Escuela o tendencia cuya figura máxima es Francisco de Quevedo.

9.- ¿ Quién es el poeta representativo del culteranismo ?

10.- ¿ En qué país, el Barroco es llamado Eufuismo? _____

11.- En Francia, ¿ cómo se le denomina al Barroco? _____

12.- ¿ A qué época histórica sigue el Barroco en México? _____



8.- Escuela o tendencia cuya figura máxima es Francisco de Quevedo.

9.- ¿ Quién es el poeta representativo del culteranismo? _____

A.- Instrucciones: Escribe la respuesta correcta en la línea correspondiente.

1.- En que países han tenido Teatro Nacional.

2.- Nombra tres " Corrales " madrileños famosos.

3.- Donde se situaban las mujeres en los " Corrales españoles"

4.- Que nombre llevaban los empresarios teatrales.

5.- Como se les llamaba a los teatros en el S. XVI en España. 301

6.- El teatro medieval dio dos elementos que originaron las comedias del Teatro Nacional.

7.- Elementos constitutivos del Teatro Nacional.

8.- Lope contribuyó a formar de sus ciudades:

9.- El teatro de Lope es:

10.- Escribe una breve síntesis del Caballero de Olmedo.

A. Instrucciones: Escribe la respuesta correcta en la línea correspondiente.

1.- En que país nació el Caballero de Olmedo?
2.- Nombre de las comedias de Cervantes más famosas.

1.- Instrucciones: Subraya la respuesta correcta.

1.- Nació en Madrid en 1571
a) Tirso de Molina b) Cervantes c) Calderón

2.- Lo más destacado de su obra lo escribió para:
a) La poesía b) La prosa c) El teatro

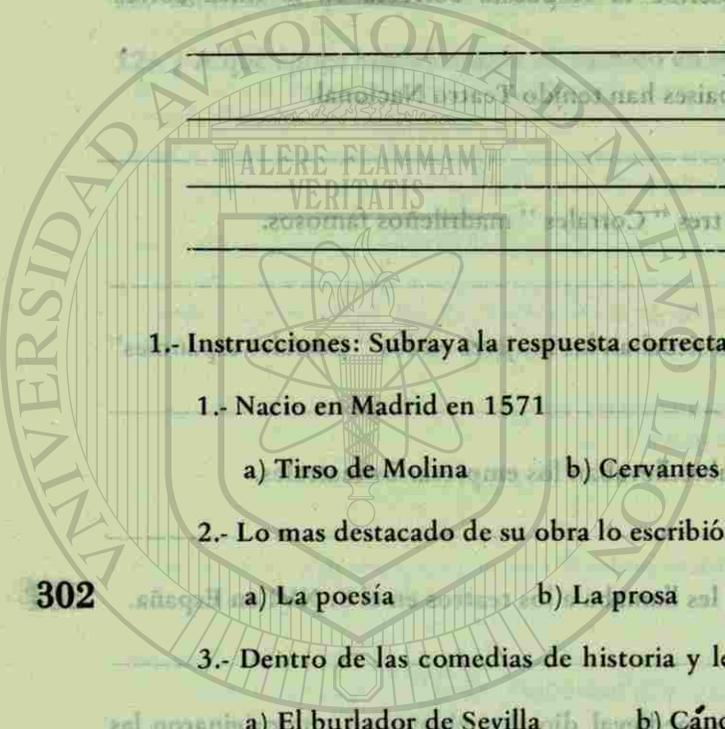
3.- Dentro de las comedias de historia y leyendas se destaca:
a) El burlador de Sevilla b) Cándido c) Loas

4.- Las más perfectas oraciones son:
a) Los caracteres femeninos b) La altivez c) El odio

5.- Autor que se ordenó sacerdote y cultivó el drama filosófico

a) Pedro Calderón de la Barca b) Zorrilla c) Neruo

6.- El elemento psicológico que maneja en su obra es:
a) El odio b) La avaricia c) El sentimiento del honor



7.- La máxima obra que le dio fama universal es:

a) Candido b) La vida es sueño c) Moralidades

8.- Dramaturgo mexicano nacido en 1581 estudio en Madrid:

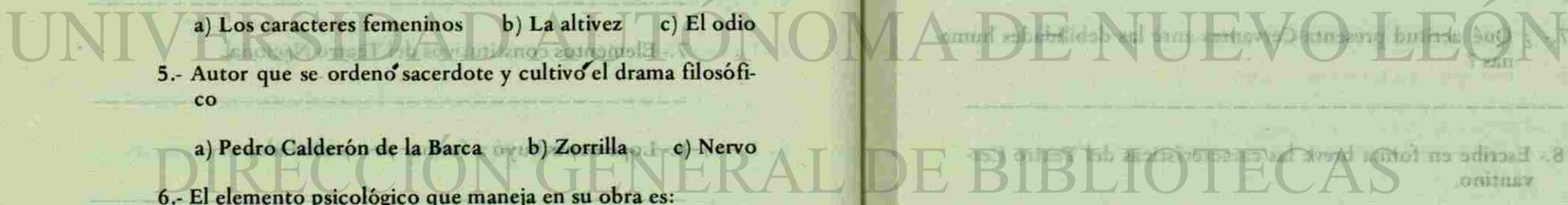
a) Cervantes b) Moratín c) Juan Ruiz de Alarcón

9.- Tuvo influencia en la literatura:

a) Francesa b) Italiana c) Inglesa

10.- Una de sus obras es:

a) Celestina b) Las paredes oyen c) Los sueños



Cervantes Dramaturgo

FICHA No. 3

1.- Instrucciones: Escribe en la línea la respuesta correcta.

1.- Nueva faceta digna de ser destacada es:

2.- Abordó las siguientes formas dramáticas:

3.- Cual es el asunto de " El cerco de Numancia "

4.- Publicó en 1615:

5.- Señala el nombre de la ciudad mexicana donde se representan los Entremeses Cervantino.

6.- Señala el nombre de cinco Entremeses.

7.- ¿ Qué actitud presenta Cervantes ante las debilidades humanas ?

8.- Escribe en forma breve las características del Teatro Cervantino.

304

9.- Por qué es la mas lograda y original Pedro de Urdimalas.

10.- Narra en forma breve el argumento de La Guarda Cuidadosa.

305

1.- Instrucciones: Lee el tema 4 de la unidad 3 y sintetiza dos hechos que te parezcan de importancia en la vida de Miguel de Cervantes.

Infancia y juventud _____

Soldado _____

Cautivo _____

Autor literario _____

306

2.- Contesta en forma breve:

¿ Consideras que la experiencia vivida del autor fue llevada a sus obras ? ¿ Porqué ?

¿ Cómo se llamó su primera novela ?

¿Cuál es considerada la obra cumbre de las letras españolas ?

3.- Lee con atención los capítulos del Quijote que se anexan en este cuaderno y contesta las siguientes preguntas:

¿ Cómo comienza la novela ?

¿ Para qué quería Alonso Quijano convertirse en caballero andante ?

¿ De que manera fue armado caballero Don Quijote ?

Resume las ideas de la arenga que da Don Quijote a unos cabreros y describe el ambiente en que se encontraban.

307

De los consejos que da Don Quijote a Sancho escoge cinco de los que te parezcan más útiles a un gobernante.

FICHA No. 5

1.- Lee el tema 5 y relaciona ambas columnas anotando en el paréntesis de la derecha la respuesta correcta.

- | | |
|--------------------------|-------------------------------|
| 1.- De estilo italiano | La Gitanilla () |
| | La fuerza de la sangre () |
| 2.- Italiano-realista | El Coloquio de los perros () |
| | La española inglesa () |
| 3.- Realistas | El celoso extremeño () |
| | Rinconete y Cortadillo () |
| 4.- Realistas picarescas | El Licenciado vidriera () |
| | La ilustre fregona () |
| 5.- Filosóficas | La señora Cornelia () |
| | El Casamiento engañoso () |
| | El amante liberal () |

2.- Lee la novela Rinconete y Cortadillo anexa a este cuaderno y contesta las siguientes preguntas:

¿ Cómo se llamaban los protagonistas de esta novela ?

¿ Quienes eran ellos y donde se encontraron ?

¿ A qué lugar ingresan y qué apodo les ponen ?

3.- Haz el retrato de Monipodiō:

308

4.- Identifica los siguientes personajes del Quijote.

Labrador rústico que acompaña a Alonso Quijano. _____

El Caballero de la Triste Figura _____

Dulcinea, flor de la hermosura _____

El Caballero de la Blanca Luna _____

Señor del Castillo, padrino de Don Quijote. _____

El Gobernador de la ínsula Barataria _____

Cuarenta desaforados gigantes. _____

Encantadores que llevaban hurtada a una princesa. _____

Noble que da a Sancho la ínsula _____

309

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



4.- Describe el ambiente al que ingresan los protagonistas.

5.- Identifica algunos de los personajes secundarios que aparecen en la novela.

Pipota _____

La Gananciosa _____

Juliana _____

Repolido _____

Maniferro _____

6.- Contesta en forma breve:

¿ Qué aconsejó Rinconete a su compañero ?

310

FICHA No. 6

1.- Instrucciones.- Estudia detenidamente el tema 6 de esta unidad y relaciona los cinco autores con las cuestiones que se te presentan, colocando el número correspondiente en la línea de la derecha.

1.- Fray Luis de León _____

2.- Fernando de Herrera _____

3.- Francisco de Quevedo _____

4.- Luis de Góngora _____

5.- Miguel de Cervantes _____

a).- Es el poeta lírico más grande de España, influye en la vida y obra de Quevedo. _____

b).- Muere en Madrid en 1616, es autor del Viaje al Parnaso. _____

c).- Una de sus obras más importantes es la Fábula de Polifemo y Galatea. _____

d).- Sus temas son patrióticos y religiosos, prefiere la oda y la elegía. _____

e).- El acepta en un terceto que le gustaría mucho escribir poesías pero que el cielo no le otorgó ese don. _____

f).- Es autor de la letrilla: La pobreza, el dinero. _____

g).- Nace en Madrid en 1580, en él domina la idea; el concepto, sobre la forma. _____

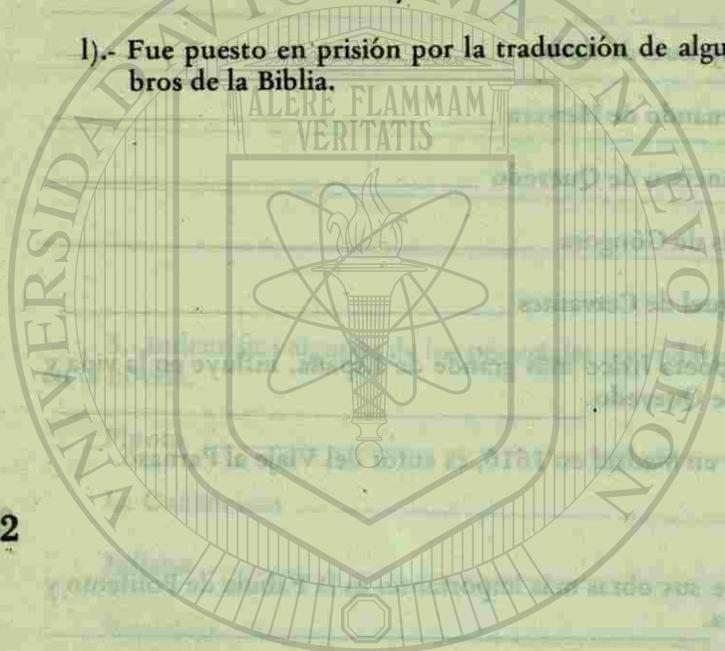
h).- Famoso por sus odas: Vida retirada y Noche serena. _____

i).- A la pérdida del rey Don Sebastián, es una elegía en la que este autor llora la trágica derrota de éste rey portugués. _____

311

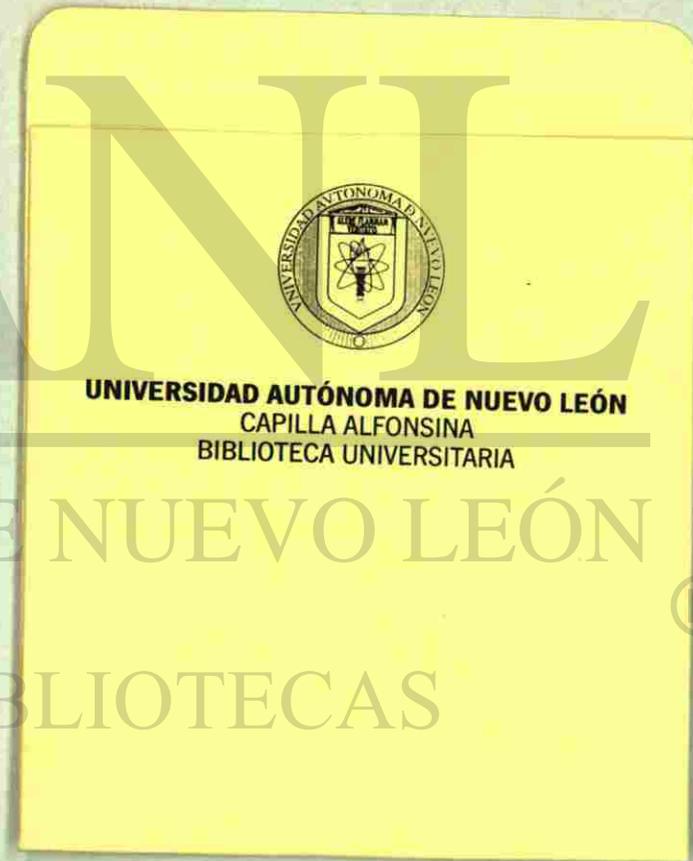
- j).- Sus obras muestran un rebuscamiento en el lenguaje, uso exagerado del hiperbatón y manejo excesivo de voces latinas.
- k).- Tiene hermosas letrillas escritas a la manera popular, pero su obra maestra es culta y se llama "Las Soledades"
- l).- Fue puesto en prisión por la traducción de algunos de los libros de la Biblia.

312



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS